

A close-up photograph of a person's eye, looking directly at the camera. The eye is light-colored with a dark pupil. Below the eye, a white surgical mask with a perforated metal grille is visible. The background is dark and out of focus.

ROXANA

TABAKMAN

BIOVIGILADOS

Roxana Tabakman

Biovigilados

Plaza & Janés

SÍGUENOS EN
megustaleer



[@Ebooks](#)



[@megustaleerarg](#)



[@megustaleerarg_](#)

| Penguin
| Random House
| Grupo Editorial |

*“Es muy difícil
saber qué causas
pueden ocasionar la
dispersión de un
virus. Pasamos años
pronosticando que el
virus del Nilo
Occidental iba a
llegar a Brasil y eso
no ocurrió. Y llegó el
Zika.”*

*Francisco Chiaravalloti Neto
Facultad de Salud Pública,
Universidad de San Pablo,
22 de febrero de 2016*

ADVERTENCIA

No es un germen más de los muchos que circulan por la Tierra. Su figura es inofensiva, pero su corazón, mortal.

El fin del mundo puede estar escondido en una partícula submicroscópica que es la vida reducida a su mínima expresión. El LPV (Luang Prabang Virus) tiene apenas ocho genes, pero en un futuro sin fecha puede aniquilar a la especie humana. Nuestro cuerpo, a pesar de los veinte mil genes que atesora en cada uno de sus treinta y siete billones de células, no tiene condiciones para enfrentarlo.

Por ahora la infección da síntomas leves, algunos semejantes a la gripe común. Son pocos los infectados que acuden al hospital, es más fácil esperar que la molestia se pase sola o buscar la solución en internet. Los médicos no le prestan demasiada atención, nadie contabiliza los infectados, los servicios de salud no asientan los casos en los registros. Negligencia grave: cuantos más virus haya circulando, mayor posibilidad de una mutación. Y ese es el peligro. Cualquier cambio de apenas un par de letras en su esqueleto simple de ADN puede modificar su bioarquitectura lo suficiente como para transformar ese virus banal en una cepa asesina. Nadie puede predecir cuándo, pero el día que ocurra, los hospitales desbordarán de pacientes desahuciados.

La tragedia podría intentar evitarse con una vacuna que está en las últimas fases de experimentación, pero la Organización Mundial de la Salud, que enfrenta varias epidemias simultáneas, no lo tiene como prioridad. Iniciará la campaña de inmunización contra el LPV recién cuando tenga evidencias concretas de una epidemia inminente. Se impone la economía. La decisión sanitaria no sería grave si no se basara en cifras completamente equivocadas: los datos oficiales muestran apenas la punta del *iceberg*.

El día que el virus se malignice, un pariente de la cepa benigna dará inicio a un coro de gritos. Estudios hechos en simuladores humanos hacen pensar que el dolor que perforará el pecho será tan agudo que apenas la anestesia general permitirá soportarlo. Quién sabe por cuánto tiempo.

Una única persona sabe fehacientemente que el LPV corre como reguero de pólvora por el mundo. Pero, durante mucho tiempo, nadie le creerá.

Parte I

CAPÍTULO 1

Clara Fend está sentada frente a la pantalla, exhausta tras otro largo día de trabajo. Tiene la mirada en un punto cualquiera, mientras juega distraídamente con los dedos en la superficie brillante de la mesa. De repente se pone de pie, estira el cuello para mirar a su alrededor y saluda en voz alta. Nadie le responde, sólo se escucha el silencio. Definitivamente está sola en la gran sala, como imaginaba que iba a ocurrir un viernes a las siete de la tarde. Tranquila, frente a una de las pocas máquinas de uso común del instituto, que no exigen la identificación digital del usuario, abre una página.

“El sistema de vigilancia virtual permite conocer en detalle toda la realidad que se oculta. Completamos la información oficial, siempre insuficiente, con los microdatos obtenidos de intercambios que se transmiten por internet”, le había explicado unos días antes Sidney Roux, un antiguo compañero del colegio. Él lo utilizaba con fines políticos. El gran cambio que pretende hacer Clara es emplear las mismas técnicas de la lucha antiterrorista para monitorear una enfermedad infecciosa que está en sus comienzos.

Verifica el acceso abierto a la nube virtual. Para hacer la primera prueba, necesita disponer de la memoria y el poder de cálculo de miles de máquinas. Todo funciona como era de esperarse. Ingresas algunos datos y su último temor desaparece cuando comprueba que es un software abierto que no requiere autorización para usarlo.

El espionaje de alta tecnología lee los mensajes de los distintos sitios y blogs, hurga en los bancos de datos, registra los intercambios en voz, imagen y texto en las redes sociales y en las páginas de *e-commerce*, y captura absolutamente todo lo que pasa a través de la telefonía móvil. Después de recoger la información de todas estas fuentes y en una gran cantidad de idiomas, un cerebro digital la analiza, la compara, la reúne, descarta datos. En algún punto del ciberespacio un programa informático, imparcial, incansable e incorruptible, saca sus conclusiones.

Si lo usan los gobiernos y las empresas, ¿por qué no los científicos?, se había preguntado Clara sintiéndose desorientada en un mar de información. “Biovigilancia” llamó en ese momento a su futura actividad, por entonces sigilosa. Y bajo el techo de uno de los principales centros de excelencia científica del mundo, el Old King’s College de Londres, dio inicio a una

revolución sin precedentes en la rama más heroica de la medicina, la salud pública.

Clara es una científica talentosa. Más que eso, brillante. Su sed de conocimiento sólo se equipara a su sensibilidad ante los problemas del mundo, una conciencia social inagotable y una compasión por la humanidad que no se detiene ante los riesgos. Frente a la pantalla, la científica se consuela pensando que no está haciendo nada que no sea absolutamente legal. La gente vuelve pública una gran cantidad de información clínica, a veces por no tomarse el trabajo de restringir la audiencia *online*, otras porque sin pensarlo negocia privacidad por celeridad en los servicios, y ella simplemente la recupera de forma ordenada. Los datos de los sistemas de monitoreo continuo personal de hipocondríacos, deportistas y amantes de la tecnología están ahí esperando una nueva utilidad. Cada hora que pasa se registran billones de signos vitales. Los sistemas hospitalarios y farmacéuticos son más abiertos de lo que la gente cree, o su confidencialidad tiene un talón de Aquiles que los usuarios aceptan sin leer las condiciones. La investigadora invade la intimidad ajena con la misma paz espiritual con la que el médico manda al paciente desnudarse.

Las pupilas de sus ojos verdes se dilatan frente a la luz del monitor que muestra el rastreo de los afectados por el virus LPV. Ella sabe que están todos ahí, consultando por grietas en la boca, calambres u otros problemas que, en su conjunto, definen el diagnóstico. En las redes sociales, otros que pasan por la misma situación recomiendan soluciones. Aunque muchos nunca se hayan conocido en persona —meros contactos virtuales—, están hermanados por la incomodidad. Y todo queda debidamente registrado.

Esa noche, la experta en el virus LPV pasa horas manejando los datos de manera expeditiva, simple, prolija. El espionaje médico no es sencillo. Ese trabajo sólo puede hacerlo alguien que conozca en profundidad y en detalle las mil caras que puede tener un virus simple cuando invade la complejidad de un cuerpo. En el caso del LPV, Clara sabe que hay 189 variables a las que debe prestar atención para abarcar el abanico de síntomas y signos de la enfermedad. No siempre tiene acceso a todas ellas, de manera que mejora el sistema indicando cómo completar las lagunas con indicios indirectos de la infección.

¿Cómo descubrir si la acidez de la saliva de una persona varió en los últimos treinta días?, se pregunta Clara. Reflexiona un momento y, con una sonrisa, le agrega al sistema una nueva ruta de análisis: a los individuos que

saquen turno para ir al dentista sin haberle sido solicitado por el SRCP (Sistema de Reserva de Controles Periódicos), los coloca en la categoría 3 (Sospecha). De estos, pasan a categoría 2 (Evidencia fuerte) aquellos cuya ficha odontológica digital registre un aumento inesperado en el número de caries. Clara modifica el sistema para que descarte a los que estén usando aparatos fijos o alguna alteración hormonal, como el embarazo, que pueda afectar los datos, y pasa al ítem siguiente.

Si el espionaje médico no es sencillo, el concepto de epidemiología sin intermediarios, por su propia naturaleza, no es exacto. Cuando Clara lo conoció, lo miró con recelo. Su primera idea fue usarlo para acercarse a la realidad algunos pasos más, no para suplantarlo las técnicas habituales de recolección de datos. Pero este fin de semana, al estudiarlo en detalle, está pasando de la incredulidad inicial a la admiración. Su intuición científica le dice que la respuesta a la pregunta que le había alterado el sueño desde los inicios de su carrera podría realmente estar allí.

Una ventana de información se abre frente a ella. Sobre un fondo amarillo aparece un número de ocho cifras, pero este cambia rápidamente al punto que Clara no consigue leerlo. La cifra está en mutación constante, crece, se reduce, trepa a las alturas y luego cae en picada sin ninguna lógica aparente. Una mueca de frustración se dibuja en sus labios, pero desaparece cuando entiende que no es un defecto. La información es casi ilimitada, proviene de un *pool* de fuentes traducidas de cien lenguas diferentes, y el sistema se demora más de lo que su ansiedad quisiera porque está depurando esa información. “El propio programa descarta datos duplicados o con bajo nivel de evidencias”, le había explicado su amigo. Finalmente la cifra se detiene en un número superior a diez mil. “Demasiado alto como para quedarse de brazos cruzados —evalúa—o para ser cierto”, completa su lado escéptico.

No llega a ver los infectados en la cama, pero si pone en modo mapa puede localizar perfectamente donde están a cada momento. Y si quisiera, incluso podría contactarlos. Como es natural, no puede hacer otra cosa que preguntarse si está observando el mundo real o cayendo en una tremenda trampa tecnológica. Aprieta los labios, como si tuviera miedo de que de su boca pudiese escapar un grito de emoción. Le cuesta creer en una cifra tan alta.

La lluvia golpea con fuerza sobre las ventanas, pero la naturaleza en toda su furia no consigue distraer sus ojos de la pantalla. Y sigue haciendo pruebas para controlar un sistema, considerado confiable para los servicios secretos

que matan terroristas, pero que nadie usó antes para contestar la pregunta que ahora ella le hace. Una científica del prestigioso Old King's College de Londres con decenas de artículos publicados y más de cuatro mil menciones de su trabajo en estudios de otros investigadores no puede equivocarse. Tiene que andar con pies de plomo.

Esa información está al alcance de todo aquel que quiera verla, piensa Clara hipnotizada por el rectángulo amarillo que enmarca el número. Sin embargo, en la comunidad científica la biovigilancia virtual no tiene seguidores. Una explicación podría ser que a nadie se le haya ocurrido antes, aunque es poco probable. Su inexactitud tampoco es el motivo, los epidemiólogos están acostumbrados a trabajar con datos aproximados, y el resultado que ofrece es estadísticamente aceptable. Ella sabe que no es por nada de eso. Es un sistema transgresor, sin referente ni dueño. La expresión máxima del anarquismo no tiene cabida entre aquellos expertos con pretensiones de integrar la lista de “los mejores”. Pero ella llegó a un punto muy alto de su carrera profesional sin contaminarse por las jerarquías. Y eso no va a maniatarla ahora.

Clara pasa horas desenterrando casos, uno por uno. Los ordena de forma cronológica, geográfica, por síntoma predominante, por edad, y simula la secuencia de contagio. Todo para ponerlo a prueba. Se levanta, se estira cuanto larga es para sacarse de encima las horas que pasó sentada en la misma silla y vuelve a mirar los datos oficiales. No es posible, el Sistema de Biovigilancia Virtual reconoce 10.286 casos, casi sesenta veces más afectados que los registrados en los datos oficiales. Pasa días y noches sentada frente a la pantalla, pero cuanto más trabaja para encontrar sus defectos —como supone que harán sus colegas— más se maravilla. A las seis de la mañana, se dice sin temor a equivocarse: los datos son correctos. El LPV está ganando territorio a un ritmo al que sólo los virus más penetrantes pueden hacerlo.

Clara tiembla, casi puede escuchar los latidos de un corazón que parece correr aún más rápido que su cabeza. Es la emoción del descubrimiento, del momento del “eureka”. La reconoce, ya la sintió otras pocas veces. Inolvidables. Piensa que en ese momento en Asia, Australia y Nueva Zelanda los funcionarios a cargo de la protección sanitaria están con el café en la mano revisando planillas oficiales rellenas con números engañosos. Mientras en Londres la verdad se muestra por ahora apenas a ella. No se permite alegrarse. Clara sabe perfectamente qué significaría que el resultado fuese correcto: el riesgo inminente de una tragedia. “Voy a anunciarlo”, dice en voz

alta mientras se levanta lentamente de la silla, como si esa acción pausada pudiera calmar sus palpitaciones. Habiendo una vacuna disponible, no usarla lo antes posible sería una negligencia criminal.

El lunes llega al trabajo, en el Departamento de Virología Funcional del Old King's College, excitada. Al pronóstico negro que le muestra la biovigilancia se le contraponen el orgullo inevitable de haber sido ella quien se dio cuenta a tiempo, y también la tranquilidad de tener la solución.

Reúne informalmente a los pocos jefes de investigación que llegan temprano. Va preparada para el debate. Así como cuando propuso el concepto de vacunas transmisibles, y presentó su proyecto de la vacuna contra el LPV la primera vez, sabe que siempre hay alguien que se opone a todo lo nuevo. Pero, aun así, cuenta con el poder de contagio de las buenas ideas. Los mensajes que tiene que transmitir son claros. Por un lado, en el siglo XXI ya no se necesitan carísimos ejércitos de uniforme blanco para recoger datos epidemiológicos. Alcanza con seres invisibles operando en la Red. Hackers guiados por principios éticos podrían ser los nuevos soldados al servicio de la medicina preventiva. Por otro lado, la situación es de emergencia. Hay más de diez mil casos de LPV, casi sesenta veces más que los registrados.

Sus colegas la acribillan con preguntas, no siempre bienintencionadas. La luz que emana de sus datos no es suficiente para iluminar la mente de sus interlocutores. Las discusiones son tan acaloradas como estériles porque a nadie le importa si la cifra de más de diez mil afectados es correcta o no. La discusión empieza, y termina, en la legalidad del método de obtención de los datos. Existe la posibilidad de que todo sea un gran error, sí, pero su oráculo interno le dice que la equivocada no es ella.

—Ningún comité de ética aprobaría una investigación en la que los sujetos no pueden firmar un consentimiento informado autorizando el uso de sus datos personales —dice uno de sus colegas más recientes, el doctor Jureau.

—Y sabes cómo son las reglas: sin la aprobación del comité de ética, ninguna revista sería lo publicaría, ninguna institución sería lo tendría en cuenta. Es un criterio excluyente. Ergo, la información no existe —resume taxativamente el doctor Goldman.

Clara intenta argumentar, pero el más anciano la interrumpe.

—No desperdicies tu voz. No alcanza con ser una excelente solista, hay que saber acompañar el coro —le recomienda el doctor Saban.

Ella es una eminencia en virología, pero si en algún momento pensó que sus colegas iban a evaluar la idea y no oponerse siquiera a considerarla por

una cuestión de presumible ilegitimidad del método de recolección, se equivocó. Su entusiasmo se estrella contra la pared del prejuicio. Aunque usa buenos argumentos, no consigue convencerlos de la bondad potencial de la cultura hacker. Quienes dentro del laboratorio practican ciencia de punta insisten en continuar usando métodos tradicionales de recolección de información sobre la salud de las personas.

Las discusiones son acaloradas. Ella defiende su postura, ellos le hablan de límites morales. Ella insiste demostrando de forma inequívoca que los modelos clásicos están obsoletos, ellos abogan por la defensa indeclinable del derecho humano a la privacidad. Clara Fend no puede creer que en un ámbito de excelencia haya tanta necesidad. Sus colaboradores, sus pares y hasta los niveles más altos de instituto, todos le dicen que es imposible.

—Esa no es la solución —insisten—. Las grandes organizaciones que concentran los estudios epidemiológicos, como la Organización Mundial de la Salud, tienen su razón de ser. Aunque la falta de registros confiables es un problema —reconocen.

La temperatura crece. Sin perder la compostura, Clara los acusa sutilmente de no querer salir del área confortable del *statu quo* que, a su vez, asegura la continuidad de sus subsidios semestrales. Ellos no lo admiten, y sonrían.

En las semanas siguientes, el concepto de biovigilancia virtual no sólo no se propaga entre sus colegas, sino que termina por distanciarla de ellos. Al mismo tiempo, en los pasillos enfrenta miradas esquivas. Tarde o temprano va a convencerlos, se engaña. Solamente necesita reunir más evidencias. Trabajar con los datos se vuelve tan necesario como respirar. Se refugia del rechazo aferrada a su verdad, un mástil que la mantiene en pie en medio de la tormenta. Clara es menuda, de apariencia frágil, pero tiene la fortaleza de los que están seguros de sus ideas. Desde su primera medalla de oro escolar en la feria de ciencias, hasta convertirse en la referencia mundial en virología funcional que es hoy, la energía necesaria siempre vino de su propia confianza. Y de la responsabilidad de hacer algo por un mundo que, como su padre solía decirle, espera mucho de ella.

Dos meses más tarde, sentada frente a un escritorio pequeño, Clara digita con impaciencia sobre el teclado. Escribe, borra, busca sinónimos, reemplaza palabras, altera tiempos verbales, elige cada uno de los términos con extremo cuidado. Mientras espera que se haga la hora de bajar a la última reunión del día y de la semana, ya que es viernes, la viróloga dedica el final de la tarde a una actividad que en los últimos tiempos estuvo dejando sin hacer: redactar el

discurso con el que irá a recibir el premio Nobel.

Clara no está nominada para recibirlo, y no porque apenas tiene treinta y tres años. Es costumbre del comité que selecciona a los ganadores dejar pasar bastante tiempo desde que ocurre el avance científico destacado hasta el día de la postulación de los candidatos. Pero la científica está absolutamente segura de que, más tarde o más temprano, va a recibirlo. Sabe que para entonces ya estará trabajando en otro tema, porque el reconocimiento siempre lleva tiempo. ¡Más en su caso! Pareciera que nunca consigue que sus colegas entiendan sus ideas cuando empieza a trabajar en ellas.

Por eso, cada vez que tiene un poco de tiempo libre, se dedica a registrar escribir los conceptos lo que algún día dirá en el discurso, vestida de gala, en Estocolmo.

La ciencia avanza a pequeños pasos, pero el momento más importante no es gradual. Es el instante en que alguien dice: es imposible. Cuando se llega a ese límite de la naturaleza, de la tecnología o del pensamiento, hay una puerta cerrada que pocos se animan a cruzar. Pero a veces es suficiente con decretar que lo imposible es posible.

Clara está convencida: llegó donde llegó porque siempre avanza un paso más, y no se limita ni siquiera a los muros que le impone su especialidad. Lo que diferencia a científicos buenos de los mediocres, piensa ella, no es el conocimiento sino la curiosidad y la amplitud de intereses.

La negación de lo imposible es lo que permitió el nacimiento de la física cuántica. Para crear esta nueva ciencia hubo que abandonar las certezas y entrar en el terreno de las probabilidades. A veces se hace necesario transgredir las propias estructuras mentales...

¿Cual es la posibilidad de llevarse el gran premio por haber desarrollado la biovigilancia virtual si hoy nadie reconoce su valor? A Clara no le cabe duda de que es un avance importante que pronto permitirá el conocimiento inmediato de las epidemias, y no sólo del LPV.

El virus LPV nunca había sido observado con atención porque ni Estados Unidos, ni Europa, ni China, ni Corea ni Israel lo habían incluido en la lista de los elementos que podrían ser usados por el terrorismo para la tan esperada guerra biológica. Así, nunca hubo demasiado interés ni dinero. Sólo ella podía seguir ese camino, ajena a si era útil o no a la seguridad nacional.

Comenzó a investigarlo hace una década, y fue la primera en hacerlo. Lideró el único equipo de trabajo que buscaba soluciones para este problema sanitario considerado menor, y así llegó a la fórmula que figura en los

informes confidenciales: 4yu. Casi sin apoyo, no se detuvo hasta desarrollar completamente la vacuna. La fórmula 4yu es realmente un invento genial: es la primera vacuna trasmisible de la historia. Bastará con inocular a unos pocos para que estos se la pasen a otros como si fuera una gripe. Ese producto jamás la hará millonaria, ya que se apresuró a registrar el derecho de patente a nombre de la humanidad. Pero Clara se pregunta cuándo le reconocerán el mérito, cuándo se darán cuenta sus colegas de lo que una vacuna trasmisible significa para aquellos que no pueden salir de la pobreza. Recuerda el rostro inexpresivo del director del instituto y escribe:

Los científicos difícilmente reconocen sus errores. Se presentan como defensores de la verdad, y les cuesta hacer públicas las veces que se equivocan...

Con la punta del dedo índice en la boca, mordisqueándose la uña, y la mirada fija en la pantalla, Clara relee lo que escribió y reflexiona cómo sería tomada una afirmación tan audaz en la apacible ceremonia de bienvenida al *dream team* de la ciencia mundial. En ese instante, un rectángulo azul irrumpe en su pantalla:

17.30 a 19 horas

Sala B21

Prof. Miles, Dra. Fend & Lic. Griffin

Reunión de avance

Se terminó su rato libre. En un gesto automático, tira el vaso con el resto de café frío en el cesto, busca en el armario su cartera y se dirige a la sala.

Cada viernes a las 17.30, algunos miembros del Departamento de Virología Funcional se reúnen. No son siempre los mismos, depende de la pauta del día, y la lista debe ser aprobada por el director del Old King's College, el profesor Thomas Miles. Esta vez, además de Clara, apenas están Miles y su asesor más directo, el licenciado Griffin. Clara supone entonces que la idea es discutir los términos de la licitación para la compra de nuevos equipos, resolver problemas en la importación de material o alguna otra cuestión más burocrática que científica. Una reunión de rutina que, con un poco de suerte, terminará rápido. Ya no va a volver al laboratorio. Como de costumbre, tras la reunión, se irá a su casa.

A las 17.34, la científica es la última en llegar a la sala. Su leve impuntualidad despoja al encuentro del espíritu relajado que debería imperar un viernes por la tarde, ya desde sus inicios.

—Buenas tardes, Clara, ¿cómo está usted? —dice el director mirando el reloj en vez de los ojos de la interlocutora—. Mire, acaba de llegar el último

reporte —continúa Miles sin esperar respuesta, al tiempo que le muestra una hoja impresa con un gráfico y el logotipo de la OMS—. Todo indica que la incidencia del LPV dejó de crecer hace unas semanas y la curva llegó a una meseta.

Mientras habla, el extremo áureo de su Mont Blanc marca en el papel un segmento de una delgada curva roja. Señala un punto a partir del cual la curva deja de ascender, para continuar su camino en trayectoria horizontal.

—La línea representa la tendencia de crecimiento en el número de casos declarados —dice el profesor Miles dirigiéndose a Griffin—. De continuar esta tendencia, se sacará la campaña de la vacuna 4yu de las prioridades de inmunización para el próximo año —sintetiza. Su inexpresivo rostro británico deja ver un atisbo de satisfacción.

—¿Qué? —exclama Clara echándole un vistazo el papel con los ojos súbitamente enrojecidos—. Los casos son muchos más que los que dice ahí. ¡Ya lo hablamos, Miles! ¡Hay que vacunar urgentemente!

—Esos son los datos oficiales —retruca el director, mirándola fijo por encima de los anteojos de lectura.

—Esa planilla vale menos que una promesa electoral —le responde Clara.

—La duda es una virtud de la que la doctora Fend no puede jactarse —señala con su habitual ironía Griffin, quien elige sus palabras con la misma obsesión que sus corbatas italianas, y disfruta incitando la agresividad que, según él, invade a la solterona cuando está por comenzar su solitario fin de semana.

—Para actuar, es necesario tener marcos firmes de referencia —prosigue Miles—. Algunos están correctos, otros sin duda constituyen errores ridículos. Pero por desgracia, o por suerte, según cómo lo miremos, recién nuestros hijos sabrán clasificarlos en uno u otro grupo —señala con la forzada ecuanimidad que se espera de un superior—. La verdadera sabiduría está en reconocer lo poco que sabemos. Y por ahora, todo lo que se sabe está ahí —dice con arrogancia señalando la hoja de papel que permanece en las manos de Clara.

Internamente, ella está dispuesta a saltar al cuello del director. Pero se contiene. Continúa hablando con el tono ausente de emociones que se espera de una científica.

—Nuestro papel como científicos es revisar de forma permanente lo que se ha afirmado en el pasado —dice Clara—, sobre todo si nos permite evitar una tragedia. La historia muestra que las ideas tienen fecha de vencimiento. Las noticias que recibo ahora no son nada alentadoras. Para empezar, a

diferencia de lo que cree la OMS, el virus ya cruzó el Bósforo, hay casos en Turquía.

Su frialdad dura poco y ella señala, casi al borde de las lágrimas:

—Hay pueblos asiáticos desbordados de personas con síntomas sospechosos, Miles.

—¿Enfermos o hipocondríacos? Doctora Fend, sabe muy bien que apenas sale una noticia, todos se vuelven locos. La epidemia de falsos positivos es un efecto adverso del mundo digital —dice el profesor Miles sin mirarla, mientras aprovecha para ordenar su escritorio para que nada quede fuera de algún eje vertical u horizontal imaginario. Nada, ni siquiera los objetos de su mesada, puede quedar fuera de su control.

—Si hay algún riesgo, por mínimo que sea, se anunciará. Pero hasta ahora parece que los análisis no permiten afirmar eso —señala Griffin. No es su área de experiencia, pero no va a perder una oportunidad de ser despiadado. El dolor ajeno le es inspirador.

—El alarmismo es injustificado y desde acá vamos a seguir frenando el lanzamiento de la vacuna 4yu —concluye el profesor Miles.

—Doctora Fend, usted es nuestra Madame Curie —dice Griffin con tono irónico—. Pero hay cuestiones que no se pueden dejar al comando de las emociones. Por lo que supe, hay quienes temen que las noticias divulgadas en su blog personal estén amparadas en análisis hechos a las apuradas. Sugieren que en este tema usted está perdiendo el espíritu crítico —remarca reduciendo el tono de voz en las últimas dos palabras, en una estudiada manera de enfatizarlas.

—Doctora Fend, confíe en mi experiencia —ordena el profesor Miles—. Es necesario sopesar las implicancias políticas y económicas antes de difundir la noticia de un brote viral sin evidencias fuertes. Una irresponsabilidad que puede costar varios millones...

—Todo lo contrario —interrumpe Clara—. ¿Prevenir no es mejor que curar?

—Doctora Fend —continúa Miles—, le hablo con la sabiduría de los casi doscientos años del Old King's College. En nuestra área hay que ser muy cauteloso. Es mucho lo que hay en juego y tenemos muchas personas observándonos y esperando que caigamos en la trampa. Cuando una experiencia hecha en ratones resulta equivocada, al investigador ni siquiera le cortan el subsidio. Pero con una vacuna se transita otro terreno —se detiene para elegir las mejores palabras—. Si ocurre algún problema derivado del uso

de la vacuna 4yu, por mínima que sea la molestia, los militantes antitecnología lo van a aprovechar para atrasar las investigaciones en virología funcional en una década.

—La vacuna es segura —interrumpe Clara—. Si surge algún problema, seremos los primeros en enterarnos y se podrán tomar precauciones —dice mientras estruja sus manos como si tuviera entre ellas el cuello del enemigo.

—No hay otro grupo de creyentes que se crea más dueño de la razón que los científicos —dice Griffin, e intenta mostrarse imparcial girando la cabeza de forma ostensiva para mirar a cada uno.

Se hace un silencio. El rostro del profesor Miles permanece inalterable; el de Griffin, en cambio, está expectante. Clara trata de tranquilizarse. Sabe que lo que ella afirma es correcto, pero no alcanza. Al ceder los derechos económicos a la humanidad, no era consciente de que con eso iba a perder toda posibilidad de tener aliados. Su mentor se lo había advertido. Si nadie gana nada, ¿quién va a querer correr riesgos?

—Para nosotros, que vemos exclusivamente la parte legal con relación al Old King's College, la cuestión es simple: por más probada y verificada que esté la fórmula, el hecho de no vernos en la necesidad de usarla constituye siempre una excelente noticia. Principio de precaución.

—Lo que está faltando entonces no son casos, es coraje.

—Tengo un compromiso —dice Miles mirando el reloj, pero evidentemente contrariado—. Tendremos que seguir el lunes.

Griffin se levanta y le dirige la mirada a Clara para indicarle que debe hacer lo mismo. Todos saben que el profesor Miles no acepta críticas. Arrojar luz sobre el Miles real y no el que él mismo cree ser puede ser peligroso. Griffin cumple como nadie las expectativas de Miles de recibir tratamiento especial y ser siempre quien dice la última palabra. Ese es el secreto de su relación.

—Aproveche la pausa del fin de semana para reflexionar con serenidad —le dice Miles a Clara mientras le da la mano y le aprieta con fuerza los dedos.

Clara sale furiosa, andando a paso rápido. Una hora más tarde, la humedad de Londres no había logrado apagar su fuego.

WILHELM

El talentoso profesor del Laboratorio Europeo de Ciencia Biomolecular ama el conocimiento. Como líder de varios grupos de investigación, es el padre de muchas ideas exitosas. Aunque en los pasillos también se dice que varios fracasos estrepitosos son sus hijos bastardos.

Además de profesor, acumula varios cargos: gestor de subsidios de investigación, asesor gubernamental, consejero institucional, mentor académico, y varios más en los que básicamente maximiza el potencial de los demás. Al ayudar a sus colegas a desarrollarse siempre gana algo, dice él, sobre todo sonrisas y buenos vinos. A diferencia de la mayoría de sus colegas, el doctor Wilhelm vive el trabajo burocrático con placer, como una manera de tender redes y, tal vez, de que le deban favores. Su instinto de lobista se nutre del placer divino de mover las fichas.

Su oficina, situada en un extremo del milenario bosque de Heidelberg, es un ambiente amplio. El techo y tres paredes son de vidrio. Algunos espejos estratégicamente colocados aumentan la transparencia, lo que da la sensación de que allí dentro no hay nada para esconder. Aunque eso no siempre es cierto. Ahora mismo está terminando de preparar sus valijas para viajar a Shanghái, donde, con el mayor sigilo, está organizando con los chinos un premio con el que pretende hacerle sombra al Nobel. El comité sueco es, en sus palabras, “un club que no me tiene como socio”, en referencia al entretejido de relaciones en las que no puede operar.

Los espejos ocultan también una heladera de vinos especiales. “Aquí escondo mi herencia”, les dice a los pocos con los que comparte las botellas con placer. Al fondo de la bodega hay una especie de caja fuerte, diseñada para guardar los vinos más costosos. Desde hace años, Wilhelm atesora allí un regalo muy especial que le hizo su admirado amigo Craig Venter. Un simple fragmento del ADN de una bacteria. No es un fragmento cualquiera, tiene un altísimo valor histórico. Proviene ni más ni menos que de la primera bacteria artificial, creada por Venter en 2010. Pero, además, encierra un secreto, concretamente un mensaje en código.

Venter adquirió fama por ser el primer científico en crear vida en el laboratorio. Es menos conocido que también estaba interesado en la utilización del ADN como material para archivar datos. Hizo grandes avances en ese terreno y, para immortalizarlos, escribió dentro de esa primera bacteria varios mensajes y definió la clave para interpretarlos. Cada una de las cuatro “letras” del ADN correspondía a siete letras del alfabeto y solamente quien tuviera ese código podría descifrar el mensaje. Wilhelm, como amigo de larga data, fue uno de los privilegiados. Desde entonces, “Vivir, errar, caer, triunfar, recrear vida a partir de la vida”, la mítica frase de James Joyce escrita en ADN, está guardada en un pequeño tubo térmico, en una bodega de vinos de un bosque de Alemania.

Wilhelm termina de preparar sus cosas para el viaje a China, apaga las luces y sale hacia el aeropuerto. En el auto organiza su agenda para las próximas horas. Tendrá una escala de cinco horas y cambio de terminal en Londres. Aprovechará para salir del aeropuerto de Heathrow e ir a cenar en uno de los cinco mejores restaurantes de la ciudad. Es un *gourmand* y disfruta secretamente de la elegancia, sobre todo cuando no es de su bolsillo personal de donde sale la montaña de dinero necesaria para pagar las cuentas. Algún subsidio de investigación registrará el débito.

Horas más tarde, en la exquisita cena en un restaurante de lujo, Wilhelm no está solo. La otra silla la ocupa una joven, una “monja laica” que raramente sale del claustro científico. Ella necesita de su ayuda en un asunto de extrema importancia que está generando controversias. Quiere que él le dé su apoyo.

Algo le sale bien a Clara, al menos ese día. Su antiguo y querido profesor le avisó que iba a estar unas horas en Londres y la invitó a cenar. No tiene dudas de por qué la llamó a ella y no a otra persona. Ningún británico aceptaría cambiar su rutina por una visita de último momento. Clara tiene dos cosas a favor: no es inglesa y su agenda social siempre está vacía. El encuentro con su maestro en un pequeño pero lujoso restaurante de Kensington da un nuevo cauce a sus esperanzas.

“Será una transacción justa”, piensa Clara frente al espejo del baño mientras trata de ablandar los restos de un maquillaje seco por falta de uso. Ella lo acompañará para que él no coma solo, y a cambio podrá escuchar sus siempre útiles consejos, tal vez hasta conseguir su apoyo. Clara continúa haciendo oídos sordos a todos los que le advierten que la biovigilancia es un sistema de obtención de datos que roza la ilegalidad y es, por lo tanto, el camino a la autodestrucción.

—¿Qué te parece? —le pregunta.

Hace apenas diez minutos que se sentaron a la mesa. Su ansiedad le hizo contarle todo a un ritmo frenético. Ahogada en palabras, sin llevarse siquiera un sorbo de agua a la boca, pone en negro sobre blanco la horrorosa situación epidémica que le pinta la biovigilancia virtual. Ahora espera su veredicto, sus ojos verdes brillan. Wilhelm parece haberla escuchado atentamente. Bebe un sorbo de la copa de un vino de Borgoña y la apoya sobre la mesa. Toma el tenedor más pequeño de los tres que descansan a la derecha del *sousplat* dorado, lo clava en el centro de la carne cruda que reposa en el plato de porcelana y la mezcla con un montículo de cebolla picada que forma una pirámide perfecta. Clara mira esa regresión histórica del arte de la cocción sin

realmente verla, es pura expectativa.

—Sorprendente —dice él—. Yo también tengo novedades para contarte —continúa tras terminar de degustar el *steaktartare* y de deformar su rostro en un inexplicable gesto de placer gourmet—. Mi hijo mayor se casa, y los chinos van a financiar el premio Venter de Innovación. Esto último es *top secret* —dice llevándose un dedo a los labios.

Clara toma la copa de espumante que hasta entonces no había tocado y la levanta haciendo un discreto brindis.

—Y, además, me convocaron de las Fuerzas Armadas para diseñar un nuevo programa paneuropeo de protección bacteriológica.

—Inteligencia militar, una contradicción en sus propios términos —dice ella con ironía—. Pero te felicito, es un puesto importante. ¿Hay algún riesgo real? —pregunta Clara, que ya bebió el champagne con la misma atención con la que tomó el agua, y hace a un lado con inevitable mueca de asco las valiosas flores comestibles de su ensalada—. Tal vez no estés autorizado a dar esa respuesta.

—¿Recuerdas aquella famosa pandemia de gripe porcina de 2009? Eras muy jovencita —dice Wilhelm como si no hubiera oído su comentario—. Los tipos están convencidos de que fue, si no causada, al menos aprovechada por Estados Unidos para evaluar su capacidad de respuesta a una eventual guerra biológica. A partir de ahora, seré responsable de la detección del agente letal cuando aparezca —responde Wilhelm.

—Gastan millones en peligros imaginarios y no responden a los que están a la vuelta de la esquina —dice Clara tratando de volver a lo único que le interesa, la epidemia oculta de LPV.

—Lo de 2009 fue en experimento natural —Wilhelm mueve sus dedos índice y anular dos veces en el aire, como dibujando comillas sobre la palabra *natural*—para probar el uso de recursos, capacidad de planificación, liderazgo de las autoridades, respuesta social, etcétera. Obama dejó para la posteridad un plan maestro antiterrorista ya probado. Por supuesto, los europeos tienen su propio plan, como todo el mundo, pero nunca lo pusieron a prueba.

—Me alegro —dice Clara, sin saber ella misma a qué se está refiriendo.

—Para ese puesto me apadrinó Miles —continúa Wilhelm—. Él es parte del Consejo Directivo.

Se hace un silencio que es interrumpido por un mozo aspirante a conferenciante, que explica largamente el contenido de la mesa de quesos y la

secuencia ideal de degustación. Wilhelm lo escucha, Clara no. El rostro de Clara se ha vuelto más pálido que lo normal.

—Volviendo a lo mío... —continúa Clara tras haberse llevado a la boca un queso cualquiera; es lo suficientemente perspicaz como para darse cuenta de que cualquier deuda de honor de Wilhelm con el profesor Miles es un nuevo obstáculo—. ¿Me vas a ayudar?

Wilhelm desvía la mirada de los ojos ansiosos de Clara. Aunque él es una persona generosa, siempre lista para ayudar a los demás, la respuesta ya estaba dada: la gran noticia de la científica ocupó menos tiempo que el que lleva comer una entrada en un restaurante francés.

Los comensales sentados en la mesa de al lado tratan de adivinar qué puede haber pasado entre el hombre canoso y la muchacha que podría ser su hija. Ambos están en silencio. Él piensa que, como su mentor no oficial, ya que a esa altura de la carrera Clara no lo necesita, su servicio no es de orientación. Su papel es de fortalecimiento, crear las condiciones para que ella misma supere sus miedos, transite su propio camino. Clara no lo interpreta así. Con la mirada perdida en algún punto del mantel blanco siente que la que parece ser su última opción, se le está escurriendo entre los dedos.

—Voy a pensarlo —le responde Wilhelm. Y llama al *sommelier* para que le recomiende un vino que armonice con la tarta de frutos rojos y *coulis* de fruta de la pasión que piensa pedir. Wilhelm estira su cuerpo hacia atrás y la mira a Clara muy serio, con la frialdad más extrema de sus ojos azules.

—Las personas inteligentes deben guardar una cuota de agradecimiento para quienes las rechazan o persiguen... Les da la oportunidad de poner en juego nuevos recursos y virtudes.

En ese momento, las dudas que Clara Fend aún tenía son disipadas. La única manera que tiene de demostrar que se acerca una pandemia de LPV es un sistema fantástico pero alternativo que su venerado maestro no apoyará públicamente. Sus pensamientos se encadenan. Aunque ella demuestre de manera inequívoca que llegó la hora de acelerar los pasos que faltan para repartir la vacuna, alguien debe tomar esa decisión, y si no tiene la bendición de Miles o de Wilhelm, nunca va a tener la de la OMS. El virus está allí, aguardando su momento para volverse letal, no le importan los tejes y manejes de las políticas públicas.

Esa noche, mientras se saca sin ninguna delicadeza el maquillaje, la científica se siente desamparada. Pero, al mismo tiempo, tiene el panorama más claro que nunca: si hay algún camino a seguir, debe transitarlo sola.

A la mañana siguiente, apenas llega a su mesa en el tercer piso del Old King's College, un mensaje interno le advierte de que el director la espera a las diez en su oficina. El motivo de la reunión no está especificado. Clara se pregunta si tendrá algo que ver con lo que habló con Wilhelm durante la cena. Hasta se anima a pensar que tal vez Miles haya reconsiderado su posición.

Es casi la hora. Clara deja sus cosas y se dirige de inmediato a la oficina donde el profesor Miles está acompañado por el inseparable Griffin y por una mujer que Clara no conoce. Nunca se habría olvidado de ese pelo color zanahoria que contrasta con la piel color leche que combina con una sonrisa profesional. Miles las presenta, es la directora de Recursos Humanos. El director dirige su mirada al piso. No hace falta tener mucha sensibilidad para darse cuenta de que el encuentro es para comunicar malas noticias.

La mujer comienza:

—La situación es la siguiente, doctora Fend. Como sabrá, las leyes migratorias cambiaron hace un tiempo en el Reino Unido. Pero, en la práctica, lo que cuenta no es sólo la legislación sino su implementación real. Hasta hace un año, la modificación dificultaba apenas la contratación de nuevos técnicos de laboratorio extranjeros. Los científicos, sobre todo los de alta jerarquía, no tenían problemas. Más recientemente, empezaron a aplicar con rigor la ley también en el plantel superior. Los investigadores no británicos de las categorías IV-V...

—¿Qué significa eso en términos prácticos? —interrumpe Miles como queriendo acelerar el amargo trámite.

La mujer abre la boca, pero el sonido tarda en salir. Sin duda, busca las palabras más apropiadas para suavizar la noticia que debe dar.

—Pocos científicos de los que ya están con nosotros podrán quedarse. Hay una cota máxima de trabajadores extranjeros, y la hemos superado. Hemos adjuntado documentación mostrando que su investigación es importante para las prioridades del instituto y del Ministerio de Salud, pero fue rechazado dos veces. A pesar de todos nuestros esfuerzos —resume la mujer dirigiéndose a Clara— su visa de trabajo en el Reino Unido ha sido rechazada, doctora Fend.

—¿Qué? —exclama Clara, que había tardado en entender que hablaban de ella—. ¿Me niegan la visa?

—En segunda instancia —aclara Griffin.

Clara, nacida en la Argentina, había leído muchas veces noticias sobre los obstáculos que ponía el gobierno a la llegada de nuevos investigadores extranjeros. En esos diez años en Londres había sentido crecer el peso de la

burocracia xenófoba en el cada vez mayor número de papeles, certificados, comprobantes y legalizaciones que tenía que pedirles a sus becarios no británicos. Pero ella misma se consideraba exenta. Su posición académica y, sospechaba, el color claro de su piel la habían blindado siempre de ese tipo de problemas.

—¡Eso no tiene ningún sentido!

—El sentido común no está bien distribuido —sentencia Miles—. Pero nadie piensa que necesita más del que tiene.

—Los resultados de una transgresión a la ley son imposibles de prever, pero este instituto no puede permitirse incumplir una orden una vez que fue debidamente notificado —agrega Griffin con tono profesional y mirada de lince.

—Nos queda la apelación, por supuesto —agrega inmediatamente la mujer, con voz más suave y mirada amistosa—. Pero exige determinadas condiciones.

—Salir del país —completa Griffin.

—No se puede iniciar el trámite de apelación desde el Reino Unido —oye decir Clara—. Debe permanecer fuera del Reino Unido mientras dura todo el proceso.

—Imposible —murmura. “No puede ser verdad, es una pesadilla, lo estoy soñando”, trata de convencerse. La conversación de los otros tres sigue sin ella, que parece inmersa en un estado hipnótico.

—La renovación de visas destinadas a trabajadores extranjeros con estudios superiores obedece a una fórmula nueva —explica la mujer— que minimiza la relevancia académica y, en lugar de eso, coloca el énfasis en el último salario que el investigador recibió en su destino anterior.

—Deme un ejemplo —pide Miles, con el alivio de haber pasado lo peor.

—Los estudiantes de posdoctorado siempre conseguían sin problemas su visa de estudio o trabajo con nosotros...

—El ministerio sabe que el Old King’s College no le abre las puertas a cualquiera —dice el profesor Miles con tono seguro mientras acomoda su cuerpo en el mullido sillón de cuero verde. Todo lo que pueda influir en su imagen le preocupa, y eso no se limita a su vestuario impecable, sino que incluye el poder y el prestigio de la institución que dirige.

—Hoy, el Departamento de Migraciones sólo admite que se ingrese el trámite si el salario registrado en el último año que el investigador estuvo en su lugar de origen, en su caso Argentina en 2008, ya que no cuenta su paso

posterior por Estados Unidos, es de 25.000 libras o su equivalente en moneda local.

—Eso excede las asignaciones de los científicos en la mayoría de los países —dice Miles.

—Nosotros tardamos más que otros en ser auditados —recuerda Griffin, lo que provoca en el profesor Miles una inocultable sonrisa de orgullo.

—Es cierto —reconoce el director, sentado como siempre en su tan alta autoestima que no tiene ninguna posibilidad de percibir sentimientos ajenos—. El Sanger Institute, en el que hasta hace poco tiempo uno de cada cuatro líderes de investigación era inmigrante no europeo, ya hace un par de años que replanteó su *staff*. Volviendo al caso de la doctora Fend, ¿este inconveniente burocrático se puede revertir? —le pregunta Miles a la mujer de Recursos Humanos ya sabiendo la respuesta.

Clara es llamada a la realidad, de manera brutal, en las palabras de Griffin.

—Doctora Fend, es mi responsabilidad que usted no ingrese al instituto a partir de mañana. No tiene más que una opción: resignarse, obedecer y salir. Cualquier otra idea es imposible.

Es la gota que rebalsa el vaso y que permite que, al menos por un momento, la verdad se derrame.

—¡Esto es un vericuelo legal para impedirme trabajar! —acusa.

Clara les quita cualquier freno a sus ideas, y en pocos minutos denuncia intereses frustrados de la industria farmacéutica, tráfico de influencias, xenofobia, misoginia, censura académica. Hace aflorar sus ideales utópicos en todo su esplendor sin que nadie la interrumpa, invocando principios y verdades improbables. La funcionaria llamada a dar la noticia escucha con los ojos abiertos, Griffin repite su característica sonrisa irónica y Miles toma agua con tranquilidad.

—No piense que no lo lamentamos —le dice la mujer con voz suave tratando de adormecer la bronca de Clara bajo el manto del dolor compartido.

—Doctora Fend, le recomiendo no vivirlo como un castigo, porque no es así —Miles cuida las formas con cortesía muy *british* sin perder nunca el control. Nadie puede pensar que el puesto de manipular la vida de los demás le queda grande—. Alguien como usted tiene la capacidad de convertir la experiencia en un proceso creativo.

—¡Miles, usted sabe bien que no voy a parar todo e irme a pintar paisajes al campo!

Todos miran hacia abajo, esperando que el tiempo pase. Sólo Miles y Clara se enfrentan con la mirada. La de ella dolorida, a la expectativa de algún reconocimiento; la de él arrogante, exigiendo admiración.

—¿Cuánto tiempo más van a pasar escondidos detrás de la máscara de cautela? —continúa Clara—. ¿Quiéren repetir la historia del HIV, un virus que por negligencia mató a cuarenta millones de personas? ¿O del Zika, que puso en jaque a la próxima generación?

Nadie responde y Clara siente una espantosa presión en la base del cráneo, el repentino e intolerable dolor de cuello con el que se expresa su angustia. La puntada la obliga a bajar la cabeza. Es la misma posición en que se colocan los animales cuando muestran que están vencidos, ofrecer al enemigo la parte más frágil de su cuerpo, la nuca, un gesto corporal que marca el final de la lucha por el territorio. Al darse cuenta reacciona, levanta el rostro de manera rápida y recurre a unas palabras que nunca deberían haber sido pronunciadas:

—¡Están todos locos!

No quiere que los ingleses la vean así, fuera de control. Se muerde con fuerza los labios, respira con profundidad hasta que se levanta de forma brusca y se dirige a la puerta. Tiene que irse de allí antes de que las lágrimas que está reteniendo a la fuerza consigan salir de su cuerpo. Corre hacia la salida, la puerta de vidrio demora unos segundos más de lo habitual en franquearle el paso, tal vez el detector facial del acceso titubeó a la hora de reconocer a esa mujer de ojos brillosos y facciones desencajadas en el registro biométrico de Clara Fend. Antes de salir se da vuelta dispuesta a hablar con serenidad, pero no lo consigue. Finalmente, se va. Habló más de lo que hubiese sido prudente. Y sospecha que en esos momentos Miles y Griffin sonrían.

Atravesando pasillos, Clara mantiene una caótica conversación consigo misma, buscando las palabras justas sin conseguir hallarlas. “Imposible”, había dicho el idiota. Llega a su laboratorio, del que nunca pensó que alguien la sacaría, y se relaja. Como convocados por las lágrimas, desfilan ante sus ojos los años transcurridos desde la llegada a Inglaterra, joven y repleta de ilusiones. De a poco recupera la frialdad que la situación exige. No tiene sentido atrincherarse como una militante estudiantil que toma la facultad para darle sentido a su vida. Se irá. Pero tampoco servirá de nada escribir un *paper* desde el exilio. Eso sólo le haría perder un precioso tiempo. Mientras se lava la cara, se dice a sí misma que no será con argumentos legales, razones científicas o discusiones teóricas que podrá alcanzar sus objetivos. Su carrera

y la vergonzosa deportación de la ciencia británica no son, ni siquiera en ese momento, lo más importante. Piensa en el virus LPV, necesita una solución rápida, una medida directa, contundente, eficaz. Si no hay una pronta vacunación, va a ocurrir una catástrofe.

Mientras habla consigo misma va juntando algunas cosas, libros, revistas, fotos, y cuatro o cinco objetos personales a los que les tiene afecto, empezando por un horrible juguete de plástico que le regaló su padre. Se dirige a la habitación contigua, se coloca un guante grueso que le llega hasta el codo y levanta la tapa de un tanque metálico gris. Una nube de vapor frío la envuelve, pero no altera sus planes. Saca de allí una serie de cajas diminutas que están guardadas a 195 grados bajo cero. Con una pinza, las acomoda en un pequeño cofre de aluminio, del tamaño de un joyero, lleno de nitrógeno líquido. Cierra bien el cofre, lo pone en un balde negro de plástico y lo lleva a su oficina.

Lo que los grises funcionarios de Migraciones que rubricaron el documento no sabían es que cuando una mujer como Clara ve construir una pared en su camino, no se detiene. Minutos después, la científica atraviesa el portón de salida del Old King's College cargando en su brazo derecho una cartera abierta repleta de papeles tan pesados como inútiles. En la izquierda lleva, sin llamar la atención de nadie, una heladera portátil floreada. Días antes había trasladado allí un sándwich de jamón y queso, un té helado y una ensalada de fruta. Ahora lleva algo mucho más valioso.

CAPÍTULO 2

En cuestión de minutos, Clara Fend pasó de ser una científica reconocida a una trabajadora ilegal. Pero eso es algo que hasta puede ser considerado menor teniendo en cuenta que lo que se llevó del laboratorio la convierte lisa y llanamente en una delincuente. Era esencial para el mundo que ella tomara una actitud proactiva, aunque ahora, sentada en el metro, su corazón amenace estallar. Los dedos le tiemblan. Digita un mensaje corto para contar sus novedades debidamente censuradas. Escribir en la pantalla de su viejo teléfono es lo bastante incómodo como para que nunca se explaye demasiado. Esta vez eso la ayuda a dejar la expresión cabal de su furia para otra ocasión. Como destinatarios, marca apenas dos personas: Wilhelm, su mentor, y su amiga María.

De Wilhelm espera alguna solución a su problema. No sabe cuál, pero sí espera que él ejerza su admirable creatividad haciendo conexiones, uniendo puntos inesperados, reuniendo personas o intereses que nunca se cruzarían si no fuera por su intervención. Espera algún atisbo de camino a recorrer que todavía no tiene. De María, por el contrario, sólo pretende recibir afecto. Tal vez, lo que en ese momento más necesita.

A los pocos minutos recibe una respuesta y es de María. Además de palabras de cariño, le ofrece un departamento en París que heredó recientemente y que podría usar todo el tiempo que necesite. A cambio, apenas le pide que pague las cuentas durante su estadía. La propuesta es más que tentadora.

Al final de esa misma tarde, tiene todo resuelto: pasaje de tren, limpieza de la heladera y la media docena de trámites necesarios para la interrupción temporal de su más que sencilla vida cotidiana. Tiene la tranquilidad de saber que, si es necesario, María se ocupará de todo lo que ella se olvide, es ordenada y siempre dispuesta a ayudar a los demás. En este momento, Clara no se permite pensar en los peligros que va a correr. Hace todo en forma automática y eficiente, con el temple que le posibilita seguir siempre adelante cuando cualquier otra persona pensaría que todo está acabado. “Imposible”, le habían dicho. La palabra que para la mayoría convoca sentimientos negativos, para Clara es una simple expresión de ignorancia. En este caso, de cómo resolver una situación que un funcionario del Departamento de Extranjeros del

Reino Unido había decretado irreversible. Lo único que Clara acepta es que, para avanzar en su proyecto, debe dar un paso al costado. Pero no de la manera en que la mujer de Recursos Humanos se imagina.

Muchas veces en la vida había empezado a pensar que, para apaciguar su conciencia social, tarde o temprano debería darle la espalda a la inercia de los claustros académicos. Los conoce bien y sabe que están dominados por el *statu quo*, guiados por objetivos no siempre humanitarios. Pero nunca puso totalmente en práctica esa decisión. Tuvo un acceso de lo que Wilhelm clasificó como rebeldía juvenil cuando donó a la humanidad la patente de su vacuna 4yu, como antes de ella hicieron Salk y Sabin. Lo hizo convencida de que, así como otros impulsaban el software de código abierto, la biotecnología tenía que hacer lo mismo. En su caso, eso iba a permitir la existencia de otras vacunas transmisibles. Como los rebeldes digitales, ella lo hizo sabiendo que tarde o temprano se enfrentaría a tiburones grandes. Ahora se pregunta si ese momento ha llegado.

Es casi medianoche en Inglaterra. Clara se queda un buen rato en la penumbra del living de su departamento, recostada en su *chaise longue*. Abandonar el mundo académico no es una decisión fácil, es como renegar de la propia familia, a la que ama a pesar de sus defectos. Pero dejar lo que hasta ese día era su hogar le parece un sacrificio necesario. En el Old King's College, la cautela es una falsa prudencia que debe favorecer a alguien. Clara aún no consigue ensamblar todas las piezas del rompecabezas, pero la siniestra reunión de ese día reforzó su certeza de que debe dejar drástica y definitivamente los sistemas científicos oficiales. “No voy a ser cómplice de una negligencia inadmisibles.”

Por primera vez en la larga jornada se ofrece un instante de verdadera reflexión. Frente a ella, sobre la mesa, hay una heladera portátil floreada. Allí hay mil dosis de la vacuna que estaban preparadas para la última fase de experimentación, necesaria apenas para cumplir requisitos legales. Se las llevó del instituto sin pensar demasiado, como la mujer traicionada que junta su ropa al abandonar llorando el hogar conyugal. Todavía no sabe qué hará con ellas.

Su mente se traslada al pasado, revive la conversación que tuvo con Wilhelm cuando donó los derechos económicos de la vacuna. “Lo único que conseguiste es atrasar todo”, le había advertido Wilhelm. “Ahora necesitan buscar otra fórmula, patentable.” Es por eso que no hay ningún estímulo para ver la espantosa realidad y cualquier obstáculo a la vacuna es bienvenido,

piensa ahora. Wilhelm lo vio antes que ella.

Al llevarse con ella mil dosis de la vacuna, la científica rebelde hizo un movimiento mayor. Cualquier objetivo con un mínimo de posibilidades debe estar alejado de Miles. Pero ahora se va, y no tiene ni siquiera dónde dejarlas. No necesitan condiciones extremas, apenas un freezer, pero en su departamento se arruinarían al primer corte de luz. Piensa en su amiga María, siempre dispuesta a hacerle favores; podría pedirle un sector de su heladera. No, lo descarta, no puede perder el control sobre las vacunas, tiene que llevárselas donde sea que vaya. Y el destino quiso que ese lugar fuese Francia, un lugar del que la separa una de las fronteras más vigiladas del mundo. Mira el futuro y la realidad le da una bofetada: las posibilidades de un fracaso son altísimas. Pero ya no puede dar vuelta atrás. Por eso se concentra en planear el próximo paso: cómo llevarse las vacunas consigo. Y el mejor lugar sigue siendo, ella cree, el bolso térmico floreado.

Su ansiedad la hace llegar con exagerada anticipación a la salida del tren subterráneo que atraviesa el Canal de la Mancha. Clara y su valiosa carga deben esperar una hora en la estación. Le manda un segundo y breve mensaje a Wilhelm para decirle —sin hacer mención a sus planes ilícitos— que se va a Francia.

A pesar del desinterés que él últimamente demostró por sus problemas, aún lo ve como a un padre protector: sólo espera no tener que pedirle auxilio desde una cárcel.

Aún faltan cincuenta y cinco minutos para la partida del tren. Clara está sentada en un frío banco de metal y observa a su alrededor el complejo mundo que se oculta bajo la superficie. Ve hombres y mujeres en las escaleras mecánicas, otros caminando a paso rápido, atravesando de a uno las puertas automáticas, que se abren apenas colocan sus manos sobre un sensor biométrico. Su cerebro analítico, incapaz de relajarse, la mantiene distraída. Especula con que, una vez que sus huellas digitales garantizan que no son buscados por terroristas, esos millones de personas ingresan a un mundo paralelo más libre, poblado por violinistas sin teatro, cambistas sin banco, vendedores de drogas sin mostrador y mendigos sin iglesia. “Lo único que falta acá son científicos sin laboratorio”, piensa al ver una enfermera sin hospital tomando la presión a un transeúnte, sentada frente al grafiti de un artista sin atelier.

Ese viaje de Londres a París ya lo ha hecho varias veces. Cruzar por el puesto policial de la estación de St. Pancras es siempre un trámite más. Ahora

el desafío le parece sobrehumano, y en cierta medida lo es. “La policía antiterroristas sólo busca fundamentalistas con armas, líquidos o determinados tipos de polvo, y yo no llevo nada de eso”, se dice tratando de que ese argumento reduzca su frecuencia cardíaca.

Tiene motivos para confiar en que nadie la descubrirá. Cada dosis de la vacuna 4yu es una microgota. Están introducidas en agujas tan finas que en un tubo plástico del tamaño de un tampón femenino caben doscientas, y están fabricadas en un material no metálico indetectable por rayos X. Además, están colocadas dentro de la humilde heladera de pícnic, junto a un yogur de naranja y miel, doscientos gramos de panceta barata y una mermelada de frutos rojos abierta. ¿Quién va a preocuparse por los cinco tubos que, a propósito, dejó sueltos entre los bloques de hielo?

Aun así, Clara tiene mucho miedo. Cuando llega la hora, avanza lentamente hacia el control policial arrastrando su valija sobrecargada y oprimiendo más de lo necesario el abrigo trabado con el brazo izquierdo. “La mejor manera de que nadie se dé cuenta de algo es hacerlo frente a todo el mundo”, le enseñó su padre. Efectivamente, pasa sin problemas, nadie desconfía, casi ni la miran. Clara sube al tren como una pasajera más.

Acomoda sus pertenencias, se sienta e intenta leer, sin conseguir concentrarse. Observa las paredes sucias que el tren deja atrás, los símbolos incomprensibles pintados en los muros de las periferias de París. “No se deja de escribir por no tener libertad”, dice un grafiti. En el suelo, trabada con sus piernas, descansa una inocente heladera floreada. Cierra los ojos y piensa. ¿Y si todo fuera en vano?

PARÍS

Los viajes son transformadores. Clara Fend sale del mismísimo vientre de París sin el miedo que la había perseguido apenas cuatro horas antes, cuando entró en las entrañas londinenses. Está convencida de estar haciendo lo que debe y de que, aunque le declaren la guerra, no serán los inmorales quienes redactarán la historia.

Termina de subir las escaleras de la estación de Vaugirard cargada de energía. Pocas cuerdas la separan de la rue La Quintinie, donde está el departamento de María. Camina a paso sostenido. En la puerta de acceso al viejo edificio amarillento, digita con cuidado la clave que su amiga le envió junto con la dirección. La pesada puerta de madera de tres metros de altura se abre con un zumbido suave. Sonríe aliviada. El miedo de que la combinación secreta no funcionara la había acompañado todo el viaje. Otro obstáculo

vencido. Ahora pone tres veces el dedo en el sensor y registra su huella digital. A partir de ese momento, su pulgar derecho, siempre a mano, le franqueará la entrada.

El edificio es antiguo, sin ascensor y con la historia de sus habitantes escrita en la suciedad de las paredes. En uno de los descansos, unas iniciales grabadas desprolijamente en el pasamano de madera oscura llaman su atención, unas letras mayúsculas y una fecha, de tres décadas antes, circundadas por un corazón. Sonríe calculando las posibilidades de que esa pareja ya no exista. “Voy a dejar una marca, pero de otro tipo”, piensa. La mujer imagina que un día pondrán en la fachada una placa azul:

Aquí vivió Clara Fend.

Científica argentina que, con tesón y coraje, revolucionó la epidemiología.

Pasaron apenas veinticuatro horas del inicio de la pesadilla y su autoconfianza a prueba de balas da algo más que brotes. Ya logró reorganizar su vida, cruzar una frontera, y eso alimenta sus esperanzas. Cree que el apoyo de Wilhelm y finalmente de la OMS llegará y que, a la larga, la humanidad premiará su coraje frente a la coyuntura adversa. Llegó a París por casualidad, simplemente porque una amiga solidaria le cedió un techo. Pero por motivos históricos Clara entiende que París es el lugar ideal para fundar una nueva corriente de pensamiento. La ciudad debe su prestigio intelectual a la apertura a las vanguardias, y pocas ideas le parecen más innovadoras que una comunidad internacional de hackers al servicio de la ciencia. La biovigilancia, el monitoreo global de un virus, será el primer movimiento de esa revolución urgente y esencial. Y en su éxito llevará de la mano a su vacuna. El LPV será aniquilado sin beneficiar a ninguna corporación, sólo al pueblo.

Abre la puerta del departamento. Con armarios y estantes por todos lados, el espacio libre es un lujo inexistente. Es tan diminuto que no tiene que caminar más de diez pasos para llegar a cualquier lado. Necesita una mano de pintura. El horizonte al que accede por la única ventana del monoambiente es una pared sucia que se alza hasta el infinito. ¿En ese interior al que no le llega ni un soplo de brisa, ni una muestra gratis de sol, se dedicará a pensar una manera nueva de hacer ciencia? Su sueño no puede reconocer limitaciones, ni siquiera edilicias, se dice. Pero esa noche ni siquiera saca las cosas de la valija porque no se le ocurre dónde ponerlas.

La minúscula cocina evoca a su último habitante. Repasadores agujereados, tazas manchadas de siglos de café, latas de comida exótica

vencida hace años y media decena de frascos de salsas preparadas que tapan cualquier otro sabor. En franco contraste, la puerta de la heladera es una pantalla brillante que le avisa en letras grandes cuando se acaban los huevos, el hielo o la cerveza. El microondas, conectado al contenido del freezer, sugiere recetas y tiene una alarma que suena a la hora de comer.

“Para vivir en este lugar alcanza con obedecer las órdenes de las máquinas”, escribe a María. Se hace un té, guarda su tesoro en el freezer y se va a dormir, arropada apenas por sus esperanzas. Piensa que el día siguiente, el primero del resto de su vida, va a tener el brillo de los comienzos.

“Afrodita, mmm...”, balbucea el hombre anticipando placeres privados en una de las tantas noches vividas en compañía de la computadora. La descubre en una red de interés literario, donde se bajan libros de forma gratuita y se intercambian opiniones. Ella se acaba de registrar con el nombre de la diosa. Autor favorito: Jorge Luis Borges.

A los pocos segundos, él coloca su primer mensaje. Como ella, usa el nombre de un dios griego: Hermes.

Cuando se proclamó que la Biblioteca abarcaba todos los libros, la primera impresión fue de extravagante felicidad. Todos los hombres se sintieron señores de un tesoro intacto y secreto.

Ella teclea rápido otra frase del mismo libro.

AFRODITA: *La certidumbre de que todo está escrito nos anula.*

HERMES: *La biblioteca es ilimitada...*

... Mi soledad se alegra con esa elegante esperanza.

El inicio de la relación es puramente intelectual. No se conocen las voces ni los rostros, todo es digitado. Como para mantener una distancia, que aún así se reduce a pasos agigantados.

Ella le pregunta sobre su trabajo:

HERMES: *Desarrollo games...*

Y le dice que no está solo cuando ella tantea para saber su situación familiar o amorosa.

Tras media docena de mensajes, de a poco comienzan a abandonar lo escrito por otros para dejar translucir sus sentimientos.

HERMES: *El único obstáculo para crear mundos que no existen es la falta de imaginación.*

Es un ser especial, intuye la mujer.

Ken, el hombre que se presentó como Hermes, es efectivamente un ser especial. Solitario, pasa sus horas y sus días frente a la pantalla. Lo único que le quedaba que se pareciera a una familia era una tía que cada tanto se le aparecía en el chat y le preguntaba cómo estaba, pero ahora ni siquiera eso. Mantiene múltiples relaciones, pero todas son virtuales. Y si bien nunca le

gustó salir, al terminar el colegio se dio cuenta de que ya no estaba obligado a hacerlo. A su domicilio llegaba lo que necesitara, ya fuese por entregadores anónimos o por la Red. Un miedo creciente a los peligros epidémicos del mundo, SARS, H5N5, HTLV 11 entre otros, le dio combustible a su personalidad ermitaña. Ken vive solo y enclaustrado en su propio cuarto desde hace casi dos décadas.

No le cuenta nada de eso a la mujer sentada en la oscuridad frente a una pantalla. Sólo confiesa:

HERMES: Me cuesta entender a las personas... pero las computadoras no tienen secretos para mí.

Inmersa como él en un planeta propio de luz artificial, Afrodita hace otro retrato incompleto de sí misma. Dice su edad; el hombre, no. Por momentos, él le parece muy juvenil, en otros, mayor. La relación virtual avanza en la penumbra de las palabras escritas y las músicas compartidas.

HERMES: El mundo que me he creado para mí mismo es maravillosamente estable.

Y Clara Fend, al leerlo escondida tras el nombre de Afrodita, siente una punta de envidia.

Se entusiasma con estos intercambios inspiradores del hombre sin voz ni rostro. Él se siente atraído porque las imágenes le muestran a una mujer joven, de cuerpo bien proporcionado, que se le antoja de una sensualidad irresistible. Tal vez porque tiene la belleza única de quien no sabe que está siendo observada. En la pantalla de acceso de la computadora de Clara, Ken instaló una cámara de video de alta definición, sin flash ni obturador, que capta diez fotos por segundo. Ella no lo nota, el programa Hidden es un cuadrado mínimo perdido entre otros y que parece un archivo más.

El hacker sabe a qué hora ella se conecta y a qué hora se va a dormir. Consigue acceso a la red digital que mantiene vivo el departamento de París y, al cabo de un tiempo, todos los dispositivos electrónicos son forzados a transmitirle información. Hasta la balanza, impúdica, le rebela día a día sus oscilaciones de peso. Ninguna mujer se toma el trabajo de proteger sus máquinas de los programas espías, y Clara no es la excepción. Un túnel de comunicación que atraviesa el planeta permite que el hombre la siga desde Tokio, en tiempo real, sin que ella tenga noción de que ya no está sola en París.

Vigila su vida. No sólo su pasado o sus relaciones, sino que fuerza los candados de su red de dispositivos electrónicos y olfatea todo, la música que escucha, los textos que lee, los informes que escribe, las conversaciones que mantiene con la que parece ser su única amiga. El hombre la mira todas las

mañanas, cuando al levantarse de la cama se pone un deshabillé viejo. La contempla cuando camina unos pocos pasos hasta la cocina y a veces llega a ver un poco cuando se saca el abrigo antes de entornar la puerta, probablemente un movimiento imprescindible para usar el perchero. El hombre permanece quieto, atento a su respiración, hasta que la pierde de vista. La sigue cuando se dirige al minúsculo baño, pero adentro no hay cámaras. Ken aumenta el volumen del audio y escucha un ruido tenue. Parece un líquido, lo imagina saliendo de su delicado pubis, por un instante la visualiza acariciando sus partes íntimas hasta que un estruendo lo saca de su ensoñación. Baja de nuevo el volumen. Recupera el contacto visual cuando la mujer sale del baño, la ve vestirse. Así es cada mañana. La encuentra cada vez más atractiva, está hechizado, obsesionado. Como no estuvo por nadie en la vida.

Durante el día, cuando ella sale de casa, su GPS y las omnipresentes cámaras urbanas le permiten acompañar su vida en tiempo real. Aún así, se pone ansioso y feliz cuando regresa porque se acerca el momento en que Afrodita lo busque de nuevo. Por las noches, los dos digitan apasionadamente como si las palabras, o el tiempo para expresarlas, les urgieran.

Una de esas noches, el semblante de la mujer le parece triste. La arruga de su frente se niega a desaparecer, aunque no le quita un gramo de belleza. La escucha hablar con su amiga. “Si Miles la hubiera entendido... Si Miles no fuera un miedoso... Si Miles...” Él no sabe quién es Miles, sólo sabe que ese nombre es capaz de hacer saltar lágrimas de sus bellos ojos verdes.

Esa noche, Hermes hace salir de los parlantes de Afrodita una fuga de Bach. Ella acepta la invasión sonora con normalidad, no es la primera vez que comparten música. Tampoco le sorprende que el volumen vaya bajando de forma paulatina, sólo siente que las notas llegadas de otra época le transmiten la paz que necesita ese día. La misma música los entrelaza, hasta que se hace el silencio. Hace calor en París. La mujer duerme semidesnuda en su cama, el hombre en la suya piensa cuán afortunado es. Si quiere detener el tiempo, le alcanza con salvar la imagen. Amplía la pantalla con las manos, toca la curva de sus muslos, el ángulo de las rodillas, los labios carnosos entreabiertos, acaricia con la punta de sus dedos los pechos parcialmente salidos de un *soutien* blanco. Olvida que tan sólo está ensuciando un vidrio.

Tras unos días, Ken toma una decisión drástica. Oscurece el vidrio de su propia ventana, que no es otra cosa que una pantalla programada para emular el día y la noche, y pone todos los relojes en el mismo huso horario de la

mujer. Será incómodo acostumbrarse a vivir en Tokio como si fuera París, pero valdrá la pena. Desde que la conoce, el hombre siente una sobrecarga de energía y no quiere perderse ni un minuto. De manera inédita, su sensor interno le dice que es la mujer ideal para compartir su reino privado. Tras una vida que parecía no tener sentido, ahora se da cuenta: está allí para ella.

—¿Alguien sabe algo de Clara?

La pregunta perfora el barullo de voces y cuerpos en movimiento alrededor de las mesas altas del *pub*. Palabras simples pero que provocan un silencio inmediato en uno de los grupos. Una sirena policial no habría generado una interrupción mayor.

—Me crucé con ella el día que le dieron la noticia —responde finalmente un hombre bajo, obeso, de piel muy blanca y con pozos—. ¡Hablabas sola, insistías en que debía de tratarse de un error! —complementa el hombre colocando una mueca en el lugar que otros ponen la sonrisa.

En el *happy hour* oficial, al que todos se ven moralmente obligados a concurrir al menos una vez por bimestre, el ambiente aparenta ser descontracturado, de camaradería. Pero cualquier observador externo podría descubrir la pirámide jerárquica. Hay un hombre alto, delgado, mayor que los demás, que tiene una camisa con sus iniciales bordadas y que sin duda es el jefe.

—¿Sabe, profesor Miles? —sigue diciendo el hombre—. La Fend estaba sobresaltada —y la imita burdamente.

Miles no dice palabra. No le agrada la amistad súbita de subalternos de quienes apenas recuerda el nombre.

—Clara debe estar intentando mejorar el mundo, como siempre —sentencia María, la técnica responsable por el mantenimiento de los animales de laboratorio. Escocesa, joven, de ojos color turquesa y con el cabello de un llamativo rojo, es la única que aún se presenta como amiga de Clara.

—Pero no lo va a lograr con su insostenible idea de biovigilancia virtual —dice otro—. Nadie la va a publicar, no va a existir. ¿Qué opina usted, doctor?

—La OMS no considera evidencias obtenidas por métodos no convencionales —concluye el profesor Miles.

—Ella no es consciente de en qué medida su poderosa inteligencia tiene un talón de Aquiles —prosigue Miles, que en ese momento apoya su jarra de cerveza en la mesa con determinación—. Un científico no puede enamorarse de sus ideas.

—Pero ¿cuál es la verdad? ¿Cuántos casos de LPV hay? —pregunta María.

Miles levanta los ojos para ver quién puede tener el coraje de hacer esa pregunta. “Bella, ojos atractivos, pechos interesantes, ropas vulgares y no muy inteligente”, dictamina rápidamente: “Es la chica del bioterio. Es evidente que desconoce lo que hay detrás de una decisión científica. Y su día a día con los bichos no la prepara para las sutilezas de la jerarquía”. Miles da una respuesta vaga y se pregunta por qué Griffin no llega de una vez por todas para salvarlo.

Griffin no está allí porque está trabajando. “Una mujer ofendida no debe acceder a ningún tipo de documento”, había sentenciado apenas Clara dio el mítico portazo. Como si de eso dependiera su vida, ahora verifica periódicamente que todos los accesos de Clara Fend a la información del Old King’s College sigan debidamente bloqueados. Eso abarca las fuentes de datos comunes, pero también las que se archivan encriptadas. Y las más importantes, que se guardan sólo en papel. Y esa tarea de control lo obliga a trabajar hasta más tarde.

—¿Y el asunto de su visa? —sigue preguntando María, como si no supiese que está metiendo el dedo en la llaga.

—Sin duda saldrá favorable a nuestro pedido, pero no sabemos cuándo. Son los tiempos de las oficinas del Estado —dice el profesor Miles que, como siempre, se escapa de dar definiciones precisas pero que aprovecha a hacer marketing institucional con los empleados—. Nuestro departamento de asuntos legales trabaja en eso.

—“Nos interesa la gente” —agrega otro cantando con ironía británica el eslogan del gobierno.

—¿Qué hará Clara ahora? Ya tiene edad para casarse, tener hijos y engordar —bromea una mujer que parece haber seguido ese camino, empezando por el último objetivo.

Miles escucha todo, pero su rostro duro cubre sus pensamientos como una pared. La pregunta tiene múltiples respuestas y él puede vislumbrar algunas, los últimos días ha construido escenarios incompletos, suspendidos en un espacio con numerosos puntos ciegos. Su mirada, entre tanto, concentra su atención en las puntas de sus relucientes zapatos.

—Les digo exactamente lo que va a pasar —sentencia Miles después de un silencio que nadie nota—. Va a aguantar el verano, nadie en su sano juicio pretende que pase algo importante en el departamento de migraciones o cualquier otro en julio o agosto.

—Vacaciones —dice la mujer gorda.

—Poco probable. Va a estar día y noche estudiando el software de biovigilancia hasta conocerlo mejor que los programadores —dice Miles con tono de admiración encubierta.

—¿Y después? —pregunta el hombre obeso que en realidad quiere saber si va a haber una movida permanente en las posiciones del laboratorio que dé lugar a su ascenso.

—Después, no sé. Pero por un tiempo no va a poder hacer nada más que eso.

A los cinco días, el hogar parisino de Clara está más limpio y ordenado que cuando había llegado, pero su plan faraónico de establecer una nueva escuela de salud pública basada en la biovigilancia virtual de enfermedades, y que a su vez sentara las bases para declarar la epidemia de LPV, no avanzó ni un paso. Y su confianza ya no es la misma, como si la humedad que crea formas monstruosas en la medianera que observa día y noche la hubiese minado. Su mente genera ideas desalentadoras sin su autorización, y las repite con cada vez más frecuencia.

Viejos recuerdos que creía olvidados vuelven a visitarla. La culpa de no haberse preocupado y ocupado de la infección crónica que sufría su padre vuelve a invadir sus pensamientos. El mensaje que no contestó, la pregunta al experto que nunca hizo, la muerte absurda de la persona que tanto quiso, y no haber hecho nada para evitarla. Volverse una experta en virus no había logrado suavizar sus remordimientos, tan sólo sirvió para ocupar su cabeza y distraerla por un tiempo. Apenas relaja un poco su atención profesional, sufre por las acciones que una década atrás debía haber hecho y no hizo.

Cada mañana se anima cuando va a un café cercano para ver París pasar, pero por las noches se siente una perfecta idiota, y se distrae chateando con un desconocido. A la semana, ya se pregunta si está dispuesta a pagar las consecuencias de los actos que cometió.

Lleva un mes en París, deprimida y gastando sus propios ahorros cuando Wilhelm le da la gran sorpresa. Le ha conseguido un cargo de investigadora visitante en el Instituto de Investigaciones Moleculares de París y un pequeño subsidio. “Una tabla de salvación”, le dice en ese momento el maestro.

Clara duda mucho en aceptar esa oferta. Necesita el dinero, pero no quiere volver al sistema académico del que se había desprendido con tanto dolor. Sin embargo, ese mes, además de achicar su cuenta bancaria, le enseñó algo: no va a conseguir hacer nada si sigue aislada. Ese cargo de investigadora no es un canto de sirena que la atraparé por el resto de su vida, sino el punto de partida

para llevar adelante su plan de no quedarse de brazos cruzados frente a una epidemia que, con excepción de ella, nadie quiere ver.

A las 10 en punto, Clara llega a su futuro trabajo y recibe el mensaje con el número de sala donde el director la espera. El doctor Schami la aguarda de pie en la puerta. Es tan grande que ocupa casi todo el marco. Le da la bienvenida estrechando su mano con firmeza. Su tamaño y corte de cabello evocan más a un guardia de seguridad que a un científico. A pesar de su aspecto un poco rudo, es un hombre de sonrisa amable e indescifrables ojos color almendra. La conversación es seca, salpicada con las bromas de rigor sobre el mundillo científico. Schami le hace pocas preguntas, generales, y sólo le menciona que espera que esté a la altura de la recomendación. “Me dijo que vas a darnos el premio Nobel que tanto necesitamos”, le confiesa mientras la invita a conocer el instituto.

Mientras le informa las ventajas y limitaciones de su posición como investigadora visitante, atraviesan juntos los viejos corredores reinventados con lo último de la tecnología, recorren los salones de conferencias, pasan frente al comedor, los gabinetes de telepresencia y las salas de reunión más pequeñas. Se ve la Torre Eiffel desde todos lados —le asegura el director orgulloso— excepto desde el depósito de insumos y de un par de laboratorios de alta seguridad que tienen paredes blindadas. El doctor Schami le muestra con evidente satisfacción los cuartos refrigerados y las cabinas estériles con presión de aire negativa. “La seguridad es nuestra prioridad”, dice para extrañeza de Clara, que todavía cree que lo principal para un científico debe ser la búsqueda del conocimiento.

Clara se esfuerza en mostrarse humilde, presenta las credenciales de su experiencia sin exagerar y da muestras convincentes de que la rige un respeto religioso a la autoridad. Ya aprendió la lección con Miles: no tiene sentido enemistarse. No va a volver a equivocarse. El paseo termina cuando llegan a un pequeño escritorio. Al lado de la puerta de vidrio se ve su propio nombre escrito en la pared en luz.

—Bienvenida —le dice Schami extendiendo el brazo. La hace pasar, pero él se queda en el pasillo. Clara lo interpreta como que no va a entrar en su territorio.

Sobre la mesa negra no hay nada excepto una botella de agua y un vaso. Las paredes limpias y brillantes le dan un oxígeno que no había conseguido en los muros atiborrados del departamento de María. Siente que la pizarra electrónica, que abarca una pared casi de un extremo al otro, pide a los gritos

que le confíe sus buenas ideas. Toma el lápiz y empieza a hacer un resumen de la situación. El formato definido de las letras la ayuda a ver todo con más claridad. Esa noche, camina en dirección al departamento nuevamente con la energía que siente alguien que va a dejar un legado.

Al llegar, abre la puerta y se queda congelada ante una escena inesperada. Su hogar está invadido por imágenes tridimensionales de flores hechas de luz. Los ramilletes surgen de todas las lámparas inalámbricas del departamento, que no son pocas. En el frente de la heladera, en lugar de los mensajes habituales, se despliega una rosa blanca que exhibe lentamente su belleza. En la superficie digital de la mesa de luz que Clara usa apenas de reloj despertador, a medida que pasan los segundos aparecen nuevas flores. En cualquier lugar que mire hay algo en transformación, todo el tiempo, con formas curvas y colores suaves. Pareciera incluso que del cielo raso llovieran pétalos de luz y se fueran acumulando en el piso. La mujer está como en trance, rodeada de planos de colores y paisajes sobrenaturales que desaparecen con la misma rapidez que surgen. De inmediato sus pensamientos son sustituidos por una sensación que traspasa las fronteras de su inteligencia. Un estado emocional que la científica no podría describir porque para Clara Fend es inédito.

Hermes, su amante virtual, había creado para ella el virus más romántico del mundo.

—¡Qué belleza! —susurra Clara para sí misma.

—Quise alegrarte el día —pronuncia él en español.

Clara se sobresalta. Es la primera vez que, en lugar de música, el audio le ofrece una voz. Y le habla en un idioma que evidentemente no es su lengua materna.

—Espero que te gusten.

Por un momento, se pregunta si no es un trastornado, llega incluso a oír las eternas advertencias de su madre, que siempre veía peligro en todo y en todos, temor al que ella se enfrenta desde su adolescencia. Incluso, como jamás reconocerá ante su progenitora, corriendo riesgos.

Ante la pregunta de ella acerca de su acento al hablar español, le dice que lo único bueno de sus largos y penosos años en el Colegio Internacional de Tokio había sido aprender cinco idiomas. Ese día, él emplea su propia voz para decirle su nombre, Ken. Como si ofrecer su voz y su identidad significara un cambio en el nivel de confianza, le cuenta más de su vida. Le confiesa que desde que terminó la escuela es un militante de la exclusión autoimpuesta, que

esta creció gradualmente hasta lo que es su vida actual. Se lo dice en palabras sencillas, con voz suave. A Clara, el sentido común le dice lo obvio, que es un enfermo del que debería huir, pero no lo hace.

Así, a través de Afrodita, Clara termina unida a un extraño que al mismo tiempo siente inmensamente próximo. Un ser que gasta su tiempo en crear para ella mundos inventados que alcanzan su extinción en segundos. Una presencia constante que le ofrece algo parecido a una vida cotidiana para disfrutar antes y después del trabajo, la compañía más oportuna para ese momento de tránsito en su vida. Una pequeña familia de dos soledades distantes. Y al cabo de un tiempo, como le hace saber un día una vecina mayor con la que se cruza con frecuencia en la entrada de su edificio, la alegría de vivir se le nota en la cara.

Por las mañanas, comentan las noticias, por las noches, cantan juntos o discuten sobre libros o conceptos filosóficos. Él es bueno escuchando, y ella en París no tiene a nadie más con quien hablar. No sabe cómo llega a eso, pero de repente Clara se da cuenta de que pasa cada vez más parte de su tiempo libre en el departamento, como si la ciudad hubiera perdido su atractivo. Disfruta de la belleza leve de una vida amorosa sin compromisos, de adolescente.

Un fin de semana caluroso se queda en el departamento, presa de los límites de los treinta y tres metros cuadrados que abarca su aire acondicionado, y se conecta a un simulador deportivo que él le mandó de regalo. Lo estrenan jugando al tenis por internet. Mantener el ritmo del partido virtual requiere de parte de ella no sólo un aprendizaje físico, sino una verdadera reorganización mental. De a poco, Clara deja de sentirse ridícula por moverse para todos lados, sin nada ni nadie que la contenga. Es una nueva forma de interactuar con un cuerpo que no está y que la obliga a saltar, flexionarse, correr hacia un lado y hacia otro.

Tras el primer partido, prueban otros deportes. La actividad la deja agitada y feliz, como si él dirigiera a la distancia no sólo la trayectoria de una pelota sino su depósito de endorfinas. Afrodita y Hermes pronto consiguen bajar juntos un río rápido sentados en el mismo bote. Ella siente realmente que está atrapada en un remolino, y mueve las piernas contrarrestando la fuerza de la corriente. Cuando consiguen sincronizar los movimientos, y desviar juntos el curso del barco para no chocar contra un islote, la alegría los invade. Cuando el juego virtual llega al final, ambos levantan los brazos y festejan al mismo tiempo.

Como dos trapevistas en el que uno se lanza al aire porque confía que el

otro se estirará hasta alcanzarlo, se genera entre ellos una complicidad física. Él la guio con ese objetivo, paso a paso. Cuando llegue la hora, le enseñará a sentir acontecimientos digitales también en su fuero íntimo. El fin último de tanto juego idiota es el sexo virtual.

—¿Sexo sin tocarse? —pregunta ella la primera vez que él hace referencia al tema.

Él no le contesta. Apenas pone música.

No había pasado una semana desde que había comenzado a concurrir al instituto que dirige Schami cuando, al llegar por la mañana, Clara se da cuenta de que alguien había entrado a su sala antes que ella. Sobre su mesa hay una caja enorme de Caillers, su marca favorita de chocolates.

—Un *gentleman* —dice, y agradece con una sonrisa a Wilhelm, que en ese momento vuelve de la cafetería con un vaso en la mano. La estaba esperando desde temprano y tiene prisa, de manera que va directo al grano.

Fue a hablar del trabajo que le asignó a Clara para hacer allí, en el Instituto de Investigaciones Moleculares. El cargo transitorio, le explica, había salido por el *fast track* que se utiliza para procedimientos urgentes. Clara intenta abrir la boca, pero Wilhem mira ostensivamente su reloj y agrega que ese día fue allí sólo para discutir con ella la parte técnica del trabajo. Lo menciona a Schami como si fuera un personaje secundario y no el director del instituto.

—Es un viejo amigo que me debe algunos favores y —se justifica bajando la mirada— está preocupado por los bajos índices de productividad del instituto. Le dije que con tu presencia iba entrar en la primera página de los rankings de centros de investigación de alto impacto.

Inmediatamente le indica unos documentos que debe firmar. Clara lee rápidamente el texto: la doctora Fend había sido designada para identificar una cepa viral potencialmente nueva, pero que claramente no es el LPV. En las páginas siguientes lee que la cepa había aparecido en Alemania, pero en virtud de la ley bla, bla, bla, que regula las investigaciones genéticas, bla, bla, bla, y por los acuerdos internacionales, bla, bla, bla. Líneas después, indica el monto máximo del que dispone para gastar en materiales de investigación y cómo acceder a la cuenta que controla el Programa de Apoyo a la Ciencia de la Unión Europea que está a su nombre. Más importante que todo eso, precisa los informes que Clara deberá presentar de manera periódica.

Ella está sorprendida de que Wilhelm pueda hacer tanto, y de forma rápida sin pasar por autorizaciones previas. En el Old King's College, estaba

acostumbrada a otra vida, en la que no se podía dar un paso sin antes comprobar que todo se ajustase con precisión, ni un grado más ni un grado menos, a los requisitos burocráticos.

—¿De dónde salen los fondos?

—Menos pregunta Dios y perdona. —Luego agrega—: De mi presupuesto para gastos generales. Hay suficiente para sobrevivir.

Sobrevivir. Hay un universo de distancia entre ese propósito gris y el brillo con el que sueña Clara.

—La próxima semana, a más tardar, va a llegar el material a identificar — prosigue Wilhelm.

—¿Qué cepa es?

—Es un secreto...

—Uno de tus secretos —le dice Clara en obvia alusión a la fama de mujeriego que ya había puesto varias veces en riesgo su matrimonio de tres décadas. Wilhelm se muerde el labio inferior, inclina la cabeza y eleva sus ojos sensualmente, hasta encontrar los de Clara. Los dos ríen.

—La cepa va a llegar en unos días. No es una variante nueva —le dice al oído, como si a sus espaldas se escondieran los micrófonos de la KGB, la CIA y el Mossad—. Me tomé el trabajo de manipular yo mismo un virus para que, cuando se presente la secuencia, no tenga equivalentes.

—¿Hace falta tanto trabajo? ¿Crear una cepa falsa únicamente para estudiarla?

Wilhelm es uno de los tantos maravillados para la facilidad que ofrecen las nuevas técnicas de edición genética y, apenas la situación le ofreció la oportunidad, empleó la tijera molecular como un juguete nuevo. Por eso, antes de enviarle a Clara el material para analizar, se ocupó él mismo de seguir la receta y agregar ADN en lugares precisos del falso virus. Para que fuese único y nuevo, y así justificar el cargo.

—Elemental, mi querido Watson —le contesta—. Si el burócrata que hace la auditoría de gastos se despierta con curiosidad por saber los motivos de la urgencia por crear un cargo sin concurso previo, va a pedir un informe detallado.

—Y hay que darle un virus con una secuencia genética sin equivalentes en la bibliografía —dice Clara pensando que Wilhelm nunca deja hilos sueltos. Por eso su vida fluye como un río suave que sigue su curso en medio de un valle mientras que ella, en cambio, siempre navega por corrientes que sólo sirven para hacer rafting.

—Parece exagerado, pero eso es lo que una auditoría técnica debe encontrar para quedarse satisfecha.

Es, sin duda, una exageración de su parte, pero lo que sucede es que Wilhelm ama las bromas privadas. Y, sobre todo, faltaba algo que fuera único, para que su ego estuviera representado. Por eso, cuando decidió introducir ADN en medio de un esqueleto viral estándar para convertirlo en un microbio nuevo que mereciera ser investigado, no colocó un ADN cualquiera. Décadas antes, otro científico, su venerado profesor Venter, había tenido la “ridícula” idea de usar el ADN como método para codificar información que permitía guardar, por ejemplo, grandes cantidades de texto. Ahora Wilhelm había introducido un segmento de ADN escrito en clave por el propio Venter, una frase de un poema.

Wilhelm no le dice a Clara que ahí está su firma genética. Espera que ella misma lo descubra y se dé cuenta de que él también es un artista de la ciencia.

—Un fraude fríamente calculado —prosigue Clara con la seriedad del que sabe que no hay nada como la ilegalidad compartida para poner a dos personas en el mismo barco.

—Estoy llegando tarde a un simposio —se justifica Wilhelm para levantarse e irse desoyendo las últimas palabras—. No te atrases con los informes.

Cuando se cierra la puerta, Clara se queda pensando con más tristeza que sorpresa que ese cargo que le consiguió no era para desarrollar la biovigilancia, Wilhelm ni siquiera había hecho una referencia a la epidemia que se sigue arrastrando por el mundo. Es evidente que, para el responsable técnico de protección a la guerra biológica, el LPV no es detectado por su radar. En ese momento, un sobre amarillo, que se destaca sobre el brillo de la mesada negra, atrae su atención. Clara se levanta corriendo para alcanzárselo, pero entonces ve que está dirigido a ella. No tiene remitente, aunque reconoce la inclinación y la forma de dibujar las letras de la escritura de Wilhelm.

Lo abre. Adentro hay sólo una hoja blanca con una planilla, sin título. Son dos columnas, cada una con cuatro bloques de información. Cada módulo de la columna izquierda tiene una letra, en total son cuatro: A, T, C y G. Es obvio que son las cuatro moléculas que forman el ADN, adenina, timina, citosina y guanina. Cada una de ellas corresponde, en la columna de la derecha, a siete letras del alfabeto. Eso es curioso. “Cuatro moléculas representan el alfabeto completo”, capta Clara de inmediato. ¿Qué será lo que Wilhelm le quiere decir con eso? “Seguramente en otra entrega llegarán más instrucciones”,

piensa, como si se tratase de uno de esos juegos que antiguamente venían en fascículos con las revistas. Guarda la hoja en el sobre amarillo y lo introduce en un cajón. Y se olvida de ella.

Clara tiene una especie de rutina. Todos los días por la mañana, antes de salir, controla el estado de su trámite en el Ministerio de Inmigración británico. Del Old King's College, le dice a su amiga María, ahora no le interesa más que el salario que se sigue acumulando en una cuenta a la que no tiene acceso, y que le obligó a comerse sus ahorros hasta que le salió el nuevo cargo. Luego va hacia su trabajo. Las primeras cuatro horas por día juega a ser científica, es decir, emplea su valioso tiempo en colocar en tubos estériles cantidades precisas de un virus absolutamente falso con el objetivo de identificar una cepa apócrifa. Sus horas de laboratorio, que responden rigurosamente al cronograma laboral estipulado por Wilhelm, son apenas una imitación ordinaria de su antigua vida. Se distrae mucho. Con frecuencia, se queda como en trance contemplando el protector de pantalla. Es una imagen dinámica de una estructura hexagonal, muy bella, formada por líneas rectas fluorescentes que flotan en lo que simula ser un cielo estrellado. Es el esqueleto tridimensional del virus LPV. Cuando vuelve con su atención al trabajo, coloca los resultados inútiles en gráficos bonitos que formarán parte de los informes, sin perder tiempo en analizarlos.

Schami no es su jefe, le aclaró Wilhelm, apenas su anfitrión, y eso le permite a Clara hacer lo que quiera, que en su caso es mantener una doble vida. Tras cumplir con sus obligaciones contractuales como investigadora visitante, se viste de espía digital y aprovecha las computadoras ultra rápidas del instituto para monitorear el LPV. Ya son más de veinte mil los casos y nada indica que haya llegado a su límite. Busca tendencias geográficas de la epidemia, sigue rutas de contagio, el LPV continúa avanzando, como si no tuviera prisa pero tampoco freno. Al final de cada jornada traduce a palabras técnicas la confirmación de sus temores.

Apenas su mejor amiga conoce su doble vida. Con Ken no habla de eso, y cuando intentó hacerlo con Wilhelm, fracasó. Clara soporta con relativa calma la espantosa realidad que ella sabe que se avecina, porque por ahora todos los casos son benignos. Desde su computadora, manipula una red de soplones escondidos en las bases de datos y se dedica al voyeurismo más puro, aquel que responde al interés científico.

Se detiene en uno de ellos. S. T., 28 años. Sus coordenadas corresponden a un barrio céntrico de la ciudad de Chiang Mai, Tailandia. El 2 de julio, el

infectado le escribió a su amiga: “No aguanto más leer, mis ojos están ardiendo”. En esas ocho palabras, Clara reconoce las secuelas del virus LPV mucho mejor que los propios médicos. El sensor de sus zapatillas interpreta las paradas frecuentes como calambres, y ya le advirtió a la aplicación que el usuario debe modificar su dieta. Clara sonríe, esas zapatillas se venderán como inteligentes, pero no saben que el calambre no se le va a pasar por más que coma mil bananas para subir el nivel de potasio, piensa. S. T. registra una ausencia laboral sin descuento de salario. Ese día su tarjeta de crédito registra una compra de farmacia. Clara la analiza con interés, no tiene consultorio con camilla, pero hombres y mujeres de todo el mundo se desnudan en su pantalla. Completa las lagunas de la historia clínica con su insuperable conocimiento sobre la enfermedad.

Navega entre los datos de los infectados y podría saber mucho más de ellos si lo quisiera, pero el alcance de su mirada está delimitado por sus objetivos. Por lo general, toma distancia de los casos individuales. Lo que le preocupa es el planeta poblado por seres humanos completamente vulnerables. Cada día que pasa es un día menos para el gran estallido que, por su velocidad y letalidad, probablemente será el peor desastre natural del siglo. Clara escribe, con todo el rigor científico posible, el informe académico sobre la evolución de la epidemia. Trabaja en su informe sin sosiego, aunque su aliento huele mal, siente el estómago revuelto, le duele la cabeza.

Borra, corrige, amplía, precisa, el perfeccionismo tiene el sabor de la frustración, una sensación intolerable de vacío que aumenta a medida que pasan los días. Mientras esa verdad queda restringida a su conocimiento y el de nadie más, mientras las cifras oficiales no se mueven, mientras las vacunas continúan durmiendo su sueño frío, el virus LPV se está expandiendo hasta incluso en algunos barrios de París. Y ella sólo lo mira en una pantalla. El goce de decir en el futuro “yo lo sabía” será muy débil frente al dolor de no haber hecho todo lo que era posible. Pero ¿qué puede hacer?, se sigue preguntando la persona que tiene la solución en la heladera. Por la noche, sus pronósticos nefastos se convierten en realidades oníricas que la acechan. Y no raramente se despierta y se pone a llorar.

A veces, cuando habla con Ken, consigue desahogarse un poco. Una distancia desmedida la separa de ese hombre desconocido que vive en la otra punta del planeta, pero al final de la noche la música tenue de Erik Satie los enlaza. Ella habla de su infancia, de cuando se imaginaba a sí misma, ya mayor, vacunando a niños famélicos del África sin tener miedo a nada ni a

nadie. Le habla de su padre, que le enseñó que se debe procurar siempre el bien ajeno aun a costa del propio. En esas conversaciones a luz apagada, no es raro que baje uno a uno los escalones de la depresión, llevada de la mano por antiguos colegas que le dieron la espalda y por el profesor Miles, el peor de todos. Ken, que no había sido criado para la devoción de otro humano, la mira y siente por primera vez ese sentimiento irracional, casi religioso.

“Fracasar y triunfar son dos caras de la misma moneda”, la anima una noche. Y esas diez palabras simples tienen el mágico poder de sacarla del fondo del pozo antes de caer del todo. Al día siguiente, Clara se despierta con una decisión tomada. Aun corriendo el riesgo de perder lo único que tiene, empezando por el apoyo demasiado débil de Wilhelm, va a sincerarse con Schami. Va a convencerlo de que la biovigilancia virtual tiene que aflorar para que el mundo se entere del riesgo que corre. Desde París, él debe mostrarles a los otros lo que sólo ella sabe.

“Fracasar y triunfar son dos caras de la misma moneda”, piensa por la mañana mientras golpea la puerta del director. El doctor Schami la recibe con la habitual amabilidad. Las primeras frases son generales, pero hábilmente direccionadas por Clara.

—La falta de reputación es un círculo vicioso del cual es difícil salir —dice Schami, y entonces Clara introduce el tema que la llevó allí diciendo que el instituto debería abrirse a una ciencia realmente innovadora y transitar caminos que otros no se animan.

—Es Wikipedia reemplazando la *Enciclopedia Británica* —concluye después de hablar un buen tiempo sobre la biovigilancia virtual sin ser interrumpida.

Schami visualiza inmediatamente la repercusión mundial a las ideas que le propone Clara. Darle vida a un sistema alternativo para la ciencia es como sembrar drogas frente a la Torre Eiffel. Sólo tiene dos resultados posibles: la despenalización o la represión. Y el resultado que él imagina es increíblemente negativo.

—¿Estás sugiriendo convertirnos en líderes mundiales del espionaje médico? —le pregunta Schami.

—Estoy sugiriendo que hay que pensar qué habría hecho Colón si una comisión de seguridad hubiera determinado la distancia a partir de la cual debía volver para no correr riesgos innecesarios.

Clara, tironeando de la sogá, casi hilacha, que todavía la une al tejido científico, se siente el navegante genovés expandiéndose para ver nuevos

caminos. Pero Schami no es la reina de España dispuesta a invertir sus joyas en la aventura.

—Es el momento de avanzar —dice Clara.

—Doctora Fend —responde Schami, ahora de pie, de espaldas a ella. Hace un largo silencio buscando en su mente las palabras adecuadas y finalmente pronuncia las primeras que le vienen a la mente—... Doctora Fend, eso es una locura.

Clara no escucha lo que sigue, lo conoce de memoria. Es el guion habitual: la seriedad de las instituciones, el prestigio académico, la imagen pública de la ciencia, el saber histórico... imposible... y en sus oídos la palabra *imposible* retumba sobre otras iguales que escuchó demasiadas veces. El entusiasmo con el que llegó es tan alto como dura la caída. Schami no la va a apoyar. Y era su última carta.

O no, la consuela esa noche Ken, porque aún se tiene a ella misma.

CAPÍTULO 3

En muy pocas ocasiones las personas pueden recordar el instante del nacimiento de una idea completamente virgen, pero esta vez fue distinto. En los años que siguieron, Clara muchas veces recordó con exactitud cómo fue el momento en que el pensamiento empezó a echar raíces en su mente. “Parece una locura”, se dijo aquella vez para sus adentros. “Un suicidio profesional”, le agregó su conciencia entablando un diálogo estéril. “Y lo es”, confirmó otra voz interna, pero la mujer ya no la escuchaba.

Todo comenzó poco después de que Clara abandonara, absolutamente desanimada, la reunión con Schami. Antes de entrar en su departamento, cuando todavía estaba en el pasillo, escuchó una voz masculina tarareando en su interior. Como ya estaba acostumbrada a estar sola sin estarlo, abrió la puerta, dejó tranquilamente la cartera y las bolsas con pan, vino y quesos en la mesada de la cocina. Momentos después, mientras buscaba las pantuflas debajo de la cama en una posición que nunca habría adoptado de haber sabido que había un hombre mirándola, oyó a sus espaldas:

—Yo ya asusté a mucha gente con un virus.

—¿Qué?

—El objetivo era salir a infectar. Ganaba el que contagiaba a más personas —confesó la voz extranjera en el parlante.

Clara se quedó petrificada. Sentada en el borde de la cama, las piernas abiertas, las hebillas de sus sandalias a medio cerrar, sintió que su ingenuidad se venía abajo, como una tormenta tropical inesperada. Hasta ese momento, interactuar con un desconocido le había parecido un juego tonto pero divertido. Y sí, había leído alguna vez que una banda de psicópatas, enfermos terminales, se divertían jeringa en mano asustando a inocentes por las calles de la ciudad, pero siempre había creído que era un mito urbano más.

Ken notó su rostro duro, no entendía por qué. Tras unos segundos interminables en los que la ansiedad le oprimía el pecho, Clara se abalanzó sobre la pantalla para ver lo que él quería que ella leyera.

—Ah... es un *video game* del Ministerio de Salud, un juego didáctico. ¡Aaaaah!

—Hay tres niveles: gripe común, pandemia y la influenza H5N20, la más peligrosa —le explicó Ken.

El corazón de Clara se tomó su tiempo para volver a la normalidad, pero ya antes de eso sus dedos llevaron infectados de un lado a otro de la ciudad para que contagiaran a los que estuvieran a su alrededor. Cada vez que Clara infectaba a una persona dibujada, oía un clic. El tictac del cronómetro del *Flu Killer* la ponía cada vez más nerviosa.

Segundo nivel

Objetivo: 50% de la población

—Pocos lo consiguen —le advirtió Ken—. Me pagaron para convencer a la gente de que el virus de ese año no era tan peligroso.

Efectivamente, el juego terminaba con los aplausos de la población mundial festejando el fin de la epidemia.

Clara se rio. Pasado el miedo de estar involucrada emocionalmente con un psicópata, su sangre volvió a circular a su debido ritmo, el pulso se normalizó, los músculos se relajaron. Se avergonzó de su temor, justamente con Ken, el único que con su tranquilidad nipona la ayuda a superar sus miedos.

Mientras ella se fue a dar un baño, Ken, como todas las noches, puso música. Esa vez eligió una melodía ligera y olvidable que evocaba a muchas otras, la letra más aún, invitaba a tomar una actitud, a comprometerse, a enfrentarse a las adversidades sin claudicar. El nombre de la canción apareció rutilante en la pantalla.

¿Alguna vez soñaste con salvar el mundo?

Si hubiera estado mucho más relajada, Clara habría hecho algún comentario sobre lo que ella llamaba “manuales cantados de autoayuda”. Pasado el susto, en ese momento recién se acordó de la reunión con Schami y se preguntó si él iba a tomar la improbable actitud de dejar pasar la conversación de la tarde como un intercambio de palabras meramente teórico, sin mayores consecuencias, o si, enojada por la osadía de Clara, hablaría con Wilhelm. Lo peor podía ser que optara directamente por “cortar por lo sano” y le prohibiera continuar en el instituto, decisión de la que ella podría enterarse temprano al día siguiente, o algunos días más tarde.

Pensaba en eso mientras se preparaba algo para comer. Picaba las verduras con fuerza, el tomate chorreaba por la mesada, trozos de ajo y perejil saltaban por todos lados, la albahaca fresca hecha jirones invadía el aire con su perfume y ella no lo notaba. Ponderaba que, en el mejor de los casos, en el instituto todo seguiría como hasta ahora. Pero no sabía qué iba a ser de su vida después de los tres meses que le aseguraba su contrato.

—Schami no me apoya, estoy sola —le dijo.

—No estás sola—murmuró Ken con su acento de doblador de películas.

Abstraída evaluando su situación laboral precaria, se sirvió vino y se preguntó si no debía aprovechar esos tres meses en instalaciones apropiadas, y donde nadie se metía en su trabajo, para terminar de fabricar las mil dosis de la vacuna transmisible que había traído de Londres. Algo tenía que hacer. Una transformación del LPV ese mismo día generaría una tormenta perfecta. Por el hilo de luz que entraba por la ventana, las gotas que se evaporaban de la cacerola destapada que esperaba los fideos se le antojaron virus que se expandían hacia tierras desconocidas.

—Decidido —dijo mientras con un gesto firme tapaba la cacerola. Hablaba en voz alta para escucharse, para no volver atrás en su resolución—. No voy a perder más tiempo.

En su freezer guardaba mil dosis de la vacuna 4yu que tenía preparadas para una primera fase de experimentación clínica, estaban casi listas para el uso. Pensó en terminar de procesarlas a espaldas de Schami pero usando sus laboratorios. Antes de que pasase la oportunidad y el coraje. Después vería qué hacer con ellas. Si aún no había llegado la hora de hacer la revolución, actuaría en la clandestinidad.

Esa noche no duerme. La mente de Clara va en direcciones insospechadas, algunas de ellas razonables. No puede arrojar la vacuna al mundo y no saber qué pasa después. Sería una caridad mezquina, que sólo servirá para atenuar la culpa de no haber hecho nada, un escenario miserable para la primera vacuna transmisible de la historia. Cuando la lance al mundo, deberá saber si se propaga tal como es esperado, si protege como debiera. Su sistema de biovigilancia virtual podría adaptarse para realizar ese nuevo seguimiento, pero ella no sabe hacerlo. Tal vez lo sepa hacer ese desconocido que en ese momento la escucha darse vueltas en la cama, desde Japón, y le pregunta ingenuamente: “¿Duermes?”.

Con los ojos bien abiertos, Clara le empieza a dar una clase acelerada de ciencia. Lo único que el diseñador de *video games* entiende con claridad es que hay una nueva amenaza y la población debe ser protegida antes de que sea demasiado tarde. En esa ocasión, ella da un salto cualitativo en su propia sinceridad y le confiesa el robo del material biológico y su ingreso clandestino a Francia. Ken, que hackeó a la mujer por todos los lugares posibles, se da cuenta de que la conoce mucho menos de lo que pensaba. Y que, si él tiene secretos vergonzosos, no es el único.

Para Clara, hablar con Ken del virus LPV es terapéutico, pero lo hace con tanta vehemencia que la hipocondría del hombre, adormilada por la reclusión,

se despierta. Clara habla de microbios, Ken la escucha, mientras se lava exhaustivamente las manos con jabón antiséptico. Afortunadamente ella cambia de tema y revive su último día en el Old King's College. Por enésima vez detalla la escena con la abogada, describe con palabras aún más duras al director ("Otra vez Miles", piensa Ken, que ya está cansando del asunto). Finalmente, Clara comparte con él su decisión: va a finalizar las mil dosis.

—¿Y después?

—Una vez fuera del laboratorio, las vacunas empezarán a transmitirse solas. Pronto serán cientos de miles los inmunizados.

“¿Alguna vez soñaste con salvar el mundo?” El título de la última canción que escucharon permanece escrito en la pantalla, como si estuviera a la espera de una respuesta. Ken, en un ademán brusco, la hace desaparecer.

—Necesito la ayuda de alguien para quien las computadoras no tengan secretos —comienza a murmurar la mujer tímidamente.

Clara le dice que, para comprobar si la vacuna 4yu funciona, debe reprogramar el software de biovigilancia en función de su nuevo objetivo, y no sabe hacerlo. Ken se estira en su silla, cierra los ojos y respira profundamente, en silencio. Él está profunda y obsesivamente enamorado y quiere ayudarla a ser feliz, aunque no sabe ponerlo en palabras. El azar quiso que los dos estuvieran solos, que amaran la misma literatura y se encontraran en internet. Clara, una mujer fuerte e inteligente, con un idealismo a toda prueba y un entusiasmo demoledor, pero que aún así lo necesita a él, justo a él, que sólo encuentra paz encerrado en su mundo propio, donde no entran gérmenes. Es tal cual leyó alguna vez: si está dispuesto a dejar entrar a una mujer en su vida, debe asumir que la paz que tanto le había costado construir va a desintegrarse. No dice nada, su té de manzanilla va surtiendo efecto. Como otras tantas veces que están juntos, hablan en silencio consigo mismos.

—¿Cuál es la meta? —pregunta Ken una hora más tarde, dando una señal tácita de que está dentro del proyecto.

VECTORES HUMANOS

Los médicos no hablan entre sí de hombres y mujeres, citan casos. Clara tampoco puede ver personas en su universo de acción. Necesita pensar en la especie humana de esa misma manera fría, blindar sus emociones ante un posible fracaso. Su idea es realmente genial, pero todavía nunca fue probada.

La primera vacuna autopropagable de la historia, creada por Clara, imita al virus que quiere destruir. Como este, su tendencia natural es expandirse, ocupar las posiciones humanas. Para que sirva de algo, el virus bueno, el de la

vacuna, precisa llegar antes que el malo. La sangre de las personas vacunadas se distingue de las personas enfermas porque en ella navega el virus bueno. Y mientras malos transmiten enfermedad, los buenos, a los que Clara los llama “vectores humanos”, redistribuyen nuevas vacunas al hablar o al toser. Los hombres y las mujeres son pasivos, simples transmisores del bien o del mal, mulas del peligroso virus LPV o heroicos repartidores del virus 4yu con el que está hecha la vacuna. La científica visualiza a las personas como flechas, sólo algunas van en el sentido en que la humanidad los necesita.

—¿Cuál era la meta? —pregunta Ken temprano a la mañana.

—Cuarenta por ciento de la población mundial.

—Y hay que llegar a dos mil millones de personas partiendo con...

—Mil dosis. Según cálculos estadísticos, es posible —dice Clara, mientras le manda más informes para que él los lea—. Es por eso que se llama foco fundador.

—¿En cuánto tiempo?

—Esa es una de esas preguntas para las que no existe respuesta.

—Carrera contra un tiempo desconocido —resume Ken, mientras juega con el teclado frente a su pantalla.

Según las proyecciones que tiene Clara, inmunizar a un número respetable de personas a partir de mil lleva al menos ocho meses. Eso depende, lógicamente, de que se cumpla la tasa de contagio esperada. De acuerdo con las condiciones, esa tasa puede variar en un sentido o en otro. Pero la duración de la carrera es también una incógnita, porque no existe forma de saber si llegará a tiempo. Clara busca las mejores palabras para explicarle a Ken que no se puede predecir cuándo va a volverse letal ese virus que, por ahora, circula de manera inofensiva.

—¿Quiénes van a ser los mil primeros? —indaga Ken. Ninguna pregunta ética interrumpe la lógica del japonés, que sólo se ve diseñando un nuevo *game*.

Es otra pregunta para la que Clara no tiene respuesta. Pero, a diferencia de la otra, que no tiene cómo responder, la elección de los candidatos depende pura y exclusivamente de una decisión. Y es ella quien debe tomarla.

Ahora Clara no es una voz más de esa democracia participativa que respetaba criterios ampliamente discutidos por un equipo multidisciplinario de científicos, técnicos y funcionarios que había definido una centena de requisitos para el Foco Fundador. Asambleas en las que los expertos en vulnerabilidad, o en las condiciones ideales de temperatura o humedad que

garantizaran el nivel de transmisibilidad necesario, tenían tanto peso como los abogados que obligaban a descartar los países que no fueran signatarios de determinados acuerdos globales, y exigían una interminable lista de autorizaciones secuenciales. Sin una institución que la respalde, ella ahora no cuenta con voluntarios reclutados por las habituales organizaciones de referencia debidamente informados de sus derechos, riesgos y beneficios para recibir las primeras dosis. No le queda otra opción que hacer circular la vacuna en forma sigilosa, sin que nadie se dé cuenta, ni siquiera las personas que la reciban y comiencen a transmitirla. Y es ella quien va a elegir a los primeros mil.

Desde el punto de vista técnico, la “inoculación pasiva”, como Clara la llama, es perfectamente posible. La vacuna 4yu está en el interior de microagujas tan diminutas que al perforar la piel no llegan ni a las terminales nerviosas que provocan la sensación de dolor. Y dada la situación, cree que no puede darse el lujo de reflexionar en la autonomía de algunas personas.

El proyecto ahora responde a un idealismo radical, extremo, que a Clara le parece legítimo para proteger la salud de millones de inocentes. Se pone a trabajar en un terreno que domina, previsible, en el que sólo tiene que seguir la secuencia predeterminada de acciones impuestas por protocolos miles de veces probados. Terminar esas mil dosis, le dice a Ken unas horas más tarde, le va a llevar unos dos meses. Tiene dos meses para encontrar respuestas para todas las otras preguntas. Por ahora, sin embargo, prefiere no pensar en eso.

Vamos por partes, se dice Clara mientras desarticula la mayúscula tarea que se propone hacer en la clandestinidad en fases y subfases menores, con sus correspondientes fechas límite. Conecta sus necesidades con las bases de datos del instituto para consultar de manera automática el inventario de materiales básicos y la disponibilidad de aparatos. Se distrae un momento pensando en el lema de Ken: “Todo puede hacerse con máquinas hablando entre ellas”. Cree que comprende el alcance de esa frase cuando ve frente a ella varias líneas amarillas, con procedimientos, materiales o métodos a medio resolver. Tramita las cuestiones financieras que le exige la pantalla. Desvía algunos gastos hacia el subsidio de Wilhelm y el resto se lo direcciona a Ken, experto en hacer compras con fondos de donantes anónimos.

Antes de que termine la semana, toda la pantalla se pone verde, excepto la línea final. Eso significa que ya están dadas todas las condiciones técnicas para empezar la primera guerra biológica de los buenos. El sistema la convoca a algo para lo que aún no está mentalmente preparada, sobre todo por el ancho

renglón rojo en la base de la pantalla, una parte del proyecto que permanece inconclusa, que Clara no sabe completar. ¿Quiénes van a ser los mil primeros?, pregunta la máquina a los gritos

LABORATORIO DE ALTA SEGURIDAD

Los pocos materiales que Clara necesita para terminar las dosis de la vacuna ya llegaron al Instituto de Investigaciones Moleculares de sus proveedores habituales, un pequeño desvío del presupuesto elaborado para Wilhelm que no le será difícil disimular. Clara va temprano al área técnica. Quiere estudiar el lugar donde pretende llevar adelante la parte inicial de su proyecto. Se dirige concretamente a un laboratorio del tercer piso en cuya puerta un cartel rojo advierte que allí se manipula material biológico.

Biosafety Level 3

Acceso restringido

Intenta entrar pero la puerta no se abre. A un lado, sobre la pared de vidrio, aparece su nombre. Eso significa que el sistema biométrico conectado a la cámara la reconoce, pero aún así no le permite el acceso. No es un buen comienzo.

El reglamento de seguridad del instituto es mucho más estricto que el de otros centros de investigación, le había mencionado Schami el día del paseo inicial. Así que la lista de potenciales obstáculos es larga. En ese momento aparece ante sus ojos un aviso:

Contrato de aceptación de reglas de uso de biomateriales.

Protocolo de descontaminación de desechos.

Falta firma electrónica.

—Pero... —empieza a decir hasta que se da cuenta de que está hablando sola. No tiene otra opción que darse vuelta, desandar el camino hasta llegar a su escritorio y cumplir con el trámite.

Una hora más tarde vuelve a colocarse frente al acceso. La puerta la reconoce pero sigue sin abrirse. La pantalla muestra la identidad del agente infeccioso que registró, su nombre como responsable y contacto de emergencia, pero tanta información es inútil: la puerta sigue cerrada. Le dan ganas de patearla con toda su bronca. Las letras en rojo le muestran que, de nuevo, falta algo. Su único consuelo es que, en la burocracia digital, avanzó un casillero.

En ese momento, la puerta se abre y sale un hombre.

—Hola, soy la doctora Fend. Quiero conocer el laboratorio —le dice, al tiempo que retiene con el pie la puerta para que no se cierre.

—Mucho gusto, doctora Fend. ¿Está buscando que suenen todas las

alarmas y pasemos la noche juntos respondiendo procesos administrativos? — le pregunta el hombre cerrando la puerta tras de sí.

Vencida, desanda junto al desconocido el largo pasillo.

—Ponen sensores faciales como si hubiera terroristas por todos lados. Pero la consecuencia práctica es que, si uno quiere pedirle a un becario que venga a controlar un aparato, tiene que llenar tantas planillas para justificarlo que es más rápido hacerlo uno mismo —se queja el investigador.

Clara permanece callada. Ella registró la necesidad de un laboratorio nivel 3 en el protocolo, pero si el sistema es muy estricto y no lo autoriza de forma automática, deberá solicitar una excepción. Y eso es impensable. Cuando ideó su plan, desconocía cuán alto era el nivel de controles. Si no tiene acceso a ese laboratorio, todo su plan irá a la basura. Llega a su escritorio, arrastrando el paso como si sus cincuenta kilos de peso se hubieran convertido en una tonelada.

Todo su proyecto descansa en la seguridad de tener las instalaciones apropiadas para finalizar la vacuna que trajo de Londres. No lo puede hacer en cualquier lugar, sería una irresponsabilidad. Sabe que el material se puede contaminar y causar un mal muchísimo mayor que el que quiere solucionar. Debe insistir.

Sentada nuevamente en su mesa, ingresa al sistema, la automatización del proceso ya ha actualizado todo, pasa las páginas con ansiedad. Materiales básicos, métodos, protocolos... Su mente científica no impide que, instintivamente, cruce sus dedos para invocar la buena suerte... Cálculo de materiales... Autorizaciones... Uso de los equipos... Clara lo lee varias veces porque tiene miedo de engañarse. Con los mismos caracteres anónimos que todo el resto está escrito lo que para ella vale más que su vida. Que el laboratorio nivel 3 que pidió está adjudicado por el tiempo solicitado. O sea, por un cincuenta por ciento más del que ella sabe que realmente va a usar para la farsa de Wilhelm. Respira aliviada. En las siguientes dos semanas, tiene esas dieciséis horas de exceso. Suficiente para terminar de darle vida a la primera vacuna transmisible de la historia.

Esa noche, cuando llega al departamento, la aguarda otra sorpresa. Esta vez no son flores sino un universo lleno de estrellas. La habitación oscura parece haber perdido sus límites, hasta donde alcanza su vista sólo existe la riqueza de los astros, blancos, brillantes. Un firmamento hecho para ella, el infinito tiene el tamaño de su cuarto.

—¡Qué bello! —susurra ella pensando que ese escenario es mucho más

romántico que el de las flores.

—Espero que sea útil —dice él.

Son estrellas, sí, pero estrellas mentirosas alejadas de cualquier evocación poética, sin ningún contacto con el amor ni la armonía ideal de la naturaleza distante. Lo que hizo Ken no es el cielo de los amantes sino un gráfico dinámico, la proyección tridimensional del avance del virus LPV sobre la población humana.

—Se actualiza de manera permanente con los datos de la biovigilancia virtual.

El resplandor representa al mal. El algoritmo responsable de hacer resplandecer el cosmos sigue la intensidad de la epidemia. Cada punto blanco representa un enfermo; cada astro, un área geográfica en la que hay afectados. Cuanto más titila la estrella, más rápido crece. Cuanto más cerca están las estrellas entre ellas, más casos pasaron de un área a otra. Los datos son la pasión de Ken, consigue ver belleza en ellos, y consigue transmitirla. Clara se enfrenta ahora a su enemigo de la última década en tres dimensiones, sin el filtro cegador de los números presos en planillas.

—Lo bauticé Globoscopio. Allí cargaremos también los datos de la vacuna. ¿Eso es lo que me pediste? —pregunta Ken sabiendo la respuesta.

Es tarde. Clara cena encandilada por un planeta desamparado que espera por ella. Cuando se acuesta a dormir, el Globoscopio permanece activo, y en la noche parece tomar más fuerza. El universo digital deslumbrante la tortura. La mujer aprieta los párpados con fuerza, se cubre el rostro con la almohada, nada funciona. Siente un deseo imperioso de gritar, no lo hace, pero usa todas sus fuerzas para contenerse. El Globoscopio no es un mero gráfico dinámico que representa datos. Aunque no fuera la intención de su autor, es una obra de arte que está allí para hacerla reaccionar, para recordarle cada instante con su luz que teniéndolo todo para vencer a un peligroso virus, ella todavía no lo hizo. Siente urgencia de pasar a la acción.

La guerra debe comenzar. Desde esa noche, Clara no se permitirá nuevos instantes de reflexión. Si alguien observara al profesor Miles, sabría que es un día distinto de los días de las últimas décadas. A las seis de la mañana, sus zapatos brillantes recorren el pasillo oscuro del tercer subsuelo del Old King's College, el área técnica donde se concentran los laboratorios de producción de sustancias químicas y material biológico. Las personas que trabajan allí son las cenicientas del lugar, no inventan ni descubren nada, sólo preparan insumos para uso interno o para vender a las universidades y otros

centros de investigación, con el prestigioso logotipo del Old King's College impreso en la caja. El anciano director mira las paredes color cemento con extrañeza: no recuerda cuándo fue la última vez que estuvo allí, mucho menos a esa hora.

Los insumos biotecnológicos que se fabrican en el Old King's College salen en dirección a sus destinatarios todos los días puntualmente a las siete y media. Eso es así desde hace al menos una década. Ese día, Miles ejerce su poder de director para quebrar una regla menor: retira personalmente el pedido de un cliente. La muchacha portuguesa que lo atiende no se anima a contrariarlo. Miles está un poco perdido en esa parte del edificio donde la gente habla otros idiomas y escucha música de moda a alto volumen, le cuesta encontrar el área que busca. Afortunadamente, mientras camina con varias cajas en la mano sólo se cruza con jóvenes que no conoce ni lo reconocen.

Apoya las cajas sobre una mesada negra, las abre y extrae con sus manos huesudas cuatro frascos de acrílico de 500 mililitros con tapa negra a rosca. Apenas una pantalla táctil y la boca ancha del sistema neumático de transporte por tuberías son testigos de sus actos. Digita algo en la pantalla. Antes de introducir de nuevo los frascos en la cápsula de transporte, toma uno y lo agita. El movimiento de su brazo derecho le evoca movimientos similares efectuados décadas atrás. Melancólico, piensa lo lejos que quedó la fase de ensuciar el delantal. Observa el interior de los frascos con nostalgia, el líquido rosa deja entrever unas partículas y sobre la superficie se forma una leve espuma blanca que siempre le recuerda el mar. Pero el director no dice nada. Sólo registra en el sistema lo que necesita, y se va.

Desanda el camino hasta su oficina. Recién en ese momento se sirve un té y lo saborea con tranquilidad mientras lee el diario. A las nueve de la mañana, con la caja probablemente ya sellada y despachada a su destinatario, la secretaria llega y lo ve, como siempre, escribiendo con su Mont Blanc en una hoja blanca. Las rayas de sus pantalones y los cordones de sus zapatos están perfectos, toda está en orden. Miles le da los buenos días a la asistente y empieza su rutina. La tarea personal más importante del año ya está cumplida.

A las seis de la mañana del mismo día, Clara está en el tercer piso del Instituto de Investigaciones Moleculares. La vista abierta a los techos de París, la torre Eiffel a la distancia, un café fuerte y el entusiasmo por lo que está por comenzar la llenan de energía.

La puerta del laboratorio de alta seguridad que el día anterior hubiera destruido a patadas está a punto de abrirse, aunque una luz intermitente le

indica que aún no puede ingresar. Un reloj muestra que faltan noventa segundos para que el ambiente termine de ser descontaminado preventivamente. Está preparada para entrar con la ropa de protección completa, traje, botas, guantes, barbijo, antiparras. Aguarda con el rostro sudado frente a la pequeña ventana vidriada, y verifica: la bomba de vacío está prendida, los sensores indican que todo el ambiente está sometido a presión negativa. Por fin suena el timbre que avisa que ya está listo.

Con el barbijo caído, Clara se coloca frente al sensor biométrico y mira el piso. Un cartel indica que para que el detector facial funcione correctamente debe colocar los pies en un lugar preciso, marcado por dos gigantescas huellas amarillas. Controla estar en el lugar correcto, levanta el mentón a la altura indicada y ahora, en la pantalla, además de su nombre, aparece el horario que tiene asignado y el nombre del proyecto. No sólo la reconoce, sino que en ese momento le desea buen día en español. Instantes después, se escucha un ruido seco. La puerta se abre. Clara Fend y sus tubos de ensayo son bienvenidos.

Clara ingresa al laboratorio de seguridad nivel 3 vestida a la moda de los astronautas y empujando un carrito metálico. Hay un balde de hielo en el estante superior. En él lleva una docena de tubos grandes que contienen líquidos de dilución color fucsia. Casi perdida entre los blancos trozos de hielo desmenuzados, hay una pequeña pieza hueca de plástico. En su interior una masa blancuzca, que parece una miga de pan mojada, es todo el material biológico que va a usar ese día. El resto sigue guardado en un lugar seguro.

Apoya el balde negro sobre la mesada de aluminio, se sienta en el taburete y acomoda los tubos más grandes en un aparato colmado de sensores y sus correspondientes luces, aunque no pasa de ser un baño María de alta tecnología. Comienza, de forma relajada, su actividad oficial de manipular el “peligroso” virus inventado por Wilhelm pero que en realidad no existe. Nadie puede ver la sonrisa escondida bajo el barbijo. La farsa científica impone diluir el material. Pipetea medio mililitro, lo mezcla con un volumen de líquido mayor, saca una nueva gota y la vuelve a disolver en un volumen mayor. Repite el proceso dieciocho veces. Mientras sus manos preparan, miden, sacan, ponen, rotulan, descartan, preparan, miden, sacan, ponen, rotulan, descartan, su mente vuela.

A la una de la tarde pone a congelar todo el material, limpia exhaustivamente la mesada y llena todas las planillas. Las más importantes serán las próximas dos horas, en las que se dedicará exclusivamente a fabricar las primeras dosis de la vacuna 4yu. Abraza un tubo pequeño con sus dedos.

Para descongelar un volumen tan mínimo, no hace falta más que un instante de contacto humano.

Hace frío. El ambiente está excesivamente refrigerado para proteger los equipos. Aun así, en el momento de levantar la tapa que protege su tesoro, siente gotas de sudor deslizarse por su espalda y le tiemblan las rodillas. Sentada en el taburete, las piernas abiertas, los pies firmes con toda la planta apoyada en el suelo, Clara se dispone a iniciar el proceso.

Un proyector incorporado a la pared convierte un área de la mesada en una pantalla. No necesita tocarla, podría contaminar los guantes. Los sensores detectan el movimiento de los dedos y le permiten pasar páginas o, en su caso, rehacer obsesivamente los cálculos del proceso. Es innecesario para Clara consultar la receta que ella misma definió, pero lo hace igual por esa costumbre humana de confiar más en la ordenada letra de molde, aunque esté en el aire, que en los garabatos de la propia memoria.

La científica saca con cuidado los materiales de sus envoltorios estériles y pone manos a la obra de finalizar las dosis. Tiene que introducir el virus 4yu bien al fondo de esas agujas casi invisibles. Controla todo a través del microscopio para procedimientos, una lente de aumento bajo. Las delgadas puntas parecen de acero, pero son de resina. Confirma los parámetros del micromanipulador y verifica que el inyector alcanzó ya la presión necesaria. La primera placa, que contiene los parches con las agujas, está delante de ella, dentro de una caja rectangular. Con la mano izquierda levanta la tapa de acrílico transparente: es la hora de apretar el *joystick*.

Clara está nerviosa, pero intenta tranquilizarse diciéndose a sí misma que no tiene nada de qué temer. El material que seleccionó después de muchas discusiones con sus colegas es el mejor del mercado. El diseño del proceso de fabricación y la geometría de sus componentes habían sido pensados, discutidos, probados y evaluados por las mentes más estrictas de la ortodoxia científica. El sistema introduce las primeras microgotas del virus 4yu al fondo de las agujas. El brazo mecánico vuelve por más, es un proceso preciso, confiable, no hay motivos para perder la calma.

Cuando faltan cinco minutos para que termine su tiempo, lacra el material y lo deposita nuevamente en el frío. Las microagujas pasarán esa noche en la oscuridad. Aguardarán su destino glorioso recostadas de a grupos de diez, una al lado de la otra. Esa noche, Clara duerme mejor que todos los meses anteriores.

El segundo día de trabajo su turno de laboratorio comienza más tarde que

en la jornada anterior. Está más descansada y tranquila. A la hora solicitada, le llega del área de Materiales Biológicos una caja de telgopor blanco y un recipiente de acrílico sellado. La ficha electrónica informa que el material se transporta a $-2\text{ }^{\circ}\text{C}$ de temperatura y fue extraído del tambor de nitrógeno líquido a las 8.46 AM. La caja contiene los líquidos de cultivo, en el recipiente translucido está el material biológico, concretamente la línea celular que tiene programada usar ese día y los siguientes para hacer crecer el virus de Wilhelm. Mira las células sin verlas y firma con su lápiz digital el remito. De manera automática la GEI (gestión electrónica de insumos) marca el horario de recepción y agrega su nombre como responsable. Si en el futuro detecta algún problema con estas células, Clara puede rastrear su origen. Pero, a decir verdad, le interesa poco lo que le pueda pasar a ese puñado de vida del volumen de una cuchara de café. Esas células sólo existen para justificar su sueldo y su acceso al laboratorio.

El tercer día promete ser más fácil, está relajada. La rutina le da la seguridad de que nada va a salir mal. Por fin, después de mucho tiempo, se divierte trabajando. Cuando el visor embutido en el espejo del ascensor la registra y la saluda en castellano, ella le saca la lengua a la cámara en actitud adolescente. Más tarde, para amenizar la espera se pone a hacer dibujitos con el marcador. Es muy mala artista, sólo ella reconoce una calavera de pirata en el garabato que hizo en el frasco de insumos que tenía el logotipo del Old King's College. Se ríe mientras un corredor luminoso la conduce hasta la antesala del laboratorio Nivel 3. En menos de quince minutos se coloca la ropa descartable. Ya está más tranquila, no repite los controles de manera tan obsesiva y el traje protector le da menos calor. Revisa el material y lo coloca como siempre, de forma ordenada sobre la mesada de acero. Por hábito, el trabajo de laboratorio es estricto, disciplinado.

El protocolo de Wilhelm exige que las células vivan cada día dentro de un útero metálico durante cuatro horas, con el mandato de crecer y multiplicarse. Clara distribuye el contenido en cuatro botellas cuadradas de policarbonato, las coloca en un horno, y controla que el termostato se detenga a la temperatura humana. Aunque trabajar con ese germen inventado sea apenas una farsa, respeta el cronograma.

En esas cuatro horas intermedias nadie que no sea ella puede entrar en el gabinete. Es una regla del instituto para evitar contaminaciones entre los experimentos. Clara cuenta con ese tiempo para terminar la vacuna. Los procedimientos están completamente automatizados, su rol insustituible es

controlar que los equipos inteligentes realicen efectivamente lo que se les ha pedido. “Si la tecnología tuviese que exterminar alguna palabra del diccionario, esa sería *infalible*”, les enseñaba siempre a sus becarios. Pero en ese momento opta por olvidarlo. Es viernes, y el último día de esa fase del trabajo.

Sólo falta reducir el volumen líquido y cerrar el extremo abierto de las agujas, pero debe hacerlo con mucho cuidado porque ya están dentro de los parches de un material tan frágil que se disuelve al contacto con la piel. Clara sabe que el trabajo de hoy es un procedimiento simple, pero también sabe que, por sus consecuencias, no se admiten errores. La fase de sellar las agujas no sólo es la más crítica. Es también la que le había dado más problemas en las pruebas piloto, aunque después de mucho trabajo habían logrado superarlos.

Ahora, con la concentración de un atleta olímpico, coloca todas las placas en el soporte, aprieta el botón que cierra el depósito y conecta la bomba de vacío. El proceso dura menos de dos minutos, pero son dos minutos que pueden malograr todo. El tiempo pasa lentamente, como si también él tuviera que penetrar a presión por un túnel estrecho. Sólo se escucha un ruido grave de motor. Clara trata de distraerse mirando las luces titilantes que indican que los sensores de presión están en funcionamiento. Todos los controles están debidamente conectados, con alarmas que se activarán ante cualquier alteración. No aturdirán en el pasillo como lo hacían antes, sonarán específicamente en su teléfono y en el de Wilhelm, al que registró como corresponsable.

Le arde la nariz. Los años no la insensibilizaron al olor de los desinfectantes, con los que ese día limpió la mesada ya suficientemente esterilizada. Controla por enésima vez el reloj, pasaron cuarenta y cinco segundos, todo sigue en orden. Es la hora de extraer el líquido sobrante. Un embudo amarillo succiona una centésima de mililitro de líquido fucsia. Siguiendo las etéreas instrucciones escritas con luz en la mesada, Clara ahora prepara la mezcla, un mar de sustancias antimicrobianas. Cuando el reloj marca los ciento veinte segundos, oye el silbido del aire y se enciende la luz verde. De forma rápida se coloca la pantalla de protección y apoya la mano enguantada sobre el botón que enciende la luz ultravioleta. La resina comienza a recibir una radiación que la endurece, como si fueran trillones de años cayendo de golpe sobre una gota de ámbar. La punta se cierra.

Repite el proceso diez veces. Diez ciclos, perfectamente cronometrados. Todo sale como lo había planeado. Un mérito aún mayor si se considera que

dos veces tuvo que parar el proceso para intercalar otra labor: verter líquido de cultivo fresco en los frascos donde se reproducen las inútiles células de Wilhelm.

Faltan ocho minutos para las dos de la tarde, el final de su turno. Junta todo en su carrito metálico, descarta con prolijidad lo que no va a usar, se levanta con cuidado y a paso lento lleva las vacunas al desecador. Es la última morada de la vacuna 4yu en condiciones totalmente controladas. El ruido monótono del circulador de aire tapa el suspiro de alivio. Clara ya tiene todas las dosis listas. Son las municiones vivas con las que va a enfrentar al virus que le quitó el sueño durante la última década.

El doctor Schami no quedó enojado con Clara por sus ideas subversivas. Supuso que se trataba de algo teóricamente interesante pero prácticamente imposible, y se olvidó de ello. Nunca más le habló del asunto y continuó tratándola con amabilidad. Incluso, poco después de un mes de aquella charla, le regaló una entrada para un concierto. Con un poco de culpa por la forma en que lo está engañando, Clara la aceptó.

Horas más tarde se sienta en una butaca de la platea de la sala Pleyel, dispuesta a disfrutar del espectáculo. Los músicos afinan los instrumentos, la anarquía de sonidos efímeros que antecede la búsqueda de la perfección la relaja. Recuerda, sin poder ubicar el contexto, unas palabras que alguna vez le dijo Ken: “Cuando sientas que la emoción te invade más de la cuenta, respira profundamente”. Durante dos horas, invadida por la sublime música imaginada por un músico sordo que siglos más tarde está siendo ejecutada magistralmente por manos chinas, Clara respira lenta y pausadamente. Esa paz interior, y no sólo la coyuntura, especulará Clara un día, fue tal vez la que preparó el terreno para las ideas que empezaron pronto a fermentar en su cabeza. Pensamientos nuevos, no convencionales, potencialmente transformadores.

Sale de la sala de conciertos tarareando. Camina sin rumbo, feliz de disfrutar de la ciudad hasta que empieza a gotear. Se cubre la cabeza y los hombros con el *foulard* negro que siempre lleva en la cartera, y sigue andando. Clara ama París, sobre todo las zonas no turísticas, las calles de belleza más discreta. Se regala un paseo que disfruta recordando otras caminatas. Revive la felicidad de la primera vez, lee todas las placas históricas, escucha en sus audífonos relatos de antaño. “Esta ciudad no se puede desprender de su pasado, por eso hay tantos psicoanalistas”, deduce. A su mente analítica le cuesta simplemente pasear. Siempre necesita ir más allá, entender, adivinar lo

invisible.

El pañuelo empapado ya se le adhiere a la cara. Sin paraguas ni zapatos adecuados, aunque con espíritu de viajera, resiste. La lluvia aumenta, decide subirse a un ómnibus, mira varios que se aproximan, opta por el que anuncia como destino el barrio de Belleville. Nunca estuvo allí, pero el nombre le suena poético y familiar. El ómnibus está lleno, debe quedarse de pie. Se distrae leyendo las noticias que se proyectan en la ventanilla, que anuncian una nueva epidemia de cólera en Venezuela y de Zika en Paraguay. “Las enfermedades son noticia cuando ya es demasiado tarde”, piensa. Recién cuando consigue sentarse mira a sus compañeros de viaje. Se han bajado unos cuantos, y los que quedan son casi todos árabes, o al menos lo parecen.

Su celular comienza a recibir decenas de mensajes de marketing, destinados a magrebíes. Hay anuncios de restaurantes, tiendas, libros, actividades comunitarias, agencia de empleos. Un tal Mohamed Ahbud la invita a participar de una marcha por la paz. “Habrán velos disponibles para los simpatizantes”, le informa su pantalla.

Sube un vendedor ambulante, lo mira con interés de turista. A Clara le fascina la permanencia de ese sistema comercial antiquísimo, globalizado desde antes de que se inventara esa palabra. Sabe que no debe mirar al vendedor porque eso, en cualquier país del mundo, significa interés en el producto. Pero aun así no le quita los ojos de encima. El vendedor se acerca a un pasajero, después a otro, está todo el tiempo hablando. Clara no puede dejar de pensar en el futuro a ese hombre expeliendo la vacuna 4yu en su aliento mentolado.

Un hombre de barba larga, sentado en la fila de delante de ella, le compra al vendedor ambulante un transmisor de electricidad sin hilo. Los dos intercambian unas palabras en francés cargado y salpicado de palabras que desconoce, hay ruido, el vendedor se acerca bastante para oír al cliente. Sin haberlo planeado, Clara cronometra el proceso. Desde la primera pregunta del pasajero hasta la entrega del producto en la mano: veintitrés segundos. Sonríe. La distancia entre ellos y el tiempo es suficiente para transmitir la vacuna 4yu de una persona a la otra.

Otro pasajero llama al vendedor, Clara ya no lo mira, ya no sonríe, hace cálculos. En el pasillo entre las últimas filas, un grupo de hombres que consideran al Mercedes Benz un templo móvil lo suficientemente bueno como para invocar la justicia divina, reza. Más cerca del conductor, en la segunda fila, Clara repasa las cuentas que le hacen ver que un vendedor ambulante

puede transmitir la vacuna hasta a trescientas personas en una semana. Un único vendedor ambulante con la vacuna 4yu puede acabar salvándoles la vida, protegiéndolas de una amenaza futura, a trescientas personas en apenas una semana. La idea, con su sencilla belleza, la hace temblar.

Clara aprovecha ese instante para llamar la atención del vendedor. Compra un producto del que no le interesa la utilidad, ni quiere saber su origen, y le paga. Cuando controla que su monedero virtual esté abonando el monto correcto, algo le llama la atención. El recibo electrónico tiene un nombre, “Mohamed Ahbud, accesorios electrónicos”. Ese nombre ya se le está haciendo conocido. Es el mismo que hace unos instantes la convocó a una marcha por la paz.

Mira a su alrededor: es la única blanca entre los pasajeros. Se lamenta de sus propios prejuicios, pero se baja y busca la estación de metro más cercana para regresar pronto a casa. Nuevamente transita las profundidades, y es ahí donde termina de madurar la idea. Siempre quiso que personas anónimas fueran las protagonistas en la lucha contra el primer gran virus del siglo. Si Ahbud es uno de los impulsores de la Marcha por la Paz, el vendedor no va a faltar a la convocatoria. Ni muchos como él, deduce. Es el momento y el lugar para soltar sus primeras vacunas.

Cuando llega a la casa, Clara ve con sus propios ojos de dónde le es familiar el nombre Belleville. Es una estrella pálida en el Globoscopio, el primer lugar de Francia donde hay un pequeño brote de LPV. Con ese nombre bucólico, el barrio de París registra al menos unas dos docenas de casos. Está cansada, se hace un té y se acuesta sin comer. Esa noche, Miles no se le aparece en sus sueños en forma de un gato negro que exhibe sus garras, como le había pasado la noche anterior. Es otra idea la que fermenta. A la mañana, ya tiene la respuesta a la pregunta que la computadora le exige. Ya sabe quiénes serán los mil primeros que va a proteger con su vacuna. Ya sabe quiénes van a conformar el Foco Fundador.

Como le ocurre a cualquier prisionero, los días de Ken son muy largos. A veces, en las largas jornadas de Clara en el laboratorio, él se queda en la cama y se entretiene con el *ciberhand*, el guante que transmite a su cerebro las sensaciones del tacto. Puede programarlo a voluntad y, si se concentra, le resulta sexualmente placentero. Pero al cabo de un tiempo lo arroja con rabia. No se quiere conformar con eso, sueña con una verdadera interacción con su Afrodita. Gozar y hacerla gozar.

La distancia que los separa es insalvable, no sólo por los kilómetros sino

además por su incapacidad de enfrentar los peligros del mundo real. El único camino para acariciar a su amada es convertir su propio cuerpo en un control remoto, y hacer que el de ella responda. Crear una aplicación para que una caricia hecha en Tokio se sienta en París. Se toca con cuidado el dorso de la mano y se excita de sólo pensar que, con el entrenamiento adecuado, la misma presión sobre la piel puede ser recreada en forma distante.

Se levanta de la silla, va hasta un armario, lo abre y saca una caja oscura. La materialidad de su búsqueda lo sorprende. Una sensación extraña lo invade al darse cuenta de que necesita algo que no puede reducirse al lenguaje binario. Finalmente extrae de la caja un sobre gris acolchado. En su interior hay un soporte plástico, y en él un conjunto de planchas con estampillas translúcidas y flexibles. Toma una y la coloca sobre el dorso pálido de su mano lampiña, la adhiere con su propia saliva. El movimiento de su propia lengua lo erotiza. El líquido viscoso lubrica su imaginación al tiempo que disuelve la capa protectora de la estampilla. Exactos ocho segundos después, el sello desaparece de su vista. Lo que queda, ya no se ve.

La idea es bella por su simplicidad. Son circuitos electrónicos incluidos en un sucedáneo de piel translúcida. Pegada invisiblemente a su mano, la piel electrónica puede enviar y obtener información. Hasta ese momento, sólo la usó para convertir sus manos en controles remotos de *games*. Pero sabe que su capacidad de interacción vuelve sus posibilidades infinitas.

Ken toma otro pequeño rectángulo. La piel electrónica no es un repuesto humano que intenta imitar el órgano natural, como un corazón artificial. Es un amplificador de funciones que fusiona el tejido biológico con semiconductores, elaborados por nanotecnología. La película transparente es tan delgada que, para no perderla de vista, precisa guardarla, aunque sea por pocos segundos, en su estructura. La coloca ahora en la palma de su mano e, instantáneamente como la anterior, desaparece de la vista.

Va al baño, coloca su mano frente a la cámara, convierte el espejo en pantalla y aumenta el zoom al máximo. En medio de unas casi imperceptibles gotas de sudor que se acumulan en su piel, ve cómo el ínfimo semiconductor se estira y se contrae. Fundido a su cuerpo, el hilo sigue los movimientos de la piel verdadera. Ve una pequeña antena, más fina que un cabello, y el circuito, un río sinuoso como una huella digital impresa en un lugar que no corresponde. Pone la cámara en posición normal: no ve nada. Ken amplifica de nuevo la imagen y marca sus bordes con una lapicera. Esas estampillas quedarán allí unos días.

Tiene que comprobar, antes de enviárselo a la mujer, si sus propiedades son las que dice el fabricante. Toma otra estampilla y la adhiere sobre su pezón derecho. No siente nada, hasta que un estímulo descontrolado le hace ver las estrellas. La piel electrónica sobre su tetilla concentra suficiente tecnología como para ampliar infinitamente su sensibilidad. Debe ponerse ducho en su funcionamiento.

Esa noche, mientras Clara disfruta de la música de Beethoven, Ken entrena. Su ansiedad erótica lo impulsa a colocar cinco estampillas en sus zonas erógenas. Una imprudencia: eyacula a los 38 segundos, el tiempo mínimo que precisa su impulso biológico para el tránsito al clímax. La experiencia, inesperada, no lo desanima. Se da una ducha para resetear el sistema. Prueba de nuevo con dos adhesivos sensitivos, uno pequeño en el lado izquierdo del cuello y otro mayor abrazando su pene, además de los de la mano que, según el diagrama, funcionan en tándem como estimuladores. Desde que comienza a frotarse los dedos hasta la expulsión del semen transcurren ahora 3 minutos 48 segundos. Mejor.

En el afianzamiento de su virilidad tecnológica, no huye de la repetición. Además de placentera, le sirve de reconocimiento de su propia geografía erótica. La progresión deja de ser silenciosa cuando el olor de su esperma señala el desenfreno impúdico del éxtasis. Su goce egoísta se deja llevar por el vértigo del juego, experimenta sensaciones cada vez más intensas y se entrega al placer en caprichosa libertad, en absoluta independencia. Interesado en su pornografía personal, estudia cuidadosamente las alternativas.

Pega y despega los adhesivos a un ritmo frenético, altera los movimientos, obtiene experiencias únicas pero iguales, todas terminan con su miembro cubriéndose de rocío. Hasta que da por terminado el ensayo. Su rostro acalorado es la prueba del éxito de esa forma incorpórea de hacer el amor.

“¿Será que ella también puede?”

CAPÍTULO 4

UMMA

Quiere estar segura. Después del concierto de piano y el paseo por Belleville, Clara no se toma más que unas horas de descanso y va temprano al instituto. Se encierra en su escritorio y busca bibliografía, hace cálculos, simulaciones y pruebas. Finalmente, a las diez de la noche, sentada en la misma mesa, le envía a Ken el primer mensaje del día.

El hombre esperaba ansioso ese contacto. Deja su líquido nutricional de lado y se arroja sobre la pantalla. Está entusiasmado por haber encontrado un nuevo camino para explorar el placer de a dos, y ahora quiere avanzar rápido. Pero Clara no está en la misma frecuencia. Simplemente el mensaje le informa, de forma sucinta pero entusiasta, que ya decidió quiénes son las primeras mil personas que van a recibir su vacuna. Esa noche, apenas llegue a casa, va a contárselo.

Cuando abre la puerta del departamento, Clara se encuentra con un hombre con el pantalón caído, cara de miedo y culo al aire, que corre perseguido por una jeringa. Ella se ríe de las tonterías que hace Ken, le pide que desconecte ese holograma y descorcha un vino.

—A las trece horas del primer día después del Ramadán, los musulmanes de París se van a reunir en la Plaza de la Concordia en una marcha por la paz —comienza a decir cuando se sienta y bebe un sorbo frente a la cámara—. Todos deberán cubrirse las cabezas —agrega leyendo el mensaje que recibió durante su paseo en ómnibus por el barrio árabe. Comentar las noticias del día es un hábito familiar que poco a poco la pareja va adoptando a la hora de las comidas. Por eso Ken se sorprende cuando escucha:

—Voy a esconder la vacuna en velos islámicos. Y los voy a repartir en la Marcha por la Paz.

Ken la mira. La botella de vino se interpone entre ella y la cámara deformando su rostro por la curvatura del vidrio barato.

—Antes de que los últimos militantes se retiren de la marcha, ya habrá un millar de árabes propagando la vacuna 4yu como si fuera una gripe.

Ella se mueve, y en la nueva posición Ken ve con nitidez sus ojos verdes. Comprueba que brillan como nunca. Clara le envía en seguida información sobre la manifestación parisina que la prensa y las redes sociales ya llaman la

Marcha de las Burkas.

—Si cada uno de los 1.000 vectores iniciales convive con 20 personas, en el cálculo más pesimista a la semana serán 6.000 vectores y a las dos semanas 36.000 —sigue Clara, justificando su decisión con cálculos matemáticos.

El modelo de los velos islámicos es apropiado en varios aspectos, le dice apoyando con números su idea nacida apenas por intuición. La vacuna inyectable puede disimularse fácilmente en la tela. Ese día los apoyadores de la causa van a estar regalando hiyabs, chadores, nicabs y otras prendas musulmanas para cubrirse, “y nosotros también podemos hacerlo. Pero sólo las burkas garantizan una forma única de utilización, a partir del lugar determinado por la abertura para los ojos. Y también está el peso de la tela, que asegura la inoculación. Podemos regalar mil unidades. Apenas se las coloquen, las agujas van a introducir de manera instantánea e indolora su contenido bajo la epidermis. Horas después el ejército de 4yu empezaría su ciclo”.

Ken la mira. Ella mira sus datos. Son meros dígitos que esconden cuestiones humanas profundas, sentimientos que otros científicos redujeron a cifras como el tamaño medio de familias de la región, la frecuencia de los contactos sociales, la duración del abrazo en las diferentes culturas. Informes técnicos que no mencionan ni una vez la palabra *amor* y que le dicen a Clara que ese grupo de musulmanes recluidos en la periferia de París son apropiados para dispersar de forma rápida y eficaz una vacuna viva creada por ella en un laboratorio.

Clara deja la copa de vino en la piletta de la cocina y ahora está en el centro de la proyección holográfica del Globoscopio con la mirada distante quién sabe en qué mundos. Ken ve aparecer en su pared números, fórmulas y esquemas, gráficos, referencias y antecedentes. Él pregunta, ella responde. Él repregunta, ella calcula. Las cifras salen a borbotones porque los dos nadan en aguas conocidas. La pareja juega al ping-pong con estadísticas en las que las personas ya no son de carne y hueso sino una abstracción compleja definida por su índice de transmisión potencial (PTI), un número, sin moral ni principios. Un número que convence a Clara de que los musulmanes de París sirven a sus propósitos, que son también los de ellos porque son los de la humanidad.

A las tres horas Ken está agotado, pide tregua porque necesita dormir, pero Clara está demasiado excitada como para descansar.

—El organizador de la marcha domina el negocio de venta callejera y en

los medios de transporte de corta y larga distancia en Francia, España, Andorra, Inglaterra y Bélgica... Los vendedores que se suben a ómnibus de larga distancia son ideales. Si en París se sube un transmisor... en Montpellier se bajan al menos nueve.

Ken no puede creer que la muchacha habituada a moverse en el sofisticado mundo submicroscópico se haya ocupado de analizar hasta el nivel más miserable del mercado laboral.

—¿Y por qué no fumigás la vacuna dentro de un avión? —le dice al final agotado y cómplice del todo vale.

—Eso funciona sólo en tus *games* —contesta ella, rápida de reflejos—. En los vuelos, la humedad no es adecuada para el contagio.

Clara lleva horas dando respuestas matemática o técnicamente justificadas. En cierto momento, Ken pone música. La *playlist* aleatoria envía una melodía árabe, aguda, rítmica. Clara no creció con esos tonos melódicos que suben y bajan sin que nada lo haga prever, pero, de alguna manera mágica, esa música exótica la va penetrando. Con los ojos cerrados, todavía en medio del holograma que representa al mundo. Clara mueve en círculo sus caderas siguiendo unas órdenes que no saben de dónde vienen. Ken la observa con devoción. La pulcra camisa de gasa blanca moviéndose sin dirección fija, sus hombros al descubierto, los brazos que se elevan, los dedos que se separan, los labios que se abren. Y su vientre levemente redondeado que parece gozar con el movimiento perpetuo. Nunca la vio moverse de esa manera, no es Clara, es Afrodita, femenina, sensual, y feliz como nunca. La mujer que tiene frente a él es pura pasión. Contagiosa.

No la interrumpe, pero cuando la música termina, la voz de Ken retumba en el ambiente:

—Umma. Lo vamos a llamar Proyecto Umma.

—¿Seguro?

—Absolutamente.

Ese día, el pacto entre la científica genial y el enclaustrado creador de mundos volátiles queda sellado con la palabra que designa a todos los musulmanes del planeta.

No se debe convocar a un grupo étnico o religioso para probar una vacuna casi experimental. Es impensable. Mucho menos a musulmanes, a quienes la historia reciente tornó políticamente sensibles. Eso es lo que piensa la mayoría, pero Ken y Clara no lo ven así. Ken, como todo hacker, encuentra justificación moral para todas las infracciones. Clara está profundamente

convencida de que hacer el bien nunca es un crimen.

—Con menos de un gramo de virus vamos a proteger a toda la población mundial —le explica, entusiasmada, a su ahora socio.

Aunque pueda parecerlo, Clara no es una acróbata que se arroja al vacío sin arnés. Le consta, por pruebas que ha hecho cuando todavía trabajaba en Londres, que sea como fuere que se realice la vacunación, la fórmula de la vacuna 4yu conseguirá mantener la eficacia y el nivel de seguridad apropiados para los objetivos. El sistema de microagujas no había sido elegido para que la vacuna fuera indetectable para las personas, sino que estaba calculada para alcanzar la profundidad precisa de la dermis en la que la respuesta inmunitaria es superior, permitiendo generar inmunidad con una cantidad mil veces menor que si fuera intramuscular. Si la vacunación no puede organizarse en pulcros hospitales sino en la turbidez de la clandestinidad, es una restricción que Clara acepta y designa apenas como “condiciones especiales de inoculación”. Que los voluntarios no estén informados le es indiferente, no esperaba demasiada ayuda del efecto placebo. En el fondo, Clara no lo ve distinto de la vacunación obligatoria que ya liberó a la humanidad de otras pestes horribles. En este momento, no piensa en lo que se debe hacer, sino lo que se pueda hacer.

Ken está encargado de comprar las burkas sin llamar demasiado la atención. Primero adquiere cuarenta de un fabricante chino que tiene el depósito en las afueras de París, después otras cien unidades en Jahida.com, consigue otras cincuenta en Al Moultazimoun y, harto de la tarea, hace pedido de todo el resto en fechas diferentes en los distintos proveedores de los sitios Muslim Tendance y Muslim World. Realizar transferencias bancarias con fondos ajenos y sin dejar rastros no es un desafío para él, el encargo lo aburre. La actividad de Clara esa tarde es más entretenida.

Clara va a Belleville a estudiar las personas, observa sus movimientos, la distraen los olores y la música y vuelve con una tetera de cobre que no necesitaba y una burka.

Lo primero que siente al ponerse la burka, más tarde esa misma noche, es calor. Se acomoda el cabello hasta sentir la tela rozar su frente. Se dirige después hacia la puerta del departamento, dando pasos cortos y firmes con la espalda bien erguida, y sale. No ve el primer escalón de la escalera y se cae. Logra sujetarse del pasamanos y así se salva de rodar por la escalera. El golpe no es tan fuerte en el cuerpo como lo es en su alma. Ese pequeño fracaso la obliga a pensar qué otra cosa puede haber planeado mal. Su boca sabe a

ácido, pero mantiene el ánimo firme.

—La ubicación de las microagujas tiene que ser precisa —le dice a Ken al volver, evitando contarle su traspies. Coloca el paño negro en la mesa y corta el ruedo con un tijeretazo decidido—. Si no, la vacuna puede quedar enganchada en el pelo.

—Y todo el plan fracasaría —completa Ken con las palabras que Clara no se anima a pronunciar y que le perforan el alma.

Se saca la burka, la dobla con cuidado y la guarda. Va a la cocina para pensar un poco a solas, lo disimula lavando unas tazas y platos. Cuando vuelve, ya sentada frente a la computadora, le dice a Ken:

—Esas mujeres andan dentro de una cárcel portátil. Encerradas... como vos.

El miedo y el dolor dictan sus palabras. Para cuando se arrepiente, ya es tarde.

—Uno siempre puede desconectarse de lo que no le agrada —la desafía Ken, y desconecta su pantalla.

Clara se sobresalta. La posibilidad de que él decidiera ponerla en off estaba siempre presente al principio de la relación, pero ahora no pensaba más en eso. En ese momento, por primera vez, Clara se da cuenta de cuán fácil y rápido puede perder al único ser que la secunda.

Clara se queda muda durante un largo tiempo, sin moverse de su silla. Las manos, congeladas sobre sus muslos inertes, sostienen el paño negro de una burka. Presiente la fragilidad de ese plan tan insano como necesario. Piensa en Wilhelm, su mentor, al que por primera vez deja al margen de sus proyectos porque sabe lo que le diría, y no sería “¡Adelante!”. Piensa en María, que generosamente le prestó su departamento sin siquiera imaginar lo que iría a hacer allí. Pero a final piensa en Miles, y en la frase de Wilhelm, “Las personas inteligentes deben guardar una cuota de agradecimiento para quienes las rechazan o persiguen... Les dan la oportunidad de poner en juego nuevos recursos y virtudes”. Y en un ademán decidido se dirige al armario y luego al espejo, se vuelve a colocar la burka recortada y con un alfiler marca el lugar ideal para colocar la vacuna.

—El LPV va a ser el primero de muchos males evitables por vacunas transmisibles. Debemos aprovechar al máximo esta primera experiencia —le dice a una pantalla gris. No ve a Ken, un ser que, en rigurosos términos técnicos, es apenas un conjunto de píxeles. Pero sabe que es un hombre, está enamorado, y ella está absolutamente segura de que él no desconectó el audio.

Por la mañana, la pantalla está encendida y la pelea de la pareja, al menos en forma temporal superada. Ken se acaricia distraídamente la propia mano, pensando cuándo llegará ese momento que espera. Se ha vuelto experto en sexo a distancia, conoce todos los dispositivos que existen o están en desarrollo, se ha bajado un *Atlas de zonas erógenas*, un estudio comparativo del poder conductor de electricidad de las distintas marcas de lubricantes, y acaba de convertirse en uno de los primeros clientes de una empresa de tecnología vestible que fabrica los kits de preservativos masculino y femenino de piel electrónica. Clara interrumpe sus devaneos eróticos con una pregunta técnica, y Ken no tiene otra opción que redireccionar su mente creativa.

—¿Estás seguro de que podrás estudiar bien a los vectores? —le pregunta.

En ese momento no debe pensar más en futuros placeres inauditos sino en convencerla de su idea: la piel electrónica es un instrumento adecuado para transmitir todo tipo de información. Incluso la única que ahora le interesa a Clara, la salud de los individuos que reciban su vacuna.

—Si colocas una etiqueta de piel electrónica al lado de la vacuna, te voy a dar acceso directo a sus signos vitales. Y puedo invadir sus agendas, redes sociales, aplicaciones, historias clínicas... Es sólo programarlo.

En ese momento, Clara podría haberse dado cuenta de que aquello que él le propone hacer con otros, verificar quiénes se enfermaron y quiénes no, pero también estimar con quién estuvieron, qué hicieron, cómo se sintieron, ya podría estar haciéndolo con ella. Pero tiene la mirada tan acotada a su proyecto que la luz del conocimiento no ilumina su propia vida, que ya está en vigilancia estricta y permanente. En la mente de Clara sólo hay lugar para una imagen, la pesada tela haciendo la presión necesaria sobre la epidermis de un ser anónimo para empujar la vacuna al interior del cuerpo. Y ahora le agrega a ese paisaje un conjunto de datos que ella precisa viajando por el éter en su dirección.

—Si la vacuna no funciona... —continúa él— al menos vas a aprender mucho. Seguiremos la destrucción del cuerpo en directo.

Clara se aprieta los labios. Con frecuencia el hombre dice las palabras que la mujer no se anima a pronunciar por sí misma.

Clara acaba de llegar. Aún tiene el envoltorio de papel gris cerrado en el fondo del carrito de las compras. La científica paso por la *brasserie* de la esquina donde, a cambio de una propina, la camarera, una marroquí pobre con tres hijos para alimentar, le entregó el paquete. La muchacha le aseguró que no llamó la atención al retirarlo del correo. Clara tiene sus dudas, pero más

sospechoso habría sido sin duda que la doctora Fend, científica argentina con proceso migratorio en análisis en Gran Bretaña, recibiera las burkas en su hogar de tránsito en Francia.

Ken se pregunta cómo hará para desintoxicarla de sus preocupaciones y acceder a su intimidad, pero la mujer nunca descansa. A medida que las burkas van llegando, ella se ocupa de marcar el lugar donde va esconder la vacuna y dejar todo preparado para hacerlas en serie. Ya trajo los adhesivos con la vacuna al departamento. Es una suerte que las microagujas finalizadas no necesiten ser guardadas en frío. Por ahora las mantiene como las trajo del instituto, en condiciones de máxima esterilidad.

Para evaluar la propuesta de Ken, Clara se puso una estampilla de piel electrónica en la frente, y habiendo activado el programa correspondiente, Ken monitorea los datos en la pantalla. Efectivamente, los nanosensores se pueden programar para detectar señales vitales. Ella, con su propia vida, supervisa la exactitud del sistema. Chequea de una forma básica sobre sí misma, comparando las oscilaciones de su peso en la balanza, con los datos arrojados por un algoritmo complejo que combina los datos metabólicos obtenidos por los nanosensores de la piel electrónica integrados a la actividad que detectan sus zapatillas. Y comparándolo, en paralelo, con su aplicación personal de consumo calórico. Lo aprueba. Sí, podrán ponerlos en las burkas, junto a las vacunas, concluye. Cuando se adhieran a la piel, permitirán controlar todo de una manera que Clara ni se atreve a soñar.

Los días que siguen son de un trabajo manual exhaustivo. Tomar una burka, buscar la marca que le hizo unos días antes, colocar en ella y con una pinza de punta fina la vacuna 4yu, adherir la estampilla de piel electrónica a su lado, plegar la prenda nuevamente, colocarla en una pila no demasiado alta para que no se caiga. Mil veces, hasta dejar el piso del departamento convertido en un mar azabache. Casi sin descanso, porque cada hora cuenta, Clara trabaja inmersa en el universo estrellado del Globoscopio, el proyector 3D sin corazón que le muestra en tiempo real cómo su enemigo viral continúa tomando posiciones. Después de un período en el que parecía haberse enlentecido, tal vez por condiciones climáticas adversas al contagio, y en el que las estrellas luminosas que representaban los focos de contagio latían levemente en el ambiente artificialmente oscurecido, el LPV ahora está visiblemente acelerado. La activación del virus LPV influye directamente en la ansiedad de Clara, víctima de un exceso de futuro que no le da descanso.

—Pero no me interesan sólo los primeros mil —levanta ella la apuesta, a

los pocos días.

—La intervención no se va a limitar a ellos, va a invadir a sus relaciones cercanas con un virus troyano. Tendremos todo en red.

—¿Lo vas a conseguir?

Ken se queda callado. Por un momento, ve apenas el contorno de la mujer y oye su respiración intranquila. Medita largamente la respuesta y opta por el silencio.

—Hace tiempo me preguntaste si el procedimiento era seguro —dice Clara más tarde, como un susurro.

Meses atrás, él había hecho esa pregunta y ella le había contestado con la fórmula habitual de los científicos: “No hay ninguna evidencia de que no lo sea”. Ahora los dos tienen en su mente la respuesta, aunque ninguno la pronuncia. Sabe que la seguridad total no existe, porque lo que define a la ciencia y la tecnología no son sus instrumentos ni sus métodos, sino ponerse a prueba a sí misma todo el tiempo.

En un momento, Clara dice con voz débil que todavía está a tiempo de desistir. Desde el otro lado del planeta, el hombre la anima con su propia fe. Clara empieza a preparar la última burka, aquella primera que compró en un paseo por Belville y a la que con bronca redujo en largo de un tijeretazo. Elige con cuidado el lugar, adhiere con precisión la vacuna, y la última dosis de 4yu pronto desaparece de su vista. Sobre la mesa queda, apenas, una etiqueta de piel electrónica en su soporte. Clara la toma y la pega en la burka mal cortada que tiene entre las manos. La deja con cuidado en la silla al lado de su cama y se mete entre las sábanas.

¿Qué pasará si la descubren? ¿Qué pasará si algo no sale como lo planea? La acosan los demonios del miedo. El frío la invade. No es fiebre, es su calor vital secuestrado por la cuenta regresiva.

Al día siguiente, la joven científica será una participante más de su propio experimento.

CAPÍTULO 5

LA NOCHE DEL PODER

Bautizado como la Noche del Poder, el día 23 de Ramadán carga un sentido especial para los seguidores de Mahoma. En aquel momento, el profeta habría recibido del ángel Gabriel los versículos iniciales del Corán con un anuncio que mudaría toda la historia. Este año, la conmemoración del fin del Ramadán es inédita. En cualquier punto del mundo donde haya un musulmán, alguien estará anunciando pacífica pero firmemente su fe y reivindicando el derecho de vivir en paz manteniendo sus costumbres. El reclamo público se inicia en todas las ciudades a la misma hora local. La misma escena se repetirá con palabras similares, hora tras hora, al avanzar los meridianos. Una onda de protestas callejeras.

En el centro de París no hay un minarete para llamar a los seguidores, pero tampoco se necesita romper la atmósfera arquitectónica para hacerlo. Musulmanes y simpatizantes van llegando en pequeños grupos, cada vez son más. Una gigantesca pantalla virtual ocupa el extremo de la plaza y la atraviesa de un extremo al otro. El collage de países muestra miles de manifestantes con la cabeza cubierta.

—Lo importante es estar aquí, unidos, en paz.

Las palabras se escuchan nítidas, tal como están siendo pronunciadas en esos momentos en la Isla de São Miguel, en las Azores. El mensaje llega a París y se expande por el aire en el limitado espacio demarcado por las barreras de silencio, que controlan que el sonido no se expanda más allá del perímetro autorizado por las autoridades municipales. En la zona liberada, se escucha:

—... Somos la segunda mayor religión de Europa.

Cuando Clara Fend llega a la Plaza de la Concordia, hay apenas unas pocas decenas de personas. Tienen el cuerpo completamente cubierto, a excepción de una pequeña abertura con red frente a los ojos que les permite parcialmente la visión. Clara también está enfundada de pies a cabeza, aunque el manto es más corto, un modelo propio y bastante desprolijo. A último momento, decidió darle otro corte más para llegar con la cara destapada. Lo que más teme es volver a caerse.

La pantalla panorámica muestra en ese momento Londres, que se va

preparando para tomar la posta. Se la llama la Marcha de las Burkas porque la consigna es cubrirse, pero no necesita realmente ser con una burka. Puede ser apenas con un lienzo pequeño que tape los cabellos o una hiyab, que no deje a la vista más que el óvalo de la cara, o un pañuelo de colores, un sombrero mexicano o una kipá. Pero las burkas son las más numerosas por un motivo: nada permite descifrar si dentro de ellas hay hombres o mujeres, si se cubren por convicción religiosa, posición política, hábito, miedo, solidaridad. Simplemente nadie quiere quedar registrado en las omnipresentes cámaras y drones.

Algunos llegan ya cubiertos. Otros se tapan al llegar, con sus propios velos o usando los que reparten gratuitamente los militantes. La científica llega con el rostro descubierto, y enseguida se lo acomoda con un alfiler de gancho. Si bien no se cubre del todo, la ayuda a mimetizarse en la marea negra. Pero algo ha fallado en su rigurosa planificación. Parado a escasos cien metros de distancia, un agente se concentra en ella.

—En la coordenada DH1 hay un sospechoso.

—Llegó sola —le señala un oficial de policía a otro más joven que lo acompaña— y no parece buscar a nadie.

El Ministerio de Seguridad Nacional había definido para ese día nivel de alerta Amarillo. Los guardias afectados a la manifestación no pertenecen, por lo tanto, únicamente a la Unidad Antidisturbios convencional. La marcha está bajo el cuidado de los *cyborgs*, como los apodan, un grupo de elite que lleva encima todos los recursos tecnológicos que puede cargar un hombre para vigilar a otro.

Un agente observa a Clara con atención. El armazón de carey sintético que se apoya sobre su nariz ganchuda no lleva lentes de protección ultravioleta: hace un paneo por el área con cámaras ultrafinas. El rostro de Clara, parcialmente cubierto por el velo, está siendo transmitido en estos momentos a la base de control. Son necesarios al menos cuarenta y cinco segundos para comparar el rostro de un sospechoso con los datos biométricos que tiene la policía y enviarle al agente la información. El agente no pierde tiempo. Mientras espera el resultado de su pedido de informes, comanda en remoto sus cámaras binoculares y cambia la visión normal por la *thruvision*, un sistema que mide la energía térmica para detectar cuerpos fríos, como por ejemplo armas. Sin que Clara lo note, su intimidad está siendo perturbadoramente expuesta. El agente comprueba que la sospechosa no carga armas ni explosivos.

Lo único llamativo son sus dos brazos, que tienen sendas prótesis metálicas. Aproxima más el zoom, el morbo lo tienta a ver por dónde tiene amputados los miembros, y trata de recordar qué dictadura en la tierra todavía sigue cortándoles las manos a los ladrones. Pero la mujer tiene los diez dedos en su lugar, no son prótesis ortopédicas simples. Es la primera vez que el agente ve un MFM (multiplicador de esfuerzo muscular) en un civil. El sistema transmite los impulsos eléctricos directamente del cerebro a los miembros, y multiplica su fuerza. Los policías y bomberos los usan cada vez más, pero no es material clasificado. Clara decidió comprar uno apenas vio lo que pesaba un paquete mínimo de veinte burkas. Y para las piernas eligió un exoesqueleto robótico flexible, que le hace gastar menos energía y reduce la fuerza en las articulaciones. Pero las correas de este último, que se extienden a lo largo de sus piernas, desde el adaptador de los zapatos hasta la espalda, no es registrado por la cámara. Apenas el inocente motor. “Las tecnologías militares se masifican cada vez más rápido”, piensa el *cyborg*. Pero expandir las capacidades humanas no es un delito, y sea lo que fuere aquello que la mujer lleva en esos paquetes, es algo pesado, sin duda, pero no peligroso. No es necesario abordarla por el momento, alcanza con mantenerla en observación.

En su pantalla personal, una vibración le indica que llegó la información solicitada. Ni la mira. Si la sospechosa tuviera algún tipo de problemas con la justicia, automáticamente un cuadrado rojo habría aparecido frente a sus ojos para que él pudiera tomar las providencias necesarias sin tardanzas. Activado el identificador facial, la imagen de Clara ya quedó grabada, junto a la fecha y el lugar de la toma. Y un tatuaje matemático garantiza que el contenido visual no sea alterado. Un día, la foto puede servir de prueba, a favor o en contra de ella. El agente sonrío, o al menos pequeños pliegues se dibujan en la comisura de sus labios. Había registrado la imagen justo a tiempo. La mujer, que para entonces ya se ha detenido en una punta de la plaza y ha dejado sus pesados bolsos a un lado, está acomodándose el borde de la túnica y se cubre más la cara.

En ese momento, el *cyborg* vuelve a colocar su cámara binocular personal en la función panorámica para seguir a otros. Clara, sin saberlo, avanza un casillero en su audaz juego.

Clara está junto a muchos otros no muy distintos de ella pero no mira a su alrededor, está ocupada acomodándose el caluroso tejido negro sobre la cara y quitándose de los brazos las incómodas prótesis que le habían permitido cargar, como si fueran bolsas de mercado, unos doscientos kilos en cada

brazo. Se inclina y abre el primer paquete, piensa en lo que le diría su madre si la viera desgarrar el envoltorio con los dientes. Pero no le queda otra opción, jamás habría corrido el riesgo de echar todo a perder por llevar algo que pudiera ser considerado arma blanca. Una precaución inevitable.

Las mujeres completamente vestidas de negro, con túnicas sueltas y velos cubriendo el rostro, son las más llamativas; llegaron primeras. Cerca de ellas se instala una joven muy alta, con un *foulard* de seda gris, vestido liviano al tono y excesivamente maquillada. De inmediato se convierte en el centro de la mirada interesada de los hombres y despectiva de las mujeres, porque no obedece la ley islámica en el capítulo dedicado al recato. La zona está animada por los gritos musicales de los que reparten folletos, distintivos, libros, juntan firmas o, como ella, regalan velos. Hay un ambiente festivo. Desde su casa, hackeando las cámaras urbanas y los drones de una empresa de publicidad que recorre el lugar, Ken visualiza toda la operación. Pero se concentra en la pseudomilitante islámica que ahora estira a su lado las prendas.

Súbitamente a Clara todo le parece irreal, su mente la sacude ante la visión de esos seres desconocidos, por los que hasta el día anterior sentía el mismo interés que un malacólogo frente a una colección de caracoles. Son hombres y mujeres, pero para conseguir su objetivo, ella debe seguir viéndolos como vectores que forman parte del algoritmo apropiado. “¿Y si algo sale mal?”, vuelve a preguntarse. Por un instante ve el futuro como quien contempla un abismo, pero ahora no hay vuelta atrás.

Empiezan a aparecer más personas, mochilas modernas al hombro, uniformes con logotipos de empresas. Llegan apurados, robándoles tiempo a sus trabajos o estudios. Del cuello de uno cuelga una credencial amarilla, Clara reconoce la autorización municipal para el comercio ambulante. Sabiendo que su rostro está completamente cubierto, Clara sonríe con satisfacción, ellos son los que tienen más tránsito por la ciudad, serán los mejores transmisores fuera de la comunidad. “Y son los que me necesitan porque tienen la cabeza desnuda”, piensa. Unos jóvenes se le acercan, toman las burkas del suelo, se las colocan entre risas y bromas, y descubren cómo es la vida con el campo visual reducido. Después se le aproximan unos hombres de mediana edad con unas mujeres que podrían, o no, ser sus hijas, una pareja de orientales, un hombre de piel morena. Nadie le presta demasiada atención a Clara, que en esos momentos es apenas un bulto negro casi inmóvil sentado en el suelo. Así, las túnicas con la vacuna 4yu van desapareciendo, una por una.

El ambiente es relajado, alegre. Clara se entretiene mirando el paisaje que la rodea. A un lado, *kefias* palestinas en blanco y negro, otras verdes, azul, coloradas. Al lado de un chador negro puede haber un velo de seda fucsia y otro de gasa turquesa. Más a lo lejos, el único grupo que tiene protección policial ostensible, luce los pañuelos arcoíris de los musulmanes homosexuales. Clara espera pasivamente que las personas vengán a buscar sus burkas. Podría haberle pagado a otra persona para que hiciera ese trabajo. Un inmigrante analfabeto lo haría igual de bien que ella. Pero se perdería de participar de manera directa en un momento histórico. Ni pensarlo.

—Queremos el derecho de ir a trabajar con velo —dice una mujer baja y rechoncha ante un grupo que la filma para redistribuir inmediatamente la información—. Somos parte de la sociedad.

—Deben respetarnos —pronuncia con dificultad otra mujer, la voz tomada por los nervios de sus quince segundos de fama.

El joven cronista ciudadano asegura a su público global:

—Estamos en París, en una manifestación pacífica por la libertad de usar símbolos religiosos. Una lucha que está recorriendo el mundo. Como un virus.

Un hombre musculoso, muy alto, con la cabeza afeitada, pasa frente a Clara. Camina sin prisa pero atropellando ostentosamente a los demás, como si buscara ser visto. Blanco, vestido de negro, Clara siente miedo y en un santiamén se arma la pelea. El grandote les pega a unos, y se acercan otros. Brazos y piernas salen de su ruta natural, se superponen, giran en una danza violenta sin ritmo ni coreografía. Todo tipo de dispositivos electrónicos, papeles, anteojos y objetos vuelan de los bolsillos hacia los aires. Las mujeres gritan. El musculoso sale corriendo, y surgen otros que parecen ser sus clones, con pantalón, botas y campera con capucha negra. Le pegan a cualquiera que se le ponga delante. Son los Black Blocks, famosos por alterar las concentraciones. No les importa la causa, ellos mismos son rebeldes sin causa. Juegan a la guerra una única vez, después del primer disturbio la policía los tiene fichados. La lucha siempre está a cargo de los nuevos, los que salen del semillero, rostros frescos con quienes los controles de seguridad no funcionan. La policía reacciona con rapidez. En minutos los violentos salen de escena, los brazos atrás, la cabeza gacha, en fila como hormigas negras. Instantes después no hay señales de intranquilidad. “Lo que menos necesito es terminar como testigo de la policía”, piensa. En ese mismísimo momento, se le acerca un agente. Y Clara se arrepiente de su propio pensamiento.

—Documentos, por favor.

El uniformado le lanza una mirada inquisidora, pero no le exige descubrirse la cara y Clara puede esconder su miedo. No lleva armas, tiene sus papeles en regla, nadie podría darse cuenta de lo que intenta, pero aun así está temblando. Estira el brazo fuera de la túnica con su carnet de identificación de extranjera.

—Muchas gracias, señora Fend, estamos efectuando identificaciones aleatorias —se justifica.

Las preguntas no llegan y el silencio la atormenta. El apellido sin una pizca de sangre árabe va a levantar sospechas, el color pálido casi lechoso de su piel va a llamar la atención. Mientras un agente retiene el documento, otro policía le alcanza a Clara un sobre pequeño plateado de un lado y transparente del otro. Ella sabe lo que debe hacer: abre el envoltorio, extrae el hisopo y pasa suavemente uno de los extremos por el interior de la boca para recoger células. El agente que está esperando coloca el hisopo en una caja, que cierra con un mecanismo que se destruye si es violado, y lo traslada el móvil policial para someterlo al análisis de identidad por ADN en la PGM (Personal Genome Machine). Allí verificarán que el documento presentado por la mujer de rostro cubierto corresponda al de la propietaria natural de esas células. Mientras los policías hacen el control, un agente se queda a su lado.

Clara evita todo tipo de contacto visual con su guardián, mira las túnicas. A ese ritmo, en menos de media hora no quedará ninguna. ¿Y si le preguntan algo? De Mahoma no sabe más que lo que aprendió en el colegio. ¿Si quiere saber quién la financia, a quién representa? Se inclina hacia adelante, la cabeza hundida, el mentón casi tocando el pecho. Para liberar la tensión, empieza a decir en voz baja malas palabras. En todos los idiomas que sabe: español, francés, inglés, italiano, portugués, catalán, alemán. Su guardián sólo la oye murmurar. Ella finalmente se ríe de su propia ridiculez diciendo palabrones como hacen los niños. Pero eso la afloja.

La gente sigue llevándose las burkas. Quedan menos. El otro guardia regresa, le devuelven el documento y se retiran sin hacerle preguntas. Clara siente que avanza otro casillero más hacia el triunfo.

Está llegando la hora en que dará comienzo el acto oficial, cuando empezarán los discursos. Las pruebas de sonido de París ya se mezclan con la transmisión en vivo de Madrid, Barcelona, Bilbao y con los últimos discursos de las ciudades del huso horario anterior, como Londres. Los argumentos políticos se alternan con las oraciones religiosas. Clara se distrae escuchando.

—Piadosos son aquellos que cumplen los pactos cuando los contraen —

reza un hombre de larga barba blanca—, aquellos que son pacientes y perseveran en la adversidad, la dificultad y la enfermedad, y en los momentos más tensos como la lucha entre la verdad y la falsedad.

Su voz tiene carisma, atrapa, tranquiliza. Clara lo escucha con atención y, cuando se da cuenta, en el suelo, a su lado, queda apenas una burka.

Una joven baja, de ojos color almendra y ropa de estudiante se acerca. A diferencia de los que se pusieron la túnica con la misma naturalidad con la que abren sus paraguas cuando empieza la lluvia, la chica marca su presencia. Se para frente a las burkas y mira a Clara a los ojos. No dice nada, pero la respiración de la muchacha es lenta y profunda, como en un ejercicio de parto, piensa Clara. No dice nada. Segundos después, de la muchacha sólo se ven los ojos, su cuerpo, enrollado en el paño negro que le dio Clara con las dos manos. Ahora evoca un personaje de un país remoto. La muchacha se aleja, y al ver partir a la última de las burkas con la vacuna 4yu, Clara siente la alegría del objetivo cumplido.

Clara se pone de pie. El pueblo no se amontona para verla pasar, no hay silbidos, aplausos ni carteles con su foto. Su nombre no será el más escrito en el mundo digital por las siguientes tres horas... pero la satisfacción incendia sus acaloradas mejillas. Es una ganadora. Habiendo soltado un virus con un propósito definido, Clara dejó como nadie antes su marca en la historia natural de la civilización humana. A pesar de eso, abandona la marcha como una más, con una tela negra bajo su brazo.

Podría irse en metro u ómnibus, podría subirse a una bicicleta o tomar alguno de los autos compartidos que están en las calles. Pero se sube a un taxi con conductor. Después de un día así, necesita relajarse por completo y, al mismo tiempo, tener un ser humano cerca. Recién cuando da la dirección al chofer y se acomoda en la butaca, puede disfrutar por primera vez del momento, sin que su brillo esté ofuscado por la adrenalina.

Cierra los ojos y se imagina al virus 4yu que ella dio a luz recorriendo los cuerpos de los hombres por dentro. Visualiza la blancura pegajosa de los pulmones incorporándolo con inocente avidez, y devolviéndolo a la naturaleza multiplicado por millones. Se adormece y ve a los bendecidos por su ciencia iniciando su contagio bienhechor en autobuses, tiendas, oficinas, hoteles, bares, restaurantes y mezquitas. Pero se despierta de su corta siesta en medio de una pesadilla, con la gente a la que ella no pudo llegar muriendo de la peor manera, asfixiada. Algunos rostros son blancos, otros azulados, la boca abierta mostrando una lengua rígida tratando de articular las últimas palabras. Llega

al departamento seis horas después de haber salido, como si hubiera transcurrido toda una vida.

En el Proyecto Umma, la baldosa de la Plaza de la Concordia en la que ella se detuvo tiene un nombre: punto de acción inicial. Allí, en el instante preciso en el que Clara se acomodó la burka sobre la piel de su rostro, se convirtió en la primera persona a someterse a su invento. El virus de la vacuna 4yu ya recorre su sangre. Y la de muchos más.

CAPÍTULO 6

El momento preciso en el que Clara se acomoda la burka, bajo la inútil mirada de los *cyborgs*, marca el tiempo cero del lanzamiento de la primera dispersión de una vacuna transmisible de la historia. Ese día, hay distribuidos por el mundo más de 300.000 casos de LPV, ninguno de ellos malignizados, según información del Sistema de Biovigilancia Virtual magistralmente representado en tres dimensiones por el Globoscopio.

—La primera señal era la tuya.

A los 2.24 segundos de ese tiempo cero, el sistema ideado por Ken recibe la segunda entrada de información. El software de la piel electrónica comienza a intervenir los dispositivos personales de manera inmediata. “Tuve unos problemas...”, se detiene Ken cuando le da cuenta de las novedades con el puro objetivo de hacerla sufrir. La observa, expectante, los labios entreabiertos, ligeramente temblorosos, la taza de café suspendida en el aire y continúa:

—Nada grave. A los 53 minutos, 100% de respuesta. Todos hackeados.

—¡Bieeeeeen!

En el día de oro de esa extraña sociedad secreta, el resplandor del Globoscopio invade todos los rincones del departamento y lastima los ojos cansados de los dos. Clara se pone a saltar y a bailar. Ken sonríe e inclina su cuerpo, que es su máxima expresión corporal de euforia. Y ruega en silencio que la mujer no lo torture de nuevo con una sesión de rock magrebí.

Su plegaria es atendida simplemente porque Clara es aquel tipo de persona que ocupa mucho más tiempo en las verificaciones que en las conmemoraciones. Enseguida se abalanza sobre la pantalla para ver cómo ella y 999 manifestantes ya tienen su doble virtual en la nube digital. En el infinito de la memoria y capacidad de cálculo de millones de servidores distribuidos por el mundo, hay un área donde a partir de ahí vivirán los mil avatares. “De acceso restringido a nosotros dos”, le había garantizado Ken. Ahora alcanza con seguirlos.

Clara está excitada, las palabras se le apelo-tonan. Le cuenta las peripecias de la marcha, su encuentro con la policía, la pelea de los Black Blocks, las cosquillas que le producían las malditas prótesis... se ríen juntos de todo, empezando por sus antiguos miedos.

—Estoy cansada y mugrienta. Me muero por darme un baño —dice Clara. Y con toda inocencia pone su cámara en posición de descanso, como si eso evitara que Ken la observe en su pantalla mientras se desnuda.

Se mete en la ducha. El agua tibia afloja su espalda y revive, como un flash la extraña sensación que sintió en el momento que se colocó la burka, esa misma mañana, la alegría de hacer lo que creía necesario amalgamada al dolor de vivir una existencia secreta. ¿Por qué las cosas necesitaban ser de esa manera?

Necesita relajarse, y se concentra en el placer que le genera el líquido tibio que cae sobre la cabeza y baja por su espalda y sus piernas. Siente el recorrido de la espuma de jabón que lubrica su piel, el vapor que penetra en su cuerpo, el calor que la carga de una energía que amenaza transbordarla. La mujer que sale de la ducha es otra. Con el pelo envuelto en una toalla perfumada, los poros abiertos y las mejillas rosadas, Ken la ve pasarse una crema hidratante, masajeando lentamente sus pies y siguiendo por los muslos, vientre, pechos. Espera, tendida en la cama y con los ojos cerrados, que la crema se absorba. Luego se coloca un camisón fresco de algodón y enfunda los pies en unas pantuflas de piel de oveja. Desde el otro extremo del planeta, él observa cómo la mujer que desea termina el día más importante de su vida.

Cuando Clara se despierta, a mitad de la noche, lo ve. Hay poca luz, apenas el contorno del cuerpo es visible, aunque se pueden distinguir las estrellas de su ventana. Del interior del cuarto se ve poco, parece como si la única luz proviniese de una pantalla, un rectángulo de electricidad preso entre sus propios bordes. Se queda observándolo. Parece dormido. De pronto, observándolo en la oscuridad sin ser vista, contempla el extraño cuerpo en reposo y trata de entender por qué se esconde.

Clara se levanta para ir al baño. Cuando vuelve, hay música en su cuarto. Ella apagó su propia cámara hace horas, pero en ese momento y por primera vez un sexto sentido le dice que él la está observando. Se acuesta de nuevo. El sonido de un saxo comienza a envolverla, entregándola al reposo verdadero, extrayendo de su mente todo rastro de preocupación. Una mera sucesión de sonidos comienza a provocarle lo que ella más tarde llamaría intoxicación sexual en la que no se reconoce a sí misma. Pero con él todo es diferente.

La música la penetra, sus manos se deslizan sin pedir permiso, la respiración se agita y, en un temblor íntimo, sus músculos se contraen y el agua de la noche empieza a llenarla. Cubre su frío, sube hacia sus labios quien sabe por qué caminos y desborda en su boca, convirtiéndose en un gemido casi

inaudible. Un instante después, la paz se extiende sobre ella. Acostada, plena y absolutamente sola.

Así se duerme. Pero su sueño no es tranquilo, su mente febril le regala imágenes de bolas brillantes, atractivas y amenazadoras al mismo tiempo que crecen y la rodean.

Mil líneas verdes. Son tantas que cubren la pantalla, un césped fluorescente en movimiento constante e impredecible. Cada una de las líneas es un chip espía que recorre París, por arriba y por debajo. Pero lo importante no es lo que ven los ojos, sino lo que la mirada de Clara interpreta. Allí van los mil primeros vectores sanitarios de la historia de la medicina, el foco fundador de la inmunidad compartida. En libertad vigilada, como ella misma.

El chip disimulado en la tela de las burkas ya fue desactivado, pero, antes de sacrificarse, cargó el Programa de Observación Permanente (POP) en los celulares más cercanos. Ken comprueba que estos ahora funcionan, los virus troyanos ya controlan los chips más próximos. Todos los caminos culminan en la nube digital. A partir de las dos horas, el programa informático marca a todos los que hayan estado por un mínimo de quince segundos a menos de veinticinco centímetros de distancia de esos mil primeros. Un humano dio las órdenes, las máquinas las cumplen, la base de datos crece y un software distante cierra el ciclo controlándolo todo.

El cerebro digital mezcla todo: relaciones de amor, de comercio, de poder, equipara jefes con empleados, amantes y esposos, ejecutivos con *outsiders*. Lo importante en esta red no es la aproximación afectiva sino apenas la posibilidad de que alguna gotita expelida por el aliento los haya alcanzado. Cada dos horas se inicia un nuevo ciclo, sumando más personas al gran ejército inmunizador.

Para cada uno de los hombres y de mujeres fichados, Ken fabrica un documento de identidad único, mucho más detallado que cualquier prontuario policial. No sólo incluye la localización sino también la cartografía de sus actos y sus relaciones y un borrador de su historia clínica. El japonés supervisa la información relevante que se actualiza de forma permanente cuando pagan el estacionamiento o cuando un sensor registra su pulso. A medida que las personas usan tecnología, Ken captura los objetos numéricos que las identifican. Los que se despojan de su privacidad digital son cada vez más.

Ken organiza las erupciones de información que brotan cada día porque para Clara pronto se vuelven incomprensibles. Los primeros mil, que en la

pantalla son puntos verdes, pronto son eclipsados por las líneas naranjas, que corresponden a la segunda generación, aquellos que estuvieron en contacto con los primeros. Ella ve trabajar a Ken y trata de adivinar qué esconde su semblante preocupado. Pero la suerte está echada, se dice, sólo le queda esperar. Aparenta tranquilidad, al principio la ayuda el cansancio, y después una cantidad respetable de pastillas.

A los tres días, Ken le ofrece a Clara observar la situación. En el inicio de un video de apariencia simple, la señorial belleza de la Plaza de la Concordia se convierte en un simple punto brillante en el centro de una pantalla negra. Esa única luz es Clara, con el cargamento. La escena se transforma de inmediato. Aparecen cientos de puntos verdes que como semillas radiactivas titilan nerviosamente aumentando a cada latido su número. En un abrir y cerrar de ojos, los puntos se convierten en una profusión de rayas entre las que van apareciendo nuevos puntos verdes. Avanzan en direcciones opuestas atraídos por señales ocultas, parecen monstruosos seres vivos de color artificial que crecen por sus extremos. Efímeros, los puntos surgen y se fugan en todas direcciones para dar lugar a otros, dejando en la pantalla sensible cometas fugitivos que huyen dejando un rastro de purpurina.

Si Clara detuviera la imagen, podría comprobar que todas las formas geométricas mantienen sus límites perfectos, pero a esa velocidad parecen pegarse entre sí y amenazan explotar en cualquier momento derramando un interior viscoso. Los extremos de algunas líneas se vuelven trazos, otras toman más cuerpo, pero es imposible predecir cuáles de estas expansiones transitorias en una fracción de segundo se volverán más fuertes. Las 72 horas que van a cambiar el mundo se visualizan en exactos 72 segundos psicodélicos. Clara no se cansa de ver esa película en la que el naranja va cubriendo casi por completo al verde y los puntos se dilatan hasta formar bolas de aspecto tornasolado en la pantalla ultrabrillante. La repite innumerables veces y disfruta el broche final como si fuera la apoteosis del mejor show de fuegos artificiales.

Cuando pone las manos en la pantalla para superponerla al mapa de la ciudad, el guion del film adquiere sentido. Son los mil participantes de la marcha separándose, conquistando nuevos territorios. Algunos trazos brillantes siguen la ruta de las distintas líneas del metro. Las grandes arterias urbanas también se subdividen una y otra vez, hasta llegar por capilaridad a los distintos barrios donde se congregan los árabes. Muchos van en dirección a la estación Nation. Algunas líneas luminosas se dispersan en el 5ème

arrondissement, donde está la Gran Mezquita.

La vacuna 4yu se abre camino invadiendo París por su propio aparato circulatorio. Cuando Clara verifica que llegó a Belleville, le invade un sudor frío. Es justamente allí, a la Túnez de París, donde más quería llegar. Ahora está ávida por saber cómo sigue la historia que años antes le había valido un premio mayor en la Academia Nacional de Ciencias. “El método Fend podría permitir una vacunación de logística fácil y virtualmente sin riesgos”, reconocieron sobre el escenario los hombres de cabello blanco y mirada cansada. Aquel día Clara tenía menos de treinta años, energía contagiosa y un único objetivo: derrotar al virus de manera accesible hasta para los países desfavorecidos. “No sería un logro si no pudiera ofrecerlo en igualdad de condiciones a pobres y a ricos”, había dicho ella en el discurso. No tenía cómo imaginar que iba a esperar los frutos en un humilde departamento de París, y tras una vacunación clandestina.

Ken no comparte su nostalgia por lo no vivido. Ahora se entretiene con el Programa de Observación Permanente (POP) que captura los datos que precisa. Curiosear algunas historias. La número 21 sacó turno para el ginecólogo a las 18, esta mañana corrió siete kilómetros en media hora y trabaja porque quiere, ya que con lo que tiene en su cuenta bancaria podría alimentar a un pueblo entero. Entró a su base de datos porque el día de la marcha estuvo con número 12, que hace periodismo de investigación, y todos los caminos digitales conducen a su blog. Curioso. “O tiene sangre de pato, o no se mete en nada peligroso: su marcapaso registra poco uso.” La número 89, una adolescente que llegó bastante temprano a la marcha y luego se fue de París. No sin antes tener sexo con un hombre mayor en un edificio cercano a los bosques de Boulogne y él contárselo con una imagen explícita al mundo. “Va a precisar una nueva identidad”, piensa Ken, que se mueve por la autopista virtual como otros por la calle.

Suena la alarma. Indica un problema en la “Extracción automática de datos”. El filtro de credibilidad se confunde a veces porque no persigue personas, apenas réplicas digitales que consumen lo mismo que ellas, van a los mismos lugares, usan los mismos servicios, y no está preparada para todo lo que pueda observar. La máquina interpreta la dispersión geográfica de un piloto de avión como un error y Ken debe desactivar el control para ese caso. Cada vez que suena una alarma, la atiende de inmediato. Está muy ocupado. A Clara, en cambio, sólo le queda esperar.

En los días siguientes, Clara va por las mañanas al instituto, pero no

consigue poner entusiasmo ni dedicación en la farsa de su trabajo oficial. Cuando las células de cultivo se le contaminan y mueren, no le interesa en absoluto saber cuál fue el problema. Wilhelm no le pide explicaciones ni plazos, está ocupado en la divulgación del flamante premio Venter y pasa más tiempo en China que en Alemania. Schami tampoco parece molesto de seguir encontrándose con ella en los pasillos y hablar de su pasión, la música clásica. A Clara le es más sencillo volver a pedir los materiales y reiniciar el protocolo. De paso, así estira el tiempo de su misión en París. Ken, un enfermo del poder digital, atesora cada vez más números y no les presta atención. Abusa de su influencia y no le importa si sus espías actúan en teléfonos, marcapasos, bicicletas de alquiler o duchas automáticas.

Cell phones, Credit Cards, Digital Clock... Digital Key. Digital Radio... Digital Records, E-books, Elevator, Eye tracker, Games, Global Position Device, Health Insurance Card, Heating Machine

Clara se distrae un segundo de la pantalla y ya está al final de la letra M:

Medical Testing Devices, Micro labs, MP players, Parking, Pen Drives, Personal Security System,

En esa falsa omnipresencia, Ken se siente poderoso. Forma un equipo con la computadora, cuya interfaz sonora le habla, le discute, en ocasiones se niega rotundamente a cambiar de opinión. A veces se generan situaciones incómodas, como cuando el generador de hipótesis propuso una ruta de transmisión, Clara se negó a compartir la responsabilidad de pensar y Ken se puso del lado de la máquina y no paró hasta hacerle admitir a Clara que la computadora podía hacer deducciones más inteligentes que ella. La revancha fue en una discusión referida al pronosticador. Clara aceptó que daba respuestas instantáneas, pero la humilló deslizando que “hasta ahora ningún sistema pudo predecir la hora de un parto”. Clara confía en Ken, aunque no encuentra garantías en esa versión reduccionista de la vida.

El hombre está entusiasmado, pero se angustia todo el tiempo. Está dando sus primeros pasos en esa nueva ciencia de conocer la naturaleza a través de una gran cantidad de datos, y la ansiedad es recurrente y le dura hasta el momento de verificar, de forma excesiva y con métodos clásicos de observación, que sigue con la suerte de su lado. Clara tampoco tiene coraje para hablar de su miedo principal: que el plan funcione a medias. Concretamente, que el software espía de Ken trabaje perfectamente, pero que la vacuna 4yu no se esté transmitiendo de persona a persona. O que sí lo haga, pero no consiga proteger a las personas del LPV el día que este se malignice.

—Alcanzamos doce barrios. Y cuatro países además de Francia —informa

dos días después cuando superpone las luces a contornos geográficos reconocibles. España, Marruecos, Turquía y Venezuela adquieren un fulgor radioactivo. El sur de Francia permanece oscuro. Clara tiene muchas expectativas puestas en la inauguración de la Gran Mezquita de Montpellier, hacia donde esa tarde parte una caravana de ómnibus desde París.

—Siete países. Diecinueve barrios en París y alrededores —dice Ken al día siguiente.

A la semana, su mente intuitiva le obsequia un presentimiento inédito:

—Siento que algo escapa de nuestro control —murmura Clara.

Lo mira a Ken esperando una reacción a esas palabras, pero él está pendiente de la pantalla, enfrascado en los secretos de almas que nunca conocerá.

El Globoscopio nunca descansa y Ken tampoco. Porque piensa en silencio que Clara puede tener razón. Algo se les puede estar escapando.

—Son 108.000 individuos —dice Clara una tarde con un tono que no refleja alegría sino preocupación—. ¿Podremos detectar si el LPV se maligniza e infecta apenas a uno de esos 108.000?

Sin levantar la vista de su tarea, Ken le responde:

—¿Sabes cuántas mujeres estaban sentadas frente a una pantalla cuando te encontré?

—En un mar de basura, encontraste la pepita de oro —bromea Clara.

Pero esta vez es muy distinto. Y los dos lo saben.

CAPÍTULO 7

SALMA Y LEVENT

La última burka con la vacuna escondida en la tela fue a parar a manos de una jovencita de ojos color almendra, nacida y criada en Francia. En el momento en que tomó la prenda entre sus delgadas manos, Clara la notó nerviosa. No se equivocó. Era la primera vez que la muchacha concurría a una manifestación, y no lo hizo por propia voluntad. Había fracasado en su intento de decirle a su padre, el gran Mohamed Ahbud y principal orador de la marcha, que ella era francesa, que estaba totalmente integrada y que el problema del pueblo islámico no la afectaba. Ninguno de esos era argumento para disuadirlo. Hija obediente, acabó yendo ni bien salió de la facultad.

Salma saludó a su padre de lejos, y buscó un velo de los que se repartían gratuitamente. El destino quiso que la fila más corta en ese momento fuera la de Clara. Al ponerse por primera vez en la vida una burka, la muchacha sintió un escalofrío.

—Sentí que hacía contacto con alguna otra mujer de mi familia, alguien de Casablanca —le cuenta Salma después a su amigo Levent, que está vestido con una chilaba rayada con capucha que le da aspecto de recién salido del manicomio.

Levent es francés de primera generación como ella. Los dos son “verdes”, se preocupan por la pérdida de la diversidad biológica, no por la preservación de ritos religiosos. Se ocupan de problemas nuevos, sostienen, no de tragedias ancestrales.

—Ya marcamos presencia con tu padre. Ahora, vamos —le dice él. Y la lleva de la mano.

Más tarde, sentados en la mesa de un bar con las ropas islámicas ya guardadas en sus mochilas —la de él para devolver, la de ella, para guardar de recuerdo—, Salma pide agua y la bebe como si llevara siglos en el desierto. Levent observa a la joven, sigue con la mirada los músculos que acompañan el movimiento del fluido y piensa cómo le gustaría besar ese cuello, esos labios, esas orejas, esos párpados, y seguir por el resto hasta que ella dijera basta. Pero dice:

—Un día voy a crear una religión, pero no como la de nuestros padres. Haría una que venerara el agua, por ejemplo. Es el origen de todas las

posibilidades de existencia, precede todas las formas, sustenta toda la creación.

No es una afirmación brillante, pero diga lo que fuere, Salma siempre lo escucha embobada. Ella admira de él su interés por vivir algo extraordinario, algo que exceda, en palabras de Levent, “la vida cotidiana, su monotonía y su falta de sentido”. Él la desea, como desea a todas. El sexo, para Levent, es un acto sagrado, un gesto religioso. La pareja, un microcosmos humano que representa un macrocosmos divino. El coito, una fusión que supera individualidades “y de alguna manera mantiene a las personas ligadas para siempre”, le dice a Salma.

Salen, bordean un pequeño jardín público y se dan el primer beso. Antes de que puedan darse cuenta, están en la penumbra del cuarto de Levent, inmersos en el mar que él había soñado, en el que las sensaciones placenteras se suceden como olas. Él la abraza con firmeza, como si quisiera tatuar en su cuerpo la bella figura de la mujer.

—El hombre ideal para encontrar en una isla desierta —le dice ella sonriendo, mientras los dedos blancos del hombre se deslizan lentamente sobre la piel morena de la muchacha.

Se aman el resto de la tarde, y toda la noche. Trascienden sus deseos individuales, obedeciendo al tercer cuerpo que, según le asegura Levent, tienen en común.

—Ya nunca vas a desaparecer de mi vida —le dice el joven. Una frase mil veces repetida y que siempre le parece apropiada.

Salma es inocente, y las palabras hacen eco en las películas románticas que mira con sus amigas. Le será fiel hasta su temprana muerte, en un atentado terrorista. Pero Levent es un amante serial, y a la mañana siguiente, en el tren que lo lleva al aeropuerto, carga la foto de la muchacha en su tableta junto con algunos datos. Desde hace ya varios años, mantiene un registro de todas sus amantes. Al subir la imagen, Salma recibe el número 138 en la Lista Roja.

Tener el recuerdo de sus placeres al alcance de su dedo, en cualquier lugar donde esté, lo carga de virilidad y le sirve de entretenimiento. Salma es la octava de la letra S. En orden cronológico están Samira, Sonia, Susan, otra Sonia y tres que había registrado apenas como Su. Está en el percentil veinte de las más jóvenes y, como el 78%, tiene ojos marrones. Antes de subirse al avión rumbo a Brasil, Levent lo confirma: aún tiene en la memoria suficiente espacio para nuevas aventuras.

Cidinha es absolutamente maravillosa. Levent la besa, la acaricia con

ternura, bucea en su cuerpo, lentamente, para que nunca acabe. Pasaron menos de veinticuatro horas desde la llegada del francés a la Isla de las Cobras, pero Levent ya tapa el cansancio con sexo. Y hace el amor religiosamente, como un converso que abandona todo por su fe.

—Voce est moi, je suis voce —susurra a su oído mezclando idiomas.

La brasileña no entiende muy bien lo que le dice el francés, pero sus palabras suenan lindo.

Ya parece haberse recuperado del largo viaje al Archipiélago de los Alcatraces, a cuarenta y cinco kilómetros del continente. Sólo las ojeras denotan el vuelo con escalas, seguido de un trayecto en ómnibus, y finalmente un cruce en balsa con lluvia y calor tropical. La Marcha de las Burkas y la noche de amor con Salma parecen haber ocurrido en otro siglo, y no tres días atrás.

Levent llegó a Brasil como voluntario de un proyecto de responsabilidad ecológica, la Estrategia Global contra la Expansión de Especies Exóticas Invasoras (IESEGS). Todavía no empezó a estudiar la naturaleza y ya comenzó a vivirla intensamente. La isla y sus habitantes le habían dado una gran bienvenida.

Al poner sus pies en el cálido mar color esmeralda, fue recibido ruidosamente por una colonia de aves marinas, tomó agua del interior de un coco y recibió calurosos abrazos de sus anfitriones. En su primer día en la isla tropical cumplió una ceremonia que repite en todos los lugares donde le es posible: aplaudir la puesta del sol. Mantiene ese ritual primitivo, desde que descubrió que es una manera maravillosa y eficiente de generar lazos sociales.

—No hay que perder la magia de la existencia —dice señalando el cielo con un dedo y con el otro a una mulata que se le acerca tímidamente al verlo aplaudir. Al poco tiempo están abrazados. Siempre funciona.

Su misión oficial es hacer el relevamiento fotográfico de toda forma de vida con la que se cruce. Camina lentamente por la isla observando los árboles, metiéndose por debajo de ramas húmedas que ocultan más de lo que muestran. A Levent le toca registrar la pujante vida de la selva costera, y la primera mañana de trabajo llama su atención una mariposa azul del tamaño de su mano, con un reborde morado y la punta de las alas color plata. Hace una toma fotográfica única. La imagen analizada en tiempo real por el Wildlife Tracking debe estar mala porque el sistema le pide un encuadre diferente y que confirme los datos biogeográficos que la cámara toma de manera automática. En menos de dos minutos le llega el aviso de que el nombre de la especie y el

suyo propio aparecen en los mapas de internet. No figuraba en ningún registro previo de la región; Levent sonríe al pensar en su legado a la posteridad.

Cada día, camina sin apuro unos cuatro kilómetros y hace frecuentes pausas en la playa. Sus ojos, cansados de los mil tonos de verde, encuentran un colirio tonificante en el azul del mar, el dorado de la arena y, sobre todo, en los cuerpos morenos de las mujeres del lugar. Levent es un cazador insaciable. En ciertas épocas, cuando su cuerpo arde, es incapaz de distinguir gorda de flaca, joven de anciana, linda de fea, hombre de mujer. De un tiempo a esta parte, su amor por los otros se había encausado parcialmente con la militancia ecológica. Pero aún así tiene energía sexual de sobra.

Es habitual que, por las tardes, la isla desaparezca por algunas horas bajo el manto espeso de la lluvia tropical. Una pared de agua tapa las casas y la naturaleza exuberante cubre los secretos. Una tarde de lluvia fue Cidinha (#139), otra, con la voluntaria rusa, Natalia (#140). Ya compartió una hamaca también con Martín (#141), pero es a las mujeres a quienes ama con más pasión. A la tarde siguiente se duerme en los brazos de Diana (#142), la cocinera venezolana. Con disciplina, cada mañana carga sus nombres y fotos en la Lista Roja.

Levent disfruta de cada jornada como si fuera el último día de su vida. Una tarde de lluvia le toca a Noemí. Tras una fachada de budista, Noemí esconde una olla en ebullición. Hacen el amor hasta que ella lo muerde con fuerza.

—Una verdadera mujer —le dice con un hilo de sangre entre los dientes— no pasa sin dejar marcas.

A Levent le gusta la idea, porque él mismo no quiere ser descartable. A la mañana siguiente, el identikit de Noemí se posiciona detrás del de Nidia y delante de una tal Nu que ya desapareció de su memoria biológica. Y recibe el número 143 en la Lista Roja.

Levent vive enamorado. Cada día muere y renace para una historia de amor. Vive con cada mujer una nueva encarnación, y así disfruta de múltiples vidas.

En una ya olvidada tarde de amor en París, Salma (#138) le pasó a Levent la vacuna que ella misma recibió en la burka, sin notarlo. Los dos ya están protegidos contra el LPV, ese virus que por el momento es apenas una amenaza. Ya forman parte del invisible ejército sanitario criado por Clara que protege a los otros apenas se aproximan. Pero en esa dosis había algo alterado, que si bien no tuvo secuelas visibles en el cuerpo de Salma, a Levent le cambió la vida para siempre.

—¿Quién te pasó tan mal el filtro? —le pregunta días más tarde Vania (#144), la coordinadora general del proyecto en la Isla de las Cobras, acariciando sensualmente una raya oscura en su espalda. Él no puede verlas, pero las misteriosas manchas que la muchacha confunde con un mal bronceado son el recuerdo de Salma (#138), su último flirt en París.

Como si hubiera elegido a la persona ideal para colonizar rápidamente el planeta, el virus 4yu que ahora Levent llevó a Brasil ya no se transmite más como una gripe, como había previsto Clara, sino por vía sexual. La cepa alterada tiene otra particularidad que la hace única y peligrosa de una manera inédita. Cuando sale del transmisor, se lleva siempre consigo un pequeño segmento de ADN. Cuando se introduce en el organismo del amante, se infiltra en su genoma. El virus que forma el elemento esencial de esta vacuna alterada se comporta como un caballo de Troya: por los genitales ardientes introduce sus soldados y los deposita a través de la sangre en cualquier parte del cuerpo que los recibe. Una vez allí, accede sigilosamente al núcleo de las células y las modifica. Los amantes infectados se convierten, minutos después de ese momento de gozo, en humanos transgénicos.

Las manchas de la espalda de Levent reflejan la mezcla del ADN de dos personas, pero el primer ser humano transgénico de la historia desconoce su particularidad. Tampoco sabe que está transformando a todas las hembras con las que se acuesta. Y no tiene cómo prever que, aunque tenga programado pasar sólo tres meses en ese lugar del planeta, va a vivir ahí hasta el fin de sus días. Con la felicidad que sólo puede dar la ignorancia, por muchos días la única preocupación de Levent es llegar a tiempo para aplaudir la puesta de sol.

Los virus LPV y 4yu generan inmunidad cruzada. Si uno infecta, no hay lugar para el otro. Ese es el principio simple de la vacuna. El primer enfrentamiento entre el virus LPV y la vacuna 4yu por un mismo cuerpo no ocurre en París como Ken, Clara y la computadora esperaban. Tiene lugar en El Cairo, a las 11.01 del 23 de marzo, según deduce el Sistema de Biovigilancia Virtual. Un punto rojo en el norte de África representa la intersección de los dos ejércitos, un píxel indica las coordenadas geográficas en las que el enemigo y el soldado ya no podrán esquivarse. Dos virus próximos a competir por el mismo territorio.

—¿Cómo llegó el 4yu ahí? —pregunta Clara en el momento que la principal pregunta no es esa, sino si la bendita vacuna funcionará o si tendrá que reconocer que todo ha sido en vano. Ken no responde, se levanta de la

silla y se sirve una bebida fuerte.

Sus miradas no se buscan. Ambos tienen las pupilas fijas en el planeta iluminado por una fórmula matemática. En la pantalla, la punta de una veintena de flechas que nacen en París, Estrasburgo, Barcelona y Zúrich convergen en África. El mundo es grande, pero a ellos les interesa apenas un barrio de pocas manzanas.

A partir de ese momento, toda la información digital disponible de esa área de la capital egipcia está siendo controlada por la pareja sin que ningún servicio de inteligencia nacional ni internacional esté al tanto. Una copia de todos los informes médicos pasa a ellos sin demora, historias clínicas, compras en farmacias, agendas, sensores multifunción de los programas personales de entrenamiento deportivo. Nadie en el mundo es más importante que una muestra de veinte personas que están bajo su radar, de los que comienzan a saber casi todo.

Pronto sabrá si lo que sale de las bocas de los hombres y las mujeres se comporta exactamente igual a la gota artificial “humanizada”, el líquido fabricado sobre la base de componentes de la mucosa humana que ella utilizó como modelo de estudio, y en los que se apoya su confianza. Clara se muerde el labio inferior y aprieta sus manos sudorosas. Para la científica muchas veces premiada, lo más importante de su vida ya no está más atrás sino adelante.

De forma obsesiva, Clara examina el lento pero constante avance de los dos virus, el LPV y el 4yu, que es el corazón de la vacuna transmisible. También, para vencer la ansiedad, fiscaliza la salud de aquellos a quienes ella misma transmitió la vacuna y el virus digital espía, unos cincuenta desconocidos, entre los que están una vecina y su amiga María, con la que se encontró un fin de semana en Estrasburgo. Esta pequeña muestra le da confianza para aceptar que las historias clínicas virtuales reflejan las reales.

Pero nada la satisface, exige más pruebas, mortifica a Ken con preguntas que no puede responder. Una tarde le dice que quiere la historia real de sus cobayos desconocidos, contada en primera persona, no admite perderse nada. Al filo de la medianoche discuten cómo hacerlo, descartan varias ideas, evalúan otras y finalmente al amanecer entran en una nueva fase. La de las redes sociales.

A partir de ese momento, en la línea de frente de la batalla, ya no serán más receptores pasivos. Como si se tratara de un simple juego de roles, Ken crea personajes y establece relaciones con aquellos que podrían recibir el

LPV por proximidad geográfica con los infectados, pero que el sistema les dice que ya recibieron la vacuna 4yu y, por lo tanto, serían inmunes a la enfermedad.

Con las herramientas usuales del marketing digital, Ken pone en sus páginas de las redes sociales información que saben que van a leer o, según supone, que al menos van a hacerlo sobre la base de su historia clínica virtual. A veces son promesas de solución milagrosa, rápida o barata, para un problema de salud; otras, un test para autodiagnóstico o un simple juego cuya resolución daría descuentos para medicamentos. No hay peor sensación que la de una oportunidad perdida, bien lo saben los especialistas en marketing. Al querer saber más, los usuarios son direccionados a redes de pacientes reales, a los que Ken y Clara tienen acceso con sus identidades falsas. A partir de ahí, son otros los que hacen las preguntas y ellos son meros espectadores.

Clara determina una secuencia. Primero, *Patients like me*. Si no participan, les envían unos días después el anzuelo para la red Cure Together, que tiene los usuarios más persuasivos. The Best Fitness Training es el puerto de entrada para los amantes del condicionamiento físico, y Your Perfect Match, para los solteros insatisfechos.

El sistema funciona, a la larga tienen a todos escribiendo y posteando fotos de eccemas o lunares, videos de músculos anabólicamente inflados y haciendo comentarios sobre su rendimiento deportivo o su salud, que es lo que a Clara le interesa. Parece que al menos en esa pequeña muestra inicial la vacuna funciona. El virus LPV, por ahora benigno, avanza salteándose a los privilegiados que llevan la marca invisible de la vacuna 4yu. Ken da por ganado el primer round. Clara está ligeramente más tranquila.

El cuadro de posiciones se mueve rápidamente. Los campos de contacto aumentan, y al poco tiempo cuentan pequeños éxitos no sólo en Egipto y Francia, sino también en Turquía, Argelia y Brasil. Ya no consiguen seguir a sus objetivos tan de cerca como los primeros días, pero las señales son muy buenas. A los veinte días, los datos insinúan incluso que el LPV está bajando su ritmo de contagio en algunas zonas geográficas. Como nada de la información climática lo justifica, Clara dice que podría ser la confirmación de que la vacuna 4yu habría llegado antes que él y ocupado la plaza. Más de una vez Ken pretende celebrar. Está confiado, porque controló minuciosamente que no hubiera errores y verificó exhaustivamente la pureza de los datos que alimentan la interfaz gráfica, pero Clara —por formación o tal vez por temperamento— se mantiene insufriblemente cautelosa.

—*Done!*—dice Ken dos semanas más tarde.

Tira un muñequito de goma al aire. Es lo mejor que se le ocurre decir y hacer en ese momento tan trascendental en el que un informe confidencial del área de Seguimiento Global de Patógenos Emergentes menciona evidencias “no oficiales” de que el brote de LPV se está suavizando.

Clara lanza un exabrupto y se coloca de pie en medio de la proyección del Globoscopio. Lo gira, amplía algunas partes, primero lentamente, después con desesperación, y empieza a aceptar esa primera evidencia externa, independiente de su sistema de control, de que su misión clandestina está siendo coronada por el éxito. En las cuatro paredes del minúsculo departamento, una versión estruendosa del “Aleluya” de Händel invade el ambiente. “¡Aleluya! ¡Aleluya! ¡Aleluya!” Clara lo apaga, no necesita una banda de sonido que acompañe la escena, lo que necesita es digerir la noticia. “Si es que es verdadera”, se repite.

Clara se niega a tomar por verdad definitiva los datos de la OMS sólo porque muestran lo que ella quiere ver. Cree que ahora su responsabilidad es trabajar con ahínco para someter a prueba todo de nuevo. En las horas que siguen, en el *think tank*, como Clara llama a su silla de escritorio gastada, el ritmo es frenético. Selecciona muestras aleatorias, revisa los resultados, busca puntos débiles. El cuerpo le duele, los brazos se le acalambran, pero no se ofrece ningún descanso. Insiste, se intenta engañar a sí misma buscando errores porque la verdad es que no sabe si su corazón aguanta tanta emoción. La de comprobar que su vacuna, una bendición que las personas reciben como si fueran gotas de lluvia sin pagar nada, acorraló al enemigo.

La felicidad de Clara tiene un límite que parece infranqueable, pero la realidad, radiante, se coloca frente a ella y la obliga a reconocer que está superando sus mejores predicciones. Finalmente, acepta brindar. “Por el profesor Miles”, dice Clara levantando la copa, y ambos se ríen...

En el momento en que le llega el informe confidencial que menciona evidencias “no oficiales” de que el brote de LPV se está suavizando, el director del Old King’s College de Londres está saliendo de una reunión. Es el profesor Miles de siempre, con la figura elegante, el traje negro immaculado, sus gemelos de oro blanco y el esbozo de una sonrisa. Circula por los pasillos saludando a unos, elogiando el trabajo de otros, deslizando siempre algún comentario que permita deducir su influencia sobre los demás. Miles disfruta de ese tipo de reuniones académicas que le proporcionan la oportunidad de ser reconocido y de demostrar autoridad, en otras palabras, de continuar

desarrollando su reputación. Le gustan, fundamentalmente, porque desconoce lo que se dice de él.

—Estoy preocupado por el profesor Miles —dice Griffin hablando bajo con otro sobre los participantes de la reunión—. No se da cuenta.

—¿Qué pasó ahora?

—Lo de siempre. El presidente de Perú dijo hoy que su gobierno actuó a tiempo para enfrentar la última epidemia de dengue y Miles, aun sabiendo que no era así, lo respaldó públicamente. Eso ya no funciona. “Tengo la certeza de que se actuó a tiempo”, declaró Miles —dice Griffin leyendo la noticia.

—Todavía cree que se puede guardar información. Está viejo.

—“Integridad aún por encima de los resultados” —dice su interlocutor imitando la voz serena de Miles—. “Mostrar por qué Gran Bretaña es Grande.”

—El fin de una carrera excelentemente planificada para otro siglo. ¡No! —se interrumpe llevándose la mano a la frente.

Griffin se detiene para leer los dos mensajes del profesor Miles que acaban de llegarle. En el primero le reenvía el informe de la OMS que registra los indicios de crecimiento negativo del LPV en algunas regiones. El segundo es un pedido personal.

—¡Cree que soy su asistente! —protesta Griffin.

El profesor Miles le solicita, gentilmente, un informe sobre los reactivos y los medios de cultivo que comercializa el Old King’s College a todos los laboratorios del mundo. La planilla solicitada abarca un período determinado y debe discriminar los datos por cliente, fecha, con un detalle exhaustivo de las devoluciones, especificando lotes y causas. Griffin protesta, pero vuelve a su escritorio a gestionar la información solicitada. Puede imaginar al viejo director del Old King’s College leyéndola esa misma noche en pantuflas en su casa, aproximando los ojos a la pantalla y, para no perderse, señalando las líneas con la punta de su Mont Blanc.

A esa hora, el profesor Miles ya está en su casa. Griffin lo sabe porque desde hace casi cuarenta años vuelve a pie a la misma hora todos los días, llueva, nieve o haga sol. Deja sus cosas en la mesa, se pone su *robe*, se sirve una bebida y se sienta en el sillón de cuero gastado para leer de la biblioteca.

El semblante de Miles está frío, aunque por dentro siente fuego. Se distrae pensando en Clara. Le dio protección, orientación, le enseñó cómo eran las cosas de verdad y por un largo tiempo le dio todo lo que necesitaba. La hubiera querido como su sucesora. ¡Pocas veces en la vida conoció a una

persona tan brillante! Pero la ciencia no se hace apenas con buenas ideas, hay que saber cuándo y cómo gestionarlas, y eso ella nunca lo entendió.

Se concentra en las planillas que hace unos minutos le mandó Griffin. Su nariz casi toca la pantalla, la punta de la lapicera tiembla, cualquiera notaría que los resultados que están ahí no son los esperados. Vuelve la mirada al techo tratando de encontrar una explicación alternativa a lo que leyó. Ni por un segundo duda de que esas líneas no reflejen la realidad, pero... ¿no le faltará algo a esa realidad?

Vuelve a pensar en Clara, y lo buena que podría haber sido ocupando un día su sillón de director. Pero él acepta el pase de poder, no su desaparición. Y la muchacha es demasiado rebelde. Se consuela pensando que fue por eso que tuvo que actuar como lo hizo. Mira el retrato de su fallecida esposa. “Una diferencia entre ganadores y perdedores —decía ella— es cómo unos y otros reaccionan al perder.” Sin esa mujer femenina, de voz suave, nunca habría llegado a ser quien es. Fue ese ser de sabiduría única quien siempre lo apoyó y le enseñó a tener la serenidad necesaria para tomar las decisiones correctas en el momento correcto. Y le hizo ver que un hombre de honor es esclavo de sus palabras pero dueño de su silencio. Hay veces que es necesario callar. Por eso, siguiendo los consejos que sin duda ella le habría dado si estuviera viva, él no compartió con nadie su última y difícil decisión. Aun sabiendo que lo que se vio obligado a hacer no era digno pero era absolutamente necesario.

CAPÍTULO 8

En la Isla de las Cobras, todos le preguntan a Levent qué le pasó en la espalda. Una línea oscura nace del coxis y sube por su columna vertebral en dirección a la cabeza. Ramas marrones se abren a intervalos parejos, manteniendo una simetría casi perfecta, hacia los lados. El pigmento que recorre nervaduras robustas en el eje y va debilitándose hacia los extremos es un extraño tatuaje natural. Dos semanas más tarde, y cansado de las preguntas, Levent se sube al barco que lo trajo a la isla y repite el mismo camino, pero en sentido contrario.

Camina a paso lento bajo el sol tropical para ir al puesto de salud, compra una gaseosa bien helada y papas fritas a un vendedor ambulante. Lleva meses de abstinencia de la comida chatarra y encuentra en ella una forma olvidada de felicidad. En la recepción del sencillo hospital de día hay una mujer sentada en un taburete alto, pantalón y musculosa tan blancos como ajustados. Levent pone el foco en el prometedor escote piel canela mientras recibe de ella un pequeño pedazo de papel con un número. Debe controlar su turno en el cartel luminoso, le informa la mujer sin prestarle la atención que él quisiera.

—Me enferrmarría gravemente sólo para volverrr a verrrte —le dice el francés antes de sentarse. A cambio de la declaración de amor con acento europeo, recibe de la mulata una amplia sonrisa.

La única silla disponible para sentarse está entre una madre y su hijo con cara de fiebre y una mujer muy gorda que apenas puede respirar. Aprisionado entre tantas desgracias humanas, Levent se levanta, se sirve un vaso de té frío de un termo y va a la recepción. Pero no llega a cumplir su plan de seducción. Una enfermera de grandes pechos caídos lo llama, le pregunta el motivo de la consulta, le toma la presión y la temperatura, y al final, sin dirigirle la mirada, le pide que aguarde. Minutos más tarde, un médico de mediana edad lo revisa a distancia con su vista cansada.

—Protector solar. Factor 30 o más, y en cantidades generosas.

El médico del balneario turístico repite lentamente, para que el extranjero lo entienda, el mantra de todas las semanas.

—Colocar cada dos horas o después de baños de mar prolongados — completa mirando la pantalla de la computadora en la que registra el servicio —. Aplicar cantidades generosas. Y cuidado con el limón de la caipiriña, en

tus manos y en las de los que te toquen. En contacto con el sol, produce quemaduras graves.

Cinco minutos más tarde, Levent está de nuevo en la recepción, pero la joven de la musculosa blanca ya no está. Disgustado, compra lo recetado en la farmacia de la esquina y, sin nadie para agregar en su Lista Roja, regresa a la isla cargando suficientes pomos de protector solar para todo un mes.

Si ese día a Levent lo hubieran observado mejor, probablemente tampoco habría pasado nada distinto. Los médicos sólo reconocen lo que, por las características del paciente, esperan encontrar. Y en los trópicos, cualquier mancha en la piel de un europeo se le atribuye al sol. Pero, además, ni el mejor profesional es capaz de diagnosticar algo que no sabe que existe. Y el intercambio genético entre humanos no tiene antecedentes en la literatura científica. Sin diagnóstico correcto, Levent continúa propagando el virus alterado en sus tardes de amor en la isla brasileña.

Astrid es dinamarquesa, blanca, rubia, ojos azules y de pechos amplios. Trabaja en el Banco Mundial y está en la Isla de las Cobras en carácter de observadora. Como es integrante del ente financiador del proyecto que becó a Levent, él es el encargado de recibirla. Y le agrega, voluntariamente, la función de atender hasta sus mínimos caprichos.

La primera noche, Astrid enciende la TV local y ve, sin entender lo que pasa, a una mujer vestida con una amplia falda larga y una blusa suelta que llora a gritos. A su lado, un hombre de traje oscuro la zamarrea sin piedad, grita como un poseído. Alrededor de la pareja hay gente, pero nadie interviene.

—¿Qué pasó? —llama a Levent con signos de preocupación.

Levent la toma de las manos, le explica que es un pastor arrancando el demonio de una mujer en trance y con su voz aterciopelada la tranquiliza:

—Yo te voy a cuidar, no hay nada que temer.

Media hora más tarde, Levent la cuida intensa y profundamente. La economista tiene una teoría peculiar sobre la contabilidad erótica: más se da, más se recibe. Combinan a la perfección.

—¿De qué color es tu piel verdadera? —le pregunta cuando los primeros rayos de luz de la mañana iluminan su espalda—. Espero poder broncearme estos días de trabajo en Brasil.

—Si te dejo salir en algún momento —dice Levent e inicia otra tanda de besos.

A medida que pasan los días, la dinamarquesa Astrid (#160) va perdiendo

su brillo níveo. Su cuerpo se va tiñendo de un rojo que se convierte en marrón para que finalmente, de manera muy extraña, la piel sea invadida por manchas más oscuras.

Ya de regreso en Copenhague, partes de su cuerpo tienen el color del carbón, y ni se acuerda de Levent cuando le diagnostican una patología hormonal que afecta las células pigmentarias originada en un pequeño tumor encapsulado. Astrid entra al quirófano y sale con un tajo mínimo. La única parte de su cuerpo que, transformada por el 4yu troyano que le transmitió Levent se convirtió en tumor, es destruida. En las semanas siguientes, la piel de Astrid se va aclarando hasta volver lentamente a la normalidad y nadie jamás relacionará la enfermedad con una tarde de sexo salvaje.

Pero el 4yu sigue ahí. Durante los meses que siguen, Astrid continúa su vida normal, auditando proyectos globales en todos los maravillosos lugares adonde la envía el banco. Generosa con su sexo, es una de las primeras en distribuir el virus transformador de personas en Cartagena, La Habana, Punta Cana, Cusco, Ushuaia, Haifa, sembrando nuevos focos para la dispersión del problema por el mundo.

Martín (#141) es otro voluntario en la Isla de las Cobras que, como Levent, se siente en el paraíso, y no apenas por las aguas transparentes y cálidas que enmarcan un verdor sin igual. Cuando Noemí (#143) lo conoció, sintió que Dios le guiñaba un ojo y le decía: “Es este”. Todos los días, Martín y Noemí se quedan horas tirados en la playa con la mirada en el cielo registrando el paso de las aves migratorias —la tarea que les fue encomendada—, inmóviles, sus cuerpos pegados, escuchando la música minimalista de la naturaleza virgen. Hasta que se aman sobre la arena fina, unen sus sexos con ardor, y exaltados se muerden uno al otro sellando con sangre un amor único. Esa primera noche no duermen, la conversación en la que repasan sus vidas llega al amanecer. Por supuesto que ninguno menciona a Levent, aunque los dos ya se habían acostado con él.

El primer defecto físico aparece en ella, días más tarde. Un bulto extraño, abajo del pecho. Como si fuera un tercer seno, pero sin pezón. Noemí piensa que es una picadura que se inflamó, y en la posada pide un antialérgico. Los días que siguen no sale de su cuarto ni deja que Martín ni ninguna otra persona entre. La puerta permanece cerrada desde adentro y, cuando le preguntan qué le pasa, sólo dice que se ve fea.

Se empiezan a preocupar cuando, al tercer día, no acepta la comida que Cidinha le deja en la puerta; dice que quiere purificarse. Y permanece

escondida en ese agujero oscuro para rezar. Cree que el diablo se manifiesta en una nueva dimensión. Y cuando Martín decide entrar, forzando la cerradura, llega a la misma conclusión. En apenas cinco días, el cuerpo de Noemí se volvió repugnante.

Ninguno de los elementos de su cuerpo había permanecido como era el modelo original, como si un ácido deformante lo hubiera destruido internamente. Noemí parece esculpida por un niño, y no nacida de una madre. Una serie de protuberancias nacen en la espalda, el tórax y los brazos como conformando una espeluznante cadena montañosa de gelatinas subcutáneas. También la cara tiene bultos por todos lados, algunos pequeños, otros mayores. Noemí, para no verse, había cubierto con una toalla grande en el único espejo. Pero se niega a ir al médico.

—No elegimos nuestro destino, es nuestro destino el que nos elige —dice, víctima de una psicosis mística. La deformidad que había empezado por su cuerpo, ahora le llega hasta el alma. La conducen a la fuerza al barco que la conduce al hospital. Martín, en la puerta del servicio de emergencia, espera. La muchacha está débil, rápidamente tratan su deshidratación y el golpe de calor, y la someten a un estudio básico de imágenes. El informe dice, en palabras mucho más completas, que perdió los límites anatómicos: es difícil decir dónde termina el hígado y dónde empieza el bazo o el intestino.

—¿Qué le parece que puede ser, doctor? —pregunta Martín desesperado desde la puerta. No necesita ser médico para ver que la imagen en la pantalla hay decenas de bultos esféricos que no se parecen a nada estudiado en el colegio.

—Es difícil saber sin hacer estudios específicos, biopsias, exámenes genéticos...

—¿Es operable? —interrumpe Martín.

El médico se detiene, tiene la mirada perdida, como buscando en su mente una respuesta apropiada que no aparece. En vez de eso escupe de forma insensible:

—¿Sobre cuál de los 325 hallazgos de la imagen me pregunta?

Martín comprende rápidamente, aunque en realidad no entiende nada.

—Pero ¿por qué? —se anima a preguntar. Recibe la única respuesta posible: que en medicina casi nunca hay una explicación concreta.

—Serán los genes, será la contaminación, la radiación, algún virus... hay millones de parámetros que explican las estadísticas generales, pero nunca hay cómo explicar un caso en particular.

Noemí, presa de su delirio místico, se niega a que le hagan algo más. Además, exige una copia del consentimiento informado que firmó al ingresar. Allí, entre otras cosas, está escrito que el hospital no puede divulgar ni archivar ninguna información ni imagen sin expresa autorización del paciente. La recepcionista de escote profundo y ropa ajustada blanca le explica a Martín que los exámenes de sangre no dieron positivo para ninguna enfermedad infecto-contagiosa que requiera ser informada de forma obligatoria a las autoridades y no pueden retener a una paciente ni su historia clínica contra su voluntad, mucho menos siendo extranjera.

Martín llora al ser arrancado de forma tan violenta de la felicidad. El médico lo observa con el rabillo del ojo. Sin una pizca de compasión, y mientras escribe la recomendación a la paciente de atenderse en un hospital de referencia en su país, el médico mira el cuerpo encorvado, la cabeza caída apoyada en sus manos abiertas y le dice:

—Tenemos una asistente terapéutica para los acompañantes, pero hoy no vino porque hay huelga de ómnibus. Así que váyase... —y después de un tiempo agrega—: ... a tomar un café o algo más fuerte.

Martín se abre paso entre la larga fila de pacientes que están esperando.

—Nadie quiere problemas en plena temporada turística —susurra la recepcionista cuando él pasa a su lado.

“Qué cáncer agresivo. Si fuera más joven, lo presentaría a un congreso — piensa el médico por un instante—. Pero a seis meses de la jubilación...”

Martín y Noemí vuelven a la isla. Ella, completamente protegida de los mosquitos, de los rayos del sol y de miradas indiscretas con ropa amplia, sombrero de ala ancha y anteojos que cubren la mitad de su rostro. Se encierran en el cuarto y lloran abrazados, sin siquiera la bendición de contar con un enemigo en quien descargar su bronca. Hasta que Martín no aguanta más, sale dando un portazo y se va al bar. Esa noche, completamente ebrio, provoca destrozos hasta que unos lugareños lo arrastran como pueden a su cuarto, donde se duerme. Cuando se despierta, le dan dos noticias, una mala y otra peor.

Tiene que retirarse. El reglamento del voluntariado es inflexible en lo que respecta a vandalismo, uso de drogas y de alcohol. Esa misma noche el barco lo llevará al continente. La peor noticia es que por la noche Noemí había salido de la isla y había pedido expresamente que no le avisaran a él hasta que estuviera lejos. Ansiosos por sacarse el problema de encima, los dueños de la posada le habían conseguido lugar en un vuelo que salía en pocas horas desde

San Pablo y habían pagado un viaje extra al barquero. A esas horas, Noemí ya está camino a su casa y Martín sólo puede llorar. No entienden, ni entenderán nunca, el porqué de esa desgracia tan terrible como impredecible.

Noemí está infectada con el 4yu troyano, que provoca una especie de metástasis en cada parte del cuerpo en la que encuentra células adiposas. Pronto acabará con su vida. Martín también está infectado por el 4yu troyano que llegó con Levent a la isla, aunque todavía no se le ven las marcas. Con él y con otros, el maldito está aún siguiendo su camino. Las consecuencias que puede tener convertir a los humanos en seres transgénicos pertenecen a los misterios de la medicina.

El hashtag *#monstruodeBrasil* es tendencia en las rutas digitales. *Like* tras *like*, la difusión de la foto de Noemí les da un respiro a las deudas de su autora anónima, que no es otra que la recepcionista del puesto sanitario. Cuantas más veces se comparte, más dinero entra a su cuenta de los anunciantes de marketing digital. El descargo de las autoridades sanitarias, de que la paciente de la cual no pueden ofrecer la identidad exigió en conformidad con las leyes del país no ser investigada, tiene pocos interesados. De nada sirven los comunicados explicativos de que no habría ninguna evidencia de que su mal fuese contagioso. Unas horas más tarde, el segundo comunicado de prensa gana un nuevo párrafo que resalta que la paciente fue atendida en un Centro Básico de Salud que por ordenanza estatal no participa de estudios epidemiológicos. Y que cuando el caso excede su capacidad de atención, la responsabilidad de los profesionales actuantes se limita a sugerir al paciente que concurra a otras instancias.

La idea de que uno de los últimos paraísos terrenales pueda estar fatalmente contaminado por algún agente o sustancia química peligrosa llama la atención en todo el mundo. El Centro Internacional de Malformaciones No Congénitas saca a relucir sus planillas de la región con resultados negativos que son ampliamente divulgados por las autoridades de Brasil. El Instituto de Ciencias Ambientales de Estados Unidos manda un equipo a recoger muestras del suelo, aire y agua, desechos urinarios de aves y contenido estomacal de los anfibios. Congelán todo para llevárselo a analizar en la sede de Boca Ratón, Florida, pero una ONG acusa a los gringos de inventar el caso para robar la biodiversidad del sur y el pedido judicial frena la salida del material. Los norteamericanos consiguen un socio local para superar problemas de soberanía, pero entonces es la aduana brasileña la que retiene el material biológico, al que le atribuye un valor pecuniario presunto no declarado. La

autorización de exportación sale cuando, a falta de nuevos casos, la cuestión ya no le interesa a nadie y la estrategia orquestada por la Organización Internacional de Turismo ya convenció al mundo de que las islas tropicales siguen siendo un paraíso.

La foto de Noemí va a parar a un documental, *Monstruos reales*, que Ken y Clara ven juntos, aunque cada uno esté en su casa.

—Sólo Dios es perfecto. ¿Quién tiene el mejor genoma a partir del cual se pueden juzgar todos los demás?

El discurso religioso la exaspera. Como está con las manos ocupadas, planchando, tiene que escucharlo unos minutos más.

—En el siglo XVI, había monstruos por todos lados. Los príncipes los coleccionaban, los naturalistas los catalogaban y escribían largos textos profusamente ilustrados.

Clara levanta la mirada y observa una sucesión de cuadros tenebrosos dominada por colores oscuros, imágenes tétricas cuyo efecto es amplificado por una envolvente música litúrgica.

—Hoy —la imagen cambia a unos laboratorios blancos, con gente vestida de blanco y mucho vidrio— los científicos los estudian a nivel molecular.

La foto de Noemí ocupa la pantalla. Las deformidades de uno solo de sus miembros habrían alcanzado para ilustrar todo el programa, pero la muestran en detalle y a lo largo de interminables segundos.

Ken ve y oye lo mismo que Clara. Pero mientras Clara piensa en sacar cuanto antes de su vista esas imágenes, Ken las investiga. Primero comprueba que la foto que se está difundiendo no es trucada. Después les da un vistazo a los datos ocultos, día, hora y lugar en que fue tomada, y grado de manipulación digital. A pesar de su fobia a los microbios, siente curiosidad por los individuos deformes.

—¡Perverso! —lo ataca Clara al ver su cara de entusiasmo.

Ken no responde, tal vez porque su conocimiento del español no es suficiente para entender de qué lo acusa.

—Es *veréntica* —le dice deslumbrado con la mujer monstruo.

Acaba de inventar una palabra, *veréntica*, para definir que acepta la foto como verdadera porque comprobó que es auténtica. Últimamente a Ken se le dio por innovar con las palabras porque para él un idioma, sea binario o compuesto por palabras, no debe ser un conjunto de atributos regulados con una institución rectora sino un sistema libre. E inventa neologismos todo el tiempo.

—La imagen es vieja —agrega—. No sólo eso: es un punto del Globoscopio, precisamente el número 370 en el mapa de los que recibieron la vacuna 4yu.

Rastrea datos de la mujer, ni su GPS ni su monedero digital registran movimientos desde hace semanas.

—No está más en este mundo —concluye, convencido de que sólo la muerte frena las señales binarias de una persona.

Ambos vuelven a lo suyo. Esa tarde de domingo, sus preocupaciones están muy lejos de lo que muestra el programa de entretenimiento. La realidad que para ellos importa está en el Globoscopio, donde Clara vive inmersa. Un lugar donde los buenos y los malos no se mezclan, luchan. En la competencia entre el virus LPV y el 4yu por el dominio de los habitantes de la Tierra.

En la Isla de las Cobras, sin embargo, nadie olvida a Noemí. Las únicas explicaciones son las sobrenaturales. Los mitos indígenas volvieron con fuerza y cada día, a la hora a la que el sol funde el mar con el cielo, se convocan seres imaginarios. Levent es el líder de esa transformación ecológico-religiosa que no necesita hacer uso de ninguna sustancia alucinógena y valora la contemplación por encima de la acción, la verdad revelada por sobre la comprobada.

En el tiempo libre que le dejan su investigación de campo y las discusiones espirituales, Levent hace el amor irradiando el virus 4yu troyano. El núcleo de la vacuna mal nacida avanza entre sus amantes y amantes de sus amantes, que son muchos más. El virus 4yu alterado transita por el terreno liberado que dejó la ciencia al domesticar al HIV, y el número de personas transformadas genéticamente crece cada noche.

“Brasil descarta totalmente la hipótesis de contaminación.” Con ese título, las autoridades sanitarias globales emiten el comunicado oficial en el que se descarta la hipótesis de que el caso popularmente conocido como “la mujer monstruo” se debiera a agua o alimentos con sustancias tóxicas. Una afirmación tan importante lleva tiempo, pruebas y miles de autorizaciones, así que cuando lo anuncian en conferencia de prensa virtual, ya no se registra ningún periodista. Desde hace tiempo que no aparecían más monstruos y el asunto había quedado en el olvido. Entre las autoridades se impone la idea de que el caso de Noemí un único, y todos se dedican a otros problemas urgentes que tienen que resolver. Caso encerrado. El interés popular también es sustituido, primero por la denuncia de prostitución de orangutanes hembras en una mina de África y después por otras cuestiones igualmente increíbles.

Clara tiene toda su atención en Asia, donde siempre surgen enfermedades infecciosas nuevas o se agravan las conocidas. Afortunadamente, Asia es el continente más protegido, le explica a Ken, porque es donde nació el virus LPV y tuvo mucho tiempo para expandir su versión benigna provocando inmunidad natural. Sin necesidad de exámenes de sangre, Clara supone que hay mucha gente con anticuerpos contra el LPV. Asia también alberga los pueblos tecnológicamente más privilegiados, donde ya hay una aplicación para cada enfermedad y donde el sistema de biovigilancia se alimenta de más fuentes: lentes de contacto que miden la glucosa de las lágrimas, corpiños deportivos que monitorean el ritmo cardíaco, tatuajes invisibles que informan el nivel de urea en sangre y un sinfín más.

África, en cambio, no representa un riesgo. Por sus condiciones de temperatura, humedad y radiación, es un continente de bajo riesgo para la transmisión de LPV. La preocupación de Clara se centra sobre todo en Europa. Francia es el país más protegido por la vacuna 4yu, y eso es mérito de ella. Pero en el resto de Europa, que aún tiene mucha población sin defensas, y en América, que es el continente más vulnerable, es donde alimenta las peores profecías. Sufre con la presión de no saber cuándo y dónde se podría malignizar el virus. Y, sobre todo, siente ansiedad ante la prueba inevitable por la que algún día deberá pasar su vacuna. Afortunadamente, la situación está estable y la cepa de LPV que sigue circulando en los cinco continentes es benigna.

CAPÍTULO 9

El simulacro de vida normal, tanto en el laboratorio como en la casa, se había tornado asfixiante para Clara. Haberse relacionado con un ser tan singular como Ken le provoca vaivenes emocionales y en ocasiones prefiere estar sola, y en otras necesita calor humano. Para los dos objetivos, necesita salir del departamento. Pero su problema para el segundo es que es una persona tímida, y pasar del saludo educado a una amistad verdadera le es algo casi inalcanzable. Con pocas excepciones.

En una conferencia sobre la responsabilidad social de los científicos conoce a una cirujana del Hospital Pasteur de París con la que inmediatamente siente una gran empatía. La amistad se da de forma natural. Las dos hablan castellano; Alice vive desde joven en Europa pero nació en Acapulco. Las dos son dueñas de vidas cargadas de emociones, y sobre todo comparten el deseo de no ser recordadas apenas por sus cerebros privilegiados. Y las dos se sienten solas. Alice está casada con un piloto de avión que pasa poco tiempo en casa. Ella rara vez viaja: especializada en telecirugía robótica, está anclada a un robot que está en París pero que lleva sus manos de cirujana por el mundo.

La amistad de Clara con esa mujer quince años mayor va creciendo con pequeños contactos. Con frecuencia la llama para pedirle consejos prácticos para sobrevivir en la ciudad que aún no domina. Alice representa, en cierta medida, el hogar materno, al que sabe que siempre puede recurrir. Alice es afectuosa y la ve como la hija que nunca tuvo, llena de energía, ideas, inteligente, con una sed de conocimiento insaciable. Discuten películas, ideas políticas y, por supuesto, especulaciones científicas. La relación se afianza entre vinos, quesos, guacamoles y empanadas en las escasas salidas que permiten sus agendas ocupadas por el trabajo. Siempre que se despiden, se quedan con ganas de más, porque es de esas amistades que la vida no derrocha.

El mundo íntimo de Clara se completa con su amiga escocesa, María. La relación es distinta, menos cotidiana, ya que vive en Londres. Fue su primera amiga cuando llegó a Gran Bretaña, y también está disponible siempre que se la necesita. Es mucho menos comunicativa que Alice pero es leal, sabe preguntar cuando reconoce en Clara la ansiedad por desahogarse y sabe callar

cuando es preciso. María conoce toda la vida de Clara, la ayuda a recordar lo oportuno y a olvidar lo innecesario. Al menos una vez por semana se comunican, y siempre le pasa los chismes de su antiguo trabajo.

—Tus becarios se quejan de que tienen que hacer todo el trabajo de nuevo —dice María.

—Los becarios siempre rehacen lo que otros hicieron. Es el rito de iniciación —bromea Clara sin darle importancia.

Un día, María le dice que sus ex becarios se quejan de la imprevisibilidad de los directivos, que sin dar mayores explicaciones les cambiaron el proyecto. Clara busca en internet detalles de esa información, que por ley es pública, y lo que ve le abre una herida que creía cicatrizada. Su reemplazante, en teoría transitorio, puso el 80% del tiempo del equipo profesional a trabajar en la reformulación de una sustancia que ella había desarrollado.

—No me explico por qué se pusieron a investigar una fórmula nueva —dice Clara, casi enojada.

María nota el orgullo profesional malherido y cambia de tema. No sabe nada de esa sustancia, y Clara no se lo dice. La llamaban la “segunda dosis” porque sirve para frenar el contagio de la vacuna 4yu cuando la transmisión ya no es necesaria. Clara empieza a temblar. La única explicación que se le ocurre es que alguien, además de ella y Ken, sepa que la vacuna 4yu ya está recorriendo el mundo.

Esa noche, el sexo virtual no pasa de ser una masturbación simultánea frente a las cámaras sin ningún encanto. Ken, que no está al tanto de la nueva preocupación de Clara, cree que la frigidez es propia de la relación incompleta. Y para solucionarlo recurre a una mejora tecnológica.

—Telepresencia —dictamina—. Interacción bidireccional en un ámbito multisensorial de súper alta definición.

Él ya había reconstruido virtualmente en su propia casa el sencillo cuarto de Clara. Ahora, para dar la impresión de que ambos ambientes están integrados, es necesario hacer los cambios en la casa de ella. Cuatro hombres llegan bien temprano al departamento de París. Traen cables de distintos calibres, emisores y receptores inalámbricos, sensores y planchas adhesivas de todo tipo, pantallas flexibles, parlantes minimizados. De otra caja menos protegida surgen perforadoras, cintas y un gran equipo de bricolaje. Y la orden de instalar allí el equipo y dejarlo funcionando.

A las pocas horas, el cuarto ya no tiene más paredes, la cama está rodeada de pantallas ligeramente curvas en sus extremos. El piso es distinto, más

fresco, pero también, como lo comprueba de la peor manera, resbaladizo. Al principio del proceso Clara se había desesperado al ver las sierras láser podando los muebles, mutilándolos de un lado para que perdieran la simetría original. No porque fueran lindos, sino porque no eran suyos. Pero el habitante anterior estaba muerto y María le dijo que cualquier mejora del departamento era bienvenida.

—Quédese tranquila, señora —le asegura el jefe de la obra—. El Reality Reversion está incluido. Cuando el contratante lo solicita, se hace la reconstrucción 3D de todo lo afectado con materiales y colores idénticos a los originales. Nadie lo nota. La transformación Premium lleva ocho horas, pero la Reversion es más rápida —continúa diciendo el mismo hombre, aparentemente el único que habla francés, con la voz cansada de quien dice las mismas palabras todos los días—. Se solicita a cualquier momento con veinticuatro horas de anticipación.

Clara decide creerle, a esa altura no le queda otra opción. La cama que está contra la pared, ahora se continúa a través de la pared-pantalla y finaliza virtualmente del otro lado. Hasta el oscuro edredón bordado parece continuar más allá del muro. Una vez que la iluminación apropiada ayuda a esconder defectos y diferencias, el efecto es admirable. A uno y otro lado de ese no-límite, la ilusión de continuidad es perfecta. Las almohadas, si no son las mismas, lo parecen. Del otro lado de la pared, Ken está ansioso por colocarse el preservativo electrónico y compartir con Clara esa cama de inmediato. Pero va a tener que esperar.

—Falta bajar los cuerpos, pero eso no lo hacemos nosotros —dice el técnico mirando el contrato y acercando la contraseña que tiene tatuada en su piel para registrar el horario de finalización del servicio—. Y el cuadro es un regalo de la empresa. Si no le gusta, puede cambiarlo. Es sólo elegir del catálogo.

Recién ahí Clara se da cuenta de que la pared tiene una obra de arte digital, un grafiti con un poema.

“¿Qué es tocar, qué es sentir otro cuerpo?
Es entrar tembloroso en una nueva identidad.”

Walt Whitman, 1882

Clara mira un viejo reloj, y su sonido metálico le devuelve a su corazón algo de su propio ritmo regular. Antes de retirarse, el jefe del equipo de técnicos le informa que no todo está funcionado como corresponde.

—Tenemos registrados algunos errores, hay que regresar con otras piezas.

Debería ser solucionado en menos de setenta y dos horas.

—¿Qué es lo que no funciona?

—Los olores. No serán los mismos, pero le garantizo que es apenas por el término de tiempo mencionado —dice como si lo que promete fuera lo más normal del mundo—. Y tenga cuidado —le dice mirándola a los ojos, como si le dijera mucho más que lo que expresan las palabras—: Las pantallas así, cuando cubren todo, son engañosas. En los muros debajo de ellas pueden abrirse grietas peligrosas y usted no darse cuenta.

Cuando los técnicos se van, le dejan a Clara un contacto de emergencia para consultas técnicas urgentes. Más importante aún, le dejan una nueva vida en funcionamiento. Ahora Hermes y Afrodita van a poder vivir juntos de verdad. Cuando quieran releer a Borges, la primera pasión compartida, van a colocar sus cansadas espaldas en dos almohadones del mismo respaldar. O al menos va a parecerlo.

Las cosas no están exactamente iguales a como estaban antes de la instalación. Algunos objetos cambiaron ligeramente de posición respecto a lo que ella estaba acostumbrada, como si hubiera venido una mucama nueva. Eso termina generando acciones y reacciones descontroladas. Como cuando al levantarse y golpear con la pata de su mesa de luz y un florero turco de cerámica que antes no estaba allí sale volando. El audio del equipo es tan sensible que al principio no les es fácil reconocer de qué lado del muro digital proviene el sonido y, en consecuencia, Ken estira su propio brazo como si con ese movimiento inútil en Japón pudiera interferir en la trayectoria de un objeto en Francia. Se ríen juntos, con toda inocencia. Ninguno de los dos ve en los problemas tecnológicos ninguna señal.

Comienzan a vivir una sexualidad que algunos llaman de organismos posthumanos, que tiene sus propias reglas y las aprenden de a poco. Los primeros momentos de intimidad son más lúdicos que otra cosa. Cambian el fondo y se imaginan juntos en la playa, bajo las estrellas. La luz automática que despierta a Clara como siempre, ahora ilumina también la otra mitad del cuarto. Vivir en el mismo lugar que siempre, y que al mismo tiempo se había convertido en un lugar extraño, es una forma —por llamarlo de alguna manera— inusual de iniciar la convivencia con un desconocido. La telepresencia simula escenarios y replica la presencia biológica, y ambos interactúan con figuras digitalizadas que bien podrían ser manipuladas. Pero no deben serlo, piensa Clara cuando ve con absoluta nitidez su cara de recién despertado, los ojos hinchados, los pelos que parecen venir de una batalla. En la imagen de

súper alta definición, las imperfecciones son dramáticamente más notorias.

—Empiezo a arrepentirme —bromea Clara al despertar por primera vez a su lado.

—No hables tan alto, la ventana está abierta —responde él señalando una abertura inexistente en la que el viento digital mueve una cortina de *voile* dibujada en forma hiperrealista.

A Clara, haberse convertido en una construcción basada en información numérica le genera muchas dudas.

—¿Me pusiste pechos enormes? —pregunta evaluando las ventajas de un collage digital, sin obtener respuesta.

Pasan los días y se divierten como niños, pero falta lo más esperado: hacer el amor. Para eso, primero tendrán que actualizar el software para la transmisión ultraveloz de datos, calibrar los sensores y reeducar sus cuerpos con versiones sofisticadas de las estampillas de piel artificial.

Una de las primeras noches de la teleconvivencia, Clara se despierta sobresaltada por una alarma disparada por un problema técnico. A su lado, la imagen de Ken está congelada. Su brazo derecho parece sobresalir con la punta de los dedos dirigidos hacia ella con la perfección de una pintura hiperrealista y la capacidad de horrorizar de una surrealista. Lo más amenazante es la mirada rígida, insondable. “¿Ken se oculta del mundo porque es un monstruo?”, se pregunta. Aleja la idea, horrorizada de sí misma, y limpia su mente de malos pensamientos. Cierra los ojos y, cuando vuelve a abrirlos, Ken duerme a su lado en la posición habitual y sus facciones son las de siempre. Las aspas de un ventilador simulado, que con su movimiento atraviesa los dos cuartos, indican que el mundo sigue girando.

El rostro de Ken fusionado al de Noemí invade varias veces los sueños de Clara porque su mente no está preparada para relacionarlos en la vigilia. Para ella, ese esperpento que vio en la televisión no tiene ningún punto de contacto con el experimento humano del que Ken y ella son responsables. Ni en la peor de las hipótesis la científica espera una consecuencia así.

El cambio que provoca el 4yu troyano, el agente transformador de la especie humana más poderoso que se conoce, es muy sutil. Si la información contenida en el ADN de una única célula humana fuera escrita en tamaño pequeño, los libros que la contuvieran ocuparían una biblioteca entera, del techo al piso. Y de todo eso, lo único que cambia el 4yu troyano es un trecho de veinte letras. El resultado no es siempre visible, todo depende de dónde se instale. Muchos pasan inadvertidos porque los efectos se confunden con los de

enfermedades conocidas.

Primero hay un caso por ciudad, después dos o tres, y semanas después, siguiendo las redes del sexo sin protección, se convierten en centenas. En líneas invisibles que parten de Levent, Astrid, Vania y muchas y muchos más, los humanos transgénicos están en todos lados, de Botsuana a Belo Horizonte, de Baltimore a Berlín.

Félix se lo contagia en una cama de Lima, y vive apenas lo suficiente como para pasarle el 4yu troyano a una única mujer, una rubia exótica de ojos profundos color azabache y rasgos mapuches. Un encuentro carnal que jamás llegará a contarles a sus amigos. Regresó del viaje de mochilero por varios países de Latinoamérica como muchos, cargado de artesanías y con una colitis galopante. La diferencia es que no hay medicamento indígena, homeopático, chino o de farmacia que detenga la diarrea. Las veintidós horas que pasa entre vuelos y aeropuertos camino a casa transcurren en su mayor parte en algún baño. Recién en Frankfurt un suero todopoderoso detiene el flujo fecal.

La tomografía llega con malas noticias: no es el agua infestada de los países pobres. Es un tumor intestinal altamente destructivo. “Por suerte, pudo hacer antes el viaje de sus sueños”, dice la madre en el velorio, sin poder relacionar una cosa con otra.

Entre los que sufren un desenlace fatal, como Félix, hay una cadena de decenas o centenas de otros que tienen la suerte de recibir el virus 4yu troyano y su extraña carga en alguna parte de un cromosoma que no ejerce ninguna función importante, por eso su aterrizaje es tan inocuo como el de un meteorito que cae en medio del desierto. A otros, el cambio los mata de forma indirecta, como aquel colombiano al que la piel de las mucosas se le volvió tan seca que para no morir de dolor necesitaba tomar cada vez más morfina, hasta que el remedio superó la capacidad de daño de la enfermedad.

La gravedad y el tiempo se combinan de manera determinante. Cuando la primera es menor y el segundo es mayor, la ciencia raramente detiene su mirada en el momento correcto. Es el caso de Martín, que pasó de ser un ángel, cuando conoció a Noemí, a ser un hombre-mono, un par de años después. Como el obeso que va ganando peso paulatinamente desde la adolescencia y después no consigue explicarse cómo se convirtió en un adulto de ciento cincuenta kilos. Nadie prestó demasiada atención, comenzando por él mismo, a sus pelos. No es que antes fuera lampiño, pero meses después de hacer el amor con Noemí las células de su piel habían comenzado a generar pelos allí donde no se debía, como los párpados o el glande. El caso sólo

atraerá atención de los médicos mucho más tarde.

La mayoría de las veces, el 4yu troyano adopta una táctica de guerrilla, se mimetiza con otros males, los galenos confunden los síntomas con alguna enfermedad semejante y medican. Para los pacientes habituados a salir de los consultorios con recetas y órdenes de cirugía, el fracaso de un tratamiento nunca se atribuye al desconocimiento de la causa de la enfermedad.

La medicina no ofrece solución adecuada a la parte de la humanidad que se está volviendo transgénica. Es el caso de Sergio, que tras cuatro semanas de voluntariado en la Isla de las Cobras, vuelve a Buenos Aires deprimido, con rasgos de bulimia nerviosa y engorda hasta explotar. Lo que se ve desde afuera es que desde que su novia lo dejó, Sergio come todo el tiempo, compulsivamente. Una consulta genética, lo único que permitiría hacer el diagnóstico correcto, sería contradecir el sentido común. Pero Sergio recibió el 4yu troyano que se insertó justo en medio del gen que sintetiza la hormona de la saciedad. Ligeramente distinta, la molécula que lo debería hacer parar de comer cuando el estómago está lleno ya no funciona. Por eso, semanas después de acostarse con la italiana, que a su vez ya había hecho el amor con Levent, Sergio no consigue parar de comer. Y se une a Levent, Noemí, Martín, Astrid y Félix en la lista de humanos transformados genéticamente pero no reconocidos por la ciencia. Pesando ciento ochenta kilos, hace crecer también la lista de sus víctimas fatales. Antes de morir, Sergio le cede el virus transformador a la promiscua mujer tailandesa cuyos servicios suelen ser contratados por su tío abuelo y por muchos argentinos más.

¿Por qué a mí? ¿Por qué a él? ¿Por qué a ella? Desde siempre, la pregunta es expresada entre lágrimas, contenidas o no, y nunca tiene respuesta. Por eso pasan los meses, y nadie en el mundo hiperconectado y sistemáticamente vigilado logra establecer un nexo causal entre la mujer monstruo de Brasil, la mujer con piel de dálmata en Copenhague, el hombre que se volvió más alto en Nueva York y el muchacho bulímico de la Argentina.

Cuando le ofrecen la oportunidad, el virus 4yu troyano salta de persona a persona sin que nadie se lo espere. Después, las adultera profundamente, de forma aleatoria y a la vez sofisticada. Es tan astuto que, por mucho tiempo, nadie relaciona los humanos transgénicos ni entre ellos ni con la vacuna de Clara. Por eso, el 4yu troyano puede seguir colonizando el mundo con su sigilosa táctica terrorista.

El profesor Miles mantiene a Griffin trabajando hasta altas horas de la noche en el dossier de la doctora Clara Fend. No sabe los motivos concretos

de las diferencias entre el distinguido director del Old King's College y su otrora científica más prometedor, pero lo intuye. Esas cosas nunca se deben a discrepancias sobre metodologías científicas ni a diferencias ideológicas. Si Miles creara un álbum de familia, Clara ocuparía el lugar de la hija preferida, que suele ser la rebelde.

Miles no admite ni ante sí mismo que ella ocupa ese lugar tan especial, como tampoco acepta que Clara con su inteligencia superior se equivoque. Cree, como un padre que se mantiene firme para educar a los que llevan su apellido, que si el dolor de frenar su carrera es imprescindible para que ella se dé cuenta de cómo la engeuce su terquedad adolescente, ese sufrimiento no será en vano. Pero lo que se ve desde afuera es un malestar mal explicado.

Griffin está convencido de que su jefe tiene que mantenerla alejada para que su mal ejemplo no contamine al grupo. Que por ese motivo sugirió a sus colaboradores más complacientes que trabajaran de nuevo en una fórmula específica que ella había hecho, pero para que desarrollaran otra ligeramente distinta y patentable. Y también por eso no ahorra esfuerzos para evitar su regreso al Old King's College. Lo interpreta así porque, en la escala de valores que impera en el prestigioso centro de investigación científica, no hay peor pecado que desconocer la autoridad del profesor Miles.

Ese día está trabajando hasta tarde. Griffin es un halcón, normalmente nada escapa de su mirada, pero esta vez sólo encuentra pequeñas irregularidades en la contabilidad de Clara: una diferencia de tarifa en un viaje, una autorización firmada con retraso. Ninguna falta grave. Descubre unas fallas procesales que podrían servir para invalidar el concurso de antecedentes con el que Clara obtuvo su cargo. Pero si lo hace, la necesidad de mantener una coherencia interna generará una cascada de casos similares dentro del instituto, y eso no parece conveniente. Griffin no es un paladín de la justicia, pero nadie como él para mantener la fachada de la legalidad.

—La opción más conveniente es demorar la entrega de los documentos para seguir obstruyendo su situación migratoria —dice Griffin.

Miles, en silencio, le ofrece un té y mira ostensivamente los pantalones de su invitado para indicarle que no están bien planchados.

Sentado de nuevo en su escritorio, el profesor Miles continúa su trabajo habitual sin hacer ningún comentario. Considera el silencio como una gentileza de la inteligencia. Griffin acaba el té, se levanta para irse y antes de franquear la puerta levanta los dos pulgares al cielo, invocando en una mezcla sincrética al cielo de los cristianos y la suerte de los paganos. Los dos saben que esa

estrategia es eficiente, pero no saben cuánto tiempo van a poder mantenerla.

Ken es el hombre más sensible con el que Clara hizo el amor. O al menos así lo vive ella.

El sistema inteligente está programado para detectar lo que más le gusta a la mujer e influir en los movimientos del hombre. Para que el efecto psicológico se cumpla, dicen las instrucciones, uno de los participantes debe desconocer que todo queda registrado en el sistema de almacenamiento de memoria. Ken lo sabe, pero no pierde tiempo en acceder a esas variables numéricas, como tiempo de reacción motora, variaciones en el ritmo respiratorio y consumo de oxígeno. Prefiere hacer de cuenta de que no son esos datos del comportamiento biológico del animal humano los que, debidamente conjugados, le permiten tener sexo a distancia sin perder la espontaneidad del ritual erótico.

Viviendo su mundo de fantasía virtual, y pendiente de la eventual malignización de su virus enemigo, Clara no se entera de que una de las mayores tragedias derivadas de la dosis de vacuna corrupta ocurre en ese momento justamente en el piso de abajo. El azar en su máxima expresión quiso que el 4yu troyano esté llevando a la tumba a un vecino. Clara se había cruzado con él y con su mujer muchas veces en la escalera, pero nunca se habían hablado más allá del saludo mínimo necesario para mostrarse educados. Clara se entera de su final unos días más tarde, por boca de una vecina portuguesa.

El hombre había despertado con dolor de cuello, y el relajante muscular que le inyectaron en la guardia del hospital sólo lo alivió un poco.

—¿Sabe que unas hierbas sudamericanas que yo siempre compro en la herboristería de la esquina lo aliviaron más? —le cuenta la mujer.

El médico residente no se había dado cuenta de que el problema no derivaba de una contracción muscular sino de que la cabeza de Jean Marc estaba mucho más pesada que unos días antes. El dolor continuó y, cuando además los dedos de la mano derecha se le pusieron rígidos, el hombre no quiso volver otra vez al hospital.

Chismosa y con todo el tiempo del mundo a su disposición, la anciana le describe los últimos días de Jean Marc con detalle. Es una gran narradora, mezcla informaciones y opiniones en la dosis justa, y domina el difícil arte de hacer silencios sin por eso ser interrumpida.

—Falleció en su propia cama. No se dejó hacer nada porque decía que la medicina era un gran negocio, y en eso le doy la razón. Los médicos sólo

quieran recetar. “¡Jamás!”, gritó cuando le propusieron hacer una biopsia. “No quiero ser parte del negocio de la salud. No estudian para curar sino para darles ganancia a los laboratorios.” Pobrecito, que en paz descanse —dice la señora para hacer una pausa para respirar—. Jean Marc se negaba a que le sacaran un gramo de su hueso, con el pretexto de que la ciencia avance en bien de la humanidad, para transformarlo en dinero para los accionistas. “¡Que me paguen y les doy todo lo que quieran! Hueso, sangre, semen, hasta los huevos les doy. ¡Pero que me los paguen!”, decía.

“Y la ley lógicamente lo prohíbe”, pensó Clara.

A ella, la vida y muerte de ese francés casi desconocido la atrapa por la magistral combinación de diálogos íntimos, de detalles escatológicos, y por la declaración de principios de su vecina y del propio damnificado. El relato de pasillo se desarrolla a un ritmo vertiginoso entre sombras —“Estaba tan repulsivo que al verlo empezamos a vomitar todos”— y luces —“Está en la paz del Señor, suyo sea el descanso eterno”—.

—Pero, al final, ¿qué fue lo que tuvo? —consigue preguntar.

—Bueno, fue recién después de muerto que lo pasaron por todas las máquinas. En la radiografía póstuma —dice la anciana con tono solemne— su esqueleto estaba como preso, metido en el interior de una armadura de huesos desordenados. Dijeron que los huesos se habían... —busca en el bolsillo un papel con la palabra correcta—. Osteopetrosis... —dice imitando un acento francés correcto—. Siempre hablan así los que usan uniforme blanco, no miran a los ojos cuando dicen sus barbaridades. A mi edad te vas a acostumbrar —continúa la anciana.

La osteopetrosis es una enfermedad poco común que endurece los tejidos corporales hasta convertirlos en hueso. Los cuádriceps y bíceps de Jean Marc se iban transformando en estructuras rígidas y blancuzcas. Cuando bloques sólidos de hueso recién hecho invadían la médula ósea, esta dejaba paulatinamente de fabricar defensas. Finalmente, cuando un elemento óseo recién formado comprimió sus pulmones, Jean Marc dejó de respirar.

—Murió sin confesarse. El pobre no podía mover ni la mandíbula —resumió afligida la portuguesa.

Clara no tarda en cruzarse con la joven viuda, musita un *bonjour* y desvía una vez más la mirada. La científica nunca fue buena para expresar sus sentimientos y en Francia, la falta de un abrazo no necesita ser justificada. Pero aun si hubieran hablado, no se habría enterado del origen de la tragedia que ella misma desencadenó. Jean Marc había muerto por infiel. El mal que

convirtió su sangre en una sopa formadora de huesos “desordenados” lo había recibido de una drogadicta llamada Marina en un viaje de negocios a Madrid. A su vez, la intermediaria en la transmisión del 4yu troyano lo recibió en esa misma cama de sábanas sucias de Fabrizio, el italiano que se acostó en un velero de lujo con Astrid (#160), la sueca que tuvo sexo con Levent.

La secuencia de amor carnal que dio origen a la tragedia que se desarrolló a cuatro metros de Clara se había iniciado, como todas las otras, en la Marcha de las Burkas. Para entonces, gracias a la generosidad erótica de Levent, las secuelas del 4yu troyano ya aparecen en los cinco continentes.

Hacer el amor sin intercambio de humedades se presenta, a los ojos de la científica, como un grado más en la evolución humana. Clara está en la etapa de maravillarse por todo y ve al sistema que utilizan no como una mera tecnología para transferir en tiempo real impulsos eléctricos a uno y otro lado del planeta, sino como una herramienta para el perfeccionamiento de la actividad sexual.

Ken recorre lentamente con un dedo la superficie de su pecho desnudo y se ríe al escucharla. Ambos coinciden en que el engranaje electrónico que realiza el presente prepara para un futuro aún mejor. La científica sólo calla cuando siente reproducir la caricia en la estampilla translúcida que cubre su pezón. Hermes es un excelente director cuya batuta repite la melodía que la conduce a sucesivos éxtasis hasta que ella dice basta. Acostumbrarse a hacer el amor virtual no es algo inmediato, pero al cabo de un par de sesiones, y con la ayuda de un vino francés muy real, Clara se funde en los gemidos con Afrodita, esa otra mujer con la que ocupa el espacio, y cuyas sangres ahora empiezan a comunicarse como nunca. El hacedor del milagro amplía la imagen y ve cómo el rostro de la mujer se feminiza cada vez más. El abandono de la voluntad dulcifica sus facciones.

Lo habitual es que Afrodita sea conducida por las rutas del amor, y no de manera clásica. El cerebro del hombre dirige, a través de la piel electrónica, los músculos de la mujer. Y por primera vez en la vida el cuerpo de Clara queda liberado de su rígido control cerebral y alcanza un nivel de placer desconocido.

La autopista al paraíso tiene también sus obstáculos. Un día, el hombre la vuelve loca por el simple acto de darse una ducha fría. Clara se había ido al instituto sin desconectar su piel electrónica y las sensaciones de los dos permanecían ligadas. Otra noche, el problema surgió de los sensores que, para hacer la telepresencia más real, captan, identifican e igualan los olores a

ambos lados del espejo. Clara prende unas velas aromáticas y los dispositivos del equipo de telepresencia confunden las micropartículas volátiles perfumadas del aire con las señales de un incendio. De forma automática emiten una desmotivadora alarma de volumen creciente.

“Atención: situación de riesgo. Atención: situación de riesgo. Atención: situación de riesgo.”

En el mundo que crearon para convivir, inciensos y velas aromáticas no son bienvenidos. Percance de principiante. Aun así, viven en un mundo ideal en el que sienten que todo es posible.

A veces, cuando Ken está solo, revive esos momentos. No es ensoñación, es frío análisis. Observando en su panel multiindicador las mismas escenas desde distintos puntos de vista, el hombre edita su propia vida según lo que le ofrecen distintas cámaras y estudia a sus protagonistas. No consigue penetrar en las fantasías eróticas pero sí analiza qué la humedece, qué la debilita, qué la sobresalta, qué la excita y qué la frustra. El examen detallado le muestra la secuencia ideal de palabras y caricias que permite la metamorfosis de Clara en Afrodita, esa mujer capaz de emociones violentas, de amor apasionado. El toque suave del torso de sus manos, la aspereza de su vello facial, el roce furtivo con la punta de los dedos, el contacto leve de su lengua, el peso de su cuerpo, todo tiene su debido momento en la presencia física programada. Hacer el amor no deja de ser un viaje a lo imaginario debidamente planeado, y Ken se convierte en el amante perfecto. Porque es el primero en saber que las imágenes pueden ser simuladas, el erotismo táctil automáticamente provocado, los olores y sentidos planificados, pero la reacción no se simula. O al menos eso cree él.

Alguien que accediera a las imágenes crudas la vería desnuda, gozando como sólo puede hacerlo el cuerpo de la hembra humana en celo. En un espectáculo por momentos imprevisible, se levanta, gira o se arquea, se aferra a los barrotes de la cama o se suelta mientras las lágrimas lubrican sus labios, que piden y reciben más. Pero no hay otros espectadores de esa película. Es él el único que ve esa danza, que siente lo mismo que ella, y un instante después el grito compartido rebota contra las lustrosas paredes de vidrio haciendo eco de uno y otro lado del planeta. Liberada de antiguas represiones sexuales, Clara vive en un cuarto de París una soledad intensa. Pasados los treinta años, empieza a conocerse íntimamente gracias a ese mundo artificial al que llama realidad genuina.

—Realidad genuina... ruina —inventa Ken.

—Bicho hábil.

—Hijo de puta.

El diálogo demuestra la conjunción de odio y de admiración que sólo las mujeres inteligentes pueden sintetizar en apenas cinco palabras. Clara y María no comparten el presente, pero se entienden como pocas aun a la distancia. Y María acaba de avisarle a Clara que Griffin consiguió patentar una nueva fórmula de la segunda dosis.

—Es sólo ligeramente diferente de la tuya, me dijeron. Pero la metió como droga de referencia para las licitaciones futuras de la OMS. En tiempo récord, dicen. Y me enteré de algo más —continúa María mientras le hace llegar una noticia sobre el profesor Miles, levantada de un sitio de denuncias especializado en licitaciones—. La torta se la van a repartir también algunos pesos pesados del gobierno.

—¿Qué dinero van a repartir? Para que la OMS compre la segunda dosis, tiene que decretar primero que la vacuna 4yu es necesaria —dice Clara sin demostrar preocupación—. ¿Por qué lo hacen ahora, si siempre pensaron que no era necesario?

La conversación femenina toma enseguida otros rumbos. Avanza en espiral, retrocede, se va por las ramas, se detiene en lo superfluo, acudiendo a frivolidades necesarias, entre otros motivos, porque María no tiene opinión formada sobre la necesidad o no de usar la vacuna, la segunda dosis o lo que sea. Pero de lo que sí está segura es de que Miles es Lucifer en persona y no da puntada sin hilo.

—Primero sentí odio por lo que me hizo, no lo niego. Pero ya pasó —le dice Clara sin explicar de dónde le llegó la paz.

—Yo a ese desgraciado le deseo un final de vida con temblores, dolores y mucho sufrimiento —dice María, mucho más pasional. Clara se ríe, porque sabe que María habla mucho pero es un ángel caído a la Tierra incapaz de matar una hormiga.

Cuando se despiden, Clara se pregunta una vez más si no debería contarle a su mejor amiga toda la verdad. Se promete hacerlo en breve.

Clara sale a cenar con Alice, su única amiga en París. Se encuentran a la hora combinada a la salida del hospital donde Alice opera, pero esta le pide que antes de ir al restaurante la acompañe a una delegación de policía para resolver de una vez por todas un asunto menor.

—Me dijeron que es muy rápido —dice mientras caminan para que Clara no proteste ni intente cambiar los planes. Necesita ir personalmente a hacer un

descargo de inocencia. La médica había recibido el aviso de devolver inmediatamente un auto descapotable último modelo que jamás alquiló.

En el camino, Clara comenta el asunto del negocio de las licitaciones del Old King's College que le contó María, pero no la sorprende. “En todos lados se cuecen habas”, le dice Alice, y Clara se queda pensando cuál debe ser el lado oculto del Hospital Pasteur. Le cuenta también la historia de Jean Marc, que Alice escucha con interés. La medicina es su pasión y hace preguntas que Clara no sabe contestar. Luego Alice le dice algo acerca de disfrutar cada día porque la vida tiene vueltas inesperadas y cambia de tema para contarle en detalle la cirugía robótica a distancia que realizó en un hospital norteamericano la semana anterior. La charla la interrumpe un policía que finalmente le entrega a Alice el certificado que necesita.

—Disculpe la demora pero había una fila larga —le dice el agente—. La usurpación de identidad es el delito en mayor aumento en Europa.

Durante la cena, mientras comparten una botella de vino y un plato gigante de carne asada, la conversación de Clara y Alice recorre los muchos temas que tienen en común. La charla es animada, pero termina como siempre, con la obsesión de Clara. Sigue preocupada con la posibilidad de surgimiento de una variedad maligna del virus LPV. Un vaticinio aún no cumplido pero que en su mente se torna dolorosamente real y roba su tranquilidad.

En cambio, de la versión maligna de la vacuna transmisible no habla, no sólo porque no sabe que existe, sino porque ni la imagina. Cuando habla de la vacuna, Clara lo hace siempre con una sonrisa. Pasa sus días espiando el mundo, pero la realidad que observa es incompleta y su interpretación es deficiente. No puede ver que los descendientes naturales de una única dosis de su vacuna que salió alterada ya se introdujo en los cuerpos de muchas personas. No puede imaginar que sus consecuencias son muertes, enfermedades y delitos. Un ejemplar dibujó horribles manchas en el rostro del militar norteamericano que operó Alice; otro deformó el metabolismo del hombre que, a pocos metros de ella, murió asfixiado y preso de una inusual armadura ósea; un tercero invadió la dermis y borró las huellas digitales de la mujer indecente que usurpó la identidad de Alice para ir a pasear a alta velocidad en una Ferrari descapotable por la Costa Azul. Esas tres historias que la salpican están ligadas, sin que Clara lo sepa, al 4yu troyano que salió de sus manos. Pero la mayor crueldad del hijo mal parido está ocurriendo en ese momento, frente a sus propios ojos. En pocos días Alice, la persona más cercana a Clara y una de las más queridas por ella, también sufrirá una

espantosa transformación. Y será causada por el 4yu troyano.

El militar en camisolín verde todavía no está del todo despierto, pero el enfermero ya le está brindando detalles del procedimiento: un brazo robótico le sacó la mancha de la cara y otra máquina le injertó una nueva piel suya reconstituida.

—Lo operó desde París la mejor cirujana plástica robótica del mundo —le dicen refiriéndose a Alice—. Y para reconstruir la piel usamos una bioimpresora tridimensional de última generación. Va a quedar perfecto. Con las medicaciones que le dimos no va a sentir dolor. Y quédese tranquilo, no era cáncer.

Con la cara envuelta en gasa y los labios cosidos, el paciente parpadea para indicar que entendió. Lo importante para él es su bienestar y el pronóstico. Nunca le interesa el origen del problema. Eso, en cambio, es prioridad de los servicios de inteligencia.

Por decisión gubernamental, la piel que le extrajeron a Bill, más concretamente, unos millones de células que mientras él se recupera permanecen vivas en piscinas hidratantes de líquidos biológicos a 36 °C, están camino a uno de los laboratorios más modernos del Centro de Control de Enfermedades de los Estados Unidos. El del doctor John Lichtenstein, quien recibe del gobierno veinte millones de dólares por año en subsidios de investigación.

En el Laboratorio de Transcriptómica no hay ningún microscopio pero poseen la tecnología más avanzada que existe para espiar la vida celular. Una técnica única que permite ver qué es lo que ocurre en el interior de cada célula como si fuera una película en tiempo real. Ahora Lichtenstein debe responder una única pregunta de su mecenas oficial: ¿por qué, casi de un día para otro, la cara del sargento BH cambió de color? Recibe la caja térmica con las células vivas en las mismas condiciones veladas que se transmiten secretos militares.

Verifica que el envío que le lleva un militar imberbe esté completo y tal como lo solicitó: un tubo con tapa a rosca color rojo, con el material de estudio, y tres tubos, con tapas verde, amarilla y azul, con células de comparación. Controla las fechas. En el verde están las células obtenidas de la pierna de BH, datadas el mismo día de la biopsia de la piel del rostro. En el amarillo, una muestra que proviene del depósito, obtenida en ocasión de la renovación del pasaporte, cinco años antes. Un asterisco conduce la mirada de Lichtenstein al pie de página. Allí se indica que el material original no puede salir de los archivos biológicos, pero que son réplicas perfectas garantizadas

por el CODIS (Combined DNA Index System), la base de datos genéticos del FBI.

Da una ojeada al último tubo, de tapa azul. Es apenas material de catálogo, cuyos resultados se conocen de antemano. Permite verificar en todos los pasos que el proceso ocurra sin contaminaciones ni falsificaciones. Mira la hora, pone su dedo en el sensor portátil que el muchacho le acerca para dar su conformidad.

—¿Mutación natural o arma biológica? —le pregunta con una sonrisa amplia al soldado que se ocupa del trámite.

—Desconozco, señor —responde el uniformado sin derecho a la sonrisa.

Desde la preparación de los materiales hasta la obtención de los resultados, el doctor Lichtenstein necesita veinticuatro horas. Un día debe ser suficiente para informar si los Estados Unidos entraron, sin saberlo, en una guerra.

La mayor parte del proceso está automatizado, pero a Lichtenstein le gusta permanecer en la sala sin distracciones, observar el brillo que adquieren las muestras en el momento en que entran en contacto con los chips de ADN. Es un nostálgico, lo sabe. Todavía le maravilla que, sobre esa fría cama de silicio, descansa el ADN completo de un ser humano. El científico está deslumbrado por su técnica. No es apenas una lente de aumento sino una exhibición de maravillas. Aunque, como le dijo a un estudiante que pretendía acompañarlo ese día al trabajo, “no hay mucho para ver allí que no sea con los ojos de la inteligencia”.

En veinticuatro horas tiene que presentar sus resultados a una comisión. Lichtenstein sabe que va a tardar menos en obtenerlos que en ser entendido por los militares. Pero es a ellos a quienes debe darles una explicación. “Deberé esforzarme”, piensa al ver el mensaje de invitación para el día siguiente, cuando lo presentan animadamente a su selecto público como “detective genético”.

A la hora señalada tiene los resultados. Está exultante. Una vez más, renueva la pasión por la ciencia. Las muestras llegaron en buen estado y los gráficos son inequívocos. El estudio corrió sin problemas.

Llega temprano al lugar de reunión y deja proyectada la primera imagen: parece un paisaje urbano nocturno visto desde el aire. Las miradas de los que van tomando asiento son de expectativa.

—Este es el aspecto de los chips de ADN vistos con luz ultravioleta —comienza—. Un punto con mucha luz quiere decir que el gen está muy activo

—marca una zona brillante—. Un punto sin luz significa que el gen no está, o que no está en funcionamiento. La complementariedad es precisa, garantía total.

Lichtenstein no deja aflorar su entusiasmo, explica las imágenes con voz monocorde, y quince minutos después la mitad de adelante del auditorio está distraída y la mitad de atrás completamente perdida. La explicación técnica es precisa, pero a nadie le interesa entender. Su público sólo quiere saber si hay un enemigo a quién acusar de querer destruir América.

—Doctor, sugiero que vaya directo a los resultados para que nos quede tiempo para el debate —sugiere con mucho tacto una mujer sentada en la primera fila, al ver que el científico está por mostrar otro gráfico incomprendible.

—Esto es una reordenación genética natural, sin consecuencias —dice y saca rápidamente la imagen, comprendiendo que a nadie le interesa—. Esta otra —muestra poniendo énfasis—, es la del tejido alterado. Aquí se ve una transformación importante.

Las miradas muestran que por fin Lichtenstein llegó al punto que interesa.

—Se trata de un reordenamiento cromosómico. O sea, faltan algunos genes y sobran otros...

—Una parte de la piel de un hombre blanco se volvió inesperadamente negra. ¿Hay un ADN intruso? —trata de sintetizar un militar rubio.

—El perfil muestra... —empieza a explicar Lichtenstein.

—Afirmativo —resume alguien.

Se hace un silencio. Todos miran hacia el lugar de donde vino la voz. El momento que muchos esperaron y temieron desde el ataque contra las Torres Gemelas podría haber llegado. Wilhelm, que está sentado entre el público, se levanta y sale en ayuda de su colega:

—Es como si en medio de un texto se hubiera impreso, por motivos desconocidos, un párrafo de otra página, y eso cambiara totalmente el sentido de la historia. La pigmentación, que se debe a una mayor secreción de melanina en la dermis, se explica por la interacción entre un gen que ya había y un segmento de ADN nuevo que se le insertó en el medio.

—¿Podría haber recibido un disparo de genes de piel negra? —interrumpe otro que había levantado la mano antes que el rubio.

—¿Un arma biológica? —agrega un militar de rostro anguloso mirando a Lichtenstein de forma inquisidora.

El científico no sabe si cancelar la conferencia e irse a su casa, o sacar un

rifle y disparar a los que interrumpen. Opta por una tercera alternativa, que es calmarse y disimular buscando algo en su archivo. Piensa que es la última vez que lo convencen para hablar con imbéciles paranoicos.

—Es difícil saber a qué se debe una modificación así —continúa Wilhelm tras presentarse y decir que está allí, como civil, en virtud de su cargo y de un acuerdo internacional de cooperación en materia de seguridad biológica—. Y la potencial búsqueda de un objetivo bélico excede los alcances de la ciencia.

—Hay marcadores presentes que no permiten descartar la presencia de un componente viral —agrega Lichtenstein, a quien le cuesta hablar de forma de ser entendido por los no especialistas y, a esta altura, ya no se esfuerza.

—Es necesario que los señores consideren —continúa Wilhelm mirando uno a uno a los ojos y empleando sus dotes de oratoria al máximo— que, de haber ocurrido esta transformación en el epitelio del intestino o la próstata del individuo, nadie lo habría notado. De hecho, puede estar ocurriéndoles a ustedes en este mismo momento.

—Parece una amenaza —interrumpe otro.

—Creo que el comentario fue mal interpretado —se apresura a decir Wilhelm con una amplia sonrisa—. Lo que quise decir es que, nos guste o no, el genoma humano es como un banco. Puede ser el mejor, pero no ofrece garantía de estabilidad a largo plazo. Y no siempre los culpables quedan en evidencia.

La mayoría ríe, la referencia a la actualidad financiera es inevitable. Lichtenstein piensa que, de haber una próxima vez, le pedirá a su amigo Wilhelm que lo reemplace. Es una persona simpática, que se adapta a todos los ambientes, se apropia de la atención y genera empatía inmediata. No conoce otro científico tan capaz como él para soportar tontos sin perder la sonrisa.

—¿Puede ser un arma biológica, sí o no? —repregunta el militar rubio por enésima vez. Su paciencia tiene un límite.

La situación es tensa. Los militares quieren respuestas inequívocas que la ciencia no puede darles. El profesor Lichtenstein, el gurú de la transcriptómica, una especialidad nueva y extremadamente prometedora nacida del mítico Proyecto Genoma Humano, no admite soldaditos descerebrados haciendo preguntas idiotas. Pasa al último diagrama de su presentación.

—Señores, ahora ya sabemos exactamente, desde el punto de vista molecular, lo que ha pasado en la dermis del paciente. Eso es un logro que

hace pocos años se habría considerado ciencia ficción. La investigación de las causas no es mi área de estudio.

Lichtenstein está de pésimo humor. Perdió dos horas de su valioso tiempo con una docena de insensatos que no entienden nada. Pero lo que más lamenta no es eso, sino no poder divulgar los resultados completos de su análisis en las redes de la comunidad académica, donde sí lo comprenderían. Verían, como él, la belleza de los datos, y podrían lanzar hipótesis y ampliar sus preguntas con otras nuevas. Pero las reglas son claras, se lamenta ante su amigo Wilhelm. Las células de este paciente, así como toda la información derivada de ellas, son propiedad del Gobierno de los Estados Unidos.

La información permanece censurada.

CAPÍTULO 10

BANGKOK

El mensaje que le llega a Clara es de Wilhelm. La pregunta tiene apenas dos palabras pero el peso de una hecatombe:

—¿Se malignizó?

La luz roja mundial se había encendido en Bangkok con la muerte de un joven de veinticuatro años que hasta ese momento había estado perfectamente sano. No era ni asma, ni neumonía, ni enfisema, ni tampoco un cáncer galopante, aunque los síntomas eran una buena síntesis de todas esas desgracias. Era una enfermedad nueva e inusitadamente dolorosa que destrozaba los pulmones.

El inicio del mal fue súbito, según le dijo al paramédico de la ambulancia la novia de la víctima, compañera de los grupos universitarios de buceo. A la salida de un templo se llevó la mano al pecho en un gesto de dolor y dijo en forma entrecortada que le faltaba el aire. A medida que pasaron los segundos se fue poniendo rojo, el rostro se le iba desfigurando ante una inexplicable necesidad de respirar profundamente. Daba bocanadas amplias, temblando, con los ojos brillosos que parecían salirse de las órbitas.

—El *snorkel* está tapado —susurró el joven, ya sudoroso y fuera de sí, que para tomar aire se ayudaba con todos sus músculos.

La chica, con tranquilidad budista, apoyó en su pecho las dos manos bien estiradas y lo envolvió con los dedos acompañando su respiración para hacerla más lenta y profunda. El moribundo le dejó de herencia su mirada de desesperación.

—Edema —dijo el médico que lo asistió primero—. Pulmones llenos de líquido.

El primer estudio de imagen mostró en su pecho una mancha difusa. Dos horas después, la silueta pulmonar ya estaba irreconocible. Lo siguió una infección incontrolable, causa o consecuencia del cuadro pulmonar: no había habido tiempo de saberlo. Desde las primeras señales de la destrucción celular hasta el óbito transcurrieron unas pocas horas.

Sus amigos pasaron la noche en vela compartiendo la angustia, oscilando entre ese dolor inaguantable que provoca el duelo a los que aún tienen poca experiencia de despedidas y la paz de espíritu que les ofrece la meditación.

Había largos silencios.

A las dos de la mañana uno de ellos comenzó a hablar, las palabras se escuchaban cada vez menos pero eran cada vez más desgarradoras. Veinte minutos después estaba hospitalizado con una dosis de analgésico que alcanzaría para un caballo. El joven de veintiséis años logró una cierta tranquilidad, efímera, antes de morir asfixiado al amanecer. Durante las siguientes veinticuatro horas media decena de chicas y de muchachos terminaron intubados y sin esperanza. La tristeza, de tanto repetirse, se convierte en desesperación. Y pronto recorre el mundo.

Tras el aviso de Wilhelm, Clara se traslada virtualmente a la zona afectada. Ken hackea algunas máquinas, sin detenerse a pensar en los efectos que puede producir en Clara ver morir a tanta gente, sin poder hacer nada para salvarlos. La muerte, que para ella significaba apenas un fracaso temporal de la ciencia o de la medicina, ahora se le presenta ante los ojos con una crudeza inigualable. Clara se saltea una noche de sueño, y otra más, y por momentos intenta descansar, pero cada vez que en los hospitales tailandeses suena una alarma, ella en París se sobresalta. Hasta que ocurre algo peor: empieza a acostumbrarse. Las señales de los monitores son el ruido de fondo de una vigilia completamente inútil, porque no hace nada. Pero ser testigo de un hecho histórico que ella misma anunció no es un instante menor en su biografía, y no quiere perderse.

En cambio, Wilhelm lo toma con la calma de quien ya atravesó varias epidemias. Cuando recibió el mensaje criptografiado de Bangkok, él estaba en Sydney, concretamente frente a un espejo, afeitándose. Y siguió haciéndolo. Lo primero que pensó, mientras continuaba pasando las afiladas cuchillas por la piel enjabonada, fue que las grandes catástrofes siempre son preanunciadas. Hay señales de decisiones que alguien tomó o dejó de tomar.

A los sesenta, sabe que durante las próximas horas debe huir de las noticias. La tragedia de Bangkok pronto eclipsará los otros temas. Después del impacto inicial, algo parecido aunque nunca idéntico a la verdad va a estar flotando en el aire, surgirán rumores y las consiguientes aclaraciones de las autoridades pertinentes asegurando que ya habían tomado medidas. Académicos de toda índole pondrán la cara y, lo peor, como responsable europeo de detección de agentes de guerra biológica, su propio teléfono no parará de sonar. Wilhelm termina su ritual matinal sin ningún apuro. Y sólo tiembla al pasarse la loción *aftershave* por una pequeña herida.

Sabe que si se trata de la malignización súbita del virus LPV, Clara es la

persona para confirmarlo, y es entonces cuando le manda el mensaje de dos palabras. Ahora, su apadrinada se pondrá seguramente a investigar. La mayor preocupación de él ahora debe ser tratar de encontrar para sí mismo un lugar digno en esa previsible historia.

Al principio la información se comparte apenas en el círculo de los elegidos, pero a las pocas horas genera un tsunami de tránsito en las redes sociales, morbosamente aterrorizadas por el Mal de Bangkok, como lo llaman en este momento.

Cuando los primeros seis jóvenes son cremados, las declaraciones oficiales del Ministerio de Salud de Tailandia refieren que el cuadro es compatible con la infección de un virus, pero advierten que la causalidad no ha sido comprobada.

Las personas más simples se sienten abandonadas por sus dioses, el resto se vuelve especialista en epidemiología de un día para otro. En las pantallas que tienen más a mano todos miran los cuerpos doloridos de los demás, y temen. Se sienten vulnerables, frágiles, no saben qué hacer, excepto aislarse detrás de inútiles barbijos o gruesas paredes. Los que se aproximan a la religión, lo hacen en templos hogareños, víctimas súbitas de la fobia social de la peor especie. El miedo es generalizado, no diferencia pobres de ricos, intelectuales de ignorantes.

Son momentos de calamidad pública, de emociones fuertes. La respuesta inicial de las autoridades es la de siempre: transferir responsabilidades, informar a la población que, para evitar el mal, debe hacer su parte. Que, en este caso, consiste en reconocer los síntomas mirando una tablita y consultar sólo si es necesario, es decir, no llenar innecesariamente los hospitales con resfríos, faringitis, ataques de asma y sinusitis. El resto del esfuerzo oficial de comunicación es marketing: mostrar que los hospitales están equipados, organizados, limpios, capacitados, preparados para hacer frente a cualquier epidemia. Sea verdad o no.

El sentido común les dice a los ciudadanos que hay algo que se oculta. Ya quedó atrás el tiempo en que la presencia del delantal blanco calmaba a la población. Todos dudan de todo y no tarda en aparecer el primer rumor: no se trataría de un virus nuevo sino de uno extinguido, que científicos negligentes habrían resucitado en un laboratorio. En paralelo, se difunde el video de un experto anónimo que, con la voz distorsionada para no ser reconocido, afirma que la rapidez del desenlace es prueba innegable de que se trata de un arma biológica. A las pocas horas ya hay distintas versiones, que según el idioma

acusan a diversos grupos terroristas. Una historia, muy imaginativa invoca un simple boicot industrial mal calculado. Leyendas de todo tipo se construyen sobre las ruinas de una ciencia que no da respuestas. La idea de que el virus mortal es un producto colateral de alguna manipulación genética, coloniza muchas cabezas. Y le da el impulso final a la sensación de que hay que convertir el miedo en acción antes de que aniquile a todos.

La OMS pone inmediatamente en marcha su protocolo de emergencia. El Reglamento Sanitario Internacional indica cómo deben organizarse los recursos para proteger a la población local. El primer día se arma una gran cantidad de comisiones: la que redacta el marco legal para la notificación de casos y el cumplimiento de acciones protectoras, la que evita interferencias innecesarias con el comercio y el tráfico internacional, la que debe dar respuesta diplomática si el incidente traspasa las fronteras, la que cuida que no ocurran perturbaciones exageradas en el turismo, la que recomienda medidas específicas para evitar que la población caiga en pánico.

Todo está pensado, las responsabilidades futuras perfectamente delimitadas, salvo que nadie sabe lo que ocurre y que la tragedia anunciada es tan huérfana que no se han tomado el trabajo de bautizarla. En el Hospital General de Bangkok gastan horas discutiendo cómo anunciar una enfermedad que no tiene nombre. Para cuando se ponen de acuerdo, dieciocho jóvenes — once hombres y siete mujeres— ya murieron a causa de lo que los cronistas locales bautizaron como “enfermedad de Patpong”, en referencia al barrio donde se inició.

Ese barrio concentra hasta el momento todos los casos, y las autoridades locales ponen a toda la población en cuarentena. No apenas para aislarlos, sino para tener a 1.860 personas en estricto control sanitario a distancia. Todos reciben en sus ventanas drones con una cajita roja: allí adentro está toda la tecnología necesaria para estudiarlos de forma remota. La guerra limitada a un círculo de pocos kilómetros de diámetro, el barrio de Patpong, es tangible en París.

En esos momentos, el departamento de Clara es el mejor lugar para observar la historia en directo. Ken usa sus habilidades para conectarla incluso con lo que pocos ven: las cámaras instaladas en los drones que los militares enviaron rápidamente a la zona, las redes exclusivas de comunicación ultrarrápida que una empresa dispuso para utilización libre del personal médico. Y lo más importante, Clara se zambulle en lo que ocurre en ese laboratorio que para ella ha abierto su techo, donde técnicos vestidos con

protección máxima introducen el material de las biopsias en los instrumentos de diagnóstico preciso. Ken le hace llegar los resultados en tiempo real, ella lo reconoce. Allí está el virus LPV, ligeramente distinto. Allí está el cambio de pocas moléculas que años atrás, en sus simulaciones en la computadora, lo transfiguraba en la versión malignizada. De transmisión mucho más rápida y efectos letales.

A partir de esa confirmación privada, Clara observa al virus LPV en su intimidatoria singularidad, lo contempla con una mezcla de temor y fascinación. Las imágenes de uno de los jóvenes, que filmó su propia agonía, paradójicamente le da vida al proceso fatal que por muchos años para ella sólo habían sido especulaciones.

En la población de Bangkok, el miedo no para de crecer. Hay una idea generalizada: el mal puede estar en cualquier lado, acechando a cualquier persona. El barbijo y los guantes descartables son parte de la vestimenta. Las recomendaciones pronto se convierten en reglas, estas en órdenes y enseguida se discuten las penas para quien no esté aislado como corresponde. La salud es un mandato y las visitas de los agentes públicos son algo que conviene evitar. Cada barrio, cada ciudad, cada región se organiza y quiere mostrarse más segura que la vecina. Nadie se anima a poner límites a la preservación de la salud colectiva; la intimidad y la integridad de las personas son un asunto despreciable frente a la seguridad internacional. Una mujer se suicida, y al no conocerse las causas de su decisión, se convierte en sospechosa y su familia no puede ir ni a trabajar ni a la escuela. Una embarazada sufre un aborto espontáneo y todas las gestantes con las que compartió médico entran en desesperación. Un bebé muere asfixiado en su cuna, a ochocientos kilómetros de distancia, y dos mil integrantes de las fuerzas armadas visitan la jurisdicción. En internet, imágenes imposibles de mirar. En la ciudad, calles vacías. El espectáculo de la gente huyendo por los aeropuertos desmoraliza a quienes se quedan. O, con la debida propaganda, los hace sentirse héroes.

Los medios no ahorran la divulgación de datos inútiles, testimonios superfluos y recomendaciones débiles. Llenan los ojos del público de lágrimas, impotencia y horror, pero callan tal vez lo peor. Omiten difundir, por desconocimiento o por decisión de las autoridades, que en los primeros dieciocho casos el desenlace fatal fue tan rápido que no se llegó a emplear ninguna terapia que no fuera para evitar el dolor que antecedía la muerte.

La historia oficial está mal contada, pero la información privilegiada le muestra a Clara la cara más oculta de esa guerra: en los resultados de las

pruebas hechas en el material de las biopsias hay un fracaso rotundo de todos los cócteles de medicamentos empleados. Hacerlo público sería una locura. A ella y a ellos los une la esperanza de que estos ensayos no representen la realidad, lo que a veces ocurre con la ciencia experimental. Si la situación es verdaderamente así, la humanidad está con las manos vacías frente a una cepa devastadora.

Todo es como Clara lo había imaginado, o como los simuladores le habían mostrado. La profecía se había cumplido tal como había alertado a tantos oídos sordos. La confirmación de su hipótesis le ofrece un placer intelectual que pocos científicos consiguen pero que no se permite confesar. Por un ligero instante no siente que triunfó, sino que la invade un sentimiento que un par de años atrás, cuando era una mujer con el rostro radiante y el alma leve, se creía incapaz de sentir. El placer sombrío de que ahora todos deberán aceptar la existencia de un demonio que sólo ella vio a tiempo.

Pasaron treinta y seis horas, la OMS inunda a la población con comunicados sin todavía decir nada concreto de la causa ni de la vacuna. Clara siempre creía que en el encuentro con el LPV malignizado, su peor enemigo, iría a estar al borde de la locura. Pero no lo está. Observa todo con una extraña tranquilidad. En cierto modo, vive el momento más glorioso de su vida y se pregunta qué le conviene decir cuando lo anuncien. En ese instante, todos los ojos se posarán en ella. Frente a su computadora medita las palabras con tranquilidad, le interesa ser juzgada por la historia, no por la vara falsa de la fama inmediata.

El pueblo, afuera, exige medidas contundentes y urgentes.

Ken apenas habla, inmerso en pensamientos que no controla ni comparte con Clara. Su fobia a los gérmenes, infinitamente expandida en su delicado espíritu nipón, lo hace soñar despierto con personas salpicándose saliva llena de microbios mortales.

Trabajó veinte horas casi sin parar en generar un nuevo videomapa dinámico para que Clara pueda seguir con facilidad la situación, y el propio cansancio le provoca alucinaciones. Su visión se desdobra, él es otro y está viéndose a sí mismo desde arriba. La visión lo tortura más porque los que contagian la cepa letal a los demás no son seres anónimos, son sus antiguos compañeros del Colegio Internacional. Y en primer plano aparece uno de ellos arrinconándolo, reteniendo sus brazos con sus garras y arrancándole el barbijo con el que se protege. El Ken adulto va a la heladera y se sirve una bebida estimulante para despertarse del todo. Paradójicamente, la realidad, por más

cruda que sea, le trae paz.

El rojo de los píxeles en el barrio de Patpong se refleja en todo el cuarto, de ambos lados de la pared pantalla. Son los muertos por el LPV, o los que podrían estar en camino a serlo. Si cambia la escala reduciendo el zoom, el rojo se compacta y el ambiente se tiñe de azul y los deja flotando en un mar cristalino. Los azules son los casos de LPV benignos, aquellos que Clara vio azotar la zona de Patpong hacía al menos dos años. A los dos colores primarios se les suma, muy tímidamente, una mancha color fucsia. Si la superpone al mapa de la ciudad, se ve que el fucsia se expande en el extremo más sórdido del barrio de prostitutas, según describen las guías turísticas. Es la vacuna transmisible. Esa jurisdicción había sido uno de los primeros puntos de Asia a aparecer en el mapa del 4yu en el Globoscopio. Allí era la puerta de entrada de la salvación que había llegado por las redes humanas iniciadas en París. Ken sonríe orgulloso. La fórmula transmisible ya está protegiendo en forma creciente la zona desde hace medio año.

Ken hace guardia, vigila las casas de los afectados por la cuarentena sanitaria. Cámaras, monitores, cables y sensores impiden la libertad pero controlan la salud, lo único que en ese momento interesa. Lo que le llega a su pantalla no es mucho más que personas entrando y saliendo de cuartos, levantándose de sus sillas, arrastrando camillas, sentándose, acostándose, levantándose. Un guion imposible de seguir para alguien que lleva demasiadas horas sin dormir. Lucha contra el sueño cuando Clara se despierta de su corta siesta.

—Mueren demasiado rápido —le dice Ken.

—Eso es bueno —dice Clara. Y se ve en la necesidad de agregar ante el hombre que de virología no sabe nada—: Los virus necesitan del cuerpo vivo para reproducirse. Si el paciente muere rápido, contagiará a menos gente.

Afortunadamente, las luces azules les muestran que ya hay muchas personas haciendo una pared inmunológica. El virus LPV benigno que estaba circulando en la región, deja a las personas protegidas de la versión maligna. La vacuna 4yu, que llegó hace dieciocho meses, la complementa. En un primer vistazo, a Clara le parece que, funcionando juntas, son suficientes como para proteger al resto de la población.

—Es probable que la epidemia se limite a ese único brote —escucha Ken antes de finalmente dormirse.

Todo indica que la vacuna funcionó, y el corazón se le sale de emoción. Pero la experiencia, inédita para ella, de espiar a la gente y verla morir le trae

a Clara una única pregunta, que parece un lamento: ¿por qué se había demorado tanto? ¿Por qué no había actuado antes? Su suplicio personal es pensar que podría haber evitado esas muertes que ahora observa mientras ocurren. Culpa, ese es el sentimiento que ahora la invade. Como sintió años atrás en el lecho de muerte de su padre. Una angustia horrorosa que desde entonces nunca la abandona.

El profesor Miles se entera casi al mismo tiempo que Clara. El mensaje llega a Londres cuando él ya está, insomne, en la fría cama de viudo. Su actitud inmediata es la opuesta a la de Wilhelm. Mira en detalle las noticias, no se adapta rápido a los cambios, y todo dificulta su sueño: la tragedia de los jóvenes tailandeses, las advertencias de Clara, las planillas en la basura, y algunas más. Sin embargo, no desespera. Lo que tiene a su frente es un punto de inflexión en la historia, y de alguna manera puede ser bueno.

Son las cinco de la mañana, aún es de noche e intenta dormir un poco aferrándose a la suavidad de las sábanas de algodón egipcio. Pero no lo consigue y le manda un mensaje de pocas palabras a Griffin. Este responde enseguida a su jefe, como siempre.

Miles sabe mucho y entiende más, pero el profesor tiene décadas de experiencia en simular que escucha a los demás. Cuando esa madrugada habla con Griffin, no es porque le interese lo que pueda decirle este o cualquier otro interlocutor, sino porque sabe que su propia mente es más creativa y rápida cuando se expresa en voz alta. Y desde que Miles quedó viudo, Griffin es la persona de confianza más cercana. Pero nunca es un diálogo, nada que le diga Griffin tiene la menor posibilidad de hacerlo cambiar de opinión. Hasta ese día.

—Si se confirma que la causa es el LPV maligno, la única actitud posible es que, apenas lo anuncien, el Old King's College se presente como el referente oficial para la vacuna que podría limitar el brote —dice Griffin—. Esa posición, aun si fuera precipitada, sin duda va a ser apoyada por las sociedades científicas y los órganos controladores. Eso nos da protagonismo y al mismo tiempo diluye las responsabilidades ante cualquier problema que pueda surgir.

Miles lo escucha mientras sigue en la pantalla las noticias de la región. La situación es altamente inestable. Además del miedo al virus, parece que a la policía ya se le está yendo la mano al perseguir a potenciales infectados. El temor irracional nutre actos desesperados. Los hospitales estudian centenares de casos posibles y en las guardias se generan incidentes de violencia. No

tiene mucho tiempo para reflexionar.

Esa misma noche, las autoridades tailandesas anuncian la confirmación de que se trata de una variante letal del virus LPV e informan la existencia de una vacuna. Pronto la OMS hará un anuncio específico sobre ese tema. El mundo se detiene para seguir las noticias, Miles convoca a Griffin y Clara simplemente sonrío.

Ya unas horas antes del anuncio, la casilla de correo de Clara se venía llenando de mensajes. Varios eran de sus colegas, pero la mayoría era de desconocidos, empresas periodísticas, hospitales y centros académicos. Su teléfono acumula llamadas perdidas. Clara no responde a nadie. Espera, primero, ser convocada por Miles, o por alguien del Old King's College, o de la OMS. Entiende que en esas situaciones se vuelve necesario combinar lo que se va a decir, cuándo y quién va a hacerlo.

Segura de que ha llegado el momento de mostrar su verdad, va a al armario y pone a ventilar su mejor traje. Imagina que pronto la convocarán a Londres y tendrá que hacer la valija a las apuradas. Se imagina de pie en el escenario principal del viejo edificio participando de la conferencia de prensa. Mientras tanto, la convocatoria nunca llega. Apenas Wilhelm la llama.

—¿Qué vas a decir públicamente?

Todas las ideas que ella propone, él se las rechaza con el argumento irreprochable de la experiencia. Clara no puede decir que sabía que había altas posibilidades de que ocurriera porque el método de la biovigilancia virtual es ilegal. No puede decir que había alertado porque no tiene pruebas. No puede decir que le movieron el piso en el Old King's College porque hay documentos que muestran que ellos avalaron su solicitud de visa de trabajo. En resumen, nada le conviene menos que decir la verdad. No pretende que se calle, sólo que no dé ningún paso del que se pueda arrepentir.

—El mundo entero te va a observar —le advierte—. Cuidado con lo que digas porque vas a permanecer el resto de tu vida esclava de esas palabras.

En la calle, la gente quiere la vacuna, y la quiere ya. Cada dos minutos, el Ministerio de Salud de Tailandia recibe una acción judicial exigiéndola, aunque todavía no está disponible. La vacuna es ahora la noticia deseada, el milagro esperado, y en minutos el profesor Miles estará frente a las cámaras para grabar unos videos.

Nada será como lo imagina Clara. Los asesores de imagen convocados por Griffin aconsejaron al profesor Miles mostrar la vacuna como un producto británico para el mundo, como Shakespeare, The Beatles y Lady Di. Clara

Fend, la inmigrante sudamericana que está en litigio con el Departamento de Migraciones, no puede ser convocada y, preferiblemente, ni siquiera debe ser nombrada.

De la oficina de prensa del Old King's College no van a ahorrar esfuerzos de comunicación, tanto en los medios tradicionales como en las redes sociales, para satisfacer las necesidades informativas. Bombardearán el mundo con fotos, videos y declaraciones con este enfoque basado en el orgullo nacional. Si ella sale a hablar, le explica Griffin a Miles, apenas será una voz más.

—Para usted, profesor —continúa diciéndole—, es una oportunidad única para dejar una biografía personal motivadora.

La campaña de la vacuna 4yu se anuncia tres semanas después de la primera muerte y un día después de que se divulgue que la causa es una versión maligna del LPV. Nadie quiere esperar, todos quieren ser los primeros.

La primera vacuna transmisible de la historia tiene una lógica que debe ser explicada. En el proyecto original estaba contemplado que un equipo multicultural de comunicadores científicos divulgara los conceptos de inoculación limitada, progresión geométrica de la protección, pared inmunológica... pero el miedo saca lo peor de la gente y los políticos no saben decir no a los potenciales votantes.

El acceso a la vacuna es exigido como un derecho humano y, entre gallos y medianoche, se anuncia una campaña mucho más masiva de lo que Clara y su equipo habían previsto para una situación equivalente. No importa tirar a la basura varios millones de dólares en una medida innecesaria, sobre todo porque siempre algo de dinero se escapa de la basura.

“La impaciencia infecta la ciencia”, denuncia en *The New York Times* un científico ante la falta de lógica por querer vacunar a tanta gente con una fórmula transmisible. Pero nadie le presta atención porque esa restricción va contra el deseo de la mayoría. La discusión no se detiene ni en la necesidad ni en la seguridad de una fórmula nunca antes utilizada. La polémica se centra en quiénes van a ser los primeros privilegiados.

La divulgación de la lista de los laboratorios autorizados a fabricar la vacuna se espera con la ansiedad de los resultados de una elección presidencial. Los gobiernos de China, Australia, Alemania, Israel y Estados Unidos ofrecen en forma altruista sus sistemas de logística para el traslado en avión, tren, bicicleta o bote donde sea necesario. En las grandes metrópolis y

los pueblos pequeños se arman redes solidarias. Las celebridades ofrecen shows a beneficio de los países que no pueden pagar la vacuna. Todos quieren enfrentar lo que muchos llaman “el peor virus del siglo”.

Desde Londres, el profesor Miles, que pretende garantizar su inmortalidad en el olimpo, es su principal vocero científico. De noche sueña con el eslogan que repite infinitas veces durante el día: la vacuna es eficaz, segura, barata y completamente indolora.

—La hora de las *cienstrellas* —pronuncia Ken mientras lo observa en un spot de propaganda. Inventó hace un tiempo esa palabra para referirse a los científicos estrella, aquellos que la gente sabe que llegaron al auge de sus carreras porque están promocionando relojes, un libro o planes del gobierno.

Para una minoría, la vacuna 4yu es la vacuna de Clara. Las personas que la conocen poco interpretan equivocadamente su ausencia pública como una prueba de humildad. Quienes la conocen más saben que no es eso, aunque sí se preguntan por qué es así. La respuesta se les escapa, fundamentalmente porque Clara no responde a sus contactos.

María ve, lee y oye todos los reportajes posibles con la vana esperanza de que se haga alguna mención a su amiga. Tras cada fracaso, su odio a Miles sube un escalón más. Hasta Wilhelm, cuando ve que entre las noticias no aparece algún buen reportaje que la nombre, se pregunta si él no debería pasarle el dato a algún periodista. Pero hacerlo sería abrir la puerta para que Clara se meta en problemas, y él no quiere cargar también con esa culpa. Se da cuenta de que su antigua alumna debe estar haciendo un esfuerzo enorme y sintiendo una desesperación absoluta por autocensurarse. Piensa en llamarla pero ¿qué podría ofrecerle? Ni siquiera consuelo, ya que hay dolores que no se atenúan con simples palabras.

Ken tampoco entiende su silencio. Pero ella aprendió de Wilhelm que en determinadas condiciones es mejor callar. Sabe, con una seguridad inédita, que el momento de hablar aún no ha llegado. No es la coyuntura más calma para poner en tela de juicio nada de lo que dice el profesor Miles, convertido en ídolo de las multitudes, porque la gente tiene mucho miedo.

—Si hablo, tengo que decir que la vacunación en esa región no es necesaria —le dice Clara a María cuando esta la presiona para que ocupe el lugar que le corresponde—. Y eso nadie quiere escucharlo.

La amiga, con conocimientos insuficientes hasta para hacerse preguntas, no indaga de dónde Clara saca una afirmación así. Y Clara tampoco se lo dice.

La noticia de la inminente liberación de las primeras diez mil dosis llega a

la población asiática a través de las redes sociales, que se inundan de imágenes emotivas. La vacuna contra el LPV es un autoadhesivo de aspecto poco sofisticado pero que promete mucho más. Los primeros se muestran blancos como la nieve y se reciben con la devoción del cuerpo de Cristo.

—Ya entendí el negocio —digita María muy temprano, después de pasar la noche en vela pensando en el lado oculto de la campaña “Vacunas para todos”—. Se las venden a los gobiernos a precio de banana, ya que no se pagan derechos. Después, cuando pase la epidemia, van a venderles la segunda dosis a precios exorbitantes. Eso explica por qué tenían que hacer una nueva versión de la segunda dosis para patentar.

Clara no le responde. Pasan los días y, tal como Clara había previsto, no aparecen más casos. Ni en Patpong, ni en Bangkok ni en ningún otro lugar asiático. Pero el miedo no cede, y las piezas publicitarias lo fomentan. La vacunación, innecesaria, no se interrumpe hasta que un acontecimiento inesperado cambia el rumbo de la historia.

CAPÍTULO 11

La voluntaria más joven y bonita de la publicidad de Asia, una modelo filipina de dieciocho años, fallece súbitamente a las cuarenta horas de grabar el anuncio. La belleza erótica del clip sanitario, que consistía en colocarse el adhesivo en sus famosas piernas, había asegurado su difusión inmediata. El popular video tiene aún muchas más repeticiones después de que el fin de su vida le llegara por culpa —dicen todos— de la vacuna. “Es una muerte lamentable, pero no hay evidencias de que esté relacionada con la vacuna”, sostienen los funcionarios, que pronto son ridiculizados por las redes sociales como expertos en el arte de la negación.

Enseguida surge la sospecha de que la vacuna también es la causa de la muerte de un millonario marroquí de treinta y cuatro años. Nadie cree en los certificados que dicen “sobredosis de drogas” en la primera y “causas naturales” en el segundo. La mayoría retransmite el dato que nadie puede confirmar: que fue la vacuna (y que el millonario la había conseguido sobornando a un empleado de la fábrica china). Así, la primera vacuna transmisible de la historia desarrolla su fama de maldita en apenas una noche. Es el comienzo de su fin.

Clara mira angustiada las noticias de multitudes ingobernables incendiando los carteles callejeros que publicitan la campaña de vacunación. La consigna “Paren de matar” refleja la ira colectiva. Otros odios son más específicos: “Abajo las corporaciones”. La opinión pública está en llamas y las autoridades sanitarias, con miedo a ser crucificadas. No existen evidencias de que ninguno de los decesos esté directamente relacionado con la vacunación, pero las desmentidas no sirven de nada. A cada minuto que pasa, el porcentaje de público que se pone en contra de la historia oficial es cada vez mayor. El ministro de Salud de Tailandia aplica la vacuna en los brazos delgados de sus propios hijos frente a cámaras. Esta muestra de confianza tiene el impacto de un discurso parlamentario de catorce horas transmitido en vivo. Lo que se divulga son las manifestaciones frente a los hospitales. En el Old King’s College ponen vallas de forma preventiva y se desconoce el paradero de Miles.

La vacuna 4yu cae presa de las redes del engaño en el que es retenida la opinión pública. La fórmula, que debería ser venerada por ser un avance

biotecnológico sin igual, pensado para favorecer a los más pobres, se convierte por un cóctel de desconfianza y precaución en la campana sanitaria más corta de la historia.

Clara sabe que la vacuna es inocente de lo que se la acusa. Odia con toda su alma a los imbéciles que no saben defender la vacuna 4yu, pero tampoco se siente con fuerzas para luchar. Bloquea todos los mensajes, oscurece la pared que la une a Ken, apaga todo lo que puede controlar. Durante días, apenas sale de la cama. Lo más vital en su cuarto es la luz artificial del Globoscopio, que no para de moverse en actualización constante. El gráfico muestra que la cruzada sanitaria de Clara fue la que impidió la tragedia en Tailandia. Mientras tanto, sólo dos personas en el mundo lo saben y a una de ellas le cuesta salir de la cama.

Personalmente está liberada en la opinión pública. Una vez más entiende el recado popular: no es el momento para hablar. Pero algo cambió. Ahora comienza a pensar que ese momento quizá no llegue nunca.

Clara siente que alcanzó el punto más bajo de su vida. La secuencia fue horrorosa: perder un trabajo, ser deportada, humillarse aceptando una posición inventada, engañar a los que la ayudaron, y todo eso para oír calumnias sobre la obra de su vida. Sigue yendo al instituto todos los días, sólo porque sería aún peor no hacerlo.

Wilhelm sabe que Clara continúa concurrendo cada día al instituto de Schami, los informes periódicos le siguen llegando. Pero la conoce bien. Si no se queja de que es un mero parásito del sistema científico europeo, es porque hay gato encerrado. Más que eso, si Clara Fend no hace oír su voz de protesta por no ser llamada a dar su opinión en la primera epidemia de LPV de la historia, es porque algo muy extraño está ocurriendo. Cuando la vacuna transmisible empezó a ser noticia, su mentor se preguntó si no debía llamarla. Y ahora que no salió a defender la vacuna de las acusaciones infundadas, decidió que el momento no podía esperar más. El silencio, en su caso, grita.

Wilhelm le escribe un mensaje, pero Clara no se toma el trabajo de contestarle. Decide ir a París a verla, quiera o no. En el camino, le manda un nuevo mensaje con hora y local de encuentro. Recién ahí ella le contesta, aceptando la reunión. Mientras tanto, Wilhelm idea un método para evaluar cualitativamente el estado de la situación. Si Clara no empieza a hablar pestes de Miles antes de que sirvan el primer plato, la situación es extremadamente grave.

Llega antes que ella y la espera en el bar. La ve asomarse, su aspecto

demacrado lo impresiona. La abraza en silencio y, para romper el hielo, Wilhelm hace comentarios irónicos acerca de Miles convertido en estrella. PERO HABLA SOLO, ELLA NO ABRE LA BOCA.

—¿Y? —le pregunta sencillamente después de haber pedido para los dos un menú de degustación completo para no perder siquiera el tiempo de elegir los platos y las bebidas.

Como respuesta recibe una catarata de palabras. Clara, por primera vez, le cuenta a su maestro la verdadera historia. No empieza por el final sino por el principio. Hace la cronología completa: el robo no demasiado pensado del material viral, el contrabando a Francia, la fabricación clandestina de la vacuna en el instituto de Schami, la Marcha de las Burkas, el monitoreo virtual. Sólo omite la verdad sobre Ken. Destaca, al pasar, que la ayuda tecnológica la recibe de “un equipo de estadísticos japoneses”. Ver su propia vida en palabras la va revitalizando. Sus ojos recuperan el brillo, las manos ya no permanecen flácidas sobre el mantel. Finalmente, como si el espejo de su vida la hubiera resucitado, Clara dice que sus logros, realizados sin los límites que imponen las instituciones, superan en velocidad cualquier hito de la historia de la medicina, sea la erradicación de la polio, el control del HIV y muchos otros.

Mientras la escucha, Wilhelm pasa de manera lenta la manteca de Normandía en el pan orgánico especiado y se concentra en poner por encima una dosis mínima de sal del Himalaya. Actúa con tranquilidad, pero por dentro es un fuego. En cuarenta años de profesión y sesenta de vida oyó de todo, pero nunca algo así. Clara relata los hechos sin ningún pudor, exhibe una modestia tan falsa que hace relucir aún más su felicidad. Se desnuda ante él como una niña inocente que no nota el lado oscuro de su acto. Es el idealismo en estado puro.

A medida que habla con su maestro, Clara se va entusiasmando. No ahorra los datos numéricos que demuestran que el brote de Bangkok está controlado, y que al menos en esa región el virus LPV malignizado ya no es una amenaza. Orgullosa de sí misma, presume que el brillante resultado final justifica los riesgos que corrió. Wilhelm se atraganta con una miga como si el alimento fuera una verdad que se negara a entrar en su cuerpo. Finalmente, bebe agua de su copa y habla:

—Querida Clara... —dice lentamente, como sobrevolando la realidad en llamas—, ¿te das cuenta de la gravedad de todo eso?

A pesar de su pedido de sinceridad, Wilhelm no estaba preparado para

escuchar actos de esa magnitud. Es evidente que la Marie Curie del siglo XXI volvería a dar los mismos pasos, como lo haría la original aun si supiera que los rayos X terminarían matándola.

—Dieciocho muertos en Tailandia, en lugar de miles de millones en el mundo. Es la prueba de que había decisiones que no podían esperar. Alguien tenía que tomarlas —dice ella refiriéndose a la misión que justifica su paso por la vida.

Clara estira los dedos de su mano derecha e inicia el conteo de las proezas que realizó sola y en menos de un año, una enumeración secuencial de hitos técnicos que eclipsan la indisciplina de los hechos. Wilhelm sabe perfectamente que Clara no se retractará ni aun presa y condenada. No atina a hacer otra cosa que negar con la cabeza hasta que explota:

—¡No se puede vivir encerrado en un tubo de ensayo!

Entre las paredes bicentenarias del salón comedor, media docena de comensales sofisticados interrumpen sus conversaciones, que parecen murmullos, y giran la cabeza en dirección a ellos. Como cualquier lobista, Wilhelm domina las técnicas de discusión que no admiten exabruptos irreversibles, pero ese día conoce sus límites.

—¿Esta mierda la decidiste sola? —exclama sin importarle ya el qué dirán.

—Deberías estar orgulloso.

—Con la mitad de lo que acabas de confesar, tu prontuario policial entra en el *Guinness*... —murmura en su tono habitual no exento de ironía—. ¿Publicaste ya en algunas de esas revistas libres de internet la receta para los bioterroristas?

—¡Que encarcelen al inventor del cuchillo! —se ofusca ella—. ¿Qué iba a hacer?, ¿seguir esperando? Si hay algo que lamento, lo único... es no haberlo hecho antes.

Si Clara hubiera dicho otra cosa, Wilhelm habría empezado a creer en los milagros. Lamentablemente, la fe en lo sobrenatural es un sentimiento que tiene prohibido. Se hace un silencio frío, cortante, que por un momento los protege de caer desde lo alto de sus emociones.

El flujo de pensamientos toma en cada uno su propia dirección. Wilhelm piensa que la responsabilidad del maestro no acaba nunca. Ella se enfrenta a lo peor, a la falta de comprensión por parte del hombre que más admira.

—Clarita —dice desanimado, porque se da cuenta de que hizo mal en dejarla tan sola—, la diferencia es que no hacen falta malas intenciones para

que esto termine mal. ¿Nunca... —busca las palabras—... nunca se te pasó por la cabeza que, en esas condiciones no convencionales, especiales, o como quieras denominarlas, la vacuna también podría crear algún problema inesperado, no convencional, especial?

—No hay razones para pensar... —comienza Clara.

—... que todo tratamiento que implique manipular ADN sea intrínsecamente arriesgado —continúa Wilhelm repitiendo el mantra científico — porque difícilmente encuentres algo tan estudiado.

—Hice miles de simulaciones matemáticas... —empieza ella a decir. Su voz es profesionalmente altanera, pero se retuerce los dedos, el cuerpo la delata. Wilhelm lo nota y calla, no quiere discutir sino todo lo contrario—. No me subestimes como a un becario de iniciación —insiste Clara.

La mente de Wilhelm funciona a todo vapor. Necesita imperiosamente generar condiciones favorables, encontrar algún punto en común para luego reconducirla a un terreno seguro.

—Las vacunas transmisibles son muy importantes para el mundo en desarrollo, no lo niego y siempre te apoyé en eso —continúa él especulando que lo primero que debe hacer es recuperar su confianza—. Coincido en que te dieron la espalda por un tiempo excesivo en nombre de... la debida cautela — y levanta los dedos para entrecomillar en el aire las últimas palabras— pero...

—¿Si aparecen problemas? —pregunta Clara. Su espíritu opositor la lleva de manera automática a observar la cuestión desde la perspectiva que Wilhelm pretendía.

—Exactamente. Sin entrar en problemas éticos, legales... sin duda trabajaste con un margen de riesgo considerable.

Wilhelm se queda mirándola, atrapado en sus ojos verdes. Luego baja su vista para revisar la cuenta del almuerzo. Pretende que esa interrupción enfríe su espíritu, que está claudicando. Una voz interior le dice que debe ayudarla, no sólo porque en el fondo cree que, en la situación en la que la colocaron, Clara hizo lo que correcto. Él mismo nunca habría tenido esa valentía.

—Si esos problemas algún día aparecen, estoy preparada para neutralizarlos —le asegura Clara. Durante los minutos siguientes, ella sostiene su plan de emergencia con argumentos científicos absolutamente lógicos, aunque nunca probados. El discurso es convincente, sus afirmaciones categóricas, y así, por efecto de las palabras científicas, los miedos de Wilhelm se van atenuando. Hasta que finalmente ella le pide mirándolo a los

ojos—: Wilhelm, es preciso que confíes en mí.

Las muertes supuestamente relacionadas con las vacunas no paran de aparecer. El rumor de que el cuerpo horrendo de un ruso que sufre deformidad creciente se debe también a ella se vuelve también cada vez más fuerte. Nadie sabe de dónde salió esa información, pero la sociedad hiperinformada, que duda de todo, la repasa sin culpa. Las imágenes existen, con subtítulos en distintas lenguas. Internet es una tierra anárquica que suma desgracias sin dueño que nadie se toma el trabajo de comprobar. Y siempre alguien gana con esas distracciones populares que eclipsan el aumento de la miseria, tragedias medioambientales, Estados corruptos o el eterno drama de los refugiados. Horrorizarse es una necesidad humana, dicen, pero los horrores imaginarios son más digeribles que la barbarie real en constante superación.

—¿Será verdad? —pregunta Ken mientras mira el video de un mexicano cuyos órganos empezaron a crecer hasta que el cerebro explotó dentro del cráneo.

—Los científicos siempre precisamos más datos para emitir una opinión —responde Clara burlándose de sí misma—. Mitos urbanos... —dice finalmente.

—¿Qué?

—Supersticiones sin sentido —simplifica, y mueve la cabeza de un lado a otro en señal de triste desaprobación.

“Los tontos parecen ser cada vez más”, piensa. Una encuesta hecha en los Estados Unidos afirma que un porcentaje respetable de la población universitaria cree que el fin del mundo se acerca bajo la forma de un holocausto biológico.

El miedo al LPV finalmente desaparece. Tras algunos rebotes aquí y allá, debido a falsos positivos, pronto lo reemplaza el recuerdo de una vacuna de sabor amargo. Los pocos “privilegiados” que la recibieron, de forma legal o no, terminaron agradeciendo estar vivos a pesar de ella. Clara no lo admite, pero esa injusticia es, de todas, la que más le toca el corazón. La vacuna 4yu no se volverá a usar, teme. Y le preocupa, porque en el resto del mundo hay muchas áreas donde la población sigue vulnerable, y aún si la expansión “natural” de su vacuna sigue sin pausa, algún día, en caso de un rebrote maligno, puede ser necesario generar nuevos focos fundadores.

Clara está sentada en un sillón de la peluquería cortándose el pelo. Necesita un cambio y eso es lo que tiene más a mano, le dice en broma al *coiffeur*. El espejo refleja cansancio, frustración, desasosiego. En un mundo

ideal, todo habría sido distinto, piensa mirando hacia afuera, donde apenas alcanza a ver un cielo blanquecino y un paisaje urbano gris. En un mundo ideal, habría sido escuchada con la mente abierta que deberían tener los científicos. La vacuna 4yu se habría fabricado con todos los cuidados, se habría distribuido de forma correcta siguiendo una lógica consensuada, habría contado con un equipo controlando todo debidamente. Y a esa altura la vacuna 4yu estaría disponible para nuevas amenazas. Pero el mundo no es ideal y, a juzgar por las últimas noticias, está peor de lo esperado. “Es lo que hay”, se dice mirando por la pared de vidrio a la calle, donde ahora pasea una pareja con sus nietos. En ese momento recibe un escueto mensaje de Wilhelm.

—Necesito verte con urgencia. En mi oficina.

El corazón se le para. Nunca había recibido algo así. A la mañana siguiente, temprano, Clara ya está recorriendo en tren rápido los bellos bosques alemanes, y el paisaje nevado pasa sin ser visto por su ventanilla.

Wilhelm la espera sentado en un sillón de cuero repujado que recibe la luz fría del exterior. Es casi mediodía, se sirve unos canapés para no tener el estómago vacío, y su copa de auténtico cristal de Bohemia contiene una bebida de rojo intenso y aromas frutados. Necesita ese tónico para pensar. Mantendrá una conversación por la que le hubiera gustado nunca tener que pasar. Hace mucho que conoce a Clara, siempre la guio para que diera lo mejor de sí, compitiendo a veces con ese padre que ella lleva siempre en mente. Pero Clara pretende vivir en un mundo ideal, un mundo que no existe.

Llega y, nerviosa, dice algo sobre el frío, el viaje y la simpatía alemana. Siente que los ojos azules de Wilhelm la interrogan, pero de todos modos es él quien empieza a hablar. Le dice que las autoridades castrenses reciben mucha información sobre situaciones que pueden encuadrarse como sospechosas de ataque biológico.

—La mayoría es pura basura —reconoce, aunque le muestra datos abrumadores que hablan de un brote de malformaciones súbitas en adultos sin contornos geográficos definidos pero que está afectando América del Sur y del Norte, Asia y también Europa—. Te advierto que esta información que te doy es confidencial —pronuncia en el momento en el que llena para ella una copa de agua—. Si se sabe... —la mira y se ríe de su propia inocencia—. Como si las advertencias te sirvieran de algo... En fin. En un acto administrativo de emergencia, acabamos de conseguir ocho millones de euros para el Programa de Investigación de Enfermedades Idiopáticas. No es mucho, pero ahora vamos a tratar de avanzar sobre el presupuesto aeroespacial —se pavonea—.

La situación lo merece.

Clara escucha atentamente pero sin saber adónde quiere llegar él divulgando esa información clasificada. En otras circunstancias diría que apenas está impresionando al prójimo con su poder, uno de sus pasatiempos favoritos. Pero la expresión de su rostro es grave. Se hace un silencio que parece una tregua.

Wilhelm se levanta, le indica que lo siga y pasan a una salita pequeña. El almuerzo entero ya está esperándolos sobre la mesa de madera nórdica, con individuales rojos que resaltan la vajilla blanca y copas relucientes.

—¿Cómo anda todo en el laboratorio? —pregunta él de sopetón.

Clara lo mira desorientada, sin saber qué decir ante esa pregunta inesperada. Pero, al fin y al cabo, no es apenas su mentor. Es el responsable de su subsidio y sus resultados.

—Todo bien, sin becarios se trabaja más lento pero mejor.

—Enfrentemos la situación —comienza Wilhelm una vez sentados, mientras alinea el salero y el pimentero con el florero, como si ordenando la mesa pudiera reorganizar de alguna manera la realidad—. La poción de la franqueza —invita mientras se lleva su copa de Castillo de Maluenda cosecha 2003 a los labios—. Es preciso olvidar por un momento el virus LPV, hay otros problemas en el mundo. Todas las enfermedades no infecciosas están en alta: trastornos metabólicos, psiquiátricos —bebe otro trago y cierra los ojos. Le explica que si habla de eso ahora es porque hay un tumor rarísimo que los médicos están viendo a una frecuencia inusitada—. Y los militares están preocupados y los científicos presionados, o al revés, no lo sé.

Clara está impresionada por la enumeración inconexa de desgracias.

—¿Entonces...? —se anima a preguntar en tono suave mientras juega con unos granos de sal que se salieron de su recipiente.

—En algunos casos, en las muestras de biopsia aparece una misma secuencia de ADN que conocemos muy bien y... —en lugar de terminar la frase, Wilhelm da un largo suspiro y se frota los ojos rojos de una noche de insomnio—. Antes de que me lo cuestiones, te lo aclaro: muchos de estos casos que hoy preocupan, aparecieron antes de la campaña fracasada de la OMS.

Después de beber otro trago, Wilhelm le pregunta, ahora mirándola fijo:

—¿La liberación de la vacuna en condiciones no controladas tendrá algo que ver?

Es el momento en el que Clara debería parar para pensar y enfrentar la

realidad, pero desvía la mirada.

—Es una hipótesis que merece ser investigada —concluye.

—¡Clara! —la interrumpe Wilhelm con un gesto de espanto—. No me gusta tratarte como a una alumna. ¡Todo medicamento puede afectar más que el tejido pretendido, cualquier cirugía puede traer complicaciones y la medicina basada en manipulación genética no es distinta, diablos!

—¿Qué es exactamente lo que se sabe?

—Por ahora es una colección de preguntas. Desconocemos también si estamos frente a problemas puntuales, que van a desaparecer —prosigue Wilhelm, sin saber si quiere tranquilizarla o tranquilizarse a sí mismo —o por el contrario es una situación grave que va a perpetuarse...

—¿Cuál es tu opinión? —musita Clara, ahora con un hilo de voz.

—Como dice aquel cura español que se metió a político: la especie humana está perdida.

Ambos se ríen, o al menos las comisuras de los labios se estiran nerviosamente. Clara está irritada, Wilhelm también. Le guste o no, él mismo debe reconocerse como cómplice. Está preocupado, y no únicamente por lo que le contó a Clara hasta ahora.

Al comienzo de esa semana, un colega le había avisado que uno de los poemas de ADN creados por Venter había sido detectado en el genoma de tres personas con cáncer, sin que se supiese cómo había llegado allí. Todos saben que Venter le dio unas copias de esa particular firma genética a Wilhelm de regalo, pero lo hizo también con varios otros amigos, de manera que no hay lugar para acusaciones. Sin embargo, hay algo que a Wilhelm lo tortura, y que guarda para sí solo: carga la culpa no confesada de haberle enviado esa secuencia poética única a una peligrosa muchacha de ojos de agua. Ella nunca le mencionó nada de eso, el sobre amarillo con la clave para descifrarlo debe estar olvidado en un cajón o en la basura, pero él lo recuerda bien. Y junto con la evocación viene una pregunta que aún no tiene respuesta. ¿La fabricación y la liberación de la vacuna en condiciones no controladas tendrán algo que ver? No lo repite, en lugar de eso, Wilhelm dice:

—Hagamos un *brainstorming*. —Ella sonríe.

La profunda amistad entre el profesor hábil y la alumna genial se gestó en aquellas sesiones de divagues intelectuales en las que ningún concepto debe ser censurado. Así, dejando la mente libre, sin ataduras, fue cómo los dos científicos habían encontrado siempre sus mejores ideas. Así había nacido la segunda dosis, no la fórmula concreta sino la idea de que había que convertir

la vacuna transmisible en un proceso biológico reversible. Por seguridad, pensó Clara, y para poder conseguir la autorización más rápido, agregó él.

La charla se extiende por varias horas. Wilhelm habla de forma pausada, haciendo pequeños esquemas en un anotador y acompañando sus palabras con un movimiento oscilatorio rítmico de la mano izquierda entre la sal y la pimienta. Barajan hipótesis sobre los potenciales problemas que podría generar la vacuna 4yu, pero la libertad de pensamiento no es total, no tienen la pretendida imparcialidad científica de quien sólo busca la verdad. Sus primeras especulaciones responden al secreto deseo de verse libres de culpa y cargo.

—Escenario número tres —dice Wilhelm finalmente, mientras se levanta para servirse un té—. La vacuna de ese Foco Fundador inicial se transmite como era esperado y provoca la deseada inmunidad, que evita miles de muertes y sería un gran mérito tuyo... —sonríe—. Pero, al mismo tiempo, alguna dosis contamina al receptor con un ADN que no le corresponde.

—*Touché*. Es poco probable pero no hay forma de negarlo —responde Clara reaccionando al desafío intelectual—. De hecho, ese tipo de transferencia genética existe en la naturaleza, pero un proceso así normalmente es lento, lleva varias generaciones para manifestarse —desafia.

—Esa transferencia de ADN también ocurre de virus a mamíferos, humanos y no humanos —agrega Wilhelm.

Sus conocimientos teóricos afloran y el tono de las voces no revela ningún sentimiento. Pero así las palabras de Wilhelm llevan los pensamientos de Clara por caminos que ni en sus peores pesadillas había explorado.

—Lo que necesitamos es poder descartar completamente la idea de que, por algún proceso aún no comprendido, ese ciclo se haya acelerado —se apresura a decir Wilhelm.

—Probar que el virus 4yu no se lleva el ADN de las personas como si se robara dulces en una pastelería y que después lo reparte gratuitamente al mejor estilo Robin Hood —ríe Clara.

Wilhelm no contesta y baja la mirada. Clara lo nota y entiende, no hay cómo descartar esa idea espeluznante. Lo primero que siente es el puñetazo en medio de su autoestima intelectual. Es algo que teme desde que comenzó a diseñar su vacuna transmisible, un riesgo altamente improbable pero no imposible que había que correr para disfrutar de las maravillas que prometía la técnica.

Hace mucho tiempo que terminó el almuerzo pero siguen en la misma

mesa. Clara se lleva la servilleta de lino bordado a la nariz y oculta su rostro, aunque quisiera esconderse por completo. Está furiosa consigo misma y no quiere demostrarlo. Apenas probó el vino pero está mareada, el mundo gira para un lado y para el otro. Su cabeza, desgobernada, le hace revivir en ese maldito instante las líneas fugaces del Globoscopio, rayos verdes, naranjas, amarillos. Trata de fijar la mirada en los adornos de un aparador cercano pero su visión huye de su control, los rostros de unos niños en un portarretrato asumen formas que superan el surrealismo más radical. Cree que está a punto de desmayarse, pero ni siquiera tiene la bendición de perder la conciencia. Una inmensa sensación de pánico la arrastra. Wilhelm, en cambio, parece haber recuperado la calma. Sentencia, pragmático:

—Si todos aquellos cuyos experimentos se malograron dejasen de experimentar, no tendríamos ciencia. Miremos la cuestión de frente: la terapia de virus transmisibles es un genio que ya nunca volverá a la botella. ¿Ahora qué hacemos?

—Vamos al escritorio —son las palabras que la hacen salir de su estado de sopor. Clara no sabe cuánto tiempo lleva ahí sentada—. Te hice venir hasta Heidelberg porque quiero mostrarte algo que me llegó ayer y que pretendo que no salga de aquí —dice Wilhelm.

Se sienta en su escritorio y mira la cantidad de mensajes que le llegaron mientras estaba con Clara. No puede hacer otra cosa que emitir un suspiro por la cantidad de obligaciones que se agregaron a su lista en las últimas horas. Lo mismo le había ocurrido el día anterior, y el anterior a ese, y le pasa siempre, sin que se acostumbre. Pero busca un correo que recibió el día anterior. Le acerca a Clara una silla para que ella pueda leerlo y, mientras busca un café, le dice:

—Un regalo caído del cielo.

El mensaje principal, escueto, informaba a Wilhelm que había sido elegido como el primero de tres evaluadores sucesivos de un *paper* presentado para publicación. A Wilhelm esa distinción le molesta, especialmente porque además de ser mucho trabajo es una tarea honorífica, eufemismo por gratuita. Y un honor que la etiqueta académica impide rechazar. El mail provenía de uno de los editores científicos independientes de la revista *Natural Sciences*, su viejo amigo John Lichtenstein. ¿Por qué lo considerará un regalo del cielo?, se pregunta Clara. Al menos eran pocas páginas, como corresponde a las *short communications*.

—¡Una única firma! Totalmente inusual, sobre todo tratándose de un

científico del Old King's College. El profesor Miles siempre quiere figurar como coautor —dice Clara.

—Al leerlo vas a entender por qué el responsable principal del instituto fue dejado afuera —dice Wilhelm con voz grave—. Lo peor no es lo que está escrito sino lo que, según el autor, merece ser investigado.

Es un estudio científico relativamente simple. El autor confronta dos secuencias genéticas concretas, una proveniente de unas células dérmicas humanas, la otra de una muestra de catálogo, concretamente el Registro de Productos Biológicos del Old King's College. Ese informe firmado por un desconocido doctor Nicolás Mendoza vinculaba al virus 4yu creado en el Old King's College con la tragedia del hombre-mono, el último caso “extraño” que científicos de todo el mundo estaban intentando descifrar.

Clara no había oído hablar del caso del hombre-mono, no es el tipo de noticias al que le presta atención. Pero Wilhelm sí, y sabía que se trataba de un muchacho que, años después de la pubertad, tuvo un nuevo rebrote de pelos en partes del cuerpo como los párpados que no se explicaba por cuestiones hormonales. Este informe inédito, sin decirlo, acusaba a Clara con todas las letras. Porque el esqueleto viral de la vacuna 4yu se había encontrado en la secuencia genética de las células afectadas por la transformación pilosa, y no en las otras.

Wilhelm había recibido ese informe el día anterior. Sin perder la tranquilidad, había realizado dos acciones inmediatas. La primera había sido convocar a Clara. La segunda, redactar la devolución al autor. Con las palabras técnicas habituales, lo felicitó por la originalidad del enfoque, sugirió algunas correcciones y remarcó, de manera exagerada, las deficiencias metodológicas. Al terminar de escribir, consultó el reglamento y dejó programado el envío de allí a tres meses, el período máximo de respuesta permitido para los evaluadores externos. “Querido amigo Nicolás, espero que estés cómodamente sentado porque tu espera será larga.” Al autor, en consecuencia, sólo le llegaría el acuse automático de recibo.

La única persona que descubrió que había un virus artificial relacionado con transformaciones en humanos sólo puede hacer una cosa: archivar con cuidado la fecha de recepción de su informe, por si algún día necesita demostrar que él fue el primero. Un estudio demora en promedio dos años para ser publicado en una revista de prestigio. Pero el plazo de publicación del informe de Nicolás Mendoza, en el que se demuestra por primera vez la presencia del 4yu en la piel del hombre-mono, adquiere un valor desconocido

que, si de Wilhelm dependiera, tendería al infinito.

Así es que Wilhelm aprovecha una de esas oportunidades totalmente infrecuentes en las que un científico consigue retener la difusión pública de un hallazgo que le conviene censurar. Piensa en la suerte que tuvo Clara de que él fuera elegido como primer evaluador. ¿Será apenas coincidencia? Wilhelm se obliga a considerar la hipótesis de que la protección divina realmente esté de su lado; su mentalidad científica le impide descartarlo. Pero lo importante ahora es que ya no pueden decir que no sabían nada. Si se había demorado en mostrarle a Clara el trabajo, era para que su mente ya estuviera preparada y pudiera aceptar que todo acto tiene sus consecuencias. Demorar una comunicación apenas da tiempo, con suerte suficiente, para hacer algo más.

Cuando sale de la parálisis total que le provocó la lectura del informe, Clara se recupera apenas para defender nuevamente su vacuna, insistiendo en que es inocua.

—¡La conozco como si fuera su madre!

—Miles de millones de vacunas transmisibles hacen lo que la madre espera de ellas y nada más —especula Wilhelm con el tono de voz amable que utiliza en las negociaciones—... pero quizá en alguna dosis algún virus innovador... quiso hacer las cosas a su manera.

Clara va a recordarle a Wilhelm la campaña de la OMS, a decirle que el virus 4yu podría haber llegado hasta allí de varias maneras, que tal vez sea un error, pero calla. De todas las alternativas que su mente genera, la única que ahora su intuición acepta es la peor.

Un pitido los distrae. La señal sonora anuncia la llegada de un informe. Wilhelm había pedido a sus colaboradores que chequearan los datos del trabajo de Nicolás. Pidió en exceso, para disimular que le interesaba una sola cosa: solicitó la búsqueda de cien secuencias, aunque le preocupaba una sola. Pero lo hizo porque no quería llamar la atención. Wilhelm se pone los anteojos, lee ese informe en detalle. Son varias notas, registros minuciosos sobre los resultados y otras informaciones en forma de texto corto, gráficos coloridos y enlaces a referencias en la base de datos. Información intrascendente para sus objetivos. Hasta que llega a lo que buscaba. Allí está, lo que no quería encontrar. En las células del hombre-mono se esconde también algo a lo que nadie aún le prestó atención, el poema de ADN que le había enviado a Clara, una veintena de letras perdidas en los más de 3.500 aminoácidos, su firma genética. Eso, entre otras consecuencias, le permite poner una fecha y un lugar precisos al inicio de la desgracia.

Wilhelm se levanta bruscamente, se para frente a la pared de vidrio, de espaldas a Clara. Se transporta en el tiempo, revive el momento en que con el material que tenía a mano le inventó a Clara un virus inexistente para que pudiera investigarlo y así cobrar un sueldo decente. A la velocidad de un relámpago, su mente lo lleva al instante en el que se le ocurrió insertarle a ese virus inútil, una copia de un poema escrito en clave de ADN. Jamás debería haberlo hecho. Porque ahora la carne del hombre-mono luce la prueba de su culpabilidad. Se da vuelta, abre la boca para decírselo a Clara, va a hablarle también sobre ese sobre amarillo que le dejó sobre el escritorio hace ya varios meses, cuando la visitó en el instituto de Schami, el mismo día que le regaló unos chocolates. Va a decirle que busque la transcripción de los códigos secretos que están allí, que él sólo quería hacerla sonreír. Va a decirle... pero ¿para qué?, se pregunta mientras lucha cerebral y hasta físicamente con su boca que cierra con bronca. ¿Para qué si lo que tiene frente a sus ojos —la reacción de su estómago se lo demuestra— es su inocultable contribución a la tragedia?

—Por ahora, lo que este informe propone es apenas una suposición — pronuncia finalmente con tranquilidad mal fingida.

Clara le dice que debe irse para no perder el tren. Wilhelm la acompaña hasta la puerta. Si más de una vez había pensado en dejarla sola, para que creciera sin tutor, en ese momento se da cuenta de que eso ya es imposible. Ahora sólo pueden ser aliados.

—Trabajemos para convencernos de que este informe está equivocado — dice, y hace mucho que no es tan sincero.

La abraza. En el breve contacto de los cuerpos, ambos sienten un extraño estremecimiento, es la desesperación denunciándose a sí misma. Clara se sube a un taxi que la llevará a la estación y Wilhelm regresa al salón, se sirve otra copa y se desploma en el sillón de cuero. De repente, la idea genial de Clara de luchar contra la naturaleza con sus mismas armas adquiere ahora un nuevo y horroroso significado. “Vivir, errar, caer, triunfar, recrear la vida a partir de la vida”, recita Wilhelm con los ojos cerrados. Estira su cuerpo en la butaca recordando el poema de James Joyce que ahora, escrito en ADN, recorre los cuerpos, no sabe cuántos.

CAPÍTULO 12

Ken apagó el aire acondicionado y pedalea en su bicicleta fija. Necesita transpirar. Está empeñado en dotar a los cuerpos virtuales de olores, por eso cuando Clara llega de viaje, lo primero que él hace es pedirle que confirme si el sensor de compuestos orgánicos volátiles que está probando es capaz de reproducir algo semejante al sudor humano del otro lado de la telepresencia. Concentrado en la optimización de su realidad incompleta, no nota que ella está destrozada por la lluvia de sobresaltos de las últimas horas.

Clara no le contesta, se sirve un café y se sienta frente a él dispuesta a relatar las novedades. A pesar de que en sus ojos hay una tristeza infinita, al hablar con Ken usa el mismo tono pedagógico que si estuviera dando una clase universitaria. Suelta las explicaciones como llenando un formulario esclarecedor sobre una patología exótica.

—¿La vacuna no era... segura? —pregunta Ken, ahora pedaleando lentamente.

—Nada es definitivo. Cambia una letra acá, otra allá, y lo blanco se vuelve negro. Siempre tenemos que dejar abierta esa posibilidad. Así somos los seres vivos.

—El 4yu... ¿seguirá transmitiéndose por aire?

—Otro tipo de transmisión, por ejemplo, por vía sexual, no puede descartarse como complementaria o alternativa. Los virus se adaptan para facilitar la infección, y no descartan ningún camino.

—¿No lo pensaste antes?

—Las posibilidades de que ocurra un evento nunca son nulas, ni siquiera de que en este momento caiga un meteorito sobre mi cabeza.

Clara es terminante. Ese riesgo era uno de los motivos, aunque no el único, por el cual esa técnica no tenía la aceptación masiva que ella creía que merecía.

—Altamente improbable, puede ser. Nada es imposible —continúa.

—¿Lo pensaste antes de lanzarlo? —repite.

Clara le ofrece una respuesta repleta de términos estadísticos que, en vista de los resultados, se muestran inútiles. Aunque la voz de la mujer intente alcanzar su punto máximo de frialdad profesional, Ken enseguida entiende que lo ocurrido es terrorífico.

Da un primer puñetazo a la pared. Se ensaña con la pantalla principal con una pasión que no se conocía, un golpe tras otro, sin descanso, sin titubeos. Siente que una película de terror se introduce en su cabeza sin pedir permiso. Clara lo había arrancado de su mundo absolutamente perfecto convenciéndolo de que debía hacerlo por el bien de los demás. Pero lo había engañado, no había hecho otra cosa que usarlo para sembrar el caos. El enojo consume en un segundo una felicidad alcanzada con tanto esfuerzo.

El brillante muro de cristal líquido que los unía ya no existe más. Las grietas se expanden en todos los sentidos, empezando por una superficie vidriada, hasta alcanzar una relación que estaba allí por toda la eternidad.

Esa noche, ninguno de los dos duerme. Clara mira el brillo vacío de una pared gris vidriada; Ken, la pantalla destrozada. Él se acuesta desnudo y observa su cuerpo. Ya no es apenas un cuerpo, y ni siquiera le pertenece totalmente. Por esa mujer tiene una piel artificial que lo recubre como el pellejo arrugado de un reptil. Por esa mujer, una molesta capa de grafeno envuelve sus labios y su pene. Por ella oculta sus pupilas tras lentes de contacto, que no le sirven para otra cosa que para verla más cerca. Por ella su pecho carga una batería que toma la energía de su corazón. ¿Por qué? Se arranca todo, brutalmente, y llora. Se dice que no la necesita, que podría hacer el amor con una base de datos si quisiera. Pero llora porque si bien es un organismo envuelto en tecnología, sigue siendo humano.

Esa noche, los amantes no encuentran consuelo. Él perdió la paz. Ella perdió lo más valioso que tenía: la confianza ciega en sí misma. Y eso último parece irrecuperable.

Mientras la vacuna defectuosa aprovecha su potencial de diseminación y siembra el caos en la especie humana, Clara vive su propio velorio en cámara lenta. Quiere dormir y no despertar jamás, pero no tiene esa opción, debe levantarse y solucionar el problema. Observa la imagen del hombre-mono chileno buscando una respuesta. ¿Cómo puede ser que imitar a la naturaleza haya terminado en esa aberración?

Repasa mentalmente las evidencias que presentó el científico, exhuma de su memoria los procedimientos realizados con sumo cuidado dos años antes, pero más allá de lo que haya ocurrido, un cambio en un virus artificial que se transmite tan rápidamente no es un problema menor. Intenta esconderse como otras veces detrás del término “efectos colaterales”, pero en esta oportunidad no lo consigue.

La foto del hombre-mono le evoca al paciente estadounidense que su

amiga Alice operó a distancia por una mancha facial inexplicable. No prestó demasiada atención cuando ella se lo contaba. ¿Será un caso similar? Llama a Alice para preguntarle más sobre eso, cuando la atiende un hombre. Alice, su única amiga en París, está internada, en estado muy grave.

Unos días antes, la cirujana había trabajado diez horas, como siempre, pero al final del día sucedió algo extraño: perdió el control de su cuerpo. Sus dos brazos comenzaron a agitarse de forma involuntaria y acabó en el suelo. Afortunadamente el ataque ocurrió cuando todavía estaba en el hospital.

—¿Cuál es el diagnóstico?

—Creo que menos por la máquina de Coca-Cola, la pasaron por todas — le dice al teléfono el esposo, un hombre de voz grave y acaramelada. Los estudios mostraron una falla cerebral mínima pero suficiente como para desprogramar sus movimientos. La lesión es tan pequeña que es imposible de operar—. Me dijeron que un láser allí sería un cañonazo para matar una hormiga.

—¿Qué es? ¿Un tumor?

—No lo sé, dicen que nunca vieron un cuadro así.

La transformación cerebral es mínima y al mismo tiempo devastadora. Cuando Clara la visita en el centro de rehabilitación, no puede creer lo que ve. El cuerpo de Alice parece poseído, sus pies se levantan del suelo en el momento menos pensado, y segundos después una oreja toca su hombro y pareciera que la otra intenta hacer lo mismo hacia el otro lado. El temblor no le da tregua, el cuerpo obedece a un titiritero invisible y trastornado. El ruido que hacen sus mandíbulas al chocar no es nada comparado con los sonidos guturales que provocan sus pulmones desprovistos de voluntad. El aire atraviesa las cuerdas vocales sin encontrar ningún freno. Los ojos de Alice están endemoniadamente abiertos. La medicaron únicamente para que no sufriera viviendo esa situación en pleno uso de sus facultades mentales.

Clara vuelve a su casa con el alma hecha pedazos. Esa noche, sin Ken del otro lado de la pantalla, el insomnio expande la agonía insoportable de vivir por obligación para salvar lo que aún se pueda.

Aprieta los párpados porque no resiste la luz del Globoscopio. Desde que Ken rompió el equipo, ahora nunca se apaga y la acompaña día y noche como un sueño lisérgico. Siente que las estrellas artificiales le hablan, la llaman. Clara las mira hipnotizada.

Acostado en la hamaca, Levent se entretiene con una novela. No es un lector frecuente, le atrajo el título, *La isla de los hermafroditas*. Lleva horas

inmerso en las costumbres de un pueblo imaginario donde la religión está centrada en el placer, un país inexistente donde ser hombre y ser mujer al mismo tiempo es estar completo, una isla donde no existe la ropa y donde el rey pasa el día cubierto de atenciones. Un lugar imaginario donde las prostitutas gozan de prestigio y los maridos, como los cazadores, son valorados por el número de cuernos que poseen. La literatura erótica lo provoca, llama a Estefanía (#189), necesita urgentemente adorarla.

La desea como nunca pensó que podría añorarse una mujer, le dice, ansía sus manos, sus gemidos, le susurra. Si ella llega pronto, recibirá el beso más perversamente placentero que una hembra pueda imaginar, le promete. La isla es pequeña, la muchacha llega pronto.

Después de hacer el amor, se regalan mutuamente estrellas y ella le canta al oído en portugués. Levent no es el mismo que llegó a la isla. El gran cambio que él siente es espiritual, está en paz absoluta.

—La humanidad debería venerar el agua, que circula desde hace millones de años, inagotable —le dice a Estefanía—, como ese otro fluido incontrolable que es del amor.

Juntos en la hamaca, la lluvia los aísla y el movimiento y el olor a selva los envuelven.

—Esta isla es el templo ideal, y este es el momento de fundar una nueva fe. El tiempo del libro antiguo que nadie lee acabó.

Las gotas ahora golpean con fuerza, el ruido dificulta el diálogo. Levent parece soñar, pero sorprende a la muchacha con un pedido inusualmente concreto:

—Para fundar un grupo necesito un eslogan.

—¿Como qué?

—Algo real, que nos muestre como somos. Algo moderno. Algo que no ponga límites a los placeres. No va a ser una religión tradicional que nos indique cómo debemos ser.

—Vivir, errar, caer, triunfar, amar... —dice ella evocando un verso.

Levent le demuestra su admiración con un beso. Ella no ve la necesidad de decirle que esas palabras tienen un siglo. Vuelven a hacer el amor y, cuando la muchacha se va, el hombre actualiza su Libro Rojo. El nombre de Estefanía (#189) ya estaba, sólo coloca la nueva fecha y las sensaciones. Nostálgico, da una mirada a los registros. Estela (#23), Esther (#90) y Francis (#2) están allí jóvenes, rozagantes, su memoria virtual es ciega a la flecha del tiempo. Pasa páginas, se detiene en Dalma (#151), otra hembra inolvidable. Congelada en

su momento de placer, la brasileña no envejece.

Levent no lo sabe, pero si le dieran la opción, Dalma buscaría restaurarse a un estadio físico anterior al que tenía antes de hacer el amor con él. Cada mañana entra en una iglesia, evita el confesionario pero se arrodilla frente a la cruz. Tiene un único pedido a Dios: la resurrección de su propio cuerpo.

En la casa de Ken la pantalla de telepresencia astillada es un recuerdo, una nueva reluce en su lugar, pero el cristal sigue opaco. “Hasta aquí llegué”, se dice, capitaneando de nuevo su vida.

El aislamiento sensorial total deja su cerebro estéril, su mente no aguanta la abstinencia de información. En un gesto rudo, enciende las computadoras de nuevo y proyecta en el techo de su cuarto el Globoscopio. Los mapas se alternan cada cuatro segundos, el espectáculo de resplandores intermitentes lo estimula con sus luces brillantes. Ahora sí puede respirar. Guarda todos sus pertrechos sexuales en una caja, busca a algunos viejos amigos y vuelve a sus *games*.

La sigue buscando a Clara apenas se despierta, pero lo hace discretamente, visualizándola apenas en una pantalla pequeña. La ve levantarse, acostarse, comer, llorar, y cree que esa mujer ya no le provoca nada. Sólo sigue deseando ese sucedáneo del sexo que ahora también le está prohibido. No precisa frustrar su deseo por haber hecho un *delete*, cuenta con una multiplicidad de posibilidades físico-sensoriales debidamente codificadas y grabadas. Ella ya no estará del otro lado, será apenas una película que imitará su naturaleza. Está seguro de que no notará la diferencia.

El repertorio de sensaciones placenteras lo satisface al principio. Pero después siempre acaba con la sensación de que lo mejor está por venir. La síntesis de todos los deseos es insuficiente: los recuerdos, las impresiones, no le alcanzan. La abstinencia amorosa se le hace cada vez más pesada. No tarda en hacer algo que un tiempo atrás le parecía impensable: le envía a Clara un ramo de flores, rosas de verdad.

Clara las recibe, él la espía en la pantalla pequeña cuando las lleva hasta su rostro para olerlas. Ken conecta el audio y, casi en un susurro, le promete que juntos van a resolverlo todo. Como siempre.

—Tal vez apenas una única dosis estuviera alterada —susurra ella entre gemidos, casi sin conseguir hablar. Hacer *playback*, recorrer las rutas digitales hacia atrás en busca del inicio de esta película de terror con guion equivocado. Eso es lo que ella necesita.

—Si la respuesta está en algún lugar de los datos, ahí debe estar todavía

—la anima Ken.

En el cielo raso, el Globoscopio sigue brillando en una versión en dos dimensiones. Le muestra a cada instante el nuevo presente, pero lo que se necesita es ir al pasado. En el mundo de Ken, eso es posible. Da la orden de presentar los eventos en orden inverso. Ante sus ojos, las líneas van desapareciendo y un mundo azul radiante se va despoblando de los soles a medida que implosionan. El presente huye y en alguno de esos minutos de luz es donde hubo una dosis fallada.

Pasaron dos años desde que todo se inició. La presentación regresiva reduce el mapa a los que recibieron la burka, el núcleo de los bendecidos, como ella lo llamó alguna vez. La información disponible sobre esas almas ahora es mucho más amplia. Sabe qué comen, qué beben, qué excretan, con quién hablan, a quién sonrían. Ningún detalle de sus vidas congeladas le dice algo sobre el porvenir. Ahí está esa persona única en la que anidó la dosis fallada, un desconocido igual y distinto de todos los demás.

Ahora Ken tiene que buscarlo. Tiene que hacer algo diferente de todo lo que hizo hasta ahora, pero no se le ocurre qué.

Hay una vía, intangible, que a pesar de los dolores humanos nunca se cortó. Es la que conduce a la computadora de Ken hacia la base de datos de Clara. Ese día Ken la abre y descubre que hay una nueva carpeta, más específicamente una recopilación de aberraciones. Son los 189 casos en estudio de los servicios europeos de inteligencia que Ken pone en su pantalla de trabajo. Reconoce la silueta deforme de Noemí, y se pregunta si es allí donde todo comenzó. Difícil saberlo. Hace una verificación simple: ninguno de los 189 individuos registrados estuvo en la marcha.

Su mirada se detiene en otra imagen. ¿Es un hombre o una orgía de nódulos oscurecidos que piden a gritos su desintegración? Ken se pregunta si será así cómo los occidentales imaginan al diablo. Contrariando su hábito enfermizo de buscar datos, se estira en el sofá, como le enseñó alguna vez Clara, para dejar que su sensibilidad intuitiva tome el comando. Pero no resiste mucho. Desde allí mismo se sumerge en la vida del hombre.

Antes de convertirse en el ogro de la imagen, era cliente VIP de una red de prostitución internacional: dieciocho contratos de servicio de acompañante durante el último año. Su vida sexual es de alguna manera pública porque la ficha del burdel global que incluye sus preferencias no está demasiado protegida. Al cabo de unos minutos, Ken cree conocerlo íntimamente. La frecuencia de uso del servicio es alta, pero se acaba abruptamente. Días

después, una resonancia magnética muestra el principio del fin.

Agotada de ver esas imágenes distorsionadas de quienes algún día fueron normales, la mente de Ken se detiene en una pregunta. Si una alteración genética puede alterar los cuerpos, ¿por qué no las mentes? ¿Será que una mujer de cuerpo normal y hasta bello como Clara puede llevar un monstruo dentro de sí? No debe dejarse llevar por eso ahora, tiene que encontrar el rastro de un virus mutado. “Ni siquiera sabe si fue sólo uno”, piensa furioso. Es apenas una posibilidad, una hipótesis de trabajo inicial, le había dicho la científica.

Antes de dormirse, de pésimo humor, Ken pide auxilio a la máquina, específicamente al generador de hipótesis que tanto desprecia Clara. “¿Será que tu computadora va a encontrar de forma automática lo que una persona con su inteligencia es incapaz?”, la imagina diciendo. Pero él no piensa de la misma manera, y llama sabiduría a un conjunto de años de predicciones correctas. No necesita discutir con Clara, defensora a ultranza de la superioridad humana, apenas tiene que digitar las órdenes.

Activa la intuición artificial, un mecanismo no basado en la lógica que acepta condiciones cambiantes, paradojas, ambigüedades y está autorizado a cubrir como mejor le parezca los huecos de información. “¿Será que tanta información no sirve para nada?”, desafía Ken a la máquina sin pronunciar palabra. Con sus redes neuronales artificiales, la computadora acepta el reto. Pero, para darle la respuesta, exige acceso sin límites a la base de datos.

Ken le da acceso máximo. Hasta la internet profunda, invisible a los mecanismos populares de búsqueda, donde está lo que alguien quiere ocultar. Es allí donde los sexópatas dejan su información al desnudo, donde los asesinos de alquiler ofrecen sus servicios, donde los delatores de esquemas de corrupción envían sus datos anónimos y donde el comercio *online* de personas saltea los controles. Mucho más que la biovigilancia. Ahora la máquina ve realmente todo.

Al despertar, Ken tiene doce rostros masculinos seleccionados por el sistema como posibles casos cero. La semilla de la decadencia de la especie. Sea correcto o no, al menos tiene un lugar para empezar.

—Sos única. Te quiero cada día más.

—No estoy acostumbrada a oír elogios —le responde una agradable voz de mujer.

—Mi amor es a prueba de todo —le dice él.

—Excepto a falta de energía —responde su mente semántica.

Ken los observa. Rubios y morenos, gordos y atléticos, rastas y pelados. Todos distintos, ninguno tiene la marca de Lucifer. Pero según la computadora son los probables responsables de la transformación de Noemí y su última pareja, el hombre-mono chileno. Se abre otra ventana de información, aparece Noemí, irreconocible con su cuerpo aún humano. La foto proviene de un índice numerado en el que el 96,6% son mujeres pero en el que también está incluido el hombre-mono chileno todavía disfrutando de un rostro normal. Es el archivo encriptado de un enfermo sexual obsesivo del registro. Fotos, fechas, lugares y sensaciones de encuentros íntimos, un excitante informe erótico. Lo importante es que media decena de los que están registrados allí está también en la lista de personas con enfermedades inexplicables que Wilhelm le hizo llegar a Clara.

Ken coteja las fechas, los lugares y se convence de que tiene todo lo que necesita para volver a ser admirado por la mujer que ama. Cree haber resuelto el acertijo. Es él, sin duda. Con entusiasmo, dibuja una silueta masculina en la raíz de un magnífico árbol que representa una compleja estructura de conexiones múltiples en la que cada rama muestra las relaciones amorosas de cada individuo. Pone muchas mujeres y también algunos hombres. Varios están ampliamente detallados en la carpeta de la vigilancia europea. Allí encuentra fotos, una descripción clínica y el número de tres cifras que los registra en el cuaderno digital. Pueden abrirse en nuevas ventanas, pero por el momento Ken no continúa.

—Este sexópata es el origen del problema —deduce, y separa la foto del autor del registro, que se llama Levent Mubarak—. Caso cerrado.

En una de las fotos, se lo ve al hombre en la marcha de París; la imagen es bien nítida. El rostro mal afeitado, la cabeza cubierta por una capucha rayada, no se puso burka. Convencido de que ese individuo es el causante de todo, y creyendo por una cuestión de vestuario que no recibió la vacuna 4yu de manos de Clara, Ken aplaude. Cree que tiene frente a sí una fuerte evidencia de que Clara no tiene responsabilidad en esta historia. No se repartió ninguna dosis fallada en la Marcha de las Burkas, concluye. Su amor por la mujer supera la búsqueda de la verdad: su objetivo íntimo es liberarla de la culpa que la mantiene secuestrada. Y por eso se aferra a la primera coartada que encuentra, sin preguntarse si puede ser un craso error.

El paciente fundador de la tragedia de los monstruos es, para Ken, un hombre que no se colocó la burka. Clara, por lo tanto, es inocente.

CAPÍTULO 13

—Levent Mubarak, francés, está en Brasil —le informa Ken sin derrochar palabras.

Clara mira la foto con detenimiento. Un hombre musculoso, de rostro agradable y cara de felicidad que se destaca sobre un paisaje en el que el cielo es claro, el mar turquesa y la arena blanca. No sabe cómo Ken llegó a esa conclusión, aún no se lo ha dicho, pero un sexto sentido le murmura a Clara que su ruina no se puede esconder en el paraíso.

Con la distancia emocional que le exige la supervivencia, Clara lo rechaza. Le dice que lo más probable es que sea un error y le cuenta la historia de aquel comisario de a bordo canadiense al que, por muchos años, se le atribuyó ser el caso cero de la epidemia de sida. Hasta hicieron una película con su historia, poco antes de que un análisis más preciso mostró que no lo era. Piensa en eso porque, en el fondo, Clara todavía aguarda una llamada de Wilhelm diciéndole que todo era un gran engaño.

Pero la espera es inútil, Wilhelm parece haberse hecho humo y a Ken la comparación con esa historia le pone los pelos de punta. En la búsqueda de una respuesta, es el francés o la nada, le hace saber. Clara está alterada, la incertidumbre es una de las sensaciones que menos tolera. Ante la falta de alternativas, entiende que lo más productivo es aceptarlo como hipótesis a ser investigada, a profundizar más, y ver si cumple o no con las condiciones para ser considerado potencial paciente cero.

Como en los inicios del LPV, más de una década antes, Clara se enfrenta a muchas preguntas sin respuesta. Si pretende dar marcha atrás a las consecuencias, primero debe investigar qué pasó. Repasa los hechos.

Primero. Se encontró una versión ligeramente distinta de la que ella manipuló para crear su vacuna en un cuerpo humano.

Segundo. Se halló en un lugar que no debería, relacionado con un funcionamiento anómalo de células humanas. Quiere seguir con la lista pero no tiene nada más. Sin pensarlo, reserva un pasaje para ir a Brasil. Va a ver si ese desconocido alberga la semilla de la maldad. O tal vez en el viaje se le ocurran nuevas ideas.

Aun sabiendo que, si ya lo decidió, no hay riesgo real o imaginario que pueda detenerla, Ken le pide:

—No lo hagas.

Antes de subir al avión, en un largo viaje que se continúa en auto y en barco, y cuyo destino final es la Isla de las Cobras, Clara ya sabe muchas cosas de su sujeto de estudio. Las fotos muestran que es atractivo, tiene rostro anguloso, siempre con una cuidada barba de dos días. Parece gozar de muy buena salud: la única consulta médica de los últimos años fue por quemaduras de sol, al poco tiempo de llegar a Brasil.

El informe que le hizo Ken es exhaustivo. La información digital está disponible de forma abierta o protegida por claves débiles, y así consigue detalles de su familia, sus amigos y de sus originales ideas religiosas. Es francés de origen turco, soltero, bisexual, tan promiscuo como disciplinado como para listar sus encuentros sexuales. Un adolescente eterno que laboralmente no hizo nada interesante hasta llegar a Brasil, y afortunado, ya que apenas llegó, fotografió una especie nunca registrada en ese ecosistema.

Antes de salir, Clara le mandó un mensaje al sospechoso. Para iniciar la relación, le dijo que estaba interesada en su trabajo sobre la biodiversidad. Combinaron el encuentro en el bar de Thiago.

—¿Dónde queda? —preguntó Clara esperando recibir una dirección o mapa.

—Es el único —respondió Levent. Y envió la foto de una mesa baja de madera de demolición enterrada en la arena, con un coco arriba y, como fondo, un soñado atardecer sobre el mar.

Durante el largo vuelo, Clara no consigue dormir, la ansiedad no se lo permite. Se enfrenta a una cita en la otra punta del planeta, con un desconocido al que no está en condiciones de decirle la verdad. No tiene derecho a cargar sobre el hombre una incertidumbre como la que tiene ella, se dice, aunque la verdad es que tiene miedo porque no sabe cómo puede reaccionar el hombre. Comiendo la pasta pegoteada y fría que sirven en clase económica, la científica piensa en sus antecesores de la época heroica de la microbiología, que no tendrían ni siquiera eso. Sólo tenían miedo y coraje. Clara también los tiene.

Sentada en el bar de la playa, esperándolo, la científica no luce el color pero sí el uniforme de la isla: vestido leve que deja translucir la biquini, anteojos de sol, sombrero de ala ancha y un bolso enorme y colorido. Llega con puntualidad ridícula para un mundo en el que no existen los relojes, y con tiempo de sobra para alimentar los clásicos temores de último momento. Un mulato grandote, en ojotas, bermudas gastadas y camisa sin mangas se le

acerca. Ella sabe que no es a quien busca, memorizó bien el rostro de Levent. El hombre deja sobre la mesa de madera un balde con varias cervezas heladas y un plato rebosante de maníes.

La llegada de Levent al bar no es indiferente, ni para ella ni para los otros clientes. Es un hombre atractivo, de sonrisa seductora y cuerpo viril. La ropa, de aberturas amplias, deja la mitad de sus pectorales marcados a la vista. Levent muestra calurosa familiaridad con todos y no le cuesta hablar. Del calor, de los mosquitos y de otros temas tropicales, primero. De la biodiversidad, del cambio climático, de las mariposas y de otras especies invasoras estudiadas por él, después. Hábilmente conducido por Clara, termina hablando de París, de los musulmanes, de la marcha y de la cantidad de gente que había ese día. El comienzo es prometedor.

La conversación se muestra fácil, alimentada por un número impresionante de cervezas heladas que anteceden a otras dosis de alcohol, que el humilde bar potencializa con el azúcar natural de las frutas locales. Levent no se queda mucho en la mesa, de tiempo en tiempo se levanta para saludar a alguien. A cada recién llegado lo rodea con un abrazo largo, como si no lo viera desde hace décadas. A los que parten también los aprieta como si no fuera a encontrarlos nunca más en la vida. Clara, que hace años vive en un país en el que el frío más duro de soportar no es el del clima, se sorprende de estar rodeada de cuerpos que aprovechan cada instante para tocarse. Pero a pesar de la danza de muestras de afecto, él deja claro en todo momento que esa tarde el centro de sus atenciones es la mujer de piel color leche recién llegada del frío. O sea, Clara.

Con las preguntas que hizo, la planilla mental que la científica se había propuesto llenar ya está completa. El resultado, sin embargo, es ambiguo. No puede afirmar que Levent sea el paciente cero, aunque tampoco puede descartarlo.

Clara está de servicio, apenas bebe agua de coco. Levent sigue sumando alcoholes. Le cuenta historias inusitadas de la gente de la isla, de la belleza sin igual de las puestas de sol, secretos que sólo él sabe sobre el vuelo de las mariposas y le da recomendaciones ecológicas para evitar ser picada por los mosquitos. Y, como a todas las mujeres, le cuenta su idea de crear una religión basada en el agua. La mitad del cerebro de Clara mantiene viva la conversación y la otra mitad evalúa si será difícil obtener de él, sin que se dé cuenta, muestras de piel y de cabello para ver si realmente hay rastros del 4yu. Un resultado positivo sería indiscutible, pero uno negativo no le vendría mal.

Clara a veces pierde el hilo de la conversación, no sabe cómo llegó al dengue si estaban hablando de cerveza, pero el contenido no es lo importante. Siente en su espalda un brazo que la frota y se da cuenta de que no sólo será muy fácil obtener algunos cabellos para hacer una prueba de ADN, sino que puede agregarle un objetivo: obtener una muestra de semen. Le servirá para hacer una primera evaluación de la hipótesis de que el 4yu, en el caso de que realmente estuviera presente, se transmite por sexo o no.

Al rato, completamente borracho, Levent declama:

—Aunque yo tuviera el don de la profecía, el conocimiento de todos los misterios y de toda la ciencia, aunque tuviese toda la fe, a punto de mover montañas, si no tuviera tu amor —y la señala a Clara con el dedo y luego le estampa un beso en los labios—... si no tuviera tu amor... no sería nada.

Ella ríe, pero el inicio de una ensordecedora batucada impide que el francés, con ebriedad incipiente, continúe su declaración de amor.

—Es sambear o huir —dice al oído de Clara mientras la toma de la cintura para salir. Rápida, ella guarda el vaso en el bolso, en un compartimento de plástico que abre y cierra rápidamente. No sabe si le servirá, si los labios o la lengua habrán dejado algunas células, pero tal vez ya tenga la primera muestra.

Estirando provocativamente el momento que los dos anticipan, Ken la lleva a dar un paseo por la isla. Le muestra a la distancia las mejores áreas de buceo, sus rocas favoritas, y hasta hace un pequeño desvío para ir a visitar un enfermo, un anciano que, a juzgar por su aspecto, está en sus últimos días. Se nota que Levent es muy querido por todos. Finalmente, van a la cabaña de él y el resto del plan corre de forma apropiada a sus objetivos. El francés está dotado de un erotismo generoso, que responde a los menores estímulos, y Clara está llena de deseos no consumados, al menos en condiciones normales.

En algún momento ve una mancha extraña en su espalda, y le pregunta qué le pasó. Levent le dice que es a causa del sol, pero que ella no va a necesitar usar protector solar porque, si de él depende, no saldrían más de la cama. El entusiasmo es mutuo, pero eso no le impide a la científica colocarle el preservativo ni cerrarlo adecuadamente para guardar la muestra apenas Levent se duerme con la inocencia de un niño.

Sin hacer ruido, Clara guarda el preservativo usado en un pequeño recipiente flexible y de temperatura controlada, y va al baño, donde pretende recoger el peine y el cepillo de dientes con el mismo fin de obtener muestras para analizar el ADN. “¿Qué pensará cuando se dé cuenta?” Ya está vestida cuando vuelve al cuarto, se quita la parte inferior de su biquini y la coloca al

lado de la cabeza del hombre que duerme. “Así, cuando se despierte va a estar distraído”, piensa. Recuerda a Wilhelm. Fue él, como buen maestro, quien le enseñó a anticipar los posibles escenarios para tomar las debidas precauciones.

Antes de salir, lo observa: sigue dormido exactamente como lo dejó minutos antes. Al verlo estirado sobre la sábana blanca, con los brazos abiertos como una versión desordenada de Cristo en la cruz, la invade una idea sin ninguna otra explicación que la culpa: que ese hombre bueno puede pagar con su vida la salvación de los demás. Cierra la puerta. Ya obtuvo todo lo que había ido a buscar, y bastante más.

Clara vuelve a su posada para un descanso de pocas horas y por la mañana sale temprano. Da un paseo por la playa y trata de disfrutarlo tomando distancia de todo lo que vio, oyó y sobre todo pensó en los últimos tiempos. Disfruta del resto del viaje como si fuera un paseo. Levent seguramente todavía duerme. Al final de la mañana, cuando el sol tropical está en su cénit y toda la gente bajo techo, un barquero sin dientes la traslada al continente. Se deleita con el escenario de aguas verdes y transparentes, las palmeras que desaparecen en el horizonte, una pareja de delfines haciendo piruetas delante de la proa. Pero mientras el resto de los pasajeros saca fotos obsesivamente, ella sólo aprieta su bolso. Se pregunta si lo que allí lleva es su absolución.

De Brasil va directo a Alemania, a ver a Wilhelm. Fue él quien, al enterarse someramente de sus planes, se ofreció para colaborar más intensamente. Clara está cansada pero saca energías de la esperanza de que las muestras de Levent la liberen de la condena.

Le da el material a Wilhelm. Este lo mira a contraluz y dice con voz de película mal doblada:

—Policía Forense es en otro piso.

Se ríen mientras él llama a una becaria y le da el material.

—Necesito comparar las secuencias, ver si hay genes anómalos activos...

—le dice a la becaria y agrega unas pocas explicaciones técnicas sobre lo que debe hacer.

—Pelo de la región craneal, células bucales 1, células bucales 2 y semen

—enumera la muchacha leyendo la etiqueta de los tubos.

Clara se ruboriza, pero su maestro no parece haber prestado atención a la lista porque en ese momento le dice:

—Los técnicos están operando a reglamento pero no te preocupes. No sé cómo hacen los becarios, pero cada vez obtienen más resultados en menos

tiempo. Vayamos a almorzar, a la vuelta tendremos algo.

Ese día sorprende a Clara llevándola a un lugar más moderno que lujoso, frecuentado por estudiantes universitarios. En todas las mesas hay pantallas y cuando se sientan la suya está conectada a un canal popular.

¡Pánico!

Estalló la cabeza de una mujer

¡Escuchaba música con auriculares nuevos!

Clara y Wilhelm no pueden resistirse, el hecho está ocurriendo en ese instante en Manila. Según el informe hospitalario, las vibraciones sonoras apenas habían dado el golpe de gracia en sus huesos craneanos inexplicablemente fragilizados.

Entre la entrada y el postre, Wilhelm habla de malformaciones, enfermedades, discapacidades inusitadas, pero con el café se desvía hacia lo que le atrae más, casos de tráfico de influencias, corrupción. Clara, cansada por el viaje, escucha todo sin hacer comentarios. Mientras caminan las dos cuadas de regreso al auto, Clara le habla de Levent. No parece preocupada. Ken defendió tanto su inocencia que había terminado convenciéndola. Wilhelm camina a pasos largos sin decir palabras.

Cuando llegan, los primeros resultados ya están disponibles. Se sientan juntos para observar la multitud de letras, números, rayas y líneas de distintas tonalidades que representan íntimamente a Levent. O, más específicamente, las partes de él que Clara se llevó de la isla.

—¿El tipo fuma?

—No, al menos no lo hizo delante de mí, ¿por qué?

—En el cromosoma 15 de las células bucales 1 hay una secuencia —dice mientras señala con la punta del lápiz— que cuando se repite así más de seis veces codifica proteínas cancerígenas que responden a uno de los componentes no particulados del humo del tabaco. Tenemos un proyecto sobre ese tema.

Clara lo mira con ganas de matarlo. Está agotada, ni siquiera se dio un baño, está comenzando a sentir el *jet lag* y no tiene tiempo para distraerse o, lo que es lo mismo, de concentrarse en algo que a ella no le interese.

—Si lo veo de nuevo, le voy a avisar —dice con ironía mientras pasa rápido algunas páginas de información.

—Aquí —continúa Wilhelm señalando una línea—, en la comparación del semen con las otras muestras, se ve algo alterado.

La pantalla está llena de letras, pero para ayudar en la visualización el

sistema resalta las diferencias con un color. Wilhelm marca una región y solicita al sistema información detallada. Efectivamente, Levent anda por la vida con dos ADN diferentes: las células de su semen no son exactamente iguales a las que se desprenden del interior de su boca.

—Esta secuencia codifica una proteína conocida. Cuando se expresa en la dermis, actúa sobre la pigmentación —informa abriendo una nueva ventana de información a partir de la letra pequeña—. Y está bastante alterada.

Clara recuerda las manchas de la espalda pero no dice nada. Wilhelm, con los ojos fijos en la pantalla, amplía un recuadro para visualizar mejor una serie de montañas luminosas, algunas más altas que otras, cumbres apretadas entre dos reglas segmentadas. Instantes después se concentra en una única línea roja que se destaca sobre el fondo gris.

—Acá hay otra anomalía —dice.

Define el contorno del pico alto y estrecho, de pendiente pronunciada, y lo marca. Ese simple movimiento extrae la información que Clara lee, en forma resumida, en voz alta:

—Inhabilita la movilidad de los espermatozoides.

Parece ser una insignificancia al lado de todo lo que está ocurriendo. No le consta si él ya lo sabe, o si lo sabe, si le importa, pero Clara hace una mueca de disgusto ante esa falla humana.

—No sé si el hombre estará feliz de ser estéril, pero dentro de todo tiene suerte —concluye Wilhelm. Y la mira a Clara antes de agregar—: Tomar genes de otros es jugar a la ruleta rusa. Aquí está el maldito.

Con la punta de su lapicera Wilhelm contornea una combinación de letras —A, T, C y G— y Clara siente una puntada en el pecho. Lo reconocería entre millones. Allí está el esqueleto molecular de su querida vacuna 4yu.

Toma el tren nocturno, regresa a París destrozada. No aguanta más. Llama a María, quien al oírla llorar le dice que va a ir a verla a París. Clara no sabe cómo decirle que no. ¡Como si tuviera pocos problemas! No puede invitarla a su propio departamento sin hablarle antes de Ken, de la telepresencia, de todo lo que le oculta. Con un pretexto cualquiera, y frente a la intransigencia de la amiga que insiste en ir a acompañarla, la cita en la Plaza de la Concordia, donde todo comenzó. No volvía a ir a ese lugar desde la Marcha de las Burkas, y ahora cada baldosa tiene otro significado.

Van a tomar un *café crème* por ahí cerca, Clara no sabe por dónde empezar. Le cuenta su viaje a Brasil, empezando por la experiencia sexual con un desconocido en una isla tropical. Pero María sabe que hay más, mucho más.

Hablan largas horas. María es de esas amigas que escuchan pero no juzgan, y es la única que consigue tocar su escondida fibra humana. Las confesiones se suceden, Clara va perdiendo el pudor, nada es tan obscuro como no haber confiado en ella hasta ese momento.

Obligada a abandonar las palabras técnicas para hacerse entender, Clara empieza a vislumbrar una realidad distinta. La amiga, extrañamente, le pregunta qué sentiría si algún día se enterara de que le pasó algo grave a un hombre que le hizo el amor. Hay una razón. Ese día María le cuenta que acaba de enterarse de que falleció un ex novio, un hombre que le había contagiado el virus por el que ella hoy sufre hepatitis crónica. Por motivos distintos, ambas se quedan pensando cuán cerca puede estar el amor de la muerte.

Las preguntas ya no son dudas, son heridas expuestas que mojan los ojos de Clara y de María. Y las amigas lloran abrazadas.

CAPÍTULO 14

El recuerdo de un isleño llamado Chico también la sigue como una sombra. Lo que ella vio en la hamaca era un hombre de tez oscura y opaca, en palabras más sinceras, el cuerpo desagradable de un viejo casi inerte, tan demacrado que los músculos parecían ya haberlo abandonado así como el cabello, ya que el cráneo estaba salpicado de mechones desordenados. A la salida del bar, cuando ella tenía otra cosa en la cabeza, Levent había insistido en que lo saludara. Quizá para ponerla a prueba, tal vez para recordarle que la vida debe ser vivida mientras se puede. Enfrentó unos ojos que alguna vez probablemente fueron marrones, pero que en ese momento estaban cubiertos por una película blanca y brillante. Clara había desviado la mirada al encontrarse con un resto de comida chorreando por la comisura de sus labios.

El resto de la jornada fue más que agradable, de manera que se olvidó de aquel momento. Hasta que, al día siguiente, ya en el barco que la llevaba al continente, conversando con un compañero circunstancial de viaje se enteró de que el anciano que había tenido enfrente era el más fuerte, recolectaba cacaos salvajes a más de veinticinco metros de altura y nadie le ganaba a la hora de seducir mujeres. “Pero la vida se le había caído encima.” Según le dijo, Chico todavía no había cumplido veinticinco años. Después cambiaron de tema y ella se olvidó del asunto. Sólo recientemente se había preguntado qué le habría pasado. No se anima a preguntarse de forma directa si ese joven-viejo también estaría infectado por el 4yu maldito.

Varios días después de tener los resultados, Clara toma coraje y llama a Levent. Él le dice que extraña su piel de porcelana, sus ojos de mar y su cuello de sirena, le agradece que le haya dejado su olor, y la científica ríe. Dirige la conversación hacia una nueva serie de preguntas que tiene anotadas. Su amigo Chico sigue mal, responde el francés conmovido con la rubia que quedó preocupada por la salud de un desconocido. Clara anota síntomas, señales, pero sobre todo fechas. Muy a su pesar, cuando corta la comunicación se da cuenta de que no puede descartar que su vacuna tenga algo que ver con esa trágica historia.

La duda la persigue, y dado su nivel de deterioro, no tiene tiempo para averiguar demasiado. Si hay algo que se pueda hacer, debe ser urgente. Llama a Wilhelm, ella habla, él escucha. No puede volver el tiempo atrás, dice Clara.

Pero hay una puerta de emergencia y deben usarla.

Una de las características únicas que habían permitido que la exigente OMS aprobara la evaluación de la primera vacuna transmisible de la historia fue que tuviera incorporado un freno. Ese ingenio de la biotecnología era lo que diferenciaba la transmisión de la inmunidad de la transmisión de una enfermedad: que se pudiera controlar.

“Toma lo bueno de la naturaleza, que es la transmisión, pero lo mejora poniéndole un freno”, explicaba Clara. La molécula que conseguía esa hazaña era sumamente simple y se podía administrar por vía oral. Fuera de su acción específica, era inocua. Dentro de las células, la segunda dosis —como la llamaban coloquialmente— actuaba como una pinza molecular que extraía el 4yu. Clara ahora piensa que si usa la segunda dosis no sólo para sacar el 4yu sino también el material extraño que arrastra junto con él, las células podrían volver a ser las mismas que antes. Y las hijas de esas células y las generaciones siguientes no tendrían ni el recuerdo de los defectos que alguna vez llevaron.

¿Podría servirle a Chico si efectivamente fuera una víctima de la vacuna 4yu? Es una posibilidad, no probada pero sí completamente esperable.

—No tengo garantías de que la segunda dosis pueda desviar este caso de su destino fatal, pero si se debiera al 4yu, lo creo posible —explica Clara a Wilhelm apenas inician una videoconferencia—. Tengo que probarla.

Wilhelm no la apoya pero tampoco le dice que es una locura. Al menos le promete estudiar la legislación de casos compasivos, para ver si encuentra un hueco para el caso y quedan en hablar al día siguiente.

Inmediatamente después Clara llama a María, le cuenta su idea. A ella no le interesan los reglamentos ni las fases de la investigación clínica, sólo le importan los seres vivos que participan en ellas.

—Si ese hombre te mirara a los ojos y te dijera que te deposita toda su esperanza, ¿qué sentirías? —le cuestiona María, un ser tan sensible que cada vez que manipula animales de laboratorio, después les dice gracias.

Algo parecido al temor está a punto de invadir a Clara, pero la científica no lo deja entrar. Ese día, más que nunca, debe seguir siendo la profesional segura de sí misma. Piensa cómo le gustaría hablarlo con Alice, su amiga cirujana. Ella sin duda le haría preguntas técnicas precisas sin tantos cuestionamientos emocionales. En un arranque de optimismo insano, la llama por teléfono. Cruza los dedos y hace fuerza mental para que le digan que Alice mejoró. Las esperanzas duran hasta que el marido atiende el teléfono.

—Empeoró —le dice.

Alice sigue dopada, pero ahora está desahuciada. Todas las sugerencias de las primeras y segundas opiniones profesionales ya fueron probadas, y descartadas. La voz del marido es sobrecogedora. Llorando, le pide ayuda, le pregunta si ella puede conseguirle alguna opinión más. Una hora más tarde, el dolor de quien no acepta lo inevitable se encierra en esos pequeños recipientes descartables que recibe Clara. Son muestras de sangre y de la biopsia cerebral. Un médico caritativo y sensible a las mismas lágrimas se las envía sin esperanzas. Clara mira la caja blanca y no sabe qué hacer con ese pedido desesperado.

Encontrar un neurólogo que dé una nueva opinión que pueda salvar a su amiga. No sabe ni por dónde empezar a buscarlo. Llama a Wilhelm, su teléfono está desconectado. Para ganar tiempo, llama a una empresa de correo para que venga a buscar una entrega, y acondiciona la caja con dos tubos para el viaje. Seguramente él podrá ayudarla a encontrar expertos en Alemania. Le quedan otros dos tubos, ya que le mandaron las muestras duplicadas. Se los envía a María, a Londres, para que los guarde en el Old King's College. No sólo porque ya abusó de tener en el laboratorio de Schami cosas que no pertenecían a su trabajo. Sobre todo, porque no sabe qué hacer y se niega a tener pedazos de su amiga en la heladera.

Cuando Wilhelm recibe los dos tubos enviados por Clara sin ninguna nota explicativa, los manda a analizar creyendo saber qué es lo que tiene que buscar. Tienen una etiqueta del Hospital Pasteur de París, con la fecha y algunos datos técnicos; no necesita más que eso. Encuentra lo mismo que en la primera muestra, la que Clara trajo de Brasil. Increíblemente, el virus nacido en el laboratorio atravesó fronteras geográficas y barreras biológicas. Hasta las que inventó la naturaleza para proteger el órgano más valioso del cuerpo, el cerebro. No se detiene ante nada ni nadie. No es un virus, es un verdadero monstruo.

Wilhelm cancela todos los compromisos del día y, momentos después, coloca frente a sí una serie de análisis genéticos que descarga del Sistema de Protección contra la Guerra Biológica. No están todos los casos sospechosos del mundo, apenas los de aquellos Estados que comparten información. En esas muestras están el hombre-mono de Chile y algunos más de Suecia, Brasil y España. Agrega los datos, inicia el rastreo. Efectivamente, los rastros moleculares del virus 4yu están en varios de esos cuerpos, todos horribles pero que no tienen nada más en común.

Se concentra en observar las secuencias de ADN humano aún más en detalle. Ahí está el 4yu, no hay dudas, pero los virus de las distintas personas no son idénticos, hay diferencias pequeñas. En algunos hay cincuenta letras distintas, en otros apenas cinco trechos únicos para cada individuo, insertados en cintas de nucleótidos iguales. Discrepancias casi imperceptibles pero que encierran algo importante para descubrir.

Wilhelm indica al sistema reorganizar la información por semejanza. Pretende estudiar las diferencias o la distancia genética entre los virus 4yu que infectaron a las distintas personas. La distancia genética permite organizar las muestras por antigüedad, como si fuera un reloj molecular empieza sus cálculos. La técnica es la misma que se usó para descartar que el virus Zika había llegado a Brasil desde África durante el Mundial de Fútbol de 2014, como se suponía, y que probó que había llegado de Polinesia algún día entre el 15 y el 30 de junio de 2013, durante la Copa de las Confederaciones. Mucho antes, esa misma técnica había limpiado el nombre del canadiense Gaëtan Dugas, hasta ese momento considerado el primer enfermo de sida de la historia. ¿Será que puede salvar a alguien más? A esa altura, Wilhelm sabe que ese deseo entra en el terreno de lo imposible. Sin embargo, lo intenta.

—El 4yu también está en esa muestra de cerebro —le informa Wilhelm esa misma noche a Clara.

No sabe que la paciente es su amiga, y eso le impide ser plenamente consciente de la gravedad única de lo que le está diciendo. Son apenas palabras, pronunciadas en tono grave pero tranquilo, del otro lado del teléfono. Clara las recibe como una cuchillada que entra por su espalda y destruye desde atrás su corazón, provoca una herida sangrante de la que pocas personas podrían recuperarse. Cuando Alice fallece, esa misma noche, siente su muerte como si fuera la propia, la diferencia es que una descansa en paz y la supervivencia de la otra es meramente física.

Apaga todas las luces de su cuarto, incluido el Globoscopio, que de todas maneras ya no necesita de su control. Ahora las autoridades monitorean el virus LPV que antes descuidaban. Las paredes quedan desnudas de luz, y esa noche es de pastillas, alcohol y autocondena. Termina en un delirio. Se torna un fantasma que no para de caer en el túnel cada vez más estrecho y oscuro de la culpa. Empieza a tiritar. Mira a su alrededor y ve a través de los ojos del cadáver de Alice, las paredes de tierra que se le aproximan, oye ruidos sordos que parecen venir del centro de la Tierra, siente caer montículos negros de tierra que la asfixian.

Si pudiera apenas hacer una única acción antes de abandonar la vida, debe ser intentar detener esa sentencia de muerte que tiene el nombre de Chico. Si es que el pobre hombre aún está vivo, le grita su maldita culpa que arroja más sal en su herida. Le llega un nuevo mensaje de Wilhelm y se abalanza a leerlo con la esperanza de que le diga que fue un error.

—Hice unas dataciones por distancia genética y, aunque no tengo muchos datos, las primeras evidencias indican que la muestra de Brasil que analizamos primero podría pertenecer, efectivamente, al paciente cero. Al menos es sin duda la más antigua de las que disponemos para analizar y está emparentada a todas ellas.

Clara siente agonizar. Sus imprudencias la llevan a experimentar su propio final. La joven arrogante que hacía las cosas a su manera y desoía los consejos de personas con experiencia cuando no pensaban igual que ella, ahora está muerta. Clara cree que llegó su hora, pero lo que en verdad murió fue su inocencia.

Llora durante horas. De la mujer destruida renace una sustituta, con una conciencia nueva, con capacidad de trascender con humildad inédita de sus propias creencias.

Toma la decisión irreversible de enfrentar las consecuencias de confesar todo a las autoridades. Es la llave de su libertad, porque siente que su destino no está más en sus manos.

Ken rechaza esa decisión de Clara de la manera brutal que sólo un hombre de pocas palabras puede hacer. Durante una larga hora, con una tenacidad desconocida, le envía a Clara retazos de su propia historia digital. Una persona puede olvidarse de lo que dijo, pero las palabras digitalizadas no tienen fecha de vencimiento. Textos cortos, textos largos, audios y videos, copias de chats. Allí está todo lo que ella expresó sobre las autoridades, no siempre con palabras educadas. Desde simples críticas a la burocracia hasta datos confidenciales sobre funcionarios corruptos. Y entre ellas, una explicación bien plausible de por qué necesitaban tenerla lejos.

—Vas a ir presa —dice Ken. Y desaparece de su visión.

—Si es el precio a pagar, no me importa —declara aunque nadie la escuche. Y como una virgen que avanza orgullosamente hacia el sacrificio, siente una inexplicable tranquilidad.

Parte II

CAPÍTULO 15

Wilhelm recibe el mensaje con la decisión de Clara cuando está en la sede de Ginebra de la Organización Mundial de la Salud, recostado en una cómoda butaca azul del auditorio. No puede contestarle en ese momento, la sala está en penumbras y cada tanto debe anotar algunos datos de la presentación en curso, porque pronto tendrá que subir al escenario a moderar un debate.

En India la tuberculosis es la primera causa de muerte entre los quince y cuarenta y cinco años. La mayoría de las víctimas son pobres... Las compañías farmacéuticas tienen pocos incentivos...

La cabeza de Wilhelm está muy lejos de los pobres hindúes tuberculosos, pero cuando el público aplaude de forma protocolar al conferenciante, sabe que es su hora de subir al escenario. Saluda a los presentes, agradece su participación, enumera algunos puntos mencionados de los que tomó debida nota en los pocos momentos que prestó atención e invita a iniciar las preguntas. A partir de ahí es suficiente con sentarse en la mesa principal, mirar al público con cara de inteligente y llevar el vaso de agua a la boca cuando el bostezo sea inevitable. Sigue aprovechando el tiempo del debate para pensar.

Clara está en lo cierto, la situación es grave, no queda otra opción que informar a las autoridades sanitarias. Pero no quiere ser él el intermediario. Entre la falta de tacto de la argentina y la complejidad de la OMS, su tarea no será fácil. Tiene que buscar a alguien que inspire confianza. Él mismo debe mantenerse en la sombra para, cuando desenrollen la madeja para entender cómo se llegó a esta situación, estar ahí para cubrir desprolijidades y proteger lo más posible a Clara y a sí mismo. ¿Quién podría ayudarlo?

En ese momento, los ojos de Wilhelm se posan en una cabellera abundante y rotundamente negra que se destaca entre las cabezas ralas y grises de la platea. Reconoce a su propietario, es un funcionario de la OMS que conoció hace un tiempo en un cóctel. Le pareció muy simpático. Más que simpático, inteligente y confiable. Y su intuición rara vez le falla.

—Licenciado Diego Quevedo, asesor de la OMS, para servirle —se había presentado con marcado acento mexicano.

En ese momento, una asistente le hace a Wilhelm una señal discreta y se escuchan las últimas palabras:

—La droga contra la tuberculosis no pertenece a los actores del mercado.

Es propiedad de la comunidad de voluntarios que la probaron, es de los 5.500 participantes —concluye el hombre bajando el tono de voz para que se den cuenta de que es el momento en que se acaban las palabras y comienzan los aplausos.

Wilhelm se levanta para felicitar al conferenciante. Dice algunas palabras de efecto, saluda al público e invita a todos al esperado café. Sale rápidamente, le urge hablar con Quevedo. Una serie de personas se interponen en su camino, lo saludan, obstaculizan sus pasos. Cuando al fin se ve liberado, la cabeza negra esta aún en el pasillo, pero muy lejos de él y rodeada de otras. Afortunadamente, tiene sus datos de contacto. Los busca y se los reenvía a Clara. Le indica que le pida audiencia al licenciado Diego Quevedo de la OMS mencionando su nombre. Clara acata la orden con el entusiasmo de quien no tiene otra opción.

—Necesito una audiencia. Con máxima urgencia —solicita Clara al teléfono.

—¿Máxima urgencia? Las entregas exprés salen más caras... —bromea el lobista.

—Me imagino... Necesito hablar con alguien inteligente, con peso dentro de la organización —retruca Clara siguiendo el consejo dado por Wilhelm de apelar siempre al amor propio de las personas.

—Vamos a ver si además de tener una bonita voz tienes una buena causa —le responde.

Instantes después, Clara recibe la dirección de un restaurante en Bruselas con una reserva para la semana siguiente. Para Clara, una semana es sinónimo de eternidad. Para Diego Quevedo, siete días constituyen una espera completamente innecesaria. Su agenda está libre, pero esa es una de sus estrategias de manipulación psicológica para inclinar a su favor las relaciones. No tiene cómo imaginar que, con Clara, las consecuencias que generarían en “el común de la gente” nunca se dan.

El conjunto de pantalón y saco gris de corte italiano la hace sentirse importante, la camisa blanca perfectamente planchada, confiable. Para presentarse ante el funcionario de la OMS, Clara usa un maquillaje leve, se pone un collar discreto y sus zapatos de taco alto.

Estaba dispuesta a entregarse. Se sentía impotente por seguir cargando sobre sus hombros todo el peso de la situación. Sin embargo, en esa semana previa al encuentro su actitud frente al problema cambió radicalmente. Primero llegó a la obvia conclusión de que era más útil a la humanidad fuera

de la prisión que dentro de ella. Después, abandonó la estúpida idea de entregar su cabeza sin condiciones; al fin y al cabo, no tenía dudas de que su vacuna había salvado muchas vidas. Por último, volvió a analizar los datos y preparó un dossier para llegar a la reunión con una cifra precisa: para solucionar los problemas necesita distribuir como máximo tres mil comprimidos de la segunda dosis. No podía calcularlo con precisión, por estimó un amplio margen de error. Se permitió exagerar porque seguía siendo una cifra razonable, incluso si se considera que en un futuro podría tener ajustes. En resumen, para el encuentro con el influyente hombre de la OMS, llega sin intenciones de hacer un mea culpa, sino todo lo contrario. Con exigencias.

Clara comienza a hablar como cree que es el mejor modo, resaltando su importancia académica, pero tratando de atemperar los logros con una falsa modestia. A pesar de su perfecto inglés de Oxford, Quevedo enseguida le pregunta cuál es su nacionalidad, y al saber que es argentina, termina hablándole en castellano. Su forma de dirigirse a Clara es amable, educada, con la familiaridad que une a dos latinos cuando se encuentran en un frío y lluvioso país europeo.

Con una seriedad medida, Clara le informa a Quevedo que algunos de los problemas sanitarios recientes podrían estar derivados de la vacuna 4yu, la fórmula creada por ella, pero distribuida a diestra y siniestra por la OMS tras el brote de Bangkok. Ella cree que cualquier resultado indeseable debe ser investigado y sobre todo solucionado de forma urgente. Por ella, lógicamente, quien más sabe del asunto.

Clara nunca antes había estado en una situación así, teniendo que negociar frente a frente con un funcionario diplomático. A él le gusta más discursar que oír, se va todo el tiempo del tema, lanza comentarios que la desconciertan, lo que a ella le genera dudas sobre qué decirle, qué ocultar, qué discutir, qué aceptar. Se nota que él es muy inteligente y de amplia cultura, y aunque habla muy bien, a Clara le cuesta seguirle el hilo porque por momentos siente que existe una increíble confluencia de opiniones y por otros parece que están en veredas opuestas.

Los gestos de Quevedo son los de un caballero, pero al mismo tiempo le demuestra que le costará ganarse su simpatía, y que para cumplir sus objetivos deberá esforzarse. Finalmente le pregunta:

—Vayamos al grano. ¿Qué necesitas de mí?

La pregunta llega en el momento menos esperado. Clara tarda unos

segundos en contestar. Sabe que acudió a la batalla más importante de su vida con un arma de un solo tiro y va a dispararla ahora. Se esfuerza para que no se le note.

—Hay una emergencia sanitaria. Debo distribuir un comprimido a unas tres mil personas que lo necesitan. En términos de urgencia, existen algunos casos que deberían ser considerados prioritarios —dice, y comienza a buscar algo en su portafolio.

Clara había acudido al encuentro con bastante material técnico, preparado con intenciones de convencerlo e intenta mostrárselo, pero él se lo impide. Estuvo torpe, lo nota en el momento. Un almuerzo no es el momento adecuado para enseñar gráficos.

—Tres mil comprimidos —la interrumpe—. Sospecho que no pretenderás que un funcionario evalúe esa presentación sin ayuda técnica. La cuestión es delicada —sintetiza Diego, y le ofrece los *petit fours* que acaban de traer—. El tema es quién gana qué —dice finalmente, llevándose una trufa a la boca.

—Pensé que me había explicado bien. La reversión genética resolvería...

—Para hacer avanzar el plan no necesito entender genética, doctora Fend —la interrumpe con voz cansada de negociador—. Necesito saber qué intereses diferentes, pero no incompatibles, se deben tocar para que las cosas avancen.

Es un partido de póquer en el que los dos ocultan cartas. Él piensa cómo puede ganar dinero con ese producto que ella le ofrece. Resume las palabras de Clara, respuestas oficiales lentas, exageradas o equivocadas, un producto barato de producir, saberes ignorados. ¿Cuáles serán las posibilidades reales de convertir esos comprimidos en un negocio? Para dar lucro, necesita mercado, ¿lo tendrá? Se queda callado, su olfato está activo. Sigue hablando de otros asuntos. Clara ya no lo escucha. Su mente está anclada en la frase “Necesito saber qué intereses diferentes, pero no incompatibles, se deben tocar para que las cosas avancen”...

—Es en esto que debo pensar —continúa él—. Recién ahí voy a establecer el costo de mi servicio... —dice Diego y guiña un ojo, un gesto que permite varias lecturas.

El funcionario pide la cuenta, paga y deja una generosa propina. Ahí interrumpe los pensamientos de Clara con una referencia a “que Dios bendiga nuestros caminos” o algo así, se levanta y dice:

—Me comunicaré en cuanto tenga la respuesta.

¿Cuáles son las posibilidades concretas de que la segunda dosis revierta el

daño genético provocado por la vacuna 4yu? La ética científica más elemental exige contestar esa pregunta antes de actuar, pero Clara no tiene tiempo. Teóricamente, es posible. El enfoque general tiene bases sólidas, en la simulación funciona. En la pantalla de computadora, la molécula desprende el 4yu del lugar donde se insertó y lo destruye con todo lo que tiene entre sus brazos. La segunda dosis es inocua, eso sí está realmente probado.

Ansiosa, esperando que Diego responda, Clara empieza a detallar el plan. Es lo primero que se le ocurre para no volverse loca. El primer día, bosqueja todo en términos generales. Antes de irse a dormir, busca la bibliografía de apoyo para anexar al informe que va a presentar en la OMS. Entra al sistema del Old King's College para recuperar su carpeta digital pero su clave de acceso digital no funciona. Era esperable, los códigos se renuevan periódicamente. Como quien le solicita a una secretaria que haga un llamado o a un camarero que sirva la mesa, Clara le pide a Ken que le recupere una carpeta y finalmente se va a dormir.

Mientras Clara descansa pesadamente, para Ken las cosas no son tan fáciles. Establece una guerra de honor contra el sistema de recuperación de datos, y la pierde.

—No está —dice él a la mañana, sin demostrar cuánto lo atormenta el fracaso.

—¿Cómo que no está?

A Clara nunca se le ocurrió que podía perder el acceso a sus propios documentos.

—No son amateurs —se justifica Ken.

En un primer momento, Clara no sabe qué hacer. Sólo sabe que ese no puede ser el fin de la historia. Las reglas más elementales de la propiedad intelectual, y hasta de privacidad, estaban de su lado.

—Me voy a Londres —dice—. A hablar con Miles.

Ken es demasiado frío como para demostrar la fascinación que le produce el temperamento insanamente impulsivo de su amada, pero a veces siente que él es el único de los dos que tiene los pies en la Tierra.

—¿El profesor Miles?

Durante todos esos meses que llevan juntos, Clara le habló tanto del director del Old King's College, de sus pantalones perfectamente planchados, de sus zapatos con cordones que tras el nudo terminaban con los dos extremos exactamente del mismo largo, de sus dientes amarillentos, de su puntualidad enfermiza, que Ken cree conocerlo más que a su padre. Si el inglés es tal como

Clara lo pintó, las únicas consecuencias de confiarle la verdad es que ella acabará entre las rejas. Y sus ideas, en la basura.

—Plan B —pronuncia. Y en dos palabras la trae a la realidad.

La científica se detiene a pensar. No encuentra una única motivación para que el director le dé acceso a esa información. Después de la mala fama que adquirió la vacuna, debe estar más miedoso que nunca. Tiene razón, le reconoce a Ken de forma muda. Miles no es el camino.

Como otras veces en el que una pared infranqueable se levantó a su frente, Clara se va a caminar por la ciudad para pensar. Sus pies se mueven pero ella circula apenas por sus profundidades personales.

—¡Cómo no se me ocurrió antes! —le dice a Ken tres horas más tarde ni bien entra en la casa.

En el Old King's College, como en todo lugar, existe una segunda línea que no está contaminada por las disputas de poder de las cúpulas. Son las personas de nivel bajo, no tanto en salario como en escala social. Gente invisible que trabaja cerca de los que mueven el mundo y que también sueña con hacer algo que tenga un sentido pero no tiene cómo hacerlo. María siempre le dice que los técnicos la recuerdan con cariño, ya que Clara nunca usó sus credenciales académicas como si se tratara de un título de nobleza. Hay muchos menos que antes del último recorte presupuestario, le dice ahora María, pero quedan los más antiguos. Y empieza a darle algunos nombres que Clara evoca: Myon, Ahmed, Eryp, Santiago, Karol. Son los responsables de trasladar los insumos, los que esterilizan los materiales, los que trescientos sesenta y cinco días al año, siete días a la semana, veinticuatro horas por día se hacen cargo de que funcionen los aparatos. Personas que para la mayoría son indistinguibles del ambiente, casi un mueble más.

Hay unos nuevos, contó alguna vez María, que ingresaron para el megaproyecto de Almacenamiento Masivo de Datos en ADN (DNA-MDS). Son seres aún más invisibles porque sólo interactúan con máquinas. Con su trabajo de hormiga, mucha paciencia y una técnica novedosa, están archivando el contenido completo de la biblioteca del Old King's College en moléculas de ADN. Varios siglos de historia del pensamiento científico caben ahora en una cucharita de café, codificada letra por letra, píxel por píxel, gracias a hombres y mujeres anónimos que están en el último subsuelo. Son nadie, pero tienen acceso irrestricto a 1.900.000 páginas de informes y un número creciente de protocolos, solicitudes de patentes, dosieres confidenciales y otros documentos entre los que se encuentra la carpeta que ahora necesita.

Clara ya tiene su plan B. El camino para obtener la ayuda de esos trabajadores que tienen acceso a las herramientas y conocen los códigos de descifrado es su gran amiga María. Ella sabe cómo pedirles las cosas porque es una de ellos. Clara no siente culpa por involucrarla porque tiene derecho sobre ese material que ella misma archivó. Y ni siquiera tiene valor económico, porque sólo le interesa la segunda dosis original, la fórmula que desarrolló ella antes de que Miles pusiera a trabajar a su equipo en busca de un producto ligeramente diferente para que fuera patentable.

El destino del proyecto está ahora en las manos de María. Ella accede y lo único que le pide a cambio es lo que más le cuesta tener: paciencia. Durante las cuarenta y ocho horas que siguen, Clara no hace nada excepto caminar por su departamento de una punta a otra y revisar enfermizamente la llegada de mensajes. Pero la espera tiene un premio. Antes de que se cumpla el plazo, sus aliados anónimos le hacen llegar toda la información que necesita. Ahora sí puede preparar un proyecto impecable. Carga en la computadora una versión completa, de trabajo, y prepara una resumida para la OMS.

A los pocos días le llega a París una sorpresa: un blíster con seis unidades de la segunda dosis. Se la envían los viejos amigos del depósito de drogas del Old King's College. Con el producto en las manos, Clara decide que no se quedara sentada viendo pasar el tiempo. Esperar todas las autorizaciones necesarias para disparar el gatillo de la revolución científica no significa que vaya a quedarse quieta ahora que tiene la posibilidad de salvar una vida.

Saca los pasajes para ir de nuevo a Brasil y prepara el equipaje. En su cartera, junto al pasaporte, coloca las seis unidades de la segunda dosis. Diego Quevedo no le contestó nada todavía. Igualmente, antes de irse al aeropuerto, ella le envía su proyecto ampliado.

—Peligroso.

Es Ken quien habla, y Clara no sabe a qué se refiere, si al viaje a Brasil o al laberinto de funcionarios de la OMS cuya puerta de entrada es Diego. Tampoco importa. Si ya lo decidió, no hay riesgo real o imaginario que pueda evitarlo.

Al escuchar la historia completa de boca de Clara, Levent se lo toma de la peor manera. O de la única que se lo puede tomar alguien que se está enterando de que un error ajeno arrasó con su cuerpo. Se enfrenta a la autora confesa de su desgracia y quiere matarla.

Clara apenas tuvo tiempo de explicarle cómo habían sido las cosas, pero el hombre ya parece haber oído demasiado. La agarra del cuello, aprieta hasta

que la sangre late en sus oídos y la zamarrea. Ella trata de defenderse y soltarse, pero Levent no sólo es más corpulento, sino que tiene la fuerza descomunal de los dominados por la furia. Le grita, le pega, la pateo, hasta que cae al suelo y aun así la sigue golpeando. Nada de él recuerda al hombre que le hizo el amor. Le hunde la cara en la arena, ella casi no consigue respirar, pero no hay espacio para la compasión. Él vocifera, y ella gime porque los granos de arena ahora destruyen sus encías. Siente el sabor salado de sus lágrimas, o de su sangre, no puede saberlo, la arena caliente le quema los pezones. Fragilizada, grita por su padre. “¡Papá!”, vuelve a gritar.

—Disculpe, necesito ir al baño —le dice su vecino de asiento cuando la despierta.

La pesadilla se esfuma, pero a Clara le cuesta recuperar la calma. Gritó llamando a su padre muerto, y los ojos se le llenan de lágrimas. El simple hecho de comprobar que fue apenas una pesadilla debería hacerla feliz, pero el dolor está en su alma. La escena atroz no ocurrió, pero todavía puede pasar. Busca sus papeles y se pone a trabajar. Es la única forma que tiene de no pensar, ni siquiera le sirve dormir.

Apoya la computadora en la mesita y empieza a escribir. Las palabras salen de manera automática: la salud pública... la producción del conocimiento... los deberes de un individuo con relación a otro... las nuevas formas de sociedad... compromiso y acción... las perspectivas que promete la inmunoterapia transmisible... tiempos de recesión económica... prioridades presupuestarias...

Escondida detrás de los conceptos, Clara consigue la paz de espíritu que necesita para la gran tarea que tiene por delante. Cuando llega a la Isla de las Cobras, ya está repuesta. La simpatía de quienes, sin conocerla, le dicen todo el tiempo “Deus te abençoe” la ayuda finalmente a poner distancia a la pesadilla que tuvo dormitando en el vuelo.

Deja sus cosas en la posada y se va a la playa. Camina llenando sus pulmones de aire marino en dirección a una de las puntas, donde le dijeron que seguramente iba a encontrar a Levent.

Acostado bajo una palmera, Levent abre apenas los ojos y sonrío.

—Me estaba sintiendo débil... —dice lentamente y la mira con dulzura. La toma de una mano para hacerla caer en la arena a su lado, y una vez que los cuerpos están alineados, gira sobre sí mismo para estrecharla en un largo y caluroso abrazo, y agrega—: Y la única mujer en el mundo que me sabe revivir... no estaba conmigo.

Clara (#163) sonríe, es el Levent de siempre, movido por segundas intenciones. Pero en esos segundos la cantidad de malos presentimientos que se habían sucedido en su mente habían superado cualquier circunstancia anterior. Tal vez por eso prefiere ir derecho al grano, se sentiría desleal si continuara aquel juego de seducción.

Lo que tiene que decir no es fácil, y quiere alejarse de ese extremo de la playa, escenario de su pesadilla. Se levanta y tironeando del brazo lo lleva a caminar. Está nerviosa, Levent lo nota, se detiene y la abraza en silencio. Clara se suelta y empieza a hablar, demora la explicación con detalles inútiles, pero en el tiempo que le lleva recorrer la playa, le hace saber toda la verdad. Clara no nombra al virus 4yu, como si aún no quisiese aceptar que no supo criar correctamente al microbio artificial que quiere como a un hijo. Pero, aún así, no le esconde nada.

— Qu  es lo que tengo? —pregunta él con la voz dulce de siempre.

—Nada grave —se apresura a decir Clara y da una explicación superficial sobre la formación de los pigmentos de la piel y la transformación genética de parte de su dermis.

— Est s segura de todo lo que me estás diciendo?

—Hay un número significativo de evidencias que apoyan la hipótesis... — comienza Clara y baja la mirada. Su primera reacción es dar una clase de ciencia, ofreciendo detalles y precisiones, pero se detiene cuando nota que los términos técnicos, los detalles metodológicos y las estadísticas precisas no le dicen nada. Levent quiere una respuesta que le d  paz.

Levent se dirige hacia el mar y sumerge los pies en el agua cristalina. Ella se queda en el lugar, observa su espalda desnuda, donde se ve una media docena de rayas que conforman una V con el v rtice hacia el coxis. Se le acerca y puede notar que el camino de los trazos pigmentados serpentea. Pasa lentamente la punta de sus dedos por las líneas oscuras, Levent siente un cosquilleo erótico.

—Las líneas oscuras —describe Clara—. No siguen el recorrido de los nervios ni de los vasos sanguíneos. Siguen su propio camino.

Levent permanece mudo. Clara no ve ninguna señal de enojo, mucho menos la furia tan temida.

— Por qué me pasó a mí? —le pregunta finalmente tomándola del mentón para que no pueda desviar su mirada.

—Todavía no sabemos.

— Tengo algo que ver con lo que le pasó a Noemí?

Pasaron meses y Levent, como el resto de los isleños, no encuentra consuelo por la tragedia de la muchacha.

—¡No sé, no sé, no sé! —grita Clara—. ¡Certezas, no tengo ninguna! —dice al borde del llanto.

Él se aleja unos pasos y se sienta a la orilla del mar, tranquilo. Con la mano hace dibujitos en la arena blanda, junta algunos granos, separa otros, fabrica esculturas transitorias que desaparecen por su propio peso. Finalmente habla, de la forma que Clara menos lo espera.

—No estoy solo. Hay una red de almas, conectadas por el amor, que me rodea —declama—. Es un tejido que crece a mi alrededor, puedo sentirlo.

Clara lo deja hablar, le da igual la interpretación que le dé a la cuestión. Sólo le importa que Levent la ayude a lo que ahora va a pedirle.

—Quiero hablarte de Chico —dice ella sentándose a su lado.

—¿Él también?

—No sé, podría ser. En cada persona las consecuencias de una transformación genética pueden ser muy diferentes —hace un silencio y se anima—. Me gustaría pedirle permiso para llevar unas muestras de su cuerpo para analizar.

—No hay cómo preguntárselo —dice Levent apesadumbrado.

El miedo que la acompañaba desde que tomó la decisión de ofrecerle la segunda dosis aflora de la peor de las maneras. Clara siente que la sangre la abandona, las piernas le flaquean.

—¿Cuándo fue? —pregunta agarrándose del brazo de Levent para no caerse.

—No, no murió... todavía. Pero no oye, no ve, no entiende —se lamenta Levent abrazándola y sentándose con ella en la arena—. ¿Crees que todavía le puede servir tu antídoto? Tiempo no le sobra.

La mirada de Clara fusiona la duda y la afirmación en un único gesto. Levent da vuelta la cara, se distrae unos momentos mirando a unos chicos que juegan al fútbol en la arena, sigue la trayectoria de la pelota por los aires y recién cuando esta cae al suelo vuelve a cruzar sus ojos con los de ella. Su mirada ahora es otra, penetrante, dura, expresa una voluntad que la mujer no consigue descifrar.

—Esta transformación humana que me tiene de intermediario quiere decir alguna cosa.

Clara se desespera ante el brote de misticismo. Abre la boca pero no se le ocurre qué decir. En todo caso, él ni la escucha:

—Quizá esa es la forma que se me ofrece de salvar a la humanidad... — sigue diciendo Levent—... sustituir algunas revelaciones por otras mejores.

Soportando los treinta y cinco grados de calor de la playa, Levent es ahora soldado de una lucha que lo estaba esperando. Y afirma:

—Chico va a volver a ser el que era. Chico va a volver a ser el que era — repite. Da unos pasos en dirección al mar, se sumerge y al volver le dice a Clara—: Vamos a darle el antídoto lo antes posible, no esperaremos el resultado de las pruebas. —Se detiene un momento, como preparando las palabras y agrega—: Quiero probarlo yo primero.

—Pero...

—Una puesta de sol es todo lo que necesito de anticipación, no es mucho tiempo. Pero quiero hacerlo antes que él. ¿Trajiste el remedio? ¿Hay para los dos?

Una hora más tarde, en el humilde cuarto de Levent, separados por un simple mosquitero de la vegetación salvaje de la Isla de las Cobras, se inicia la primera reversión genética de la historia de la medicina.

Clara había llegado a la isla con seis comprimidos. Ahora está usando el primero. Levent toma el antídoto, como él lo llama, esperanzado.

Está sentado en la cama mirándola a los ojos, mientras el comprimido blanco y pequeño se disuelve bajo su lengua. Después, Clara y Levent se quedan abrazados sin saber qué hacer ni decir, hasta que se van a la playa a ver la puesta de sol. Como siempre, terminan encadenados por los brazos con los otros que se acercan. Como siempre, y como nunca.

Pasan la noche juntos pero no hacen el amor. Simplemente conversan hasta el amanecer. Levent le habla a Clara de la vida, del mar, del sentido de la palabra *comunidad*, de la red de amor que se construyó a su alrededor. Levent lleva años buscando una causa para sacrificarse por la Madre Naturaleza y ahora encuentra que su papel en el mundo es devolver la humanidad a su estado natural. Un paso que lo acerca más hacia la religión que sueña con fundar.

—Tu rol en la ciencia es incalculable —dice Clara.

—Pero la gloria nunca cubre a los conejillos de Indias —protesta Levent—. Así que quiero mi parte del premio por adelantado —dice alzándola y besando el cuello sin intenciones de parar. Ríe entusiasmado, leve. Desde que tomó la decisión de sacrificarse por los demás, se siente muy especial.

—Yo misma me voy a ocupar de que le pongan tu nombre a un laboratorio —promete ella alejándolo de su cuerpo y dejando claro en qué moneda

pretende hacer el pago.

Duermen unas horas abrazados y por la mañana, temprano, van a ver a Chico.

Está completamente inconsciente, acostado de lado. La posición deja a la vista su espalda esquelética, completamente cubierta por llagas. Algunas cicatrices están todavía amarillas, mantienen algo de piel intacta, pero hay otras rojas, hinchadas, y un líquido nauseabundo mancha la sábana dejando translucir la piel necrosada. Su sufrimiento es mudo, no reacciona ni a una mosca que se ha posado sobre su nariz. Cuando Clara le pasa unos hisopos por la boca y por otras partes del cuerpo para tomarle algunas muestras, no se mueve.

Mientras guarda el material en sobres estériles, Clara piensa que administrarle la segunda dosis en ese estado va a ser imposible. Debe rendirse. Sólo le resta cruzar los dedos para que las muestras den negativo, para que el 4yu no tenga nada que ver con esta horrible enfermedad. En ese momento entra el hermano de Chico. Los saluda, lo despierta, sienta con suavidad al enfermo, le limpia la baba, y con un sorbete introduce en la boca inerte agua fresca del interior de un coco. Chico lo traga como un bebé al que no hay que enseñarle a mamar. Clara se conmueve con la dulzura inimaginable para un ser tan tosco. A ese sacrificado hermano ya lo habían ilusionado y desilusionado tantos padres, pastores, chamanes y médicos, le dice Levent, que ahora sólo cree en la intervención divina directa.

—Es mejor no decirle nada —le susurra Levent al oído.

Apenas el hermano se va, Levent disuelve el contenido del comprimido blanco en un vaso con un poco de agua de coco. Repite la operación de introducirle el líquido con un sorbete, después sale a llorar. Clara se queda allí, tan quieta como el enfermo.

Clara está muy ocupada trabajando como mano derecha del doctor Schami en reemplazo de un científico que se fue por un tiempo a Emiratos Árabes. Debe dirigir a los becarios, mantener la documentación de los subsidios, participar de algunas actividades académicas. Eso le mantiene la cabeza parcialmente ocupada. Sin esa distracción, la doble espera sería imposible de soportar.

Desde que volvió de Brasil, al despertarse cada mañana lo primero que hace es ver si tiene mensajes de Levent. “Si no hay noticias, son buenas noticias”, se dice en un intento de consuelo porque esos días, que no le anuncien el fallecimiento de Chico ya es una buena noticia. Sobre todo desde

que Wilhelm le envió los resultados de los análisis que confirmaron que el brasileño también tenía señales inequívocas de haber recibido el virus 4yu.

Lo más difícil de esperar un resultado es, siempre, evitar hacerse preguntas inconducentes porque los pensamientos más oscuros, al comienzo fragmentados y dispersos, poco a poco se juntan y forman un rompecabezas completamente negro. Y para agravar la situación, pasan los días y Diego no le da ninguna respuesta. Por momentos, a Clara le cuesta perseverar en la confianza.

Pronto descubre que la lista de sus problemas aún puede crecer. Es el día que llega cansada y de mal humor del instituto, y la bienvenida no podría ser peor.

—No consigo rehacer el linaje Levent —pronuncia Ken.

Clara lo oye y queda estupefacta. No porque esperara una frase más humana, sino porque estaba convencida de que ese aspecto estaba resuelto. Si recapitulase todas las palabras, se daría cuenta de que él nunca le dijo que lo que ella le pedía, o más bien exigía, era técnicamente posible. Lo que tenía era una suposición. Clara, sin embargo, lo asumió como verdadero desde el principio, y se aferró a ese número inicial de tres mil dosis como si se basara en una certeza.

—¿Cómo que no? ¿Y la lista de sus amantes? —pregunta extrañada.

Ken no soporta defraudarla, necesita su sonrisa deslumbrada, sus ojos brillando de fascinación. Tiene que ser el ser hacker todopoderoso que se inventó, pero esta vez no sabe qué hacer. Hace días que está frente a una pantalla vacía.

—La Libreta Roja, la lista digital de Levent, es apenas un punto de partida —responde Ken sin mostrar ningún sentimiento.

Clara, que tomó la responsabilidad de ocuparse de todas las posibles víctimas, arroja todas las palabras que se le atragantaron en los pequeños percances del día. Y termina diciéndole que ahora, sea como fuere, él tiene que conseguirlo.

—Es tu responsabilidad resolverlo —ordena. Ken termina de escuchar la frase y se desconecta.

Clara quiere romper la pantalla e ir a buscarlo del otro lado, pero respira hondo, empieza a hablar con voz tranquila a un muro en el que el sonido ni siquiera rebota. Los miles de kilómetros que los separan ahora son verdaderos, y las lágrimas aparecen sin que pueda dominarlas.

Ken, en cambio, pone música alta, se sirve un trago bien fuerte, lo

suplementa con un jarabe explosivo, y decide divertirse. Está con ánimo de ver alguna historia real de dolor y muerte, de esas que lo hacen sentirse un afortunado por vivir en su propio mundo. Exterminios, violencia, cualquier estrago dilacerante, la realidad lo consuela más que la ficción. Enciende su Remote Access Tool, se detiene en un cuerpo en descomposición en una morgue de la India y se sienta dispuesto a disfrutarlo en alta definición. El placer escatológico llevado al máximo.

Después cambia a una mujer morena regalándose una noche de furia en un callejón de Londres con un taxi boy blanco. Ken se toca mientras la mira, se excita al ritmo de la imagen que puso a alta velocidad y el orgasmo le llega rápido. Vuelve a entretenerse con el cadáver. En el mundo real, mientras tanto, el taxi boy continúa con las clientas de la jornada, haciendo crecer la red maldita del virus 4yu alterado. Y la mujer masoquista ya está en camino a ser otro cuerpo muerto. Pero no lo saben, no saben nada de los humanos transgénicos.

En París, Clara mantiene la mirada fija en un muro vidriado que sólo le devuelve un frío reflejo de sí misma. Y llora porque no quiere pagar el precio de una nueva frustración.

Cuando recupera la capacidad de pensar, Ken se dice que lo que tiene que resolver es una incógnita matemática compleja, nada más que eso. Y que lo más sencillo es pedir ayuda a las personas correctas. Entonces transforma el problema en un entretenimiento *online* y lo bautiza para atraer vanidades: OFG (Only For Genius).

El pasatiempo consiste en descubrir la ruta de un nanofantasma que viaja por un medio de transporte poco común: los movimientos pélvicos de personas sexualmente activas. Demora unos minutos en definir las condiciones con precisión. Es un entretenimiento individual y sin violencia, no es para todos, pero ese es precisamente el objetivo. Un requisito para cargarlo en las redes sociales exclusivas que tienen como miembros nerds del MIT, Silicon Valley y el Instituto Technion, entre otros. Los usuarios no son sus amigos, ni siquiera los conoce ni ellos oyeron hablar de él. Pero aun así las mentes más brillantes del mundo acuden masivamente a ayudarlo a resolver su problema más urgente.

Ken no quiere perder su tiempo con novatos, introduce trampas para que los desatentos pierdan rápido el juego. Más de cien personas se desviven por ganar y ocho candidatos alcanzan el nivel mayor de complejidad, el de los expertos. Tienen un buen motivo para esforzarse: la primera propuesta

ganadora recibirá cincuenta mil dólares de un donante anónimo. Finalmente, el OFG tiene un ganador.

Un matemático coreano de veinte años establece un método por el cual se analizan los trillones de mensajes digitales emitidos por los miembros de la lista de amantes de Levent a partir de la fecha de la Marcha de las Burkas, sus redes de contacto y las redes de estos hasta noveno grado de una forma absolutamente novedosa. Ken lo analiza sin poder frenar la admiración. El método parte de conjuntos de personas sin saber a priori si hay o no interés mutuo, y va reduciendo las posibilidades utilizando un software que ofrece razonamiento deductivo automatizado. La cantidad de datos que debe evaluar es exagerada, el sexo es un misterio hasta para los algoritmos más sofisticados, pero el hecho es que la aplicación de emparejamiento potencial funciona. Y calcula con margen de error aceptable con quién tuvieron sexo las parejas de las parejas de Levent hasta el día de la fecha.

El día que obtiene el resultado, Ken reinicia el contacto con Clara. La mujer no sabe qué la pone más feliz. Si que el mejor hombre virtual del planeta haya vuelto o tener una planilla con las identidades de las poco más de tres mil personas —la cifra no se alejó demasiado— para las que, un tiempo atrás, ella creó la segunda dosis. Ahora el calendario la apremia.

Casi al mismo tiempo, el funcionario de la OMS la convoca para una nueva reunión.

El licenciado Diego Quevedo observa con atención el gráfico tridimensional que le mandó Clara anexo a un informe incomprensible para legos. Primero se ve un punto, después tres, luego un pequeño heptágono y ahí salta la escala y empieza a formar una red que no para de crecer. La tela de araña lo envuelve, con el objetivo de convencerlo con ese entramado asfixiante de que es urgente disolver el tejido envenenado. Cuando la llama para combinar horario, no es únicamente por el bien de la humanidad.

—Hola, Clara, soy Diego, tu agente —dice en forma amable y risueña, y la invita a encontrarse esa misma noche, en París.

Clara vuelve temprano a su departamento y se arregla para el nuevo encuentro. Va con grandes expectativas. El restaurante en el que el funcionario de la OMS la citó está situado ni más ni menos que dentro de la torre Eiffel.

Mientras se viste, Ken la observa. La ve colocarse las medias de seda oscura, tambalearse con unos tacos altos que nunca usa, maquillarse con cuidado aumentando sensualmente el volumen de sus labios. Para él todo eso es una novedad, sólo la ha visto poniéndose catalizador de contacto. Cuando

ella parte, con un vestido negro y discreto pero que acentúa sus curvas, él se queda nervioso. Esa preparación le hace sentir algo malo. Pero, como de costumbre, calla.

Clara pasó las últimas horas tan atareada que no tuvo tiempo de avisarle a Wilhelm. Lo llama desde el camino y le cuenta con quién va a encontrarse.

—Siempre existe un plan B —le contesta este.

Con esa frase, Wilhelm pretende fortalecer su espíritu, prepararla para un posible fracaso. Anticipa que el funcionario va a servirle un champagne pagado por todos los países miembro y marearla con palabras jurídicas. Para, al final, decirle que, lamentablemente, “en ese período de sesiones ordinarias no puede presentar su proyecto ante las autoridades”, y pasar a otro tema. Clara no es tan pesimista, más que eso, prefiere no pensar en la posibilidad de fracasar. Aun así, en el camino prepara el discurso para defenderse.

Quevedo está esperándola sentado en un bar donde el lujo compite de igual a igual con la belleza de la vista nocturna. Cuando ella llega, el funcionario se levanta ostentosamente, hace caso omiso a la mano derecha que Clara le extiende, y la abraza.

—¡Bienvenida! Nunca faltan motivos para brindar, hoy menos que nunca —dice él llenándole la copa y las esperanzas.

Clara se apresura a llevar la bebida a los labios para no mojar la mesa brillante con el espumante que termina rebalsando. Llegó perfectamente preparada para recibir una mala noticia, pero está claro que sus expectativas están equivocadas.

—¿Cuáles son las novedades?

Diego responde que él, personalmente, había quedado muy impresionado al ver el material que ella le envió, que ya había hecho los primeros contactos con sus superiores directos y que el *feedback* fue positivo: recibió señales claras de que van a evaluar con simpatía el proyecto. No nombra a nadie concreto, y Clara cree que es mejor no preguntar.

Con palabras precisas, pareciera que Diego la ayuda a que su retorno a la burocracia institucional que tanto despreció sea suave, que lo viva sin humillación. Le muestra las partes buenas y reconoce las malas como el precio a pagar. Cuando habla parece informado, cuando se queja lo hace casi con las mismas palabras que hubiera usado ella, pero hasta con más convicción. “A los gobernantes los elegimos, pero ¿quién elige a los multimillonarios que deciden hoy qué ciencia vale la pena?”, le pregunta, y parece honesto. La empatía entre el funcionario de la OMS y la científica rebelde va aumentando.

Hasta que, con una última bebida, Diego habla del valor de la confianza.

—¿Dijeron algo de la metodología? —pregunta finalmente Clara cuando toma coraje. Es claro que no es algo completamente predictivo...

—Hablas como una científica —le interrumpe Quevedo—, no te olvides de que también eres una mujer.

—Sólo quiero decir las cosas sin ambigüedad, con la mayor claridad posible —se defiende Clara, preguntándose por qué para él ser o comportarse como un científico es un defecto. Aun así, la clásica expresión dura de su rostro va suavizándose como si su habitual máscara de protección poco a poco se adelgazara hasta fundirse en la piel.

Esa noche Diego usa todo su carisma. Es un hombre de muchas palabras y pocas precisiones que prepara muy bien sus reuniones para que todo parezca espontáneo. Habla del peso de enfrentar problemas que son cada vez más globales, y en Clara renace el espíritu de luchar en conjunto, de compartir su ética con otros agentes de cambio. Esa noche decide que, de tener una segunda oportunidad, no va a desaprovecharla. Siente que está en uno de esos instantes de la vida en los que el camino que transita toma una curva, que el libro de su vida empieza a ser reescrito. Por fin llegó alguien que la apoya de verdad, y para ella tiene el mérito imposible de saber sortear la burocracia.

Alimentada por su propio deseo, recupera de forma acelerada las esperanzas que había extraviado. Después de todos los sufrimientos pasados, empieza a pensar que, al fin y al cabo, el sistema oficial no está tan corrompido como ella cree. Inconscientemente, Clara edita el discurso para escuchar sólo lo que quiere oír. Porque Diego no le da precisiones ni le promete nada. Pero flota en el aire que va a hacer lo máximo posible para que la OMS la apoye.

En los siguientes días, mantienen muchas charlas pero cortas. Él le pide información, Clara se la da. A la noche solicita datos, y a la mañana recibe material perfectamente organizado por un técnico muy eficiente al que ella llama “el señor de los datos”. Diego no quiere ser como el resto, un simple intermediario entre ofertas y demandas preexistentes. Pretende crear un nuevo negocio, y para eso necesita entender todo muy bien. Sin una pizca de sospecha, ella le da todo lo que él pide.

Días después, Diego le da a Clara las dos buenas noticias: pronto empezarán a fabricar los tres mil comprimidos que se necesitan y la OMS prefiere la versión no patentada. “La fórmula que no pertenece a unos pocos capitalistas inescrupulosos sino a la humanidad.”

Esa noche se encuentran para brindar, porque fue juntos que vencieron a la mafia del Old King's College. Por primera vez en mucho tiempo, Clara se siente totalmente relajada, tiene a alguien que la ayuda. Diego Quevedo es dueño de una vida apasionante y es muy bueno contando historias. De las noches oscuras de Guatemala a las noches blancas de San Petersburgo, de los bares turbios de Hong Kong a los templos budistas de Laos. Cuenta anécdotas de sus mudanzas infantiles de país en país, e imita a los profesores. Afina la voz cuando copia a los orientales que le habían echado de dos colegios internacionales en Asia, y arrastra las vocales cuando imita a los bedeles turcos de Alemania. Todo lo que él describe, a Clara le divierte.

Después de un rato de escucharlo, a Clara se le mezclan todas las ciudades. ¿Era Tokio o Kioto? ¿San Pedro o San Pablo? ¿París, Texas o París, Francia? Las anécdotas se funden, no recuerda mucho, pero disfruta de compartir un momento que para ella es importantísimo: que va a cumplir sus sueños a la cabeza del primer laboratorio del mundo con el nombre de un voluntario de la investigación científica. El Instituto Levent Mubarak de Investigación, Innovación y Emprendedorismo nace grande, al menos en el espíritu de su fundadora.

La misión del instituto es —según Clara escribirá esa misma noche en el proyecto— apoyar a quienes diseñan el futuro actuando en el presente. El Plan de Reversión Genética (PRG) es el primer proyecto que se iniciará de forma urgente.

—¿Se puede recoger el fruto sin haberlo sembrado? —le dice Diego—. Obstinación, creatividad, método —enumera llenándola de orgullo—. Y, como si fuera poco, una mujer de aquellas —le dice al oído. Clara se ríe. Aunque la relación no deja de ser profesional, la seducción continua parece ser parte del trato con el mexicano. Y a ella le hace muy bien. Clara siente que la vida supera sus mejores expectativas.

—No te podés quejar de tu alumna —le dice Clara a Wilhelm cuando le cuenta sus logros.

—Ni vos de tu fuente de contactos —replica Wilhelm.

Ya pasaron varias semanas desde que volvió de la Isla de las Cobras. A Clara le gustaría creer en Dios para pedirle que la segunda dosis funcione, y termina juzgando que sus plegarias agnósticas fueron atendidas el día que recibe unas fotos de una silueta masculina, fuerte, fibrosa y completamente desnuda. La mujer identifica el dueño del cuerpo por sus glúteos firmes, pero considera poco gentil mencionarlo.

—¡Es Levent! —le dice a Ken con entusiasmo.

La desnudez tiene un objetivo: mostrarle que las líneas oscuras de la espalda ya desaparecieron. Es la primera prueba de que la Reversión Genética funciona. En el mensaje, Levent le dice también que parece que la salud de Chico se restablece. “Aunque muy lentamente”, aclara.

En la Isla de las Cobras, sólo Levent sabe la verdad. Los lugareños agradecen a Iemanjá, la Virgen del Perpetuo Socorro o a Nossa Senhora de Aparecida, según en quién hayan depositado sus esperanzas. El hermano de Chico es el principal convencido de que la última toma de energía para ir al más allá fue abortada a tiempo por la Fe.

A Clara le duele en el alma ver cómo permanecen en la ignorancia, pero ella misma le pidió a Levent que todavía no dijera la verdad. Todos, menos él, lo ven como un fenómeno que sólo se explica por intermediación divina.

Wilhelm no deja de aplaudirla, pero de forma discreta, privada. Una noche, el insomnio que los congresos en Asia nunca dejan de ofrecerle, lo convoca a la reflexión. ¿Debería salir públicamente a respaldarla? Al fin y al cabo, Clara no había cometido ninguno de los tres pecados capitales que él no admite en los científicos: plagio, falsificación y fabricación de datos.

Mirando al techo con la cabeza sobre la almohada de plumas de ganso, Wilhelm sonríe pensativo. En diversas ocasiones, su ex alumna más brillante y rebelde le había propuesto formar un equipo. La última fue la semana anterior, después de la reunión con Quevedo. ¿Debería hacerlo?

La fortaleza de Wilhelm se debe a su mente analítica, capaz de desmenuzar ideales y esperanzas hasta convertirlos en meros hechos. Esa noche evalúa que ya cumplió los sesenta, no tiene muchos años profesionales por delante y el hito de su carrera puede ser ahora o nunca. A pesar de los inconvenientes que causó, la primera vacuna transmisible va a ser recordada seguramente como un momento estelar de la historia de la salud pública. Es la innovación del futuro y el respaldo de la OMS evidencia una postura política de cubrir desprolijidades. ¿Por qué no meterse en la foto?

El sueño no llega y la mente le muestra antiguos errores como si ocurrieran en ese momento, delante de sus ojos. Las decisiones equivocadas las recuerda en más detalle que lo que sucedió el día interior. Palabras, frases, pensamientos aparecen en desorden y fragmentados, pero le dicen lo mismo: novedades que no tuvo entereza para apoyar, avances de los que él se quedó afuera porque le faltó coraje. ¿Debería participar? La frase de Clara le perfora el cerebro. “Si algún día cambias de idea...”

Su instinto político le susurra al oído que todavía es mejor seguir entre bambalinas. Así a las cuatro de la mañana toma su decisión, va a esperar un poco más. Se promete a sí mismo reevaluar la decisión después de los próximos tres meses. Y no necesita agendarlo.

Diego Quevedo es un ser muy particular. Es altamente probable que ya haya nacido sin sentimientos, pero sabe ocultarlo muy bien. Y Clara será la última en notarlo.

Cuando a los dieciséis estrenó el registro de conductor rodeado de amigos en la camioneta blindada del padre, el control lo tenía la música alta, el alcohol bajando por la garganta. Cuando sintió el ruido y vio el cuerpo volando, su único pensamiento fue: “¡El precio del seguro va a aumentar!”.

Hijo de ejecutivo expatriado, fue criado con poco amor y exceso de dinero. Educado en los mejores colegios internacionales del mundo, comenzó la vida haciendo lo que se esperaba del primogénito de una familia de clase alta: graduarse en una universidad de prestigio de una carrera que sirviera para hacer negocios, casarse con una joven de buena familia, tener varios niños y adquirir muchas propiedades. Su marcado interés por la ciencia fue debidamente catalogado como curiosidad infantil y relegado a la lectura de revistas de divulgación científica, que era interpretado por muchos como una vastísima cultura general. Y como era muy inteligente, y con excelente memoria, todo fue bien hasta el día en que iba a encontrarse con un cliente nuevo en un restaurante de campo de Puebla. El secuestro fue rápido, la negociación fue lenta.

Quedó adentro por largos meses. Lo torturaron física y psíquicamente. Sufrió hasta desear su propio fin, y pasó por un trance místico de la mano de San La Muerte, patrona de los narcotraficantes. Su relato del encuentro sobrenatural impresionó a muchos, incluso al líder de la banda. El sujeto quiso oír la historia del encuentro con Ella sin intermediarios. La retórica de Quevedo lo impresionó. De manera indirecta, y aún en cautiverio, San La Muerte le devolvió la dignidad perdida. Poco después, aunque seguía secuestrado, Diego compartía con el jefe mafioso cenas regadas de buen vino, excelentes puros y mejores historias.

—Es un mito eso de que nos llenamos de oro con la droga —le explicó este en el transcurso de una de las cenas—. Nos están poniendo las cosas complicadas.

—El cuerpo humano sano es hoy la mejor inversión. Barrigas de alquiler, córnea, sangre, cartílago, células madre —enumera Diego con voz segura—,

cada vez hay más opciones.

El que lo escucha es un hombre poco instruido, pura energía e intuición. Se lo presentaron como “el ingeniero Velázquez”, pero otra vez fue el ingeniero González, y escuchó hablar de él como el ingeniero Collins, Correa y Ríos. Al ingeniero le gusta hablar y escucharse a sí mismo. Sabe que es poderoso pero también escucha.

—¡Fíjate que lo que tú dices es verdad! Hemos explotado con buen lucro los buenos cuerpos desde que existe la humanidad. ¿O crees que las putas son un invento de este siglo?

El ingeniero ríe mostrando sus dientes hasta que pierde el aliento. Las conversaciones duran horas. El ingeniero, que cambiaría gran parte de su capital por haber nacido en cuna de oro, y por no haber tenido que esperar doce años para aprender a leer y dieciséis para pagarse el primer diploma, le transfirió a su prisionero una valiosa experiencia comercial a cambio de conocimiento puramente teórico. Un día, pasados ocho meses desde el inicio del cautiverio, Diego tiene la primera sorpresa.

—Por fin pagaron el rescate. Fue dura tu familia... Si fueras mi hijo, yo no lo pensaría tanto.

Sin agregar nada más, le entrega dos velas, una dorada y una negra.

—Amigo: la dorada llama el dinero. La negra aleja a la gente nociva de tu camino. Incluso si es de la familia. —Y le da un abrazo de despedida, de esos que juntan los pechos.

Diego está perplejo, demasiadas emociones juntas, no sabe qué decir.

—Espera —lo detiene—, tengo algo más. El ingeniero se acerca a un aparador, toma con ambas manos un valioso reloj de arena, el cuerpo de cristal reluciente, la base sólida de oro y lapislázuli—. Para volver a comenzar, basta girarlo —dice al darlo vuelta. Y en ese momento, sin esperar siquiera que disfrute un minuto de su libertad recuperada, le hace una propuesta:

—Siempre estamos en busca de nuevas oportunidades. Quién sabe, tú tan culto y conectado, cuando estés de vuelta en tu mundo, quizá puedas traernos nuevas ideas. Te aseguro que no encontrarás a nadie mejor para ponerlas en práctica. Don Pedro, que te llevará ahorita a la ciudad, te dirá cómo encontrarnos —luego de un silencio agrega—, si no, no te preocupes, nosotros te encontraremos.

Horas más tarde, Diego abraza a sus hijos, se emborracha con sus amigos y hace el amor con su mujer. A la mañana siguiente de haber comido la

primera tortilla de hombre libre, que dicen que es la más sabrosa, da los primeros pasos para iniciar su nueva vida.

Tráfico de influencias mediante, quince días más tarde, el licenciado Diego Quevedo recibe en Ginebra su credencial oficial: asesor externo de la OMS. Su única experiencia son los simulacros de Naciones Unidas en el colegio internacional donde, como buen orador, siempre vencía cualquiera fuera la idea que defendiese. Ahora ese entrenamiento deberá alcanzarle. Se muda a Suiza, por ahora solo. La familia esperará en Puebla hasta que el hijo mayor termine la universidad. Su nuevo ritmo lo marca, impiadoso, un reloj de arena.

Semanas más tarde, simula una amistad con Clara para controlar de cerca el monopolio de la información sobre la segunda dosis. Diego cree que el negocio puede interesarle a su nuevo patrón. Es un producto muy especial, rápidamente se da cuenta de que algunas personas harían cualquier cosa para tenerlo. Diego guarda el cuidadoso informe de Clara destinado a la OMS en el fondo de su armario, atrás de la ropa de abrigo, y rebautiza a ese negocio, que anticipa grandioso, “La Solución”. La Solución va a permitirle entrar a la mansión del ingeniero por la puerta grande, se promete.

—Vas por buen camino, muchacho.

Esas son las primeras palabras que el ingeniero pronuncia, de espaldas a un hombre expectante, maravillado. No había pasado ni una semana desde que Diego le mandó el pedido de audiencia con un resumen mínimo de la propuesta de Clara. Y ahí estaba el gran jefe recibéndolo en su fortaleza.

Desde su posición, Diego apenas ve la guadaña de un lado y la palma de la mano que sostiene al mundo del otro. El ingeniero tapa con su cuerpo el centro de la estatua, mientras acomoda unas rosas frescas en el altar. Recién cuando termina el ritual, se da vuelta para saludar a su visitante con un abrazo fuerte y prolongado. Por encima de su hombro, Diego ve el brillo de la figura esquelética envuelta en un manto, y lo toma como un buen augurio.

—¿Quieres que te diga una cosa? Veo en ti el futuro de este negocio.

Atraviesan juntos el corredor de la hacienda. El ingeniero habla, Diego no lo interrumpe, jamás se atrevería. Llegan a una sala donde hay dos hombres esperándolos y el ingeniero se los presenta apenas por el nombre. Uno de ellos le alcanza a Diego un taburete, que este acomoda sin querer en un ligero desnivel del piso de laja. Los otros tres hombres se acomodan bien seguros en pesados sillones coloniales. Él se quedará durante toda la reunión buscando el equilibrio en una posición intrínsecamente inestable mientras los otros hablan

entre ellos de asuntos de los que Diego no entiende.

—Hay mucho potencial de mejora —sentencia el ingeniero. Y dirigiéndose a Diego—: A ver, resúmenos tu propuesta.

Diego les presenta el negocio de La Solución. Comienza por definir someramente el problema de los humanos transgénicos, proyectando las fotos del antes y el después posible del hombre mono, una comparación que habla por sí sola. A continuación, les explica que las instituciones oficiales están siendo remisas por exceso de cautela, a pesar de que ya se puede hacer la Reversión Genética. Habla de la conveniencia de crear el mercado paralelo antes de que surjan iniciativas comerciales aprobadas.

—Los feos nos vamos a volver lindos —ríe uno de los hombres, totalmente impresionado por lo que vio, mientras se dirige al bar a beber algo fuerte.

Como son simples comprimidos, la logística es fácil, dice al pasar. Con la ayuda de los gráficos impecables de Clara, determina con precisión el mercado actual y muestra las proyecciones futuras del negocio.

Uno de los hombres remarca que no cuenta con ninguna evidencia concreta para mostrar. El ingeniero no dice nada y Diego continúa su exposición trayendo potenciales futuros al presente y contestando las preguntas del jefe con solvencia. Secretamente, agradece que el informe de Clara estuviera tan completo.

Finalmente, uno de los hombres propone que el asunto entre en su abanico de negocios con la categoría Emergente. Y sugiere tener a Diego como consultor principal del proyecto. Las miradas se concentran en el ingeniero, que se levanta y va hacia la puerta. Los hombres interpretan rápidamente lo que significa y lo siguen. Diego se dispone a unirse al grupo pero, para su sorpresa, siente en su brazo izquierdo unos dedos firmes que lo retienen. Mira a su propietario y, como respuesta, recibe una seña corporal mínima pero suficientemente clara como para dirigirse al sillón que han desocupado los otros. Lo dejan solo.

El tiempo no pasa, se detiene. El ingeniero y sus comparsas demoran casi una hora en regresar. Uno de ellos abre una botella de champagne francés y prepara las copas. El otro resume la decisión.

—Tú te ocupas de la producción y nos lo dejas aquí en el patio en México. Nosotros nos ocupamos del mercadeo, la distribución y —agrega con un tono de voz distinto— de la evaluación y retroalimentación cuando sea necesario. —Diego Quevedo no puede evitar preguntarse si eso último es un comentario

o una amenaza.

La reunión formal parece haber terminado. Hablan de béisbol, cruceros y viajes. Cuando abre la segunda botella, el ingeniero ya empieza a canturrear. Después, el tequila estimula su histrionismo.

—“Yo te doy mi corazón, me tienes que dar el tuyo” —le canta a Diego, babeando.

La voz parece salir del fondo de un pozo. Todos se ríen. Nadie sabe muy bien por qué.

—Haces bien en confiar en nosotros —continúa, mirando a Diego con ojos brillosos y una sonrisa amplia. Y se pone a recitar, haciendo grandes movimientos con los brazos:

El que bebe se emborracha
El que se emborracha duerme
El que duerme no peca

—Me voy a dormir, tú puedes irte a la alberca y relajarte —le dice a Diego—. Mi casa es tu casa.

Esa noche, en la piscina olímpica de la hacienda, Quevedo nada pausadamente y mientras sus brazos se mueven, su mente tampoco descansa. Las burbujas agudizan su mente y, entre un movimiento y otro, establece las líneas generales del acuerdo, que le propondrá a Clara supuestamente en nombre de la OMS. Tiene que armarle un laboratorio, lindo, completo, así la dejará feliz como niña con muñeca nueva. Y le sacará La Solución como quien ordeña una vaca.

La luz del sol lo encuentra redactando el documento apócrifo que le hará firmar a Clara. En el vuelo a París intenta dormir un par de horas, pero las palabras de despedida se lo impiden. Diego ya estaba sentado en el auto cuando el ingeniero se acercó, apoyó su mano firme en el hombro tembloroso y dijo:

—Quiero que sepa, amigo, que esa propuesta que traje parece excelente. Pero no me conforma del todo. Pretendo el control total sobre quién accede a esa droga y quién no. —Luego lo observó un rato largo y dijo—: Más adelante te daré mis razones. Buen viaje.

“¿Para qué controlar quién accede a La Solución y quién no? ¿Por qué me lo dice a mí si ellos se ocupan de la distribución?”, se pregunta Diego ahora. Sin respuesta para todo eso, de manera inmediata desvía para la cuenta de Clara dinero del cártel del ingeniero y pone en marcha el plan.

La segunda dosis ahora es un producto exclusivo de un grupo mafioso.

Clara trabaja con ahínco, registrando obsesivamente todos los gastos de su proyecto. No imagina que hasta el último tubo de ensayo del Instituto Levent Mubarak fue comprado con dinero de la droga y la inmigración ilegal, y que intenta ser el inicio de otros tráfico más novedosos. Diego es un gran manipulador, hábil como ninguno para distorsionar la realidad, un verdadero maestro del doble relato.

Instalado formalmente en Ginebra, Diego viaja a México con frecuencia. En las reuniones que tiene de uno y otro lado del Atlántico, va adquiriendo más confianza en actuar en esa amplia área difusa que existe entre lo permitido, lo regulado y lo prohibido. En esos encuentros no deja de sorprenderse, cada día encuentra más puntos en común entre el ingeniero y Clara. Si se conocieran, lo primero que se pondría de relieve serían las diferencias. Pero aún así, comparten muchos principios. Los dos piensan que no se puede seguir limitando los avances en un mundo cada vez más desregulado; ambos defienden intervenciones biomédicas que las leyes no aceptan; cada uno a su manera, enfrenta la hipocresía de la sociedad; los dos defienden una mayor autonomía para las personas y, sobre todo, los traficantes de ideas y de productos ilegales no aceptan la palabra *imposible*.

Clara está emocionada por el camino que está iniciando de la supuesta mano de la OMS. Una vez estampada su firma en el contrato por vía digital, Clara quiso registrar el momento de alguna manera. Así fue cómo la rubia de traje formal y maquillaje leve llamó la atención de un par de transeúntes posando para la foto frente a una reja oxidada en un área degradada de la ciudad. Se trata del ex Laboratorio Marie Curie IV, que desde el traslado de los científicos a su nueva sede estaba descuidado, y que ahora, sumergida en problemas financieros, la Universidad de París no tiene problemas en alquilar.

La elección de lugar donde la OMS va a instalar el nuevo Instituto Levent Mubarak puede no ser la mejor, pero cumple sus objetivos en cuanto a la urgencia. La humedad afea la fachada, el techo precisa de reparaciones, pero la disponibilidad es inmediata y las instalaciones todavía tienen vigentes una gran cantidad de permisos, municipales, nacionales y europeos. Ahora sólo deben darle una mano de pintura, equiparlo para sus nuevos fines y empezar a trabajar.

Diego se ocupa de toda la burocracia. Los obreros inician la restauración del edificio y Clara compra equipos e insumos. Entra al edificio con casco, negocia precios y plazos y contrata a los técnicos bajo el ruido de martillos y taladros. La pintura antimicrobiana de las paredes todavía está fresca y ella ya

tiene todo encaminado. No puede creer lo rápido que la OMS aceptó su proyecto de fabricar tres mil unidades de la segunda dosis y permitirle gerenciar su administración. Cansada, pero al mismo tiempo animada, mira con orgullo el nuevo cartel: Instituto Levent Mubarak de Investigación, Innovación y Emprendedorismo.

Clara no lo vive sólo como un merecido premio a la perseverancia. Lo siente como un regreso al hogar, a una familia que la acepta perdonándole sus pecados. Cerró una etapa, aprendió la lección. Siente un agradecimiento infinito hacia Diego pero también hacia Ken, el único que la acompaña desde el inicio y lo sigue haciendo mientras van superando los obstáculos.

El día que firma el contrato, Clara recibe un regalo sin remitente. Dentro del cartón gris hay una delicada cajita blanca que contiene algo menor envuelto en papel de seda. Son lentes de contacto o, más específicamente, dispositivos supraoculares de realidad aumentada de última generación. No sólo superponen imágenes virtuales y reales de forma más verosímil que los que ella ya estaba usando en casa, sino que los nuevos están coordinados con la piel electrónica. Esa noche, cuando hacen el amor, ella no sólo siente presión sobre sus brazos y muslos al mismo tiempo que lo ve a Ken arriba de ella. En su vagina, un adaptador descartable de piel electrónica hace el resto. Esa noche empieza a sentir que el aislamiento de Ken es apenas una cuestión de perspectiva. La tecnología digital que técnicamente se pegaba apenas por fuera, se adhirió firmemente por dentro.

Los primeros días como directora son cualquier cosa menos aburridos. El traje sastre y el delantal blanco quedan guardados, usa jeans, botas de goma y una camiseta vieja. Inspecciona todo con la mirada decidida a reducir al mínimo el riesgo de contaminación. Es capaz de pasarse horas controlando con el director de obra que todos los líquidos y los gases se renueven de forma automática a través de tubos sellados asépticamente. El jefe de laboratorio es un hombre simple, gris como su ropa, y que obedece sus órdenes. La mayoría de los pedidos de Clara son exageraciones, como la obligación de recalibrar los aparatos con una frecuencia mayor que la que pide el fabricante, o documentar todo minuciosamente para permitir controles posteriores. Clara controla, inspecciona, vigila, verifica, comprueba, revisa todo obsesivamente.

Los aspectos técnicos de la adaptación del laboratorio tienen sus bemoles, y cada vez que corre el riesgo de caer bajo el peso de las complicaciones, llama a Wilhelm. Este siempre tiene la palabra exacta, la idea correcta, el

experto a quien consultar. El futuro es brillante, y si viera caer una estrella le pediría dos deseos: que su maestro fuera parte del proyecto y que Ken estuviera con ella de verdad. Es lo único que le falta, ya que las noticias que recibe sobre Chico superan sus expectativas. No es un final sino un comienzo.

El cronograma indica que las máquinas empezarán a lanzar sus primeros comprimidos en un par de meses. Clara no quiere que nada afecte la continuidad del proyecto y conoce los métodos de auditoría de las grandes organizaciones, así que al final de cada día llena con exactitud los registros de gastos, cargas impositivas y salarios, justifica cada contratación, controla los documentos y llena planillas de todo tipo.

—Es mucho dinero. Tarde o temprano van a pedirme que justifique algún gasto. Conozco la burocracia de la OMS —dice a su subordinado.

Ken la observa y abriga sentimientos contradictorios: le gusta verla bien pero, por primera vez, teme perderla.

Por fin llega el día de la inauguración. Es una reunión informal. Hay vinos escogidos, canapés y charla sin compromiso. El doctor Schami llega con un ramo de flores. Ella está radiante con un vestido color esmeralda, collar de cristal de Murano y una alegría que resalta aún más que el maquillaje la vitalidad de su mirada. Clara se siente una bailarina en su debut. Diego no aparece, unas horas antes le avisaron de la muerte de una persona muy cercana a su familia que lo obligó a viajar a México. “Pero en todo caso —le dijo— este momento es tuyo.” Y es realmente así. Clara disfruta dando su breve discurso inaugural ante los conocidos que fueron por amistad, o por el cóctel. Habla sobre lo que queda por descubrir y hacer en el mundo. Y resalta el papel de los voluntarios, que “son clave para superar los problemas no resueltos por la ciencia”. Termina con la frase que más le gusta: “La ciencia avanza a pequeños pasos, pero el momento más importante no es gradual. Es el momento en que alguien dice: es imposible”, y levanta la copa para brindar.

Más tarde, Levent recibe un mensaje, concretamente una foto. El reflejo del sol sobre la pantalla le impide verla bien, demora un poco en distinguir a la mujer fuera de foco que señala con el brazo una placa de letras doradas a su lado. La fachada del edificio es gris, el cielo también, reconoce la homogeneidad cromática de su ciudad natal. ¿Quién será la rubia? Amplía la imagen y sus labios repiten ese mismo movimiento, hasta acabar en una sonrisa franca. Es Clara. ¡Y cumplió con su palabra de volverlo famoso! Instituto Levent Mubarak de Investigación, Innovación y Emprendedorismo. Lo pronuncia en voz baja, con el alma a los gritos.

Ken se siente cada vez más preso de sí mismo. Cautivo de una situación que no sabe enfrentar, lleva años confinado en esas paredes que, aunque no se muevan, lo aplastan en forma creciente. Inocente pero no libre, autocondenado a dar vueltas sobre sí mismo. Por momentos le gustaría ser normal, se lo propone, pero se da cuenta de que se convirtió en un enfermo terminal que depende de las máquinas. Para todo.

La tecnología lo protege, pero de tiempo en tiempo le hace tocar fondo miserablemente. Cualquier desperfecto técnico se torna una tragedia, o mejor dicho, una advertencia. Es su mejor amiga, la máquina, cuando le dice que no puede seguir dilatando la salida de su planeta privado. Que debe volver a caminar, a saludar, a tocar, a oler y a respirar aire no filtrado de una vez por todas. Aunque tiemble de sólo pensarlo.

Y por primera vez en mucho tiempo, decide enfrentar definitivamente su miedo. Ese mismo día, un terapeuta que es una celebridad en la comunidad de hombres enclaustrados de Japón, le habla con voz pausada desde su pantalla.

—Hay un 73% de posibilidades de que pueda volver a salir —le garantiza.

La cámara enfoca unos ojos color almendra rodeados de arrugas. Las marcas de vejez le generan confianza.

—Mi propuesta de tratamiento es que vaya exponiéndose gradualmente al origen de su miedo. El enfoque es de inmersión digital —dice el doctor Lam.

El proceso es lento y difícil, le advierte, y antes de comenzar tiene que realizar un trabajo de recopilación de recuerdos. Le va a insumir bastantes horas, pero debe hacerlo lo más completo posible. Las sesiones transcurrirán en su pasado.

—Es su elección. Puede permanecer en ese mundo perfecto e inexistente, preso a la fantasía de la perfección virtual, o...

Ken acepta el desafío.

A pedido de la OMS, por el momento Clara se concentra en una única actividad: fabricar lo más rápido posible, y manteniendo los estándares más altos de calidad, los tres mil comprimidos. Cierra los ojos y se ve a sí misma como la persona perfecta en el lugar correcto haciendo lo que debe hacerse. “Esta vez no habrá errores”, se promete, pensando que apenas tenga tiempo se concentrará en comprender qué había pasado para que una dosis de la vacuna 4yu se comportara de esa extraña manera.

Diego le da carta libre para los gastos, pero pronto ella aprende que el dinero abundante no soluciona todos los problemas. Por mejor planificado que

esté, el período inicial es aquel en el que todo lo malo que puede ocurrir, ocurre. Clara tapa un agujero y aparece otro, obstáculos menores de máquinas nuevas que hay que poner a punto. Las jornadas terminan indefectiblemente con la ambiciosa lista de tareas sin completar. Al menos paga bien las horas extras, algo esperable cuando hay sentido de justicia y no hay problemas de presupuesto. La directora no duerme y el sacrificio es democráticamente compartido: los tres técnicos y el supervisor también dividen los turnos, dilatados, como si las leyes laborales no los alcanzaran.

Por momentos, Clara se ve fracasando, a Chico muerto y la promisoría ciencia de la virología funcional desacreditada. Sólo el trabajo aleja sus fantasmas.

Diego la llama todos los días. Un día, visiblemente nervioso, le hace saber de un cambio en los planes. Por temas logísticos no quieren entregas escalonadas. Reevaluaron el proyecto y quieren las tres mil dosis el mismo día.

—Todo el cargamento junto, la droga tiene que llegar a sus destinos de forma simultánea. —Después ríe y agrega—: Los distintos países que ponen los millones que estás gastando también tienen ego.

El Instituto Levent Mubarak de Investigación, Innovación y Emprendedorismo nace con toneladas de idealismo, una dosis inédita de sacrificio personal y mucho dinero. Sólo cuatro personas en el mundo saben de dónde viene, y ninguna de ellas es Clara.

Mientras tanto, Levent hace el trabajo de campo. Visita a Chico todos los días y toma nota de sus avances. En el fondo, el francés no lo hace sólo por simpatía, solidaridad o algún tipo de sensación de responsabilidad por su mal, sino por estrategia profesional. Para su sueño de fundar una nueva religión, la cercanía con el muerto que regresa a la vida puede ser su mejor propaganda. Todavía no es el líder espiritual que pretende ser, pero va por buen camino. Con su discurso ecomesiánico y su indudable carisma, consiguió desplazar al pastor evangélico hasta en los ritos fúnebres.

Clara sigue una ceremonia por internet, las cenizas de un isleño flotan sobre las olas en un barco hecho de papel madera. Levent los despide con una sonrisa piadosa, elevando las dos manos de uñas cuidadas al cielo. Su oración póstuma, en un portugués de acento cargado, es un recorrido por los lugares comunes de otras religiones. Pero la emoción es tan profunda que reconforta las almas.

—No somos otra cosa que la parte ínfima de un todo que va a continuar sin

nuestra presencia —salmodia Levent cargando agua en un balde y volviendo a arrojarla al mar.

CAPÍTULO 16

Cuando Dalma (#151) disfrutó las caricias de Levent, el amor que circuló entre las sábanas era deshonesto: una parte del ADN de Levent la estaba colonizando. Meses después, la economista brasileña ya casi ni se acuerda de Levent, como tampoco se acuerda de cuando era feliz. La mujer está presa de una locura que nadie entiende: ¿quién podría comprender la asfixia de no ser?

En Dalma la transformación que se inició tras un fin de semana en la Isla de las Cobras fue invisible. Los días pasaron y ella seguía con los mismos ojos marrones, las mismas pestañas negras, el mismo cabello ondulado y las mismas manos demasiado pequeñas para cumplir su sueño de ser pianista. Pero la piel ya no era la misma, y no sólo el cutis. Era la metamorfosis que estaba en pleno curso. El virus 4yu troyano modificó su dermis hasta despojarla de sus huellas dactilares. Perder el nombre propio que la naturaleza había tatuado para siempre en la punta de sus dedos fue el inicio de su locura.

Las primeras consecuencias se hicieron evidentes cuando, al intentar viajar en el ascensor inteligente que la trasladaba cuatro veces por día desde hacía años, el lector digital no la reconoció. Después, el teléfono le negó el acceso a su propia agenda. En la entrada de su edificio, en la salida del estacionamiento, en la máquina de café, en ese mundo en el que las máquinas reemplazan cada vez más a las personas, ella se convirtió en cualquiera que hubiera pasado por ahí unos minutos antes.

Después del *shock* inicial, hubo un período en que disfrutó la novedad. Dalma no sabía por qué sus manos actuaban como una varita mágica, pero esa capacidad sobrenatural le pareció un don. Su pulgar todopoderoso no solo destrababa la manguera a la que sólo debería tener acceso un jardinero debidamente registrado, sino que abría cerraduras para las que no estaba habilitada. Con la adrenalina a flor de piel, durante semanas ocupó sus tardes poniendo sus superpoderes a prueba: el sensor repetía siempre la lectura del usuario anterior.

Con el pasar de los días, la sangre empezó a pedirle que subiera la apuesta, que jugara en primera división. ¿Qué puede hacer la especialista en cálculos fraudulentos y auditorías falsas ahora que su gánzua biológica abre puertas que deberían quedar cerradas? Los datos se aprovechan de su

inesperada libertad: planillas, escrituras, órdenes de pago y otros documentos se esfuman de los depósitos digitales en los que están custodiados por guardianes biométricos. Algunos operativos son mejores que otros. Con el tiempo, el engaño a los sistemas de seguridad se convierte en una forma de vida. Dalma no acaba con la propiedad ajena sino, más importante aún, con la confianza entre las personas. Y no es la única. Los Dobles —como algún día serían llamados estos seres— empiezan a aparecer de a poco. Y el cártel del ingeniero va a aprovecharse de ellos.

Los Dobles son poco más de una decena pero parecen estar en muchos lados. Gobiernos, empresas e instituciones intervienen como siempre: negándolo todo, buscando chivos expiatorios y diciendo que se investigará hasta las últimas consecuencias. El mundo sigue moviéndose como si los sistemas de identificación biométrica fueran infalibles. Más grave que eso, nadie conecta las violaciones de la seguridad biométrica que todo el mundo quiere ocultar con la horrorosa transformación de Noemí, la actividad sexual de Levent, ni la locura que invade la mente de Dalma. Mucho menos con el trabajo de Clara, el origen de todo eso.

Clara decide hacer un viaje relámpago a Brasil. “Antes de que empiece la parte más crítica de la producción y no pueda moverme”, se justifica ante Ken. Él también necesita un poco de soledad para avanzar en su terapia de externación, pero no dice nada.

Después de algunos intercambios breves, es poco lo que sabía de Levent, salvo por los informes periódicos sobre la salud de Chico. Intenta varias veces avisarle de su visita, pero la insistencia de los isleños de usar únicamente batería solar había impedido el contacto en un período en que la lluvia no paró ni un minuto. Clara llega a la Isla de las Cobras una tarde de esas, y no necesita preguntar dónde está Levent. Lo espía por la ventana de su casita: está en la cama con una mujer a la que le sobran algunos kilos. La acaricia con más paciencia que pasión. Clara no reprime sus impulsos voyeurísticos, pero no puede evitar sentir una puntada de celos. Momentos después, Levent se pone de costado, y Clara ve con sus propios ojos que la piel de la espalda ya es completamente normal.

En ese momento, la cortina blanca de tejido crochet se mueve. El hombre mira con el rabillo del ojo, nunca hay viento en ese lado de la isla. Tampoco ese día, sino tres dedos, de mujer, blancos y delgados, con un anillo de plata labrada que el francés rápidamente reconoce. Una extraña sensación de delicia lo invade. Se olvida de su tarea, de la gorda, de la falta de ropa y va a recibir

a Clara con un cálido abrazo. Las nubes mágicamente se abren, y los tres comparten la ya tradicional ceremonia de la puesta de sol. En la playa también está Chico, que había comenzado a mejorar a un ritmo inesperado.

Clara se da cuenta de que, al igual que Levent, Chico es muy querido. Más que eso, es venerado. El grupo se funde en un abrazo para saludar al Sol, pero es evidente que el hombre que venció a la muerte ocupa un lugar importante. Clara debe decir pronto la verdad sobre la vacuna 4yu alterada, la segunda dosis y los orígenes de la recuperación de Chico, o alguna iglesia ganará un nuevo santo milagrero, piensa mientras todos cantan. Desde adolescente milita contra las creencias absurdas, aquellas que terminan generando actitudes inocentemente peligrosas. Sería el colmo que fuera ella quien creara una más.

Sin embargo, no es sólo eso. Supone que Levent, por responsabilidad o por efecto de la segunda dosis, no transmite más el 4yu. Pero si no se blanquea toda la situación, el problema grave sigue sin freno. Tiene que hacerles llegar la segunda dosis pronto. Tiene que detener al virus que está circulando en esa red carnal que Levent místicamente sólo piensa en hacer crecer. Pero la OMS todavía no dio la señal de largada. No le queda otra que callar, y esperar.

—El jefe lo espera.

Invitaciones así son inmediatas. Diego entra al escritorio, un ambiente enorme y alto, que realza más el hecho de que el poderoso hombre está solo. Sentado frente a una mesa gigante, busca algo en su pequeña pantalla. Parece estar nervioso por no encontrarlo, tanto que ni lo saluda.

—Acá está —dice finalmente, apaga las luces y empieza la proyección.

La imagen no es de buena calidad, parece filmada por una cámara de seguridad barata. Se reconoce una mujer bastante joven, viste una camisa clara, pantalón oscuro, arrastra una valija y lleva una mochila. Pasa por un detector de metales y pone las manos en el sensor. Las puertas de acrílico se abren y la dejan pasar. Sólo eso.

El ingeniero coloca otro video que se ve mejor. La que parece ser la misma mujer pone los dedos en un lector biométrico y pasa otra puerta. Nada más. Diego no sabe por qué lo está haciendo ver esa película. El ingeniero estira su cuerpo, cruza los brazos en diagonal sobre su frente y se pasa las manos por sus propios hombros ofreciéndose un masaje. Su lenta calma refuerza la preocupación de Diego, el dolor de la ignorancia lo atraviesa, hasta que una música fuerte que da inicio a la película siguiente lo rescata del infierno. El nuevo video tiene calidad y estilo publicitario. Un hombre de traje oscuro y dientes bien blancos habla mirando a cámara. A sus espaldas se

distingue el logotipo de una conocida empresa de seguros.

—Hay sujetos que son transparentes a los sistemas de seguridad. No se sabe cuántos son, ni si conforman una red, aunque en diversos países ya se habla de ellos como los Dobles. Generan en su conjunto un prejuicio global estimado en...

El ingeniero detiene el film, prende la luz y se dirige a Quevedo.

—¿Entiendes, mi amigo? Yo a estos los necesito. O, como siempre digo, los aprecio mucho. Ser transparente es un don que Dios y Nuestra Señora les dio y bajo ningún concepto pueden perder.

—No termino de entender, ingeniero.

—Son mujeres y hombres normales como tú o como yo, pero abren las puertas que quieren. Entran donde quieren, sin invitación, ¿entiendes? Ya les he dicho a mis muchachos, pueden venderles sus mierdas a los monstruos, los moribundos, los acabados y todos los que nos quieran llenar de dinero. Pero guay que se los den a mis Dobles, a ver si se me arruinan. A estos no se les puede vender ninguna droga, los quiero limpios y sin riesgos.

—¿Son muchos? —pregunta Diego, a quien por el momento lo único que le interesa es la posible reducción del tamaño del mercado de La Solución.

—No sabemos —dice deteniendo la mirada en el paisaje yermo que se asoma por la ventana. Luego lo mira a Diego a los ojos y continúa—. Eso es justamente lo que espero de ti, que te rodeas de gente tan inteligente. Que me los encuentres a todos y me digas quiénes son.

Esa noche, ya en la primera clase del avión, Diego no consigue dormir. Ni el cansancio acumulado ni el asiento que se hace cama, ni el combo habitual de aperitivo-vino tinto-relajante muscular-dos copas de champagne son suficientes.

—Quiero a los Dobles bien identificados. Para mí, hoy es la prioridad, incluso antes de que mis muchachos salgan a vender tu mierda —le repitió el ingeniero antes de despedirlo. Y entonces le regaló tres velas color morado. Quevedo sabe perfectamente lo que significan velas moradas. Debe ofrendárselas a San la Muerte si quiere conservar su salud. Lo que Diego no sabe es por qué su jefe se las ha dado.

Diego es muy supersticioso. Teme a las torturas que le pueden llegar por orden de San La Muerte, pero al mismo tiempo cree que es una iluminación superior la que le arroja verdades ocultas a su mente. Se encomienda a ella y se pone a rezar. Horas más tarde, su mente evoca conversaciones pasadas y, de esa manera, ella le da magnánimamente la idea que su cerebro busca.

El desconocido experto al que Clara acude cada vez que necesita información, el eficientísimo Señor de los Datos, como ella lo llama... Ese es el que va a saber encontrar a los Dobles. Diego pasa de la angustia a la alegría, y recién ahí se duerme.

El mundo exterior no es tan peligroso, trata de convencerse Ken. La terapia de inmersión en su vida pasada es un camino que otros como él probaron con muy buenos resultados. Sin ayuda, es una lucha perdida, le insistieron los desconocidos a los que consultó en la comunidad Hikikomoris en recuperación. Con esa convicción, Ken sigue a rajatabla las indicaciones del terapeuta. Dedicar parte de su tiempo a recolectar las imágenes que necesita: la mayoría llegan solas, apenas Ken carga los datos de tiempo y lugar. Otras, que tiene guardadas en archivos personales de seguridad media o alta, las transfiere él mismo de forma manual.

Las imágenes se hacen visibles a medida que se cargan, sin ningún orden cronológico. Aparece su padre, ya moribundo, en la cama del hospital. Es de pésima calidad, sin duda es de la cámara de seguridad. Luego otro video de su primer día en la playa, que vuelve del olvido con colores brillantes. Algún inicio escolar donde está él, de pequeño, contra un fondo dorado y vestido de marinerito. Pacientemente reconstruye su infancia en el Colegio Internacional de Tokio, las fiestas deportivas, su madre en quimono bajo un cerezo en flor. Imágenes y sonidos surgen de la nada y desaparecen dentro de una caja amarilla dibujada en píxeles.

En las primeras dos sesiones el terapeuta no le presenta grandes desafíos. Le hace responder algunas preguntas, le enseña técnicas de relajación. En realidad, es un período de preparación para ambos.

—Las emociones serán reales, las recompensas también. Sólo el lugar es falso —le advierte el tercer día, antes de lanzar la película en la que él se ve a sí mismo, o mejor dicho, al niño que alguna vez fue.

Mochila azul al hombro, un Ken de pocos años sube lentamente las escaleras que lo llevan al aula. Las aberturas de la escuela tienen rejas. Dentro del marco de aluminio de la ventana, las flores parecen presas. El niño camina. Ken reconoce sus pequeños zapatos negros, las baldosas grises gastadas, las paredes claras, un árbol artificial siempre en flor. De repente, siente un nudo en el estómago. Al final del pasillo está el rincón donde su enemigo lo acorralaba y mandaba a los otros pegarle. Pero ahora no hay nadie, puede continuar andando.

En las sesiones siguientes, la escena se repite. Ve a algunos de sus

maestros, un tutor que alguna vez impidió una tanda de golpes, algunos compañeros que se acercan, otros que siguen de largo. A veces Ken no puede evitar que sus rodillas se golpeen entre ellas, el niño y el adulto que lo revive tiemblan. Sus profesores están ahí cerca, pero no consigue comunicarles su temor y tiembla cada vez más, siente un agujero en el estómago. El terapeuta lo ayuda a manejar los síntomas. Pasados cuarenta y cuatro minutos, los profesores, la escuela, los bancos, los chicos malos, las flores artificiales y el patio de baldosas gastadas desaparecen. Al fin del último minuto, el terapeuta también se desvanece. La tecnología es inflexible.

El reloj de arena, en su base de oro y lapislázuli, tortura cada vez más al impostor. Diego no entiende los motivos, pero no le está siendo nada fácil llegar al experto en datos con el que trabaja Clara y que tiene que ayudarlo a reconocer a los Dobles que ahora le exige el ingeniero.

Preguntó por él de varias maneras, primero al pasar, después demostrando verdadero interés. Clara ni siquiera le dice el nombre. Pasan los días y sigue sin acceder al hombre. Tiene que resolver eso urgente, el ingeniero fue muy claro.

Diego empieza a sobornar a San La Muerte con flores cada vez más caras y cantidades exageradas de velas. Está nervioso, también porque oyó decir que el ingeniero habría mencionado que le gustaría conocer a la científica. Tiene que evitar por cualquier medio que ellos se encuentren porque van a dejarlo afuera. Su preocupación aumenta a niveles enfermizos, tiene que sacarle el nombre como sea.

Sin haberlo coordinado, hace una visita sorpresiva al Instituto Levent Mubarak. Apenas lo ve acercarse a su escritorio, Clara siente el golpe de su mirada. No sólo eso, la agarra con firmeza del mentón con la mano, se acerca a pocos centímetros de su boca temblorosa como para darle un beso, y antes de soltarla de manera brusca le pregunta:

—¿Quién te prepara los datos? ¿A quién le pasas toda la información?

Diego tiene una estrategia y es atrevida: torturarla con acusaciones sin sentido hasta hacerle perder el control y que diga sin más demora dónde está el hombre que le va a señalar los Dobles. Quiere nombre, apellido y dirección del genio de los datos. Clara palidece. ¿Por qué esa violencia absolutamente inesperada? No entiende el sentido de las preguntas, pero la maldad fría del mexicano la perfora.

—¿A quién le paso información? —pregunta.

—El espionaje es la segunda profesión más antigua del mundo. “Dios

habló a Moisés y le dijo: ‘Envía algunos hombres a espiar las tierras de Canaán...’” —declama Diego, regodeándose en su propio discurso sin sentido—. Los secretos siempre giran en torno a los mismos temas: amor prohibido, curiosidad indebida, promesas incumplidas, actos desesperados, deseos inadecuados —continúa él, gozando al ver que la mujer a cada segundo se vuelve más frágil frente a la munición pesada—. Si no quieres que lo encuentre, pues tendrás que esconderlo. Quietito y bajo tierra —amenaza. Y se va.

La estrategia le funciona, al menos parcialmente. Diego consigue intuir ese día, por la reacción de Clara, que la relación con el experto en tecnología de datos no es únicamente profesional. Pero para él sigue sin tener nombre.

Un pitido agudo despierta a Wilhelm, una alerta marca el mensaje como urgente. Es de Clara. La noticia es realmente importante. Cuando Clara aún está en *shock* por el ataque inexplicable de su primer benefactor, se entera de que puede regresar a trabajar en el Reino Unido. La carta es concreta: la autorización del Departamento de Migraciones es inmediata y, a partir del mes siguiente, el Old King’s College, como empleador, deberá hacerle un lugar y mantener todos los beneficios de la función original. El Estado es responsable de abonar los salarios atrasados.

—Ya se quién paga la próxima cena en el Dorchester —le dice Wilhelm al teléfono—. ¿Qué vas a hacer aparte de eso?

La lista de Clara es larga. Va desde emborracharse con tequila en una playa del Caribe hasta dar un discurso subida a un banquito en la Speakers’ Corner de Londres. Aunque lo primero va a ser regalarse dos horas en un spa. Se lo merece. Wilhelm se ríe y luego le advierte:

—La puerta está abierta de nuevo. Debes pensar con calma en todo lo que puede pasar después de que la atravieses.

Clara se ofrece un momento único sola, sin trabajo, ni compañías reales ni virtuales, aunque Wilhelm continúa ejerciendo su poder de guía actuando dentro de su mente. A medida que los vapores del sauna la relajan, rebobina su vida bajo una nueva perspectiva. Los últimos tiempos aparecen ante su vista como una navegación caótica, una tormenta tras otra, en la que el timón se había vuelto inútil. Ahora, la carta con los sellos oficiales del Departamento de Migración británico le trae nuevos vientos, y como le dijo Wilhelm, debe decidir hacia qué dirección poner proa.

Los aceites volátiles penetran sus pulmones y la llenan de energía. Bajo los efectos de la luminoterapia, sus ideas terminan de hacerse firmes. En la

sesión de masajes no es apenas su sangre la que circula a ritmo acelerado, sino también sus propósitos. Va a dedicar el resto de su vida al Instituto Levent Mubarak, eso está fuera de cuestión. Pero no puede dejar pasar esa oportunidad única de volver al Old King's College, uno de los centros de ciencia más prestigiosos y mejor equipados de Europa. Empieza a imaginar cómo sería continuar el proyecto de la segunda dosis en Londres.

El dinero de la OMS está a su nombre, y eso la dejó más tranquila después del brote de locura de Diego. Puede trasladar el proyecto entero a Londres, si así lo quiere. En el Old King's College las instalaciones son insuperables. La mente de Clara, efervescente, esboza para sí misma una nueva biografía.

Sale tan decidida que, camino al departamento, ya planea cómo va a organizar el nuevo laboratorio, redistribuir las responsabilidades del Instituto Levent Mubarak, y hasta prevé desinstalar el sistema de telepresencia cuando se vaya de París. La ansiedad por hablar con Ken apura sus pasos. Aprovecha el viaje para llamar a María, que se pone feliz por la noticia, por la reparación de la injusticia, pero más por recuperar a su amiga. Antes de subir al departamento, Clara compra flores, pan, queso, *foie gras*, chocolates y una botella pequeña de champagne.

Ken escucha las novedades en silencio.

—Por el regreso con gloria —dice finalmente levantando el brazo para brindar con su habitual vasito de sake.

Se miran a los ojos, ambos saben que es un punto de inflexión en sus vidas. Sin decirlo, Clara piensa que esa noche es tal vez una de las últimas compartidas con Ken. La telepresencia no se instala de un día para otro, actualizar todos los softwares que comandan la piel electrónica y las lentes de contacto puede llevar semanas. Sin esa extraña convivencia, su vida no será la misma. Él, en cambio, tendrá su cuerpo digitalizado, dispondrá de su banco de memoria, que guarda un millón y medio de escenas de ellos codificadas. “Podría reconstruirme —teme Clara— y dejar de necesitarme.” El temor no es descabellado. Él tampoco está tranquilo. Después de una distancia obligada, ella puede no querer acostumbrarse de nuevo a esa vida.

Esa noche disfrutaban sus cuerpos híbridos como hace mucho que no hacían. Es la intimidad carnal de un hombre y una mujer que consiguen olvidar que todo el tiempo actúan y observan, y alcanzan un goce que destroza el muro que separa los sentidos de la imaginación. Con impudicia, llevan su placer al máximo, el sexo tiene el sabor de las despedidas y al mismo tiempo de los inicios.

Aunque de sólo pensarlo el hombre real sufra palpitaciones, ese día le anuncia que está decidido a salir de su exclusión.

—Por el encuentro —dice él después de confesar su intención de volver al mundo real por ella.

Clara se emociona, su interior le dice que el futuro es brillante. Siente una extraña mezcla de nostalgia por lo que va a abandonar y entusiasmo por lo que va a vivir.

El ingeniero está reunido con sus colaboradores, pero dio órdenes de que apenas el licenciado Quevedo se anuncie, lo hagan entrar. Espera ansioso sus novedades.

Diego llegó a México esa mañana con dos noticias. La buena es que el cargamento de la segunda dosis va a estar listo en fecha, el proceso sigue sin inconvenientes. La mala es que todavía no pudo identificar a los Dobles.

—Que los hay, los hay —concluye riendo Diego, cuando termina de informarle de la situación.

Se hace silencio. El ingeniero observa la pantalla del reloj multifunción que lleva en su muñeca izquierda, lo señala con el índice de la mano derecha y mirando a los hombres que estaban con él, pronuncia:

—Yo siempre digo que, para conservar la vida, es necesario estar siempre alerta. Estos espías —dice señalándose ahora el pecho— controlan todo: colesterol, glucosa, hemoglobina. Hasta la testosterona, pero en eso último ando muy bien —se ríe, casi babeando—. San La Muerte recibe sus flores sólo porque siempre hay que diversificar, hasta la protección —se ríe aún más.

Cuando el ingeniero se refiere a controles, ni él, ni Diego, ni los otros piensan apenas en los modernos biosensores que le envían información a su reloj. Pero el jefe del cártel le sigue contando a Diego y los otros tres hombres detalles precisos de los dispositivos que le implantaron en el corazón para registrar en tiempo real qué situaciones ponen en riesgo su salud.

—UBS... Ubiquitous Monitoring Sensor —dice con su marcado acento texano. Da un sorbo a la bebida y se queda un rato callado—. Los Dobles me interesan mucho porque son un grado más de la evolución humana —continúa discursando el ingeniero, quien gusta de verse a sí mismo como el erudito que no es—. Ellos están mejor adaptados a la sociedad tecnológica que nosotros, es como si yo hubiera nacido con visión infrarroja, ¿te lo imaginas? Eso abre un mundo nuevo. No soy el único empresario interesado en la reingeniería humana.

El jefe habla sobre temas que no entiende, utiliza palabras memorizadas de lo que lee en internet, creyendo que nadie advierte su visión intrínsecamente limitada sobre la mayoría de los temas. Diego deja pasar varios errores, pero tiene el mal gusto de marcarle un par. Un inesperado ataque al ego que no pasa sin consecuencias.

El ingeniero mira su reloj pulsera. El ritmo cardíaco aumenta rápidamente, la presión sube aún más, el comportamiento hormonal está siendo evaluado por el cambio drástico de los parámetros. Una luz que titila en su muñeca le recuerda que el precio de su necesidad constante de reconocimiento puede ser muy alto. Diego lo percibe antes que otros, se da cuenta de que no es momento de buscar explicaciones para ese comportamiento aberrante e intenta enfriar la situación para no generar una crisis. Pero no lo consigue.

Dominado por haber sido avergonzado en público, por quedar expuesto ante sus subalternos de mirada complaciente un retrato de sí mismo que no coincide con lo que quiere mostrar, el ingeniero está realmente alterado. De repente, es como si Diego lo hubiera desnudado, mostrando un defecto que no quiere que nadie vea. La acusación que pesa sobre él no es tan importante, pero en la caverna de su inconsciente su incapacidad de resolverla la magnifica. La respuesta audible es un comentario sarcástico, la consecuencia muda es mucho más grave.

Uno de los hombres se levanta para salir y le hace señas inequívocas a Diego de que debe acompañarlo. Los otros dos se quedan con el ingeniero.

—Se cansó del pinche señorito. La quiere directamente a la mujer —le comunica esa noche uno de los que se quedaron al matón que había salido.

En la Isla de las Cobras, el sol ya se puso. El mar calmo de la bahía refleja un retrato de Noemí, además de la luna. Levent proyecta la cara más visible de la tragedia. Chico está en la primera fila, pero son muchas las cabezas morenas que escuchan a este sacerdote sin iglesia. Algunos, como Clara, que acaba de llegar de su segundo día de spa de la semana, lo siguen por internet.

—No nos quedemos con la sinrazón de un mundo hecho de lágrimas. Renazcamos para ayudar a los demás —dice Levent arrastrando las erres y sabiendo que un pedido así no puede dividir opiniones.

Levent relata que él mismo le dio a Chico un tónico milagroso, y que supo demasiado tarde que podría haber salvado a Noemí. ¡No era lo acordado! Clara había prometido mandarle a Levent los primeros comprimidos que salieran de los equipos, de allí a una semana, con toda la información

científica necesaria. Debía informar bien y ofrecérselo a pocas personas muy bien seleccionadas. Y allí, la pantalla le exhibe una fila de más de un centenar. Hay quienes se arrodillan y levantan los brazos. Afortunadamente, al final de la fila sólo hay un papel donde se firma el registro de quienes quieren recibir el tónico milagroso, y por qué. Incluye desde resfriados hasta pacientes oncológicos desahuciados.

La Isla de las Cobras podría ser un lugar donde sería irresponsable, por no decir injusto, perder más tiempo. Pero en ese momento, en el que Clara observa el poder que el francés ejerce sobre los demás, cuando ve bajo una nueva perspectiva cómo todos aplauden y se abrazan, sufre un *shock*. No era esto lo que esperaba cuando Levent le dijo: “La ciencia sin fe es manca”. Ahora debe decidir urgentemente qué hace. Una opción es esperar los tiempos de la OMS, que tiene la logística de la distribución de la segunda dosis pero también la divulgación bajo su responsabilidad. Otra es ir ella misma a la isla a aclarar todo rápido. ¿Qué hará con una jauría humana desbordada por la revelación divina?, se pregunta. Clara enfrenta una de las preguntas más difíciles de su vida. Pero antes que nada, debe preparar sus cosas para regresar a Londres.

Diego está en México, y el mensaje de la científica apenas informa que tiene varios asuntos importantes para hablar, pero que se va a ausentar unos días de París.

—Me tomo unos días de descanso, voy a desconectarme —le escribe sin darle ninguna referencia al destino de sus minivacaciones.

Te dejo mi cuerpo —le dice a Ken al despedirse.

Ken necesita esos días para acelerar su externación del mundo digital. El terapeuta nunca le da plazos ni garantías. “Vamos bien”, son siempre sus palabras. “Estamos llegando al punto de ver quién es el jefe de tu vida. Tu voluntad o ese monstruo que te tiene encarcelado”, le agregó las últimas veces. Pero sigue haciéndolo revivir diferentes traumas de la infancia, recreando escenas cotidianas del pasado.

La terapia de inmersión en su pasado no sigue un orden cronológico ni los momentos están siempre tal como fueron; en ciertos casos el terapeuta incluso borra algunas personas. Pero los importantes nunca faltan y son siempre los mismos. El principal es un chico vestido con el mismo uniforme escolar que Ken pero más gordito, siempre presente en las vivencias infantiles negativas.

Clara también aparece a veces. Cuando el terapeuta coloca imágenes de Clara, son nuevas, dotadas de alto grado de realismo. Ken está ahora frente a

ella con sus ojos color de mar, sus labios delicados, su cuerpo delgado y sensual. Los largos cabellos rubios que llegan a la línea oscura donde comienzan sus pechos...

—Puede hasta ser una navegación placentera —advierde el terapeuta— pero nadie te asegura que sean aguas seguras.

Cambia la imagen. Clara está ahora hablando con un hombre, en un parque. Ken amplía la imagen hasta dejar todo el resto del paisaje fuera de su radio de visión. Ahora está de nuevo ella sola para él. El doctor Lam anula inmediatamente el recorte de los celos. Hace zoom en sus propios ojos para lograr una mejor comunicación con su paciente y dice con firmeza:

—La principal característica del próximo nivel es que no tendrás todo el control.

Cuando Clara llega a Londres, manda un mensaje a todos sus contactos locales: “Volví!!!”. “No del todo”, piensa, y la idea le produce cierta excitación. Su avatar sigue en París, o en Tokio, ni ella lo sabe.

Clara toma el cuidado de entrar con el pie derecho al vetusto edificio del que salió la última vez con lágrimas en los ojos. Ve de lejos a una mujer alta y delgada, que le recuerda a Alice. Pestañea y piensa en otra cosa, no quiere que nada empañe ese momento, ni siquiera el recuerdo de su amiga. Al abrir la puerta de su viejo departamento, el olor a humedad que creía olvidado vuelve de manera inmediata a formar parte de su hábitat natural. Todo está igual como lo dejó, en parte porque María iba periódicamente a cuidarle la casa. Su amiga no escatima esfuerzos para ayudarla, es siempre el sostén para que ella no baje los brazos. “No te voy a defraudar”, le promete con el pensamiento.

Todo en Londres le parece extremadamente inspirador. Desde su ventana disfruta de una exposición de arte fugaz que se proyecta en el edificio de enfrente. Está siendo creada colectivamente, en ese mismo momento, en distintas partes de la ciudad. Los artistas autoconvocados por las redes sociales piden que nadie la comparta ni se quede con ningún registro porque es arte destinado únicamente a la memoria humana. Y ella, por primera vez en mucho tiempo, no se la pierde. “Debo haberme perdido tantas cosas...”, piensa con nostalgia.

Temprano a la mañana, y con la carta del gobierno en la cartera, va al Old King’s College a recuperar su lugar. Como una actriz que ensaya su parte camino al teatro, Clara camina por la avenida y va discursando. Es la líder de un proyecto revolucionario, apoyado por la máxima organización global del cuidado de la salud y que va a renovar el brillo de la ciencia británica. No

debe olvidarse de esto último, piensa. Ya tendrá tiempo de aclarar por qué la dejaron afuera en el brote de Bangkok y otras explicaciones que le deben, pero no necesita ser ahora. Al atravesar las altas puertas ya tiene elegidas las palabras con las que piensa sorprender a la plana mayor anunciando su regreso con gloria. Wilhelm tiene razón. Es una provocadora profesional.

En ese momento, escucha que la llaman. Es Griffin, que la vio de lejos. Clara no quiere enfrentarse con él todavía, sólo de recordar su perfume siente náuseas.

—¡Doctora Fend, qué alegría tenerla de nuevo aquí! —expresa Griffin, en lo que Clara cataloga como la primera burla del día. Con un tono jovial que ella no le conoce, la toma por ambas manos y le dice:

—El profesor Miles no llegó aún. Venga, doctora, vayamos a mi oficina y tomemos un té. Estoy ansioso por conocer el detalle. ¡Las buenas noticias no deben esperar!

A falta de motivos para negarse, Clara acepta la invitación. Griffin está locuaz. La actualiza de asuntos que no le interesan demasiado, como cambios en la estructura de la institución o la muerte de un par de *lords* desconocidos que integraban el cuadro de honor. Menciona también algunas cuestiones de política nacional que Clara finge no escuchar para evitar dar su opinión. Al final, se entera de que ya todos fueron informados de la restitución de su cargo.

—Bienvenida —dice el hombre levantando a modo de brindis su taza humeante.

Clara tiene muchas ganas de hablar. Las declaraciones grandilocuentes nacidas en el camino necesitan público, y aunque Griffin nunca sería su primera opción, empieza a contarle de su proyecto, del Instituto Levent Mubarak y de su plan de transferencia del proyecto al Old King's. Finalmente remata —disfrutando intensamente de la cara de sorpresa y admiración de su interlocutor— que es un encargo de la OMS.

—¡Excelente! —exclama Griffin.

A las 8.57, y mirando como de costumbre su reloj pulsera, el profesor Miles ingresa al pasillo que da acceso a su oficina. Es la misma hora de los últimos treinta y cinco años. Por eso, a las nueve en punto, Clara y Griffin se acercan a su puerta sin perder tiempo en consultar si llegó. Lo encuentran de espaldas, colocando el abrigo en una percha con sumo cuidado, como si mostrar una arruga fuera exhibir un pecado.

Clara y Griffin llegan con una sonrisa. Miles no se las devuelve, como si

no quisiera malgastar los músculos faciales.

—Buenos días, doctora Fend. Me imagino que está conforme con la finalización del proceso —declara como si hubieran pasado días y no años y muchas lágrimas en el medio.

—¡Feliz! —grita Clara, desbordando alegría como para mostrar que, a diferencia del director, tiene sangre latina en las venas.

Y sin que él le pregunte nada, empieza a exponer con entusiasmo su proyecto. Miles mira la punta de sus zapatos. En un momento hasta se le escapa un gesto grotesco, una mueca que muchos le conocen, porque la repite toda vez que nota alguna asimetría en los extremos de sus cordones.

—Es un asunto delicado —dice tras oír la propuesta de Clara—. Es muy delicado —repite con voz grave momentos después, con un gesto sombrío, como si los seiscientos años de historia del Old King's College estuvieran uno arriba de otro colocados sobre sus hombros—. Primero hay que definir su situación, si las condiciones contractuales se mantienen iguales, cómo establecer el acuerdo, definir quién va a ser su evaluador, cómo encaja en la estructura, qué recursos se deben mover y hacia dónde...

El director continúa con la lista de requisitos formales clavándole sus fríos ojos. Dice también que, para iniciar un proyecto nuevo, el Comité Consultivo de Expertos Independientes debe ser notificado. Y como la reglamentación exige noventa días de anterioridad a la fecha propuesta de inicio, el resto de la documentación quedaría para el siguiente año fiscal.

El panorama se muestra sombrío. Sobre todo, cuando concluye:

—Esa parte es la fácil.

El asunto más delicado, en su opinión, es otro.

—¿Será que la OMS pretenderá fiscalizar las actividades del Old King's College? No está de más repetirlo: el Old King's College es un instituto autónomo.

Clara no puede creer que, de todo, lo único que a Miles apenas le importe sea un asunto de territorio.

—Los términos con la OMS están bien definidos: ellos intervienen en la financiación y logística. ¡Nada más! —declara ella con firmeza.

—En una situación similar, en circunstancias que no vienen al caso, una vez iniciado el proyecto sacaron una disposición especial por la que para liberar los pagos correspondientes exigían evaluación externa —apunta Miles.

—Lo veo poco probable —tercia Griffin—. Un rayo nunca cae dos veces en el mismo lugar.

—Vine apenas a recuperar mi salario y mi cargo, como lo indica la ley — interrumpe altanera Clara—. Si les interesa, les ofrezco firmar un plan de cooperación entre el Old King's y el Instituto Levent Mubarak de Investigación, Innovación y Emprendedorismo para el uso transitorio de las instalaciones. Cooperar no es controlar, es una relación bilateral —resume. Maldice su vanidad, que la hizo volver a la prisión después de conocer la libertad. Se da cuenta de que ni bien entró, ya quiere salir. Pero no se va a dejar vencer.

—La gestión de una institución no es tan sencilla, querida. Tenemos que ser cautelosos para no tocar intereses que en último caso podrían perjudicarnos —relativiza Miles ahora en tono más amigable. Aun así, sus palabras oscurecen el día iluminado de expectativas.

—Déjenme ayudar —dice Griffin, levantándose de la silla y obligando así a sus interlocutores a mirar para arriba—. Recomiendo que confíen en mí. Yo me ocupo de reunir a las partes y combinar las condiciones.

Clara está a punto de abrir la boca, cuando siente en sus hombros las manos de Griffin, un contacto físico inesperado.

—Voy a intentar convocar a los de la OMS para el lunes —dice, dirigiéndose a Clara con una sonrisa cómplice.

Clara sale desconcertada. Hasta podría decir que la actitud de Miles no es completamente inesperada, pero no sabe qué pretende Griffin con ese espíritu de mediador que no es habitual en él. Opta por permanecer callada, sigue caminando rápido mientras piensa que es la primera vez en la vida que ellos dos recorren ese pasillo en armonía.

—Busquemos un punto de consenso. El profesor Miles está muerto de miedo después de lo que pasó con la vacuna —le explica Griffin apenas se alejan un poco—. Para cubrirse de posibles riesgos, va a pedir que intervengan los de relaciones institucionales, y que sean ellos quienes convoquen a la OMS y a los ministerios involucrados...

—Ciencia, Salud, Innovación, Medioambiente —enumera Clara—. ¿Va a convocar a todos?

—Todos. Y no va a poner fecha a la reunión sin consultar al área de ceremonial y protocolo, al pronóstico meteorológico y a la agenda de la familia real —agrega Griffin con una irreverencia inédita.

—Hay gente que no cambia...

—El lunes se resuelve todo.

Clara lo mira con extrañeza. Griffin tiene un brillo en los ojos que Clara

no recordaba. Su mirada no la amenaza como siempre, por el contrario, disipa cualquier temor. Con el pretexto de que necesita caminar más, la acompaña hasta la estación. Clara termina de convencerse de que Griffin está cambiado. Actúa como si se hubiera convertido en un aliado.

—Ya está —dice Griffin momentos después, apenas consulta sus mensajes—. Lunes a las nueve. Viene el encargado de relaciones institucionales de la OMS, un antiguo compañero de la universidad. Me pide que le mandemos lo antes posible los datos así llega con las cosas masticadas.

—¡Por fin! —dice Clara elevando las manos al cielo—. El Old King's College está cambiando.

Clara recibe la invitación para la reunión con gente de la OMS y del Old King's College, que va a ser el lunes, o sea, tres días después. En la lista de Griffin aparecen media docena de participantes, algunos que ella no conoce personalmente. Le sorprende ver el nombre de Wilhelm, no se imagina a título de qué fue invitado su mentor, pero siempre le hace feliz encontrarlo. Griffin le pide que lleve todos los documentos de su proyecto. “Originales”, remarca.

—¡Está más simpático pero sigue siendo un burócrata anacrónico! —escupe Clara y se pide otra cerveza.

María, que está con ella, oyó apenas el final de la frase y asume que el insulto se refiere a Miles. El director tiene el dudoso privilegio de ser el foco del odio hasta de ella, alguien que no detesta a casi nadie. María lo considera soberbio, altanero, intransigente, acomodaticio, mentiroso, corrupto, y unos cuantos adjetivos más que convierten al prestigioso director del Old King's College de Londres en un demonio de guantes blancos. Cuando se entera de que el insulto fue para Griffin, con quien la reciente amistad parece haber durado poco, se ríe y la convence de atender el pedido. Coincide con ella en que se trata de un requisito ridículo, pero que debe llevarlo aunque más no sea para no servirles en bandeja lo que necesitan para atrasar las cosas.

A regañadientes, y diciéndose a sí misma que el viaje a París para buscar los documentos le va a venir bien para traerse algunas cosas del departamento, el sábado Clara toma el primer vuelo de la mañana. Del aeropuerto de Orly va directo al Instituto Levent Mubarak, sube las escaleras y dos minutos más tarde las baja con una carpeta con apenas tres páginas llenas de sellos y firmas. Notifica a Griffin, sin esperar respuesta, pero este inmediatamente la llama. Clara se sorprende de que esté trabajando un sábado por la mañana.

—Necesitamos convocar a la reunión del lunes a esa persona que te ayudó para el acuerdo con la OMS.

—¿Quién, Diego? —pregunta Clara—. Imposible, no está en Europa, se iba a México.

—Que se tome un vuelo y venga a la reunión —suelta Griffin ríspidamente.

—Otra esposa que me va a amar —bromea Clara.

—Me imagino que su jefe ya lo habrá convocado... pero, aunque no es políticamente correcto decirlo, no hay dudas de que una mujer puede ser más convincente —le responde siguiendo la broma.

—Voy a intentar ubicarlo —miente Clara.

—OK, hasta el lunes.

Es obvio que Clara no va a decirle nada a Diego. Es más, habría preferido que ni se enterara de sus movimientos hasta que estuviera todo cerrado. ¿Cómo se lo habrá tomado? Se siente desleal. “Con todo lo que me ayudó para crear a todo vapor el Instituto Levent Mubarak...” Piensa en el apoyo que le dio, la confianza que desde un primer momento depositó en ella. Para aliviar la culpa, trata de revivir la última discusión, aunque se lo perdona porque sabe que un día de furia lo tiene cualquiera. Finalmente, se dice que no fue a París a sufrir y se saca el asunto de la cabeza.

Con la carpeta en el bolso, va al departamento a buscar ropa para llevar a Londres, y además porque aún hay alguien que la espera. Quiere verle la cara a Ken cuando le pregunte si ya tuvo sexo con su dócil avatar. “No sé si quiero oír la verdad o prefiero que me mienta”, piensa.

La telepresencia sigue conectada y Ken no la escucha entrar. Está en la cama con los ojos tapados, desnudo, las manos completamente blancas. Los dedos, empolvados con una harina hecha de nanotransistores. Los dedos se mueven, y por una química de ceros y unos las señales placenteras llegan a su cerebro; es un complemento de la piel electrónica. ¿Es así cómo la acaricia cuando está solo? Lo mira en silencio, no lo interrumpe. En ese momento, Ken se destapa los ojos y la ve.

—¿Y? —pregunta ella.

—No es para débiles —concluye Ken. Había viajado con el avatar de Clara por los recovecos ilimitados del hipersexo. Había puesto en riesgo su músculo cardíaco, pero la felicidad se le había escapado.

Clara se desnuda. Retira de una caja toda la parafernalia electrónica y se viste para hacer el amor. No es la mera telepatía de dos individuos que desean ser uno solo, es un erotismo que sólo ellos conocen, un volcán de emociones y de sensaciones que alcanzaron después de mucho tiempo de comprenderse a la distancia.

Al día siguiente, Clara vuelve a Londres, donde tienen planes para los dos. Aunque disfrutan del momento como amantes que ignoran si existe un mañana.

Cuando Clara sale, Ken vuelve a sus preparativos. Ese día va a probar su salvavidas para salir al mundo abierto. Es un gel transparente que torna cualquier material, incluso su propia piel, en una superficie digital sensible al tacto. Es un paliativo, le dijo el terapeuta de mala manera, debía aprender a andar sin muletas. Pero para el japonés ese gel es imprescindible, aún si no lo usa. Bastará rociar cualquier objeto con el fluido, y en minutos lo convertirá en una pantalla que detectará sus órdenes y las obedecerá. En sus años de reclusión se cansó de ver noticias de delincuentes vaciando los bolsillos de la gente, y le estremece pensar que cuando salga puedan robarle su pantalla portátil. La desconexión es un tormento que no podrá afrontar. Aunque le roben todo el resto de lo que tenga, con esa botellita que parece de agua siempre podrá refugiarse nuevamente en el mundo que conoce y domina. Mientras que conserve al menos ese recipiente de plástico, permanecerá vivo.

Quedarse sin batería es otro de sus temores, por eso en su pecho lampiño una red flexible adherida a la piel se mueve siguiendo el ritmo respiratorio. La energía de su cuerpo en movimiento alimenta la batería. En un futuro, le pedirá a un cirujano que se lo implante en el interior de su cuerpo, así el sistema perderá menos energía y su vida alcanzará mayor autonomía.

Ken programa la primera salida, será por el barrio. Ni siquiera tiene el calzado adecuado, apenas pantuflas, y desconoce hasta lo más simple, por ejemplo, qué hora es en la ciudad donde vive, ya que desde que conoció a Clara se acomodó al huso horario de París. Se compra zapatillas por internet y cambia su reloj porque, dos días después y por primera vez en más de veinte años, se propone atravesar la puerta con la obligación de mantenerse en el exterior al menos veinticinco minutos. La vida de hombre libre está cada vez más cerca.

Esa noche todavía debe realiza un ejercicio que su terapeuta considera imprescindible para salir: escribir a mano. Ken es tenaz y está decidido. El deber del día es copiar en un papel el aforismo que le dicta el maestro:

*Así como la pluma fluye en el papel,
también lo hace en el pensamiento.*

Escribe, lentamente y tratando de repetir el grosor, la inclinación y los espacios entre un trazo y el siguiente. El doctor Lam lo observa en silencio, sentado a la mesa con el cuerpo encorvado y la mirada fija en su mano derecha. No se lo transmite a su paciente, pero teme que cuando salga el joven

no pueda hacer frente a las necesidades urbanas más simples, sus hábitos cognitivos ya no son de este mundo. Dibujar ideogramas es un arte anacrónico a primera vista, pero según muestran los estudios, parte importante del proceso de desavatarización. Ken es un paciente obediente, que siente como si aquel niño que escribía la lengua de sus antepasados hubiera sido otro y no él. Aun así, repite una y otra vez un movimiento firme de muñeca, de abajo para arriba y de arriba para abajo. Sus dedos, tan ágiles en el mundo digital, se demoran en recibir las órdenes del cerebro. Los minutos se le antojan eternos.

—¡Es tiempo perdido! —grita, levantándose de la mesa.

—La terapia de desavatarización no es simple.

Escribir nuevamente a mano no es estrictamente una necesidad práctica para salir a la calle, le explica el terapeuta, pero ese entrenamiento es parte de un tratamiento mental en el que su visión del mundo precisa ser reinventada. Debe salir del esquema de la simultaneidad digital, en el que todo ocurre y está al mismo tiempo, y entrar con paso firme en un terreno analógico, donde las cosas suceden por etapas, una atrás de otra. Escribir a mano es sólo una técnica para reorganizar esa secuencia en las redes neuronales.

Inicia una nueva hoja. Mientras Ken desliza la pluma, el terapeuta hace el inventario de todas las aptitudes que perdió su paciente a lo largo de su reclusión digital.

“En la vida *offline* lo más importante es planificar. No se puede materializar un abrigo en el momento que empieza el frío.”

“La gente puede interactuar con uno sin que el contacto esté previamente autorizado.”

“En la calle tendrás una única cara, la propia...”, continúa el terapeuta sacándolo de sus sueños.

“La palabra *imposible* volverá a tener sentido.”

Ken no quiere saber más. Mira sus dedos, esos instrumentos de precisión que, revestidos con el polvo de nanotransistores, le dan todo el placer que necesita. Cuando salga, nada será igual. ¿Cómo se le pondrá la piel? ¿Se volverán ásperos sus pies? ¿Y el olor de las personas? El japonés empieza a dudar del valor de volver a ser un hombre normal.

—Podrás saber siempre dónde está Clara, pero no podrás hacer nada para acortar de manera instantánea la distancia entre ustedes —agrega el terapeuta.

Ken se detiene a reflexionar en lo que va a perder. Por un momento piensa, por primera vez, que el día que salga al otro mundo conocerá el significado verdadero de la soledad. Como si adivinara su desánimo, el doctor Lam dice:

—En la fase de rehumanización vas a recuperar todo lo perdido.

—¡O perder lo ganado! —completa Ken con un dejo de nostalgia.

Wilhelm también llega a Londres el domingo a la noche, como Clara. Al día siguiente es la reunión en el Old King's College a la que lo invitó Griffin en carácter de mentor de Clara, pero antes la muchacha debe cumplir su promesa. Los ojos de Wilhelm reflejan expectativa. Quiere ver cómo se siente Clara al pagar, por primera vez, la abultada cuenta de un restaurante de lujo.

Está también sediento de detalles sobre algo que ella le había adelantado cuando hablaron para combinar la cena. “Griffin tiene una amante”, le había dicho con picardía. Wilhelm espera buena información, ambiciona evidencias concretas, hasta tiene esperanzas de escuchar algún nombre conocido. Pero no es sólo eso. Quiere preparar a su protegida para pasar la prueba del día siguiente. Está ansioso como un entrenador de boxeo viendo a su pupilo favorito subir al ring, pero intenta no demostrarlo. Por eso comienza pidiéndole detalles de la infidelidad ajena.

—No tengo pruebas, pero no hay otra explicación: está irreconocible, simpático, alegre. ¡No me buscó pelea ni una vez! Y perdóname que te lo diga, pero el que está cada vez peor es tu amigo...

Decepcionado, Wilhelm abre la boca para bostezar de forma ostensiva, exagerada. No sólo porque la confidencia no era tal, sino porque sabe que el tono de voz al decir “tu amigo” se refiere a Miles. En los últimos años, las quejas totalmente inconducentes referidas a Miles se habían vuelto un lugar común en las conversaciones de Clara.

—Clara, es necesario pensar bien lo que vas a decir mañana —dice llevando la conversación al objetivo concreto del encuentro—. Te van a tirar a matar... tengo miedo —se sincera.

—Si lo hacen, son unos tontos. Les llevo todo servido en bandeja. Pero no es necesario preocuparse, va a ser apenas un trámite para firmar un acuerdo de cooperación. Si se ponen demasiado exigentes, los mando al diablo y continúo en París —asegura mientras pasa la pasta de aceitunas con tanta determinación que el pequeño cuchillo convierte la delgada galleta en migas.

—Ken también va a trabajar en el proyecto.

Wilhelm se encoge de hombros. No sabe nada de ese Ken, ni siquiera oyó hablar de él como para darle a la noticia la importancia que se merece. En el momento piensa que es un becario de un país pobre al que Clara quiere ayudar, algún científico del Old King's College que ella conoce desde antes. Y la deliciosa cena continúa, como es habitual entre ellos, como telón de fondo

de una discusión científica. El tema ahora es el virus LPV, que está siendo profundamente investigado y termina, como siempre, sobre los recortes presupuestarios que afectan cada vez más a los estudios epidemiológicos, y sobre la cantidad de dinero que se va por la cloaca en estudios innecesarios de sustancias potencialmente utilizables en guerras biológicas.

Clara se anima a preguntarle por el trabajo del científico que descubrió el nexo entre ella y los humanos transgénicos, del que no se recuerda el nombre del autor. “El *paper* duerme en un cajón”, dice Wilhelm con el tono de voz de quien no quiere hablar del tema. Ella comprende que pronto llegará el momento de hablar de eso, sobre todo cuando vuelva a trabajar en el Old King’s College, pero por ahora decide no insistir.

—¿Viste qué bien que está Chico? —dice Clara cambiando de asunto—. ¡La última medición de testosterona ya dio niveles compatibles con su edad!

—Mañana no les vas a contar la historia de Chico, ¿verdad? Porque ahí, en vez de un laboratorio, te arman un santuario —dice Wilhelm con sorna, aunque él mismo había quedado impresionado con el caso.

—Ahora, cada vez que alguien me pone el pie para que me caiga, pienso en la cantidad de chicos que puede haber en el mundo, esperando algo que yo puedo darles...

—Ese mulato está muy bien para un anuncio publicitario... —dice Wilhelm—. Pero mañana van a sacar las flechas para matarte, querida amiga. No actúes como la santa guerrera que venció al dragón.

Esa noche, Wilhelm no duerme. Da vueltas en la cama, mil veces. En cambio, ninguna sombra altera el descanso de Clara. Apoya su cabeza en la almohada tranquila, como quien al día siguiente debe rendir un examen para el que tiene todo estudiado.

CAPÍTULO 17

Clara llega al Old King's College a las 8.58. Caminó las últimas calles con entusiasmo, recordando los momentos maravillosos que pasó en ese lugar, y lo que el Old King's College representó en su vida. Fue allí donde descubrió cómo se unían las proteínas que protegían al virus y a partir de eso diseñó un virus artificial que podía transmitirse como uno natural, pero sin ser destruido por las defensas del cuerpo. Fue allí donde desarrolló y luego perfeccionó su vacuna, y fue también allí donde hizo los primeros movimientos en el mundo de la biovigilancia virtual. Los recuerdos la energizan.

La reunión no será en la oficina de Miles, se entera al ingresar al edificio. Está reservada la sala VI. Sale corriendo, haciendo un indecoroso ruido con sus tacos porque esa sala queda en la otra punta del edificio. Entre ascensores que están en otro piso y puertas que demoran en abrirse, llega al lugar indicado a las 9.09. El profesor Miles, Griffin y Wilhelm ya están allí. Y no son apenas media docena de personas, como ella esperaba.

La sala IV es una sala de telepresencia con forma de auditorio. Las dos filas de asientos que miran de frente a la pantalla están completas y hay algunas personas de pie, atrás. La plana mayor del Old King's College, que normalmente aparece apenas para la foto, está allí. Clara está nerviosa por el público inesperado, pero es la primera vez que lleva un proyecto de prestigio y que además llega con dinero. Sonríe a todos, con el porte de alguien que llegó a la cima.

Se dirige a la primera fila, al lugar que tiene en la mesa un cartel con su nombre y se sienta tratando de no hacer mucho ruido. Recién ahí se da cuenta de que en el extremo superior derecho de la pantalla que ocupa todo el frente de la sala está la bandera cuadrada de Suiza. En el centro, sobre la pared, la insignia de la OMS. Y a lo largo de esa mesa situada a cientos de kilómetros de Londres, media docena de rostros que desconoce.

El profesor Miles inicia la reunión, la cámara principal lo enfoca. Gasta varios minutos en los saludos protocolares de rigor. Clara aprovecha para mirar a sus costados tratando de leer los carteles que identifican a las personas de la sala, pero el ángulo no se lo permite. Sin llamar la atención consigue leer la identificación del que está frente a ella, en la pantalla. Es un hombre de rasgos finos y un impronunciable nombre nórdico bajo el cual dice:

Asuntos legales. Nunca lo vio antes. Al fin y al cabo, con el único funcionario de la OMS con el que interactuó personalmente fue con Diego Quevedo, que no está allí.

El profesor Miles sigue con su discurso, Clara podría recitarlo de memoria. El director siempre hace un homenaje “a los que nos precedieron en la responsabilidad y el orgullo... ciencia... humanidad...”. La pelirroja de Recursos Humanos que conoció hace años en condiciones completamente distintas, se acerca de forma silenciosa a Clara, quien le entrega la carpeta con los documentos originales que fue a buscar a París. Pero no es sólo eso lo que busca. La mujer, con una lapicera abierta, le indica una línea en un papel protocolizado que en la parte inferior lleva su nombre. Con la pluma de oro, le hace señas inequívocas de que debe firmar allí.

—En caso de que falte documentación, es para indicar que como persona jurídica es responsable por todo lo que declara —le susurra—. Y que se compromete a presentar las evidencias si son solicitadas.

Clara siente que medio centenar de ojos la miran cuando se dispone a repetir el centenario rito de escribir su nombre para autenticar el contenido de un papel. Pero no se imagina por qué están todos tan interesados. Empieza a leerlo, tratando de no resultar descortés con Miles, que sigue hablando. El director interrumpe las palabras y la mira, como apurándola. Clara hace entonces lo único que, con tanto público, puede hacer: firmar. Rompe el silencio con una risa sarcástica y moviendo la cabeza a uno y otro lado dice:

—Santa burocracia.

En ese momento, la cámara de la pantalla hace foco en un hombre muy alto y de traje oscuro que toma la palabra. Sin presentarse siquiera, le pide a Clara que haga un resumen de la situación y le solicita que comience desde el momento que entró en contacto con Diego Quevedo. La científica está sorprendida no sólo porque alguien se animó a interrumpir a Miles, sino porque la reunión tomó el aspecto de un interrogatorio policial. Aun así, relata cómo conoció al mexicano a través de Wilhelm, y destaca su eficiencia y profesionalismo. Con los agradecimientos, intenta impresionar al auditorio, pero el hombre alto la interrumpe:

—Gracias, doctora Fend. El punto principal —dice dirigiéndose al público, mientras la foto oficial de Diego ocupa la pantalla— es que este señor, el licenciado Diego Quevedo, es un asesor categoría F. Para que evalúen lo que eso significa en la organización, un asesor categoría F no tiene ni siquiera salario. Apenas recibe reembolso de gastos que hayan sido

previamente autorizados por alguien de mayor categoría, y seguro de vida básico, que es obligatorio para vivir en Suiza. Eso da una idea de su importancia en la estructura.

—¿Tiene autoridad para establecer, ratificar o adherir a convenios? — pregunta Miles.

—No —responde con rapidez—. Ni siquiera puede introducir a debate propuestas en forma directa. Debe presentárselo a algún miembro de las comisiones específicas, lo que nunca ocurrió. El documento que la doctora Fend firmó es, sin duda alguna, falso.

Un ataque terrorista que volara el techo del edificio habría causado menos efecto en Clara que esas últimas palabras. Escucha todo con la boca entreabierta, en asombroso silencio. El funcionario resalta también que el mencionado Instituto Levent Mubarak de Investigación, Innovación y Emprendedorismo al que ella hizo referencia no está inscripto en las bases de datos, y que los documentos presentados por la doctora Fend no tienen correspondencia en sus archivos. A una señal suya, otra persona hace saber que tampoco consta en sus registros ningún proyecto con el número o título mencionado por el documento que presentó la investigadora, y que tampoco hay traspaso de fondos, contratos de científicos o técnicos, compra de material, etcétera.

—Por último, realizamos una búsqueda con el nombre de Clara Fend para los últimos seis meses. Sólo arroja un resultado: el memo de una reunión con el mencionado asesor para tratar asuntos de interés público. O sea, para decirlo en dos palabras, estamos frente a un aventurero. Un oportunista muy arriesgado, probablemente parte de una red con objetivos desconocidos. Y todas las evidencias indican que la doctora es una víctima.

Ninguno de los participantes de la reunión que están en ese momento en Londres se inmuta porque todos ya estaban al tanto de lo que se iba a decir, incluso Wilhelm, que se había encontrado con el profesor Miles para desayunar bien temprano. A Clara en cambio la visión se le nubla, siente un nudo en la garganta, le parece que su cabeza va a estallar. No entiende nada, está furiosa. Con Diego, con Wilhelm, con ella misma, con el mundo. En ese momento le llega un mensaje. Lo lee discretamente, es un aforismo. Se lo manda Wilhelm, que está en la penumbra de la sala: “La capacidad de permanecer calmos, adaptarse y continuar es lo que separa ganadores de perdedores”.

Darle ánimo. Clara comprende que esa es la única ayuda que Wilhelm, o

cualquier otro, puede ofrecerle en ese momento. Trata de concentrarse. Ahora es otro el hombre que habla, también en la pantalla de Ginebra, con voz monocorde plagada de oscuros términos jurídicos.

—A través de la puntual observancia de lo dispuesto por las normas... practicado por un agente que no respetó las garantías fundamentales consagradas... Y los instrumentos ratificados...

Clara se sobresalta cuando escucha algunas palabras como *delito*, *penal*, *blanqueo de dinero*, aunque la mayor parte de la información se le escapa. Se habla de organismos europeos de seguridad, inmunidad diplomática y la policía local de donde ocurrieron los hechos. El resto de la reunión la vive como drogada, ajena a todo lo que pasa. Al final, digita trece palabras discutidas durante más de dos horas por más de una decena de personas y se lo manda a Diego: “No llego el martes. A la brevedad haré saber una nueva fecha”, escribe Clara, con una cámara enfocando su mano. Y ante la mirada expectante de los ojos situados a ambos lados de los Alpes aprieta ENVIAR.

Clara logra salir de la reunión con su rubia cabeza aún pegada a su cuello, y no es por casualidad. Rápido de reflejos, y conociendo la situación unas horas antes que los otros, Griffin había conseguido los argumentos para salvarla.

Hábil para las negociaciones, por la noche había pensado los conceptos necesarios para convencer a los dos o tres que definirían el caso de que lo único importante era despegarse del embaucador que operaba en nombre de ellos. Griffin tenía plena conciencia de que el terreno en la OMS estaba fértil para acuerdos. El ente estaba desacreditado después de varios escándalos de corrupción e inoperancia, y aún más tras el innmercido golpe de imagen de la campaña del 4yu. Pero eso no era lo esencial. La institución estaba viviendo la peor crisis económica de su historia y el paquete de austeridad empujó la suerte del lado de Clara. En una situación en la que se tendrían que lanzar profundas investigaciones, la conveniencia financiera movió el timón. Las palabras mágicas de Griffin esa madrugada fueron “se podría calcular cómo impactaría un nuevo frente legal sobre el bono anual de los funcionarios”, y a las seis de la mañana, los convenció de la conveniencia económica de encarar un enfoque simple de reducción de daños. No habiendo aún ninguna denuncia formal, el asunto se podía tratar a puertas cerradas. Lo que iba a ser más barato.

La decisión final era provechosa para todos, pero sobre todo para Clara, que quedaba apenas como víctima. Griffin, sin embargo, no podía protegerla

de todo. Para ella, lo peor vendrá horas más tarde, cuando deberá hacerse cargo de todas las irregularidades cometidas desde que salió de Londres hasta el maldito día que conoció a Diego.

Las decisiones tomadas a partir de la biovigilancia secreta, los fraudes posteriores. Clara se queda explicando, argumentando y defendiéndose hasta altas horas de la madrugada. Afortunadamente, en la oficina del profesor Miles son pocos escuchando la historia: el propio director, Griffin y Wilhelm. Sólo Griffin parece estar ahí con intenciones de aligerar el que tal vez es el peor día de la vida de Clara. El profesor Miles elige las palabras, pocas, pero extremadamente hirientes. Sus preguntas son escasas pero punzantes, los comentarios estrictamente seleccionados para ser dolorosos. Wilhelm permanece casi todo el tiempo callado, y no sólo porque ya supiera gran parte de la historia, sino porque le preocupa su propia situación. Su accionar era una paleta de exenciones, abusos y singularidades cuestionables, sin contar la existencia de un poema de ADN que está dando la vuelta al mundo y que probablemente haya salido de su heladera.

Clara llega muy tarde a su casa. El té de tilo y el ansiolítico se muestran insuficientes para calmarla. Llama a María, durante una larga hora se desahoga con ella. Su amiga insiste en atribuirle toda la responsabilidad a Miles, que no supo defenderla cuando era preciso. Clara le agradece el afecto, pero tiene la honestidad de culparse a sí misma por lo ocurrido. Duerme apenas cuarenta minutos. Demasiado poco para la prueba que le agendaron para las once de la mañana del día siguiente: enfrentar a un agente de la Policía Europea.

La científica ingresa a la sala grande y casi vacía. En el extremo opuesto a la puerta de entrada hay una mesa con dos sillas enfrentadas. Una de ellas ya ocupada. La incertidumbre sobre lo que va a pasar le pesa más que una condena. Sus ojos rojos revelan que la noche fue larga. Un caramelo intenta, con éxito relativo, disimular que hasta la saliva la abandonó dejándole la boca seca. Escucha todo con la mirada baja.

—Estamos siguiendo la actividad de unas personas llamadas Dobles — dice a modo de saludo el agente Joest, que apenas Clara toma asiento se levanta de su silla y empieza a caminar de un lado a otro de la sala—. Son hombres y mujeres con capacidad de burlar sistemas de seguridad biométricos —dice la voz ahora a sus espaldas—. A través del robo de identidad tienen una participación muy activa en el narcotráfico, contrabando y otros delitos.

El hombre hace un largo silencio, marcado rítmicamente por sus pasos firmes que van y vienen pero no lo llevan a ningún lado. Clara, sentada y

arropada en un abrigo gris de lana, no sabe qué decir, y calla. El uniformado, con su metro noventa y cinco de altura ocupando todo el aire a su lado, se coloca de nuevo frente a ella.

—Estos Dobles son seres humanos transgénicos, híbridos, y entiendo, doctora, que no necesito explicarle de qué se trata.

Clara baja aún más la cabeza. Durante la hora siguiente, el policía habla sin parar. A Clara le cuesta concentrarse, no entiende qué tiene que ver una cosa con otra. Los transgénicos que ella estudió tenían cuerpos horriblos, enfermedades inexplicables, pero ¿de qué le habla?, ¿de personas sin huellas digitales? ¿Ella tiene algo que ver con eso?

El hombre no le ofrece ni un vaso de agua, y Clara, muerta de sed, no junta el coraje para interrumpir su discurso para pedírselo. Trata de entender por qué ahora está haciendo una exposición de cómo son los procedimientos altamente complejos de la investigación criminal. El policía se toma su tiempo para ofrecer su clase magistral sobre seguridad internacional. Como supone que su interlocutora lo puede entender, abunda en detalles técnicos. Se nota que es un apasionado. Clara sigue sin saber por qué está escuchando todo eso, pero al menos ya se da cuenta de algo importante: no la habían convocado para un interrogatorio.

—Estamos viviendo una era de oro —dice en un momento el policía con tono nostálgico—. Usamos la red de controles biométricos de empresas, fronteras y entidades públicas y nuestros ojos llegan a todos lados. La base universal de datos biométricos nos permitió soñar por primera vez con que no habría crimen sin solución. ¿Escuchó bien, doctora Fend? ¡No habría crimen sin solución! —repite—. No más delincuentes sueltos, no más inocentes en la cárcel. Es increíble todo lo que se puede hacer en términos de seguridad con una base de datos de ocho mil millones de personas... Pero ahora...

Clara está cada vez más sedienta, la boca le quema, su lengua está áspera. Mareada y con la presión por el piso, no está segura de poder seguir la línea de pensamiento del policía. En verdad, no está segura de nada. Sólo sabe que frente a ella hay un hombre de piel color mármol y mirada fría que la está acusando de ser partícipe necesaria de una gran cantidad de crímenes de los que nunca oyó hablar. Y sobre todo se pregunta qué espera de ella. La nueva duda es peor que la antigua incertidumbre.

—¡Estamos frente a una tragedia! —grita Joest mientras da un golpe seco en la mesa que hace saltar el polvo—. ¿Entiende, doctora? La ciencia forense se construyó basándose en una población en la que cada persona es siempre

igual a sí misma, genéticamente homogénea y que tiene sus propias huellas dactilares. Esa realidad no existe más. ¿Entiende, doctora? ¡Todo lo que construimos en la Policía científica ahora no sirve para nada! —vuelve a gritar.

Clara permanece callada, sin moverse. Al menos voluntariamente, porque su cuerpo tiembla.

—¿Y por qué? —grita Joest dando otro golpe, aún más fuerte, en la mesa—. ¡Simplemente, porque a algunas personas les gusta jugar a ser Dios!

—A Dios no siempre le salen bien las cosas —intenta defenderse Clara—. Los humanos tenemos la responsabilidad de hacer del mundo algo mejor.

—Ja, ja, ja —ríe el hombre.

Alguien debería haber alertado a Clara de que los uniformados no perdonan ironías. Sobre todo, de personas indisciplinadas como ella.

—Algunos ambiciosos vieron el filón económico y se propusieron hacer un nuevo registro, más complejo, de la población. Los funcionarios públicos, inocentes algunos, corruptos otros, están comprando la idea. Pero dígame, doctora, si la identidad puede cambiar de forma imprevista, ¿de qué sirve volver a sacarle una foto estática a una realidad dinámica? —vuelve a gritar.

El aire está pesado, o eso al menos es lo que siente Clara. Se escucha a sí misma ensayar unas palabras.

—No sé, no es mi especialidad, deben estar confundidos...

La voz seca de Joest demuestra que la duda no está en su menú de emociones:

—Doctora Fend, no estamos confundidos. Todo esto es consecuencia de una transformación genética humana provocada por un virus alterado. Si no la enfrentamos, seremos comidos por ella.

—¿Qué pretenden de mí? —murmura Clara.

El hombre esboza algo que intenta ser una sonrisa, pero los ojos mojados de Clara lo convierten en una cicatriz sanguínea que brilla en la cara. La científica vuelve a optar por el silencio.

—No nos interesa si ese bandido manchó el nombre de la Organización Mundial de la Salud, si se saltaron pasos de la investigación científica, si el indio brasileño firmó o no el consentimiento informado, si a los árabes les leyeron sus derechos o no antes de enchufarles esa mierda a sus burkas, ni siquiera nos interesa descubrir cómo llegamos a este punto —enumera en un tono que resalta su indiferencia—. Lo urgente, lo que queremos es que la segunda dosis, o La Solución, como prefiera llamarla, funcione.

El hombre la mira a los ojos con firmeza, cronometrando el tiempo en que la mujer desvalida tarda en desviar la mirada. En ese instante, choca con ruido sus pies y recita en tono castrense:

—Hay un interés multisectorial en revertir la situación de los humanos bigenéticos que ponen en riesgo la seguridad internacional. Por lo que me informé, la sustancia esa, vamos a llamarla La Solución, es el único camino concreto con altas posibilidades de resolver el problema que existe.

Si hay algo que Clara no esperaba, era eso. Parece absuelta. Pero el tono es tan duro, y la situación tan violenta, que no experimenta ningún alivio.

—Aun si no existen garantías totales de que esa fórmula realmente funcione —prosigue el policía Joest— vamos a organizar de manera inmediata una *task force* para ofrecerle todo el apoyo técnico, económico y logístico necesario para su distribución masiva. ¿Unimos fuerzas? —finaliza con un tono irónicamente cariñoso.

Las palabras representan un manantial de agua fresca en medio del desierto, pero la entonación lo dice todo: el policía es capaz de abrir cualquier puerta, o cerrarla. Aunque los hábitos democráticos lo obliguen a fingir que prefiere el camino de la persuasión. El hombre concluye:

—La vida es un juego, doctora. Un juego duro, para personas duras. Para ganar a veces se debe cooperar con aliados inesperados.

Escapándose de su control, una mueca se dibuja en el rostro de Clara. Levanta los ojos en dirección al policía y ve en sus manos una pantalla en la que expone una foto suya que ella misma no conoce. Es su rostro enmarcado por un paño negro. Se la tomaron en la Marcha de las Burkas; a la derecha se ve fecha, lugar y el tatuaje electrónico que confirma su autenticidad. Clara levanta el rostro de la pantalla para mirar al policía a los ojos. El uniformado le devuelve la mirada disipando cualquier intento de desafío. La conducción de su propia vida ya no forma parte de los deseos posibles de Clara.

“Sí” o “no”. Una de ellas es la respuesta que debe salir de sus labios. Clara sabe que su próximo acto puede ser el último. La decisión es difícil pero la acción es fácil y rápida. Baja nuevamente la cabeza, sube ligeramente el brazo derecho y hace un gesto mínimo, el pulgar levantado, los otros dedos cerrados.

La improbable alianza está establecida. Una mera formalidad, ya que horas antes Joest había determinado con Griffin las condiciones. La Policía Científica Europea y el Old King’s College de Londres, con un área nueva de la OMS, forman ahora una *joint venture* inédita, una asociación secreta que

refleja las nuevas leyes que guían la historia.

Parte III

CAPÍTULO 18

Ken camina hacia la izquierda. Cruza el portón y trata de no pensar demasiado, con una euforia controlada se concentra apenas en sus pasos, uno tras otro. El piso llama su atención, esa superficie no se mueve como la cinta en la que camina diez kilómetros diariamente. Avanza por una avenida arbolada, la conoce bien, años atrás los arboles eran más pequeños. Los últimos días ya la colocó varias veces en su pantalla, con su aspecto actual, y cuando camina por ella la reconoce. El aire es deliciosamente cálido, su andar es lento, con los ojos protegidos por lentes oscuros, su salud resguardada por barbijo y guantes. Siente placer y temor.

A lo lejos ve un pequeño grupo sacándose fotos y se pone tenso. Decide caminar en dirección contraria, se da vuelta, pero allí también, no tan lejos, hay otro grupo. No puede evitarlo, son unos u otros. ¿Qué hacer? Respira profundamente, pasa al lado de los segundos, unos pequeños que están sentados en el piso concentrados en sus pantallas, como sus cuidadoras.

Ken no siente frío ni calor, hambre ni sed, pero la sensación de desconexión persiste. Se concentra apenas en estar *offline*, se limita a respirar pausadamente y continuar. Caminar cien metros le lleva poco más de un minuto. En su mundo dibujado, en ese tiempo habría cruzado toda la ciudad, o todo el planeta. Las piernas se mueven demasiado lento. ¿Habrá algún mensaje de Clara? Lleva su mano al bolsillo, el terapeuta no tendría cómo enterarse pero no debe hacerlo. Aprieta el paso. ¿Será que veinticinco minutos es demasiado ambicioso? Se propone llegar a la esquina siguiente y volver. Después decide exigirse cien metros más. Ya lleva diecisiete minutos. Hace una cuadra más. Con mucho esfuerzo, cumple su meta de externación en un ochenta por ciento y la de desconexión en un ciento por ciento.

Al día siguiente, aprovechando que Clara está en Londres, repite el ejercicio. Está eufórico, y al mismo tiempo ya más tranquilo. Sale del edificio, camina 270 metros, baja en la estación de Roppongi, va al andén de la línea Hibisha, toma el subterráneo en dirección a Kita-Senju, pasa once estaciones, sale en Akihabara, camina trescientos metros y rehace el camino en sentido contrario. El viaje bajo tierra transcurre sin inconvenientes.

Las personas no lo miran, pero las veredas atestadas lo marean, sufre con los olores de cuerpos, comidas, autos y cañerías. Afortunadamente, hay

pantallas por todas partes y la ubicuidad de las proyecciones lo tranquiliza. La vuelta le parece más corta. De repente una pregunta lo ataca. “¿Y si aparece él?” El miedo más paralizante de todos convoca antiguas escenas de tortura en el Colegio Internacional. Son muchas, que se mezclan, se funden, se meten unas dentro de otras. “Es imposible”, se dice, pero aun así empieza a andar más rápido. Intenta anular con datos concretos su temor irracional. Argumenta para sí mismo que el chico que lo torturaba era un extranjero, que se fue hace mucho del país. No hay ningún motivo para pensar que hoy, paseando por el distrito de Yanaka, se lo encuentre. Acostumbrado a hablar solo, se dice a sí mismo en voz alta:

—¡No vive más aquí!

Sigue andando, alcanza la meta. Externación y desconexión: ciento por ciento.

—Hubo un momento en que pensé que no podría lograrlo —confiesa.

—Pero lo lograste —dice el doctor Lam.

Ken sonrío. Un mandato ancestral le hace inclinar su cuerpo hacia el anciano en señal de agradecimiento.

—Pronto podrás reservar el pasaje a Europa para buscar a tu Afrodita.

Cuando el policía europeo dice “de manera inmediata”, no exagera. A la mañana siguiente tiene lugar la primera reunión. No se hace ni en el Old King’s College, ni en las oficinas de la Policía Europea ni en la oficina local de la OMS. La convocatoria es en un salón privado del Hotel Ritz. Apenas siete sillas, una mesa con lustre brillante, café, agua y flores frescas, en una sala poco más grande que una habitación.

Clara es la primera en llegar. El cóctel de incertidumbre y agitación había consumido su voluntad de dormir, pero no evitó las ojeras ni la aversión a la luz. El agotamiento de su rostro contrasta con la cara fresca y redonda de una finlandesa, Erika Virtanen, una señora de unos sesenta años. Al entrar a la sala, ella se presenta, sin mencionar su cargo, de la OMS Beta. “Es una entidad alternativa formada dentro de la organización”, le dice a Clara. Erika interrumpe la explicación para recibir con una gran sonrisa a un francés joven, alto, de contextura grande y tostado. “El gran Thomas Barse”, exclama a modo de saludo, con voz aguda y una carcajada. “El experto en redes sociales más simpático que jamás vas a conocer”, le dice él a Clara, dándole un beso en cada mejilla, ignorando la mano profesional que ella le extiende.

El profesor Miles y Griffin llegan enseguida, juntos, vistiendo trajes grises tan similares que parecen uniformados. Wilhelm aparece casi pisándoles los

talones, corriendo. Joest, el policía europeo, los invita a tomar asiento. Lo hacen, y Griffin toma la palabra.

—El objetivo de esta reunión es definir la estrategia para que La Solución llegue a la población afectada. No dudo de que la convergencia de intereses aumentará la tolerancia a las diferencias. Todos quieren cumplir sus objetivos lo más rápido posible —declara pragmático.

Joest le impide continuar, demostrando primero en la forma y después en el contenido quién es el que manda.

—Me hice preparar la lista de caminos tradicionales que, supongo, un grupo de personas como ustedes sugerirían para el objetivo de que La Solución llegue a la población afectada —interrumpe Joest. Una a una, las palabras que Joest lee en voz alta de su pantalla, se van proyectando en la pared: Tratamiento obligatorio - Recomendación global - Promoción de la salud - Educación - Publicidad - Estímulos económicos...

Las palabras siguen apareciendo, pero Joest ya no las lee.

—Los expertos en salud pública reconocen que nada de esto garantiza resultados. Ni siquiera cuando hay mucho dinero, situación que ya no se verifica. Hay todo tipo de trabas, doctora Fend, doctora Virtanen, corríjame si me equivoco —prosigue Joest—. Peleas políticas, conflictos de jurisdicción, pugnas por fondos, rivalidades varias, todo termina en discusiones interminables que insumen un tiempo que no tenemos.

Clara siente un desprecio visceral por el policía, pero no puede negar que coincide en sus apreciaciones. Y se le nota en la cara.

—Otro obstáculo que detectamos en la mayoría de los países es que no sólo la OMS —continúa Joest— sino también otras organizaciones, como la Organización Panamericana de la Salud, los Centros para el Control y Prevención de Enfermedades, los Institutos Nacionales de la Salud, la División de Prevención y Control del Cáncer, la Cruz Roja, todas entidades que en otra época tenían prestigio, hoy están desacreditadas por la opinión pública. O son vistas como inútiles o se consideran corruptas. Hay quienes las ven como feudos y quienes las consideran elefantes blancos.

Para completar la humillación, Joest proyecta en tamaño gigante los titulares de las noticias en las que las instituciones nombradas aparecen relacionadas con investigaciones sobre formación de cárteles, sobrefacturación y otros ilícitos.

—Los gobiernos, ya sean democráticos o dictatoriales, les ponen cada vez más barreras. Pero, por encima de todo, en la sociedad hiperinformada perdió

validez el flujo de información clásico, emitido por una autoridad en dirección a la masa. Ese es el punto principal.

Joest, que está de pie, hace una pausa para beber agua, y observa su auditorio con mirada de águila. Interpreta que el momento ya está maduro para lanzar su propuesta:

—Para el objetivo de que La Solución llegue a la población afectada se cumpla, la campaña será diferente de todo lo practicado hasta ahora.

Joest proyecta una imagen. Sobre un fondo oscuro hay figuras humanas, simples, esquematizadas con un estilo antiguo en trazo grueso y blanco.

—No se lanzará nada de manera oficial. Las personas recibirán nuestra información a través de mensajes sin dueño que van a circular por los medios digitales.

Sobre las figuras comienzan a aparecer flechas, muchas y de distinta longitud, que se extienden en todas las direcciones y los sentidos. Esos dibujos, en la mente de Clara, dominada aún por el miedo de la jornada anterior, evocan las siluetas dibujadas con tiza en el suelo de las series policiales. Ella ve cadáveres acribillados, y Joest está recorriéndolos con una luz azul que simula perforarlos.

—Como estamos en la era de la personalización —continúa diciendo Joest, mientras se detiene en un pictograma de una mujer y delimita con la luz azul un círculo alrededor de ella— cualquier estrategia debe ser individualizada. —Finalmente apaga el puntero y concluye—: Nosotros generaremos información y se la haremos llegar. Pero los ciudadanos gozaran de absoluta libertad de compartirla o no.

—Es la diplomacia del pueblo —señala Erika, la representante de la OMS Beta, quien demuestra ya conocer y concordar con el método—. Apoyamos a la gente con información creíble. Lo que hagan después, es su decisión.

—Comparado con los medios tradicionales, como la publicidad y la prensa, las campañas dirigidas a grupos etarios u otras, este método anónimo es poco ortodoxo. Pero los supera en penetración, velocidad y credibilidad, con mucho menor costo —remata Barse, el rubio grandote de voz agradable que había permanecido a un lado hasta entonces.

Clara no se anima a mirar a los otros, la invade una especie de pudor cuando piensa que, para el profesor Miles, participar de esa reunión privada debe de ser más vergonzoso que andar por las calles de Londres desnudo y borracho, si eso fuera posible.

—En consecuencia —prosigue Joest— se espera que, después de un

tiempo, los propios ciudadanos debidamente informados exijan La Solución a sus gobiernos y al mercado.

—¿No es un proceso lento? —pregunta Clara.

—¿Qué me está preguntado, doctora Fend? ¿Si un rumor que circula por internet es lento? ¿Si el mercado es lento?

—Hablemos del presupuesto... ¿quién lo financia? —interrumpe Erika.

—Es un tema de seguridad internacional —responde el policía europeo, sin citar quién hará la inversión.

—El interés sanitario... —comienza a decir Clara.

—Es un tema de seguridad internacional —repite Joest con firmeza, como si no la hubiera oído—, eso define las prioridades.

La voz masculina pero suave de Barse reanuda el diálogo civilizado.

—Déjenme explicar el concepto. La información que se distribuye por internet simula todo el tiempo estar del lado de la gente, adaptándose a sus intereses. Veámoslo de esta manera bien básica —prosigue—. Entren a Google, por favor, y digiten “Egipto”. ¿Qué les aparece? Lean los tres primeros resultados.

Con inteligencia rápida y espíritu de líder, Barse los convoca a participar, convirtiendo en reunión lo que Joest había transformado en discurso.

—Un sitio de viajes, libros de Amazon y un motel en Heidelberg que tiene cuartos con forma de pirámide —dice Wilhelm.

—Dos sitios gubernamentales, uno de Egipto, el otro de Finlandia — responde Erika— y *The New York Times*, al que estoy suscripta.

—Suficiente —dice Joest...

—Como todos saben, hay comandos ocultos que saben perfectamente quién está del otro lado. Todo el tiempo, y en cualquier dispositivo que usen — continúa Barse, y muestra con unos ejemplos recientes cómo es que la información se capilariza de forma personalizada de acuerdo con el perfil de los usuarios. Luego expone, con ayuda de gráficos, cómo piensan aplicar las técnicas más complejas de anonimato masivo y así distribuir información con alcance planetario. Todo convergerá para difundir La Solución.

Wilhelm no consigue evitar una sonrisa cuando oye, por primera vez desde que empezó la reunión, la voz del profesor Miles.

—Pocas veces en la vida escuché una propuesta tan torpe. Las personas van a ponerse a investigar...

—Profesor Miles, si le interesa, le hago llegar bibliografía actualizada y algunos *reviews* sobre el efecto unificador de los saberes compartidos sobre

los brotes esporádicos de curiosidad individual —lo desafía Joest haciendo gala de un vocabulario demasiado sofisticado para un policía y resaltando con su tono de voz la palabra *actualizada*—. El punto es otro... En esas circunstancias, cuando los usuarios busquen contenido sobre La Solución, pensarán que acceden a una multitud de puntos de vista. Pero a través de algoritmos adecuados sólo recibirán informaciones que reflejen el punto de vista de esta *task force*.

—La comunidad científica no va a caer en la ratonera —insiste Miles.

—La duda es una forma de inteligencia, pero actuaremos en consecuencia —dice Joest.

—¿Sabe, profesor Miles? Lamentablemente tienen razón —señala Wilhelm—. Nos creemos todo lo que tenga formato de *paper* y alguna firma conocida debajo. Ya nadie intenta repetir los resultados de otros para ver si son ciertos, estamos condicionados por la domesticación académica.

—Alguien lo va a descubrir —insiste Miles.

—Las ideas también sufren selección natural, sobreviven... o no —completa Barse.

—Hay un interés internacional y multisectorial en revertir la situación actual —finaliza Joest— y el objetivo se alcanzará por el trabajo de una *joint venture* liderada por la Policía Europea, por la que suscribo. Después de la pausa, les explicaremos cómo va a ser implementado.

Por la manera de jugar con la tapa de su valiosa lapicera, es evidente que el profesor Miles se está poniendo nervioso. Barse lo imita sutilmente jugando con el capuchón de una falsificación barata. Clara, que al principio sólo sentía una cierta incomodidad porque su rechazo a los personajes se neutralizaba con el alivio de ver que sus actos no eran el centro del problema, también está ahora visiblemente disgustada. Sobre todo porque todavía no entiende cuál es su participación.

—Tiene una ventaja innegable —agrega Erika en el momento en el que se están levantando de la mesa—. Si algo no funciona como se espera, nadie paga los costos políticos. Me gusta que se llame La Solución.

Durante la pausa, Erika se acerca a Clara y le hace saber que ella misma ya había pasado por todos los sentimientos humanamente posibles con este proyecto. Nueve años en Harvard y una carrera ascendente en la OMS, pero la jugada más importante de su vida profesional es hacer todo lo contrario de lo que siempre defendió.

Lo que viene investigando desde hace algún tiempo, y que va a poner a

prueba con La Solución, es una estrategia nueva: promoción de la salud a través de información anónima por las redes sociales. Por eso crearon la OMS Beta, una entidad paralela y reservada. Porque descubrió en sus estudios que, para que las personas cooperen activamente en la difusión de una idea, es importante que ningún ente se haga cargo oficialmente de ellas.

—Nació también de la indignación —le confiesa Erika—, de la dificultad que tienen los proyectos para avanzar. Nadie conoce más que ella el tiempo que se pierde por la burocracia de la diplomacia, la ley que rige el trabajo de las instituciones globales como la OMS. Son centenas de países, entidades civiles y privadas, diplomáticos, ejecutivos, miembros del tercer sector que en las distintas comisiones acompañan la redacción de los textos y dan su opinión. Cada vez son más Estados soberanos los que participan, nunca con celeridad, ni objetivos claros ni transparentes. Ante cada cambio, los delegados envían mensajes a sus países y no votan hasta conocer la respuesta. Para conseguir apenas un texto consensuado para los comités preparatorios de cada reunión se tardan semanas o incluso meses —le explica, dándole ejemplos en los que la corrupción y el chantaje habían hecho su parte. Por eso, ella había ideado la OMS Beta como una versión mejorada de la anterior, la democracia del pueblo sin intermediarios.

Un camarero entra arrastrando un carrito y anunciándose. Joest se acerca para servirse un dulce y se dirige hacia la ventana. Clara se saltea la comida gratis y aprovecha el movimiento general para acercarse a hablar con Joest. El policía la mira desde su altura, muy superior a la de ella, y tras un gesto que Clara no sabe interpretar, le dice:

—Trabajo con distintos gobiernos hace tiempo, doctora Fend, y puedo constatar los efectos desastrosos que producen las injusticias. Personas talentosas, exactamente las que nuestros países necesitan, son mandadas de vuelta a los suyos sin posibilidad de retorno. Los ministerios argumentan que no consiguen administrar tantos documentos y en eso tienen razón, se les juntan cada vez más. Cada trámite finalizado es un logro. ¿Está feliz de que finalmente se haya resuelto su caso? Le doy un consejo: guarde bien la carta de Migraciones. En el caso hipotético y poco probable de que su dossier se pierda, va a ser difícil volver a ayudarla.

La voz de Joest es firme, la mirada inteligente y dura. Clara se queda estupefacta. La aniquilación de su sueño tiene cada vez más aristas, y esta es demasiado filosa. Retumban en su cabeza las palabras de la funcionaria de la OMS Beta:

—Tiene una ventaja innegable —había dicho Erika—. Si algo no funciona como es esperado, nadie paga los costos políticos.

La reunión prosigue. Erika, vestida con un traje marrón anticuado, medias baratas y zapatos beige de abuela, expone un plan que tiempo atrás ni el joven más radical osaría soñar. Sorprende a su auditorio por el conocimiento que demuestra sobre el tema. La única manera de avanzar en el terreno de la salud pública es, para ella, a través de manipulaciones bien planificadas. La operación debe parecer anárquica, sin dueño. Al principio serán unas pocas las que se comprometerán creyendo que benefician a muchos. Después participará la mayoría que no resiste estar fuera de la corriente. Para los otros, neohippies, regímenes culturales cerrados, etcétera, habrá que seguir caminos indirectos.

Thomas Barse retoma la palabra. Dice que como no se pueden marcar con precisión los blancos —así se refiere a los Dobles, que son la preocupación de la Policía Europea— la campaña de La Solución no se limitará a las listas que maneja Clara. El margen de error de esa selección de poco más de tres mil individuos distribuidos en cinco continentes no puede ser calculado, por lo tanto el objetivo será alcanzar la población mundial. Sensible al malestar inmediato de parte del auditorio, Erika lo interrumpe para mencionar que la segunda dosis no tiene efectos colaterales ni contraindicaciones, y que su costo a gran escala será más bajo.

—Es un gasto innecesario —intenta argumentar Clara.

—Flúor en el agua potable, ácido fólico en la harina, vitaminas en los lácteos. Cuando el problema es amplio, y la solución es inocua y barata... no hace falta reinventar la rueda —dice Erika.

Joest la interrumpe con tono severo.

—El programa tiene un único resultado posible: el máximo. Para eso, es imprescindible un ambiente global favorable y después garantizar que ni un individuo importante quede afuera.

Para la implementación, el responsable técnico del marketing social y de la coordinación de los colaboradores externos será Thomas Barse. Barse es responsable de establecer, con mirada publicitaria, las condiciones apropiadas para que toda la población se lance a la búsqueda de La Solución.

—El equipo también estará conformado —muestra Joest en un gráfico— por la doctora Erika Virtanen, por la OMS Beta, responsable de establecer las normas de adiestramiento sanitario, y la doctora Clara Fend, reintegrada recientemente al Old King's College. Esta última deberá aportar todo su *know-*

how sobre la segunda dosis, como ella la llama. Su responsabilidad tiene dos frentes —informa Joest—. Uno, como apoyo para la campaña de información. El otro, de producción, específicamente de lo que ya está en camino en Francia. La fabricación en el Instituto Levent Mubarak es un objetivo transitorio, hasta que el mercado se haga cargo y sea un producto más del mercado farmacéutico internacional. El objetivo no es el lucro. Ni grupal ni personal —concluye.

Griffin es el primero en dar su aval. Con la potencial resolución del problema ocasionado por un producto biotecnológico creado en un laboratorio del Old King's College tienen todo para ganar si, como le prometen, el nombre del Old King's College no aparece en ningún lado. Además, nadie se enteró aún de que Clara fue reintegrada.

Wilhelm dice algo ambiguo, con su provechoso estilo de nunca dejar claro de qué lado está. Clara lo observa con atención, hasta que él mira para otro lado y luego calla.

El profesor Miles permanece en silencio, como si la idea le quemase y no quisiese acercarse demasiado. Clara mira a Joest y a Thomas, que está a su lado. En el primero ve la arrogancia de los ignorantes, mientras que el segundo deja traslucir la sencillez de los que saben.

Erika se pone de pie y el resto de los participantes se levantan uno a uno.

—Algún día así se hará todo —dice Griffin dirigiéndose a Miles—. Es posponer lo inevitable.

Joest, el alma del proyecto, no fue siempre policía. Lejos de las Fuerzas Armadas, de joven era un genio nerd que estudiaba Comunicación Digital en la Universidad de Ámsterdam. No tenía amigos, ni siquiera compañeros, porque avanzaba en un año lo que otros hacían en tres. Al final de la carrera, su desafío intelectual había sido crear una curadoría de la información digital en función de una mirada interpretativa dominante. En palabras sencillas, poder decidir él lo que el mundo debía pensar.

Estimaba que iba a lograrlo. Era cuestión de crear jerarquías de lectura y forzar los caminos a través de ellas por medio de la fuerza persuasiva de las palabras, la retórica del diseño visual, la naturaleza expansiva de las redes sociales y, sobre todo, pequeños trucos tecnológicos que incluiría en el corazón de los medios digitales. A su objetivo le veía futuro para resistir los avances de los pluralismos peligrosos. Fueron épocas de discusiones acaloradas con su director de tesis, Jules Guilmard, un hombre brillante que se sentía estimulado por las charlas con el holandés inteligente que desafiaba

el pensamiento políticamente correcto.

—Te apuesto un cajón de Gouden Carolus Classic a que ese objetivo es imposible —lo retó un día el profesor, seguro de su propio triunfo. Después, el maestro se olvidó de la apuesta, el alumno no. Joest trabajó duro en su idea y la convirtió en una secuencia de puntos concretos, procedimientos que deberían seguirse paso a paso y que pudieran medirse en tiempo real. Cuando la consideró acabada, se presentó ante su director de tesis. Había desarrollado la técnica y pretendía verificar que funcionase.

La prueba experimental sería proponer una idea cualquiera como objetivo y desarrollar rutas convergentes a las que los usuarios de internet llegasen siempre, de forma independiente del sistema de búsqueda o del acceso a la información que utilizaran.

—Quiero espacio para probar mi idea.

—No va a andar —le contestó de forma seca el profesor, olvidando sus apreciadas dotes de argumentador.

A partir de ahí las discusiones académicas amigables se tornaron difíciles. El mentor les dijo a sus colegas que tenía miedo de estar dándole municiones a un monstruo y renunció a la dirección de su tesis. Como pasa en esos casos, nadie quiso hacerse cargo del alumno. Tenía veintidós años y, a metros de la línea de llegada, la universidad lo había desclasificado.

Si Joest hubiera querido trompearlo, habría sido fácil encontrar al profesor fuera del campus. Era de hábitos previsibles. Todos los viernes a las once de la mañana hacia *check in* en un café que ofrece una bebida mensual gratis a los clientes frecuentes. Pero Joest no era un bruto. En pocos meses, hizo otra tesis sencilla e intrascendente con una profesora que ya actuaba como si estuviera jubilada. Con el diploma básico de Comunicación terminó ganando un concurso técnico para ingresar en la Policía Europea. Le daba un salario y antigüedad para la jubilación, y una ocupación para sacar de sus pensamientos al hombre que destruyó su vida académica. Pero nunca lo consiguió.

El tiempo pasó y los problemas de salud convirtieron al profesor de Joest en una copia envejecida del hombre que alguna vez fue, sólo las máquinas —concretamente, una bomba interna de insulina y un marcapasos— lo mantenían vivo. Su fragilidad no apaciguó el odio del antiguo alumno, todo lo contrario. Y en las muchas horas libres que le dejaba su trabajo oficial de vigilar semilleros de terroristas, Joest se volvió un experto en lo que llamaba la puerta de atrás de los dispositivos médicos implantables. Con el adecuado

entrenamiento, llegó el día en que el anciano se convirtió en un blanco fácil.

Un viernes por la mañana, Joest va al centro de Ámsterdam y entra en la cafetería para esperarlo. Bandeja en mano, se dirige a una mesa. El sencillo dispositivo electrónico que tiene en sus manos pasa inadvertido para todos. A los diez minutos, en su pantalla aparece el nombre. Levanta la mirada y ahí está su presa, dejando el bastón en el balde para paraguas. Joest sonríe al ver cómo se carga la selva de datos en su pantalla, hasta que finalmente llega a lo que le importa. Se detiene un instante para disfrutar el momento. Imagina ya el aviso fúnebre. Tiene en sus manos la vida de su destructor, pero sabe que debe actuar antes de que el bloqueo de seguridad cierre el sistema.

Sigue uno a uno los pasos. Empieza con el implante de insulina, mira sobre la mesa de Jules la galletita de canela y azúcar que acompaña las bebidas calientes, y desactiva la configuración “Responder”. Cuestión de minutos y el hombre podría sucumbir a un coma diabético. Joest cruza los brazos y espera. Está por ver una batalla contra la muerte en directo, pero esta se demora. Empieza a dudar. ¿Y si la víctima no colabora, absteniéndose de comer o beber algo dulce? Mira su reloj, no le queda tanto tiempo. Para mayor seguridad, decide desprogramar de manera inmediata el marcapasos. Al instante ve la señal amarilla que alerta de una arritmia. El marcapasos no responde.

Sentado, bebiendo un café liviano, Joest ve llegar rápido, y después de unos minutos irse sin ninguna prisa, la Unidad Coronaria Móvil.

Nadie investiga la muerte del anciano, todo se la atribuyen fácilmente a la edad y sus múltiples enfermedades de base. Para Joest, esa muerte lo convierte en el héroe de su propia vida. Con entusiasmo renovado, vuelve a trabajar en su idea académica.

Después conoce a Erika, que consulta las mismas fuentes que él para crear la OMS Beta. Y ahora, gracias a toda la confusión que provocaron un traficante ambicioso y una científica inocente, ya tiene todo lo que necesita: una idea cualquiera, financistas temerosos y un excelente equipo de trabajo.

El holandés es tan alto que cualquiera diría que el escritorio le queda chico. Curiosamente, a los cuarenta y cinco años, y dirigiendo la *task force*, ahora está en su mejor campo de batalla.

Wilhelm le señala crudamente a Clara lo que la intuición ya le grita al oído: que debe elegir entre dos males, el chantaje de la *task force* o la mafia del Old King's College. Alega también que si bien los métodos no son transparentes, en última instancia están al servicio de la verdad. La reconforta

recordándole que así va a conseguir su propósito de hacerle llegar la segunda dosis a quienes lo necesitan. No menciona, porque ambos lo saben, que es la única manera que tienen de permanecer inmunes a que los condenen por sus actos previos.

Clara necesita tiempo para adaptarse a la nueva situación. El odio hacia Joest no se le pasa, pero su mente se solaza con un pequeño éxito, minúsculo para la envergadura del proyecto pero importante para ella. Griffin le avisa esa misma noche que le arrancó a Joest una promesa: que los habitantes de la Isla de las Cobras, específicamente los que habían sido seleccionados, recibirán los primeros comprimidos en sus casas en cuanto estén listos, sin más demora. Clara se aferra a eso para darles un voto de confianza al proyecto y al holandés.

Griffin le dice que al hablar del tema con Joest había sido directo. Le mostró que la Isla de las Cobras era el mejor lugar para obtener los primeros resultados con cierta discreción y, si eran buenos, usarlos para la propaganda.

Al profesor Miles, a diferencia de Clara, nadie lo consuela. Sajón hasta la médula, reflexiona en soledad. Sus discrepancias con Joest no se deben a diferencias de jurisdicción o de jerarquías, cuestiones que está habituado a enfrentar y a resolver. Son de otra naturaleza. Hasta ahora, el mundo del profesor Miles era simple. Pasase lo que fuere, unos mandaban, otros obedecían. Unos decidían, otros respetaban. Y él tenía la serenidad necesaria para tomar las decisiones correctas en el momento cierto. Ese cuadro se está despintando. No puede aceptar su participación en un proyecto así y que además, como si todo el resto fuera poco, promoverá la versión no patentada. No es capaz de pensar en esa posibilidad sin sentir vergüenza. Su salida es una realidad que sólo necesita concretarse.

Se siente culpable por todo lo que está pasando, y en alguna medida lo es. No cree que algo así pueda mantenerse en sigilo. Su mente burocrática empieza la redacción del documento de renuncia al Old King's College, un texto apropiado, sobrio, con palabras medidas, digno. Llama a Griffin, quien con paciencia le hace ver que es mejor no generar turbulencias.

—Renunciar ahora llamaría la atención.

—¿Jubilarse?

—Ya cumple las condiciones para hacerlo, profesor.

Podría jubilarse, pero ¿y el día después? Le gusta el arte, en especial la música clásica. Piensa en asignaturas pendientes, deseos no alcanzados, amores no vividos. Ahora es viudo, va a tener libertad, tiempo y dinero... ¿Y

si se va a cruzar el Atlántico en su velero? Demostrar coraje es la mejor manera de no ser visto como un perdedor.

Se sienta en el escritorio y pone los dedos en el teclado. El primer mensaje es para su asesor financiero. A continuación, llena la solicitud de retiro y la envía. Ya está, no hay vuelta atrás.

Mira por la ventana, está brumoso, pero su mente ve un panorama perfectamente nítido. El camino fue complejo, una combinación única de buenas y malas decisiones, pero finalmente llegó a un lugar en el que, gracias a su inteligencia, puede sacar bastante provecho. Mira el retrato de su difunta esposa y le dice:

—Nunca necesité aprender a perder, mi amor. Tampoco ahora.

CAPÍTULO 19

La *task force* es un grupo ecléctico de jóvenes extremadamente inteligentes, rebeldes y sin ideologías. Acostumbrados a que el trabajo vaya a ellos y no al revés, la mayoría participa por videoconferencia. Sólo algunos privilegian la Central, un pequeño apartamento de alquiler temporal en uno de los barrios nuevos de Londres. Allí hay sillas y mesas baratas, un aire acondicionado capaz de helar el alma, y una cantidad increíble de pantallas, micrófonos y servidores. No hay lujos en ese cuarto grande, de doble altura y sin luz natural, pero hay Red Bull gratis.

Barse explica el plan de las primeras doce horas: campaña viral de información centrada en la existencia de figuras aberrantes y el virus que las causa. Tienen medio día para que la humanidad alimente el horror de sí misma.

—El éxito se mide de forma automática cada treinta segundos —informa.

Ken participa desde Tokio, otros viven en Hong Kong, Sydney, Ciudad del Cabo, Tel Aviv, San Petersburgo, Casablanca, Los Ángeles, Querétaro, Montevideo, Vientiane y Nueva Delhi. El único reloj que importa está en la pared arriba de la cabeza de David, el especialista en planeamiento estratégico que monitorea todo desde Londres, de forma aleatoria.

Griffin y Wilhelm son testigos del momento histórico cuando, a las seis y media de la tarde, Barse da la señal de largada con un silbido de cancha grotescamente viril que contrasta con la delicada tecnología que atiborra paredes y techo. Es el minuto cero. Se divulgan fotos de los monstruos, en todo el mundo las mismas. Lanzan textos, imágenes fijas y en movimiento. El contenido alterna testimonios personales con comentarios médicos, rumores con noticias, una red de información creada en nueve niveles de profundidad y estilos de lenguaje, en ochenta y seis lenguas diferentes. No hay una estrategia, hay un centenar. No hay grupos de edad, nivel económico o cultural, sino una descripción mucho más precisa de los destinatarios: perfiles. Es natural sentirse único cuando uno es un microsegmento de la población que recibe un discurso específico personalizado sobre la base de un extensísimo banco de datos comprados a las empresas de publicidad digital.

La información es un virus extremadamente contagioso o, como dice Joest, en el combustible humano de las redes sociales, un simple comentario arde.

Sobre todo si genera temor. Él monitorea la campaña de alcance mundial sin dejar resquicios, “en nombre de la seguridad internacional”; no hay razones económicas, políticas ni mucho menos científicas para contrariarlo. “La ciencia nunca está ciento por ciento segura de nada”, dijo Joest con desprecio frente a los argumentos de Clara, y ella tuvo que aceptarlo.

A pesar del ritmo frenético de trabajo, no se escucha ni una voz, apenas el sonido sordo de dedos tecleando y música a altos decibeles que se escapa de los auriculares. En silencio, entran en contacto con un gran número de personas, alimentando el boca a boca virtual. Los blogueros profesionales se disfrazan de médicos, amas de casa, estudiantes, políticos, ecoactivistas, consultores, religiosos o choferes de larga distancia, según la necesidad. Programas de inteligencia artificial de narrativa crean identidades ficticias y transforman datos en historias.

En la Central de Londres se proyecta un holograma. Clara lo mira maravillada, es una delgada línea plateada que asciende por el aire recorriendo un surco graduado inexistente donde las rayas de colores flotan y los números secuenciales emergen de la nada. Cada segmento, que representa mil mensajes, se mece levemente en el aire, la temperatura del holograma no deja de subir. Todo funciona como estaba previsto. Joest hace una mueca semejante a una sonrisa que muestra, de forma inequívoca, el avance de su objetivo.

La información nunca se detiene, por el contrario, se va volviendo más poderosa cuando las noticias se transforman en sospechas. Clara se admira al ver en la pantalla la proyección de idiomas: no habían dejado de lado ni siquiera lenguas menores. Los mapas, para ella, son apenas números y líneas fluorescentes. Mientras reparte cervezas y energéticos a los que tiene a su alrededor, Barse se apresura a descifrarle lo que sus ojos inexpertos no saben interpretar.

—Esa es la respuesta que estamos teniendo. El ochenta por ciento del tránsito lo genera el veinte por ciento de las personas —Barse amplía el cuadro mientras destaca unos puntos violetas, usuarios superconectados e hiperactivos.

—Este mensaje avanza bien —le indica cuando una esfera cambia de color, adquiriendo un tono violeta claro que se destaca sobre el fondo oscuro.

Los distintos canales se van evaluando de forma permanente. La noticia fidedigna de que hay una infección que puede convertir a las personas en monstruos es apenas el disparador. Los rumores son los verdaderos dueños de

la confianza pública. Lo importante, lo que les da sentido a los militantes digitales, es difundir lo que alguien querría esconder. La *task force* actúa sobre gente cansada de ser ignorada, que adhiere a teorías conspirativas, y que lo que más quiere es ser parte de algo con sentido.

—Todo el mundo necesita de alguna causa para ejercer su solidaridad — dice Mohamed con voz baja y monocorde.

—Individuos como ese son importantísimos en el inicio —Barse señala un punto, Clara no ve ninguna persona, apenas un río color lila que se mueve por la pantalla a una altísima velocidad, dibuja un garabato y se convierte con rapidez en una telaraña deforme, de ángulos disímiles—. En unos días, esa persona ya no nos va a servir porque va a estar hablando de otros asuntos — continúa Barse. Los innovadores nunca difunden lo que creen que ya sabe todo el mundo.

Barse tiene reflejos rápidos, cambia la escala y la velocidad para ver detalles. La exploración de la selva digital también atrapa a Clara, su mente analítica observa todo. Los dibujos, tan prolijos como incomprensibles, cambian todo el tiempo. Las líneas luminosas forman pendientes, los números suben. Como en la época en la que perseguía al LPV o distribuía su vacuna, Clara no se pregunta cómo será la vida o qué aspecto tendrá ese vector inocente que sin saberlo está inmerso en un estado de libertad vigilada. En ese delirio masivo en el que nadie ve allí seres humanos, frente a una imagen que a simple vista son apenas manchas rosadas en un fondo de varios tipos de gris, Clara tiene de repente un *déjà vu*: la imagen que le mostraron con la noticia de que la metástasis se había adueñado del cuerpo de su padre. Sacude la cabeza para sacarse esa idea angustiante. Prefiere recordar otras líneas semejantes, las del virus 4yu antes de corromperse, recorriendo la humanidad.

—¿Qué pasa acá? —pregunta Clara—. ¡La línea se ramifica y luego muere!

David se vuelve, mira la pantalla sin ningún resto de emoción y hace desaparecer las líneas. Ahora hay columnas llenas de cifras.

—67,683% —detalla David—. Porcentaje de individuos poco conectados, compatible con las previsiones.

De inmediato, Barse pronuncia las palabras tranquilizadoras que Clara quiere oír:

—Estamos dentro de lo normal, dentro de poco hay un nuevo pico porque el tema llega a los imitadores, que empiezan más tarde que los innovadores. Pero son muchos y garantizan la difusión masiva. Ahora es cuestión de

esperar.

—Es a los imitadores a quienes les sobra el tiempo —se burla Clara.

—En los factores que influyen en el tiempo que se dedica a las redes sociales, la ocupación profesional es una variable menor —replica Barse—. Hay parámetros de mayor peso, como índice de sociabilidad y vocación para ayudar. Eso es lo fascinante —agrega poniéndoles pasión a sus palabras.

Clara aún no entiende lo que significa ni la décima parte de lo que aparece en las pantallas, y eso a personas como ella las intranquiliza. Pero pronto aprende lo básico, a reconocer que el cambio de color de un píxel de la pantalla equivale a una persona que vio algo, al menos por un segundo, le llamó la atención y le dio un *like*.

—Un tío que trabaja en la Casa Blanca lo está repasado a cuatro manos —grita Ana, la andaluza.

—¿Qué es esto? —pregunta Clara señalando un “3” en el centro de una gota amarilla.

—Es el número de veces que un mismo mensaje le llega a un individuo de distintos usuarios.

—¿Para qué se lo mandan tantas veces?

—Para ver si los convencemos —se ríe Barse.

Clara sigue pensando que los únicos que deberían usar la segunda dosis son las personas altamente sospechosas de ser transgénicas. Pero, dadas las condiciones, tuvo que aceptar que no fueran los únicos. En la negociación a puertas cerradas, Griffin le consiguió dos ventajas no contempladas en el plan original. Que las dosis llegasen primero a la Isla de las Cobras y que con los 3.254 miembros de lo que denominó la lista azul no se deje nada librado al azar. Se tomarán todas las medidas necesarias para garantizar que este grupo tome la segunda dosis —le aseguró Joest.

—¿Cómo andamos en la lista azul?

La respuesta de David no se hace esperar.

—Con el 4% se está intentando ya por la vía 5.

Es el vozarrón de Barse, que le explica con paciencia:

—La información se les envía a través de sus contactos más próximos. El sistema cataloga los contactos por índice de amistad, siendo 10 el que se considera más influyente. Si a las dos horas una persona no compartió la información con otros, el sistema refuerza el mensaje a través de otra vía para aumentar su confianza en la información. Y así sucesivamente.

—¡Hay que llamarlos por teléfono si hace falta!

—No se puede recargar el sistema —responde David con frialdad nórdica y descaro adolescente.

—Tranquila, está todo bajo control —dice Barse tomando a Clara cálidamente por los hombros.

—El mensaje llegó al 46% de la lista azul —le avisa al mismo tiempo Ken en privado.

A lo largo de esas primeras doce horas, la gente común es la protagonista. Los científicos y la prensa, por su parte, reciben una serie de informes falsos, firmados por diferentes autores apócrifos que se citan unos a otros. Esto los hace aparecer altos en los ranking de informaciones de alto impacto que hacen los recopiladores de revistas científicas y, en consecuencia, aparecen entre los más leídos de las redes sociales profesionales, lo que aumenta su credibilidad. Fue idea de Erika. “Hasta en la cumbre del conocimiento, las mentiras, cuando se repiten suficientes veces, adquieren la importancia de los hechos”, dijo la funcionaria.

Siguiendo un plan escrito hasta el mínimo detalle, la historia de los humanos infectados por un virus deformante ya es de conocimiento público dentro del plazo previsto. Sensibilizó a las personas y, horas más tarde, a los políticos. En los días siguientes, los gobiernos y las entidades supranacionales organizarán grupos de deliberación permanente. Joest, como Clara antes, quiere perfeccionar su idea, no teme a nada, tomará todos los riesgos y va a estirarse hasta tocar los límites.

—No es un experimento si no puede fracasar —aprendieron ambos en la universidad—. Lo importante es crear el contexto para que un fracaso no sea una derrota.

Clara piensa en las palabras de Wilhelm, de que desvincularse de la *task force* era un objetivo inútil. E intentar cambiar los métodos, aún más, agrega ella. Piensa en Alice, y en su promesa solitaria de hacer todo lo posible para salvar a quienes aún pudiera. Ahora es parte de un equipo profesional de lujo con un objetivo común, y además se divierte trabajando, algo que no le sucedía hace mucho tiempo. Está más relajada y cuando, para celebrar un objetivo alcanzado, Barse se sube a una mesa y ejecuta una extraña danza maorí, Clara aplaude, como todos los demás, y ríe.

El primer día, Wilhelm hace lo que debería haber hecho meses atrás: enviar a los editores de la revista *Natural Sciences* el *paper* que tenía cajoneado con el sello de aprobado. Observa fecha y hora. Todavía está dentro del plazo, piensa. La idea detrás de la oportuna publicación es darles

respaldo científico a los rumores. En esas líneas y gráficos está la evidencia de que al menos un monstruo, el hombre-mono chileno, tiene su genética relacionada con un virus artificial fabricado con fines médicos que se habría escapado en condiciones desconocidas de un laboratorio de prestigio como es el Old King's College.

Horas más tarde, el mismo informe es liberado también al escrutinio global en internet sin revelar rastros acerca de su origen. Con esa jugada ajedrecística, Joest pretende que el Old King's College se vea presionado a defenderse y, como sabe que tendrá que mantener su tradición de no discutir rumores, va a generar más revuelo y, en consecuencia, más difusión. A miles de kilómetros, Hyresh, el principal especialista en *big data* de la *task force* detecta, desde su casa en Bombay, un aumento en la circulación de los mensajes. El mundo académico ya conoce el informe.

El científico que había encontrado la relación posible entre el hombre-mono y un virus artificial se entera por un colega de que su trabajo está circulando por internet. Nicolás no es muy expresivo, apenas mueve de un lado a otro la cabeza. Todos saben que desprecia ese mundo sin controles ni evaluaciones de especialistas. La comunidad científica es, en su opinión, el único ambiente en el que debería difundirse ese material, para ser confirmado o no por otros que sepan analizar las evidencias. Ahora ya está: ese informe recorre el mundo libremente. Nicolás sufre por lo que eso significa para su carrera, lo humilla que sus colegas ahora piensen que fue él quien lo hizo circular. Lo mejor, evalúa, es tomarse de manera inmediata unas cortas vacaciones. Mejor terminar de hacer algunas cosas e iniciar un largo retiro espiritual, se convence.

—Algún hacker detonó las redes sociales no protegidas —avisa Barse a las seis de la mañana de Londres.

Joest y David llegan rápido. De la noche a la mañana la gente estaba más inactiva, o al menos no hablaba más del virus 4yu. El asunto circula únicamente en las redes universitarias como si el tema no importara a las personas comunes, alerta Hyresh.

—Es un militante a favor de la aristocracia en internet —informa Hyresh—. Sostiene que no debe hablar cualquiera, sólo a los académicos.

—Ya lo arreglo —dice David.

—No, lo hago yo —responde Joest mientras entrelaza sus dedos y hace crujir sus manos.

Joest monopoliza las decisiones, y no sólo porque su objetivo académico

es crear un sistema jerárquico centralizador. Es placer personal y es la tarea para la que se preparó por años, el nuevo paradigma de la comunicación, como él lo llama. Durante todo ese día, no se despega de su silla. Sabe que bloquear al activista es contraproducente, por eso crea un personaje ficticio que lo ataca sin piedad. Infiltrado como dictador que habla de derechos humanos, Joest junta a las ovejas negras del rebaño digital para reconducirlas a su voluntad. Al poco tiempo, tiene miles de seguidores, las redes sociales canalizan la polémica en campanas virales sobre la libertad de la información. El hacker activista abandona la causa. Joest gana la batalla.

Ahora que los científicos acceden en forma libre a esa información, Clara coloca obsesivamente frente a sus ojos el grupo que más teme: el de los expertos. Cada cuatro minutos actualiza la agonía de leer los comentarios en las redes de comunicación científicas.

—Por ahora no saltó nadie a decir que es imposible —dice Clara el segundo día, sin saber si eso es bueno o es malo—. Ni siquiera esos premios Nobel que opinan de todo, aun de los asuntos de los que no saben nada.

—Hay que relajarse —la tranquiliza Erika—. En estas cuestiones, los más importantes nunca son los que saben.

—Una víctima tiene más influencia que todos los académicos juntos —resume Barse.

—Lo que dice un enfermo no se discute —coincide Erika—. Mientras que los anónimos nos apoyen, vamos bien.

Críticas y desmentidas, por supuesto, no faltan. Pero un robot, supervisado por Ken y por un joven israelí, sobrevuela atrás de cada comentario de internet y cuando se detiene ante uno sospechoso, manda un misil digital. No siempre es una respuesta, la mayoría de las veces se los debilita adhiriéndoles marcas invisibles que hacen que esos mensajes sean bloqueados por los sistemas de distribución. El grueso del trabajo de enviarlos a la ruta del olvido lo hace un programa de respuesta automática. Barse controla todo, con pequeños intervalos de descanso, veinticuatro horas por día.

En esos días Clara, que prácticamente vive en el búnker, conoce más a Barse, la otra pata del éxito. Barse está en las antípodas del policía europeo, no sólo por el cabello largo y sus eternas zapatillas de adolescente, o por la rapidez de sus respuestas siempre brillantes, sino porque a esta altura es amigo de todos. Su liderazgo incluye crear buenos ambientes de trabajo. Después de iniciar el proyecto con una oficina básica, fue tanteando sus intereses y terminó montando para su *dream team* un local que respondiera a

todos sus deseos. En Londres puso una sala de relax que sigue los principios del *feng shui*; a dos personas que trabajan juntas les compró un ajedrez de madera. Su equipo es multicultural y él acepta la diversidad sin juzgar: algunos valoran tener poleas con peso para crear músculo, otros, alfombras de meditación, y Barse paga todas las cuentas. Para la minisede australiana reembolsa el dinero gastado en comprar plantas, para la de Londres financia frutas orgánicas. No pone obstáculos, no hay motivos para hacerlo, ya que el presupuesto de un proyecto confidencial es ilimitado.

Barse no ahorra esfuerzos para animar a ese equipo tan disperso geográficamente. Lo único que los une es una imagen holográfica que manipula sin culpa para que siempre sea estimulante. No miente, los datos se cargan de forma automática, pero Barse cambia las escalas para que un avance pequeño se vea grande y, sobre todo, no deja éxito sin celebrar. Sus métodos funcionan. Los nerds están exultantes cuando suena la alarma que avisa que todos los internautas del mundo ya fueron informados del problema de los humanos transgénicos y el cincuenta por ciento ya sabe que existe una droga para revertir la situación.

—¿Al éxito o al fracaso? —grita Barse con su vozarrón de entrenador de rugby. Levanta una tosca taza de cerámica y la respuesta no se hace esperar.

—¡Al éxito! —gritan todos. Y echan en sus gargantas las bebidas que tienen a mano, café, energético, té orientales, agua, les da igual. Aun sin alcohol consiguen mantener el espíritu estudiantil.

El único que levanta el brazo apenas automáticamente es el técnico catalán. Nadie se sorprende. Tony sufre de una notoria falta de sensibilidad a asuntos sociales que alcanza su ápice de descortesía extrema cuando se le habla y no responde. Pero cuanto más crece la cantidad de datos, la lucha de la mente del autista contra las limitaciones tecnológicas se vuelve más encarnizada. “El Loco”, como lo llama Barse amistosamente, es cada día más importante. Tony es el encargado de detectar y limpiar errores de software. La seguridad del sistema descansa en su interés obsesivo en pocos temas, su pasión por números y patrones, su adicción innata a tareas repetitivas. Sin distracciones, es absolutamente riguroso. Entrenado para dejar pasar fallas menores como fotos con menos píxeles o archivos de sonido deficientes, es estricto con lo que realmente ponga en peligro la difusión de mensajes. La mente enferma de Tony y sus dedos ágiles son imprescindibles para hacer frente a un volumen de datos que no para de crecer.

Suena una alarma. Clara se sobresalta, Ken también. Separados por 9.720

km, sus respiraciones se detienen al mismo tiempo: el reloj que aparece en las pantallas está perturbadoramente parado, el termómetro holográfico también. “Bug de origen desconocido. Problema resuelto”, dice ahora la pantalla. Fueron un minuto y treinta segundos de martirio para quienes no podían hacer nada más que rezar. O ni siquiera eso.

Entre los nerds, el diálogo superfluo, destinado únicamente a mantener unidas a las personas, es prácticamente nulo. Apenas Barse, Clara y Ana, la andaluza, consideran imprescindible quebrar cada tanto el silencio.

—¿Cuándo llegan nuestras dosis? —pregunta la muchacha.

—Pronto. Las voy a ir a buscar yo misma a París —responde Clara.

—¿De París? La mía que venga con un novio francés, alto y rico.

—Es científica, no hace milagros —acota Barse y ataca a Clara con un avioncito de papel.

—Método Barse para aliviar sus tensiones —dice la científica mientras le devuelve el proyectil con ruidosas carcajadas.

La situación general parece favorable y los problemas aparecen, pero son rápidamente resueltos. Muchos gracias a Ken, que en tanto mantiene un perfil bajo.

Joest se dedica a la *task force* en cuerpo y alma, sin descanso. Cuando la situación está tranquila, enfrenta los datos con los lineamientos de su tesis doctoral y redacta sus conclusiones. “Las personas son vehículos de ideas que las trascienden. Si el individuo desaparece, su información sigue adelante. Los bloques de información pasan de persona a persona, compiten con otros, mutan para permanecer vivos. Otros desaparecen.”

Diego sigue sin dar señales de vida. En los primeros días le había dejado un mensaje a Clara, pero después no insistió más. Joest no habla del tema y la hipótesis más probable de Clara y Wilhelm es que alguien le avisó de la situación y decidió bajarse del barco antes de sufrir las consecuencias. No saben quién es el soplón, pero era de esperar que tuviera amigos. Poco a poco, se relajan.

Clara sigue en Londres, estira el viaje a París, pero mantiene contactos diarios con el director técnico del Instituto Levent Mubarak. En ausencia de la que aún es su directora científica y responsable máxima de la producción, parece que hasta las máquinas trabajan mejor. Hasta que un día, su voz es diferente. “Creo que hay un inconveniente”, le dice a Clara.

En el Instituto Levent Mubarak siguen esperando pacientemente las autorizaciones de exportación, todavía están dentro de los plazos habituales,

pero hay indicios de que la información confidencial sobre cómo manufacturar la segunda dosis se filtró por las redes de espionaje industrial. Clara no se lo puede decir, pero su única preocupación en ese momento es que la voz la delate. Ella ya lo sabe, pero debe mantenerlo en sigilo. La democratización de la información industrial es una idea de Erika para que las empresas farmacéuticas vayan calentando los motores, y significa que el proyecto de Joest está por iniciar la fase 3. Pronto podrán sumergirse en la etapa más difícil, donde no alcanza con generar expectativa y provocar efervescencia informativa. En las semanas siguientes tiene que haber acción, las personas deben exigir La Solución.

Para Clara, eso significa por fin comenzar a resolver el problema que ella misma causó, aunque todavía no entiende cómo.

El Old King's College sigue negando todo, como era de esperar. La mayor evidencia que lo involucra es un trabajo que circula libremente por internet, que lo convierte de manera inmediata en algo poco creíble para la comunidad científica. Wilhelm se la pasa en reuniones a puertas cerradas, pero no por su rol de consultor de la *task force*. Los distintos países que le pagan el sueldo de asesor en bioseguridad no se conforman con leer informes, quieren oír la verdad, por más cruda que sea, de boca del responsable de Identificación de Agentes Biológicos. No decir nada concreto le insume a Wilhelm mucho tiempo, paciencia y creatividad. Por lo general repite el discurso típico de manejo de crisis y, cuando lo presionan, acusa a la administración anterior por la fuga de cerebros y la consecuente desorganización de los equipos de trabajo.

Sentado cómodamente en el sillón de su casa, como corresponde a un profesor retirado, Miles ve subir los lucros de las cinco empresas de las que, oportunamente, compró acciones. Laboratorios farmacéuticos sencillos, aquellos que pueden cambiar la producción de un día para otro.

—Los resultados son excelentes —le dice al teléfono su agente de inversiones, impresionado por los resultados de su cliente—. Pero no hay que festejar antes de tiempo. Se corre el riesgo de celebrar un triunfo que no fue. Si un caballo se siente presionado, puede caer a metros de la pizarra —le advierte. El bróker le recomienda mantener la inversión, pero reinvertir las ganancias en otra área. No sabe que, en esta, Miles cuenta con información privilegiada.

Hay razones que explican el éxito. Nadie quiere contagiarse el virus y convertirse en un monstruo. La inocuidad garantizada de la sustancia que lo

evita, y el bajo precio, silencia la mayoría de las dudas. Predomina la ilusión de que en una sociedad democrática basta con exigir y organizarse en redes digitales de indignados. #QueremosLaSolución! comienza a aparecer en forma creciente en voces tanto digitales como reales. Tal como Joest lo había previsto. No lo demuestra, pero íntimamente está exultante. Cree ya tener la prueba de que su metodología puede hacer triunfar cualquier idea.

—Todos quieren achacárselo a los islámicos —le dice Wilhelm a Clara un día que pasa por la Central de Londres. Ella vive inmersa en la *task force*, y Wilhelm hace las veces de corresponsal en el mundo real. Aunque ella ya había leído algunos comentarios al respecto, siente el golpe de oírlo de su mentor. Se había valido de las burkas pensando que un día los musulmanes iban a poder decirle al mundo que ellos habían salvado al planeta del LPV. Su simpatía por un pueblo que estaba siendo discriminado en Occidente había pesado a favor de su elección. Ahora se da cuenta del daño que les hizo.

Comenta otro daño colateral, un problema legal de una persona que se negó a ser investigada, un caso que él conoce por su trabajo con los gobiernos.

—Quieren cambiar las leyes y seguir a los rusos. Ellos declaran a todos los pacientes sospechosos patrimonio genético de la humanidad. Es una especie de *leasing* —le explica Wilhelm en un tono que no es claramente ni de desprecio ni de admiración— por el que el individuo puede continuar usando el cuerpo, pero este no le pertenece y puede ser empleado para obtener información. —Ante la mirada inquisidora de Clara, agrega—: Sin tortura. En la era de la biotecnología, el cuerpo habla de otras maneras.

—¿Como? —le pregunta Barse, que acaba de unirse a la conversación.

—Orina, materia fecal, saliva, cabello, todo es del gobierno —pone voz de conferencista y pronuncia—: La información química de estos pacientes crece día a día. Sólo puedo afirmar que hasta ahora no contamos con ninguna evidencia fehaciente de que estemos frente a un ataque biológico. Las vamos a seguir buscando...

Todos se ríen, Barse reparte cervezas y energéticos, y Clara reinicia la guerra de avioncitos de papel.

CAPÍTULO 20

Pasar días y noches en un ambiente herméticamente cerrado con computadoras eternamente encendidas, jóvenes acelerados y metas que se miden minuto a minuto, tiene su efecto destructivo sobre Clara. Su cable a tierra es María.

Ella se esfuerza por envolverla en saludables conversaciones sobre responsabilidad social, e incluso temas mucho más difíciles para Clara, como los sentimientos, el amor, el temor, la sed de justicia, el deseo de venganza. María no es sólo la única que la hace pensar en la dimensión humana de sus actos. También es la única con quien la científica no se siente evaluada y con quien se permite mantener conversaciones típicamente femeninas, tan superfluas como necesarias. Se llevan muy bien.

Para María, que pasa sus horas en el subsuelo del Old King's College en compañía de animales de laboratorio, la amistad de Clara es, de alguna manera, espiar una vida que ella no tiene ni nunca podrá tener. Incapaz de sentir envidia, disfruta con ese mundo tan distinto del de ella aunque no participe.

María no se limita a desear lo mejor a las personas que ama, sino que ayuda sin medir esfuerzos para que lo consigan. Aunque es mucho más joven que Clara, y está en mejor estado físico, a pesar de su hepatitis crónica, día por medio pasa a buscarla para ir a correr. La sesión deportiva tonifica sus músculos, pero más importante, las charlas distendidas al aire libre y la sonrisa oportuna relajan su alma. Ríen mucho cuando están juntas. Especialmente cuando critican al profesor Miles, quien, según la escocesa, “negoció hasta con Dios, porque jamás paga por sus pecados”.

Es de esas personas que practican la bondad como si su vida dependiera de ejercitarla cada día. Cuando Clara estaba viviendo en París, una vez por semana ventilaba su departamento londinense, recogía el correo, controlaba el desagüe de la ventana y hacía correr el agua de la ducha. Patológicamente generosa, metódica, responsable y ordenada, se autoadjudicó el papel de *back up* personal. Guarda copias de llaves, documentos y hasta las muestras de la sangre de Alice que Clara ya tiene olvidadas. María conserva los tubos congelados en su heladera principal del Depósito de Alta Seguridad de Material Biológico del Old King's College.

La quiere mucho a Clara, y la injusticia que cometieron con ella la insulta personalmente. Y nunca deja de preguntarse: “¿Qué más puedo hacer?”. Hasta que de tanto buscarla, un día encuentra la respuesta. En la muestra de sangre de Alice. Ese día es el comienzo de su proyecto, el primero de su vida que no responde a intereses ajenos.

María elige el animal que va a ayudarla en su tarea. Lo toma con firmeza y acaricia su lomo, para tranquilizarlo y para tranquilizarse. Su pequeña mano profesional se introduce en la piel peluda y tantea sus venas a través del guante. Tiene los hábitos de los buenos técnicos de laboratorio, siempre hace las cosas con tiempo, nunca deja nada librado al azar, es precisa en sus movimientos miles de veces ensayados. Sobre la mesa aún brillante de humedad, prepara minuciosamente los materiales que deposita en un orden preciso sobre la bandeja de acero esterilizada. Con disciplina, cada movimiento revela tranquilidad.

Acaricia la zona de punción, los movimientos sobre el pelaje son lentos, no desentonan ni con la música que escucha ni con la luz amarillenta del bioterio. Los tubos que le preparó otro técnico, acostumbrado como ella a trabajar sin preguntar para qué hace lo que hace, están en el hielo. Los toma. Hace esa misma operación de inoculación prácticamente todas las semanas, es parte de su trabajo cotidiano. Aunque esta vez es diferente.

Destruye hábilmente el protector plástico de la aguja, la coloca casi en paralelo a la superficie de la piel y punza. Sin nada que haga pensar la tempestad que en esos momentos ocurre dentro de su mente, María introduce la punta a una profundidad mayor, con cuidado. Primero unos pocos milímetros, después la gira lentamente y, avanza un poco más. Presiona el émbolo con suavidad, el animal apenas se estremece. Cuando ya no queda líquido, saca la aguja lenta pero firmemente. Masajea la zona de punción, como indican las reglas. Para finalizar le da un beso en el hocico y le dice con cariño sincero: gracias.

Como si fuera un trabajo más, María dio los primeros pasos para reproducir en un animal de laboratorio el virus 4yu alterado que mató a Alice. Con un propósito que no le confía a nadie.

Los días siguientes serán una alternancia de pocos minutos de trabajo y muchas horas de espera. Ocupa el tiempo escribiendo un diario y, un jueves por la tarde en el que queda muy poca gente en el Old King's College, escribe una carta. El pitido del reloj la interrumpe, se dirige a la heladera, toma el material y sentada frente a la campana de trabajo estéril realiza el último

procedimiento.

Tenía una gota de sangre humana congelada. Ahora, en la punta de la pinza sostiene una aguja metálica, muy delgada y afilada. Y en su extremo, su creación, una gota casi invisible de un inmenso poder infectante. María no siente nada, excepto que está haciendo lo que debe.

La euforia de los últimos tiempos debilitó su culpa, y está tranquila. Sin el entusiasmo y la alegría de otras épocas, el éxito del equipo devora los últimos cuestionamientos de Clara. Siempre encuentra algo nuevo en lo cual enfocar su curiosidad. Ahora sigue de cerca, y con gran detalle, la reversión genética de Chico. Lo hace a través de unos microsensores que el brasileño aceptó tragar como si fueran remedios. Ahora que fue informado del tratamiento al que debe agradecerle su mejora, acepta colaborar con la ciencia y ella recibe los datos de forma permanente.

Chico está fantásticamente mejor, ahora no es apenas un hombre que celebra sus esperanzas de llegar vivo a las próximas navidades. Es un cuerpo en el que la flecha del tiempo parece haber cambiado el sentido.

—¿Tendrá en su sangre la fórmula de la juventud? —le preguntó por teléfono un día Levent. Ella se rio. No se lo cuestiona en esos términos tan sencillos, pero no puede negar que la duda ya pasó fugazmente por su cerebro.

Un hecho que contribuye también a su tranquilidad es que Diego Quevedo parece haberse evaporado. Aún así, el dinero para pagar los escasos salarios y gastos fijos del Instituto Levent Mubarak sigue llegando normalmente. En determinado momento, el impostor mexicano estará entre rejas y el dinero empezará a venir de otro origen, pero aún no ha llegado la ocasión propicia. Ese día lo decidirá Joest. Clara apenas será comunicada.

El plan de trabajo que Diego aún controla desde las sombras ahora está también bajo la mirada de águila de Joest.

Diego Quevedo todavía no tiene motivos para sospechar que perdió la confianza de Clara: el Instituto Levent Mubarak funciona normalmente. Él está encerrado en el escritorio de su casa de Puebla, con todas sus neuronas al servicio de un complejo sistema de gerenciamiento de autorizaciones cruzadas que le permitirá conseguir su objetivo de transportar la segunda dosis a México. No puede fallar, los días se estiran mientras él estudia las distintas posibilidades. Pero no se siente seguro, y cuando dé la señal de largada, ya no va a tener vuelta atrás. Después de presenciar cómo se altera el ingeniero cuando las cosas no ocurren como él espera, toma conciencia de que, si hay un segundo error, no tendrá oportunidad de cometer un tercero.

Por el revuelo sobre La Solución que ocurre en internet, es evidente que los muchachos ya están trabajando duro para crear el mercado. Últimamente le parece que no se habla de otra cosa, son excelentes profesionales. Diego se siente parte de un todo en el que unos dependen de otros. “Debo organizarme, hacer las cosas de una por una para hacerlas bien”, se dice tratando de ordenar su vida. Pero el hecho de que todavía no encuentra al valioso señor de los datos altera su concentración.

Ahora va a asegurarse de que las dosis lleguen bien a México. Después, deberá buscar al señor de los datos, obligarlo a trabajar para él y entregarle al ingeniero la lista de Dobles envuelta para regalo.

—¡Es obvio! —se dice mientras refriega con energía la cabeza contra la toalla—. ¡Levent Mubarak! ¡Ese es su maldito nombre, el que siempre tuve delante de mis ojos! —se convence—. ¿Por qué, si no, Clara iba a darle tanta importancia como para ponerle su nombre al instituto? Me creí eso de que “hay que reconocer el papel de los voluntarios altruistas en el avance de la ciencia” —dice oyendo en su cabeza la voz y las palabras de Clara.

Tiene un flash en el que aparece la científica, una conversación aparentemente sin importancia en la que ella dice “Los nerds ya no pasan frío en Boston”. Sabe por ella que Levent Mubarak vive en una isla de arenas blancas, agua cálida y corales rojos, la Isla de las Cobras.

Decide que el hallazgo bien vale una interrupción de su cronograma. Elige asiento en un vuelo directo a San Pablo, que sale al día siguiente a la noche y marca el regreso a los dos días, no necesitará más que eso. En el camino pensará cómo hará para enfrentar a Levent, si el señor de los datos no quiere colaborar por las buenas.

Diego Quevedo llega a Brasil y no pierde tiempo. Va en busca de Levent. Se sube a un auto, el camino es sinuoso y le ofrece vistas espectaculares. Siempre le gustó adivinar qué se esconde detrás de cada curva, pero ahora está cansado, quiere tomar inmediatamente un barco y llegar. Horas más tarde está frente al mar y la naturaleza le ofrece el espectáculo único de una tormenta tropical. Cuando se entera de que el barco a la Isla de Las Cobras no sale por el mal tiempo, la noticia no le molesta demasiado. Busca una posada y empieza a disfrutar la exuberancia climática detrás de una ventana.

El traslado a la isla, por la mañana, se hace con un cielo límpido. En el mismo puerto, unos niños le indican cómo ir a la playa más alejada, donde suele estar Levent. Cuando Diego llega, lo encuentra limpiando el motor de un bote. El mexicano se detiene a observarlo, el geniecillo francés es

indistinguible de un pescador local: ojotas simples, bermuda ancha, gorro con visera para protegerse del sol. No puede evitar recordar películas sobre la doble vida de los espías.

—¿Me lleva a dar una vuelta? ¿Hay buena pesca?

Levent se da vuelta. La voz proviene de un hombre bajo y con bigotes vestido como en una comedia norteamericana: camisa floreada, bermuda un talle menor al contorno de su abdomen, zapatillas deportivas nada apropiadas para la playa y una cadena de oro en el cuello que indica que tuvo la buena estrella de no ser asaltado todavía.

—Estoy cambiando el aceite. Si no le molesta esperar...

Como toda respuesta, Diego busca dónde sentarse. El mexicano sólo encuentra piedras a su alrededor, así que permanece de pie. Levent levanta con fuerza el motor y hace salir el aceite viejo. El líquido negro cae lentamente en una bandeja, no menos negra. Quevedo observa sus brazos musculosos, la mirada simple, los labios entreabiertos y, convencido de que es el mismísimo señor de los datos del que siempre habla Clara, piensa cómo pueden engañar las apariencias.

—Cumpliendo el *service* reglamentario —se justifica Levent—. Es simple, pero exige ganas y una hora de dedicación. Con el tiempo, el aceite se contamina por el propio desgaste de las piezas.

Quevedo alguna vez le oyó decir algo similar al marinero que cuidaba su crucero en la marina de Acapulco, pero no se anima a mantener esa conversación. En lugar de eso, se inventa un justificativo para el viaje, y una biografía.

—¿Economista? —repite Levent—. Ama los números, entonces —dice mientras refriega un tornillo con un trapo mugriento.

—No amo los números, amo el dinero. Todos soñamos con un futuro mejor —dice Diego como para tantear cuál sería su precio.

Levent no dice nada, limpia los tornillos, termina de escurrir el aceite sucio e introduce el limpio. Apenas termina de ajustar a conciencia los dos tornillos, se va sin dar ninguna explicación, y regresa con dos cañas y una heladera portátil con una cantidad respetable de aguas y cervezas.

—¿Sabe nadar, doctor?

—Por supuesto.

—Qué bueno, porque yo no —se ríe Levent—. ¡Vamos a pescar, amigo! Volveremos antes de la puesta del sol.

Son las últimas palabras que pronuncia en tierra firme. A la noche, los

isleños comentan haber visto salir a Levent en la lancha con un turista. Pero ninguno los vio volver.

Clara finalmente viaja a París. Le informan que el Instituto Levent Mubarak ya tiene su producción lista. El director técnico le cuenta las novedades con su característica voz ausente de pasión. Ella escucha distraída, con la mirada en las manos de un hombre que está unos pasos atrás. Sus guantes expulsan chorros luminosos de gas ionizado, le parece que pasaron años desde que ella misma los encargó para esterilizar las mesadas. ¡Y apenas transcurrieron seis semanas! El director sigue con tono monocorde. Ella ya no lo escucha, se despide de él con un pretexto cualquiera y va a su oficina.

Lo primero que hace es tratar de hablar con Levent. Tiene listas las dosis para los isleños, y se imagina a los creyentes revolucionándose por algo que la mayoría no necesita. Quiere que Levent se responsabilice personalmente en darle los comprimidos primero a los de la lista, y que se comprometa a que lo ingieran delante de él.

Intenta comunicarse de nuevo, sin éxito. Le parece ridículo que en pleno siglo XXI no consiga comunicarse con él porque está lloviendo, y Levent pretende vivir como en el pasado, sin electricidad. Está furiosa también porque quiere saber cómo vive Chico desde el punto de vista psicológico eso de experimentar la vida hacia atrás y en cámara rápida. La imagen del joven viejo, uno de los cuadros más oscuros y al mismo tiempo más luminosos de su carrera, no sale de su cabeza.

El director técnico la llama y la mantiene ocupada un tiempo. Antes de irse, Clara intenta comunicarse con Levent por tercera vez. Tampoco esa vez consigue hablar. Recoge sus cosas y se va. Cierra la puerta como si fuera un día como cualquier otro al mando del Instituto Levent Mubarak de Investigación, Innovación y Emprendedorismo. Pero no lo es. Clara debería dar una última mirada.

—¿Quién dijo que era imposible? —dice Barse y propone un brindis. Para él, el espíritu de equipo es lo que más vale.

Pasaron pocos días, pero desde que una Red Mundial de Abogados con base en Boston se postuló para representar de forma global a todos los que exigían La Solución, los tiempos se aceleraron. Un fabricante chino ya está recibiendo pedidos por internet. A los pocos días ya son doce las empresas farmacéuticas de India con capacidad de fabricarla. Y una persona anónima, informada y solidaria, difunde el dictamen de un desconocido juez italiano que, a través de un tortuoso camino legal, termina por liberar la venta del

producto en Europa.

A partir de ahí, Erika, perfeccionista y —como ella misma se define— impulsada a obtener resultados, opera sobre los médicos líderes de opinión de Occidente para captar su apoyo de forma mutuamente beneficiosa. Todos hacen la vista gorda. Al fin y al cabo, La Solución es una sustancia inocua, el mercado está sediento y las empresas farmacéuticas de medicamentos libres son las que pagan los mayores impuestos.

—Innovar no quiere decir olvidar los viejos métodos —le dice Erika a Clara.

Con un tono difícil de interpretar, le pregunta si está contenta apenas con el éxito o ella también quisiera obtener un porcentaje de las ganancias. Clara se mantiene firme: su objetivo en la vida no es el lucro. Pero, efectivamente, convenciendo de forma tradicional a las personas correctas, el mercado de La Solución se amplía de forma sensible.

La FDA norteamericana se asusta y comienza a transmitir mensajes de que no es necesario tomar ese medicamento de manera indiscriminada. Todo lo que la *task force* necesita: publicidad oficial gratuita. A partir de ahí La Solución se vende como pan caliente.

A Diego todo eso lo toma por sorpresa. Le habría alcanzado con apurar a Clara para tener las dosis listas mucho antes, y usar los métodos habituales de acelerar las autorizaciones de exportación. Le hubiera alcanzado con hacer las cosas bien, entregar el cargamento en México y cobrar su parte. Ahora ese objetivo no vale nada. La Solución se consigue en cualquier lado y es más barata que una Coca-Cola. Se imagina ridiculizado por los muchachos del ingeniero como el colmo de la incompetencia. La vergüenza es un sentimiento doloroso, indigerible, un pecado del que nunca será absuelto. Lo humillaron. Y lo peor, no tiene la lista de los Dobles.

En esa última fase, los desafíos de la *task force* cambian. Ana dirige el equipo que monitorea quejas y opiniones sobre los remedios que se están comercializando. No pueden correr el riesgo de que desarrollen mala fama. Yair, el experto israelí, monta una red para enfrentar el problema de los productos falsos, que no tardan en aparecer. El equipo sigue aceptando las directivas de Joest, cada vez con más admiración por sus logros. La *task force* se encamina a un fin de fiesta glorioso.

A esta altura, Clara no tiene mucho para hacer, pero igual pasa sus días y parte de sus noches en el búnker. Conoce mejor a todos, con sus virtudes y sus defectos, pero al que más le atrae observar es a Barse.

Recostada en un confortable sofá de terciopelo que hay en el rincón, Clara descansa y admira la contextura musculosa de Barse, más propia de un deportista que de alguien que vive entre pantallas. Su conclusión es que es mucho más que un experto en redes sociales y marketing digital, como se lo habían presentado. Todos hacen lo que él quiere, a veces hasta Joest.

Hace un tiempo, la científica viene observando su estilo de liderazgo: además de inflar los egos de forma sutil, Barse adquiere la forma de hablar y hasta la manera de sentarse de sus interlocutores. Con esas técnicas ayuda a las personas a cambiar de idea sin sentirse incoherentes. La científica piensa en la influencia que ejerce Barse sobre los demás y su mente analítica, como siempre, va mas allá, y se pregunta sobre los circuitos cerebrales de la persuasión.

Los talentos de Barse son múltiples, pero tal vez el más valorado sea que puede mantener la calma en momentos de crisis grave, cuando sus respuestas son rápidas pero bien pensadas. Resuelve los problemas a altísima velocidad de una manera natural, casi intuitiva. Piensa de una manera única, deduce Clara. No parece simplemente que planificara, sino que da la impresión de que realmente ve en el interior de su cerebro los distintos futuros posibles. Es superdotado, sin duda, pero con una inteligencia distinta, no secuencial sino fluida, que aporta soluciones rápidas sin pasar por la deducción. ¿Dónde lo habrá encontrado Joest?, se pregunta. Todos son inteligentes, pero Barse, además de tener un buen cuerpo y un carácter único, es un verdadero genio.

Dando paso a su curiosidad femenina, y aprovechando la privacidad del rincón, curiosear su pasado en internet. Pasa rápidamente las imágenes que lo muestran jugando al rugby y emborrachándose en fiestas en busca de algo importante. Pero no lo encuentra. Ni siquiera tiene un perfil profesional. Mujeres en short ajustado, llamativos escotes en primer plano, botellas en mano y pelotas volando es todo lo que aparece en su historia de vida. Clara no puede dejar de preguntarse por qué.

“¿Qué explicación puede tener que una persona tan extraordinariamente capaz no tenga trabajos publicados, no haya participado en congresos y el mundo académico lo ignore?”, se pregunta olvidando por un instante que existe otro mundo para aprovechar la inteligencia. “¿Será que habrá trabajado únicamente en el área política y que por alguna razón su pasado fue borrado? ¿Qué motivos tendrá?”, se cuestiona Clara. “Estás viendo demasiadas películas”, se reprocha a sí misma. Pero no encuentra otra explicación. La naturaleza de un personaje así escapa de su raciocinio.

Estirada en el sofá, los ojos cerrados, concentrada en aligerar la tensión de sus músculos, se relaja tanto que, aunque no se duerme, alcanza una sensación de calma y de tranquilidad profunda. Un estado de conciencia alterado y natural al mismo tiempo. La mente se disuelve, imágenes confusas fluyen libremente sin preconceptos, trascendiendo toda lógica. Inesperadamente, experimenta una revelación, un *insight*. Barse no es un genio sin pasado... Simplemente, en el pasado no era genio. Su capacidad cerebral superior es algo muy reciente. La alarmante extravagancia de su idea la despierta. Sacude su cabeza para desprenderse de ella, pero no lo consigue. Aunque llegó a esa idea desligando su pensamiento racional, no por eso reprime su curiosidad científica. Clara es pragmática y decide buscar evidencias que descarten esa hipótesis loca de una vez por todas. Y de la forma más sencilla, preguntárselo a él directamente. “El momento es ahora, que Joest no está.”

De forma inédita, Clara organiza para todo el equipo una *happy hour* de domingo que permitirá la charla franca, en un ambiente distendido. Tony no se entera, pero Barse, David, Yair y Ana se reúnen ante la convocatoria de la cerveza y las pizzas. Clara rápidamente instala el tema, los desafía a contar sus vidas eligiendo su mejor momento. A la media hora, cuando todos vuelven a sus puestos de trabajo, Clara ya sabe que Yair ha sido un niño prodigio y un adolescente excepcional. David y Ana son la prueba viva de que colegios malos no son una sentencia de muerte para los intelectualmente privilegiados. Pero lo que tiene bien claro es que Barse en algún momento sintió que había aumentado su capacidad cognitiva casi de repente.

—Siempre me buscaba novias... —y hace un gesto con ambas manos que corresponde a *soutien* tamaño XL— pero tanto sexo me anulaba. Desde que estoy soltero, pienso —dice señalándose la cabeza de forma graciosa.

—¿Y cuándo fue eso? —pregunta Clara, y él le da de referencia la fecha de un torneo deportivo.

Todos ríen, Clara también. Pero una idea empieza a fluir y siente en la boca del estómago el dolor del descubrimiento. ¿Será que Barse habría sido un hombre normal y corriente hasta que algún agente externo remodeló las redes neuronales de su corteza frontal? No se permite ni pronunciarlo, pero ¿será que el 4yu troyano es capaz de transformar sutilmente un cerebro en una copia de sí mismo... más perfecto? No, no puede ser, se dice doblegándose ante la dictadura del sentido común. Pero las fechas lo hacen posible.

Ese día le habría sido más fácil aceptar la idea de que Barse era un transgénico superdotado si hubiera sabido que también el cerebro de Griffin

había sufrido un cambio aún más sutil en su ADN cerebral. El 4yu troyano que recibió haciendo el amor con una mujer casada provocó una minirrevolución en el entramado neuronal que guía sus emociones. Por eso su mente, ahora deformada en comparación con la original, siente aversión a los conflictos que antes le daban placer. Por eso, de un tiempo a esta parte, el nuevo Griffin conduce toda su capacidad negociadora, que no es poca, para resolver problemas y así evitar los enfrentamientos.

Nadie, ni siquiera Clara Fend, con toda su inteligencia y su vigilancia planetaria, había estado en condiciones de sospechar la existencia de personas que mejoraron de maneras sutiles por haber recibido el hijo bastardo del virus que ella creó. Pero ese día, observando a Barse, empieza a intuirlo. Su mente racional lucha por borrar esa idea de la cabeza, pero no lo logra. Por el contrario, le trae el recuerdo de Alice, un cerebro en el que el 4yu troyano produjo cambios mínimos, alteraciones precisas, de pocas células, que en su caso fueros devastadores. Una parte de Clara insiste en que para entender la superioridad mental de Barse debe buscar otra explicación, no puede aceptarlo tan fácilmente. No se anima a especular que tal vez el experimento humano iniciado años, en una plaza de París, ofrezca en el ex jugador de rugby el mejor de los resultados. No se anima porque, de manera inmediata, otra pregunta le quemará el cerebro. ¿Hay más como él?

Clara sabe que rompió esquemas cuando desarrolló la primera vacuna transmisible de la historia. Ahora dos preguntas nuevas, de importancia semejante, desafían su mente. ¿Será que Chico encierra en su cuerpo el secreto genético de la juventud? ¿Será que Barse es un transgénico con poderes intelectuales superiores?

Toma otra bebida, y termina más ebria por el efecto de su conjetura —que Barse es un transgénico cuyo cerebro adquirió capacidades superiores— que por el escaso alcohol de la cerveza *light*. Fantasea que Barse, víctima de su propia publicidad, quiere tomar la segunda dosis y que ella, sin decirle la verdad, lo convence de no tomar nunca La Solución. Y que él y Chico son los primeros dos superhumanos nacidos de su técnica. Y a partir de allí su imaginación le muestra un nuevo futuro. Una especie humana distinta de todo lo conocido, más inteligente, más intuitiva, más empática, más fuerte, más saludable. Una especie mejor.

Amanece con lluvia. Con los ojos cerrados, María practica la ausencia de pensamientos, de movimientos, de sensaciones externas. Es una técnica de relajación a la que acude en momentos muy especiales. Pasa largos minutos

así, en otra dimensión, y sale del trance revitalizada. Estira el brazo y enciende la luz.

Ese domingo es diferente de todos los otros. Elige cuidadosamente su mejor ropa interior, deja preparado sobre la cama un vestido negro ajustado, de su armario toma un par de zapatos de taco alto, peina su larga cabellera roja y coloca un maquillaje provocador. Se mira largamente al espejo. No sonrío, simplemente se perfuma. Abre la boca para ponerse un labial que deja su boca tentadoramente brillante. Unas horas más tarde la punta de sus suaves dedos profesionales recorrerá la espalda lechosa de un viudo bastante mayor que ella.

El recién jubilado está cumpliendo una asignatura pendiente que ni sabía que tenía. Cuando la muchacha que trabaja en alguno de los pisos subterráneos del Old King's College —ni se acuerda del nombre de ella— tocó el timbre, no vio motivo para no abrirle la puerta. Al fin y al cabo, no era un simple mensajero, era parte del personal, aunque menos calificado, es cierto. Y venía con una canasta, una botella de vino y flores. Él está un poco sordo, y cuando ella le dijo de qué se trataba, no entendió bien si se trataba de una atención o de un juego, pero sí que era algo organizado para él por los miembros del instituto del que acababa de salir después de toda una vida.

En su rostro inexpresivo, nada indica ahora si el abrazo apasionado del caballero inglés a la muchacha escocesa es una dádiva o un castigo. Sonríe con inocencia cuando ella hace un comentario agradable sobre la suavidad de su cuello, y con malicia cuando siente su miembro entumecerse. El placer inesperado encubre el momento en que María, con decisión, oprime su brazo. La única reacción del cuerpo excitado es un temblor, María sigue apretando por unos segundos. Luego suelta y mira de reojo las marcas en el brazo del hombre, son bien definidas aunque poco profundas, casi como un arañazo de gato. Realizó toda la operación con precisión quirúrgica.

El hombre por fin eyacula. Un acto desagradable, sin duda, pero que a la muchacha la deja en paz. Cuando más tarde se bañe, se frotará con fuerza y se desprenderá de todos los sentimientos negativos que se le puedan haber adherido. Tiene los ojos con lágrimas, pero al mismo tiempo está feliz.

Fueron muchos años de juntar odio, por ella, por todos sus colegas que eran despreciados, a quienes él nunca se dignó a dirigirles la mirada. Pero lo hizo sobre todo por su amiga Clara, a la que el viejo Miles le provocó tantas lágrimas. Por fin María pudo darle una dirección a su altruismo, algo más importante que regar plantas ajenas o guardar documentos de otros para que no

se pierdan.

María fue allí con un único objetivo: contagiar a Miles con el mismo 4yu troyano que había matado a Alice. Y lo había conseguido.

Joest logró probar que su hipótesis doctoral era correcta y ya está relajado. El producto en cuestión, en este caso La Solución, no le interesa. Tampoco los Dobles, pero debe cumplir con sus financiadores, funcionarios de distintas áreas preocupados por la inseguridad biométrica. Tiene que terminar bien este proyecto para pensar el próximo desafío. Tiene varias ideas dando vueltas por su cabeza.

Una de sus ambiciones a corto plazo es mejorar el sistema. Encontró una limitación que reside en las personas en situación de ilegalidad. Viven en negro, se preocupan para no dejar señas de su paso por el mundo, se esmeran por no dejar rastros personales en los caminos digitales, y cuando lo hacen acceden de tal manera que dificultan la recolección de sus datos. En definitiva, estos individuos son muy difíciles de alcanzar con un mensaje directo, individualizado a su perfil.

No son pocos, y algunos de ellos pueden ser importantes. Joest no quiere que sus patrocinadores se enteren de esta debilidad del sistema porque podría poner en peligro proyectos futuros. Así que estableciendo alianzas que Clara juzgaría impensables, hace llegar remesas de La Solución a los prófugos de la justicia. Indocumentados, inmigrantes ilegales y otros parias entran en el paquete.

—Innovar no quiere decir olvidar los viejos métodos —dice él.

Una de las pruebas de que La Solución llega finalmente a los transgénicos que les interesan a sus financiadores es que los Dobles comienzan a fallar. Cuando detienen al primero, el jefe de la policía, que desde hace años viene luchando contra los robos de identidad, gana una sonrisa. Y el jefe de la banda la pierde.

El ingeniero no llega a la desesperación, pero en un año en el que la justicia lo estaba acorralando como nunca, este nuevo fracaso afecta mucho más que su vanidad. Siente un pequeño cosquilleo en el brazo y controla los números provenientes de los sensores internos. Él mismo detecta el efecto cardíaco inmediato de un fracaso en los negocios.

Clara piensa en Levent. Es un buen horario para llamarlo a Brasil, ya que debe haber terminado la ceremonia de la puesta del sol. Lo imagina volviendo de la playa. Una grabación automática la sorprende: dice, por enésima vez esa semana, que su teléfono no está disponible. Consulta el clima la zona de la isla

y el aire está seco. Cansada, entra a dejarle un mensaje en su red social. Ahí el corazón se le para. Un amigo anuncia la desaparición del francés, diez días antes.

En otras circunstancias, se lo imaginaría en alta mar, en un barco lleno de cervezas frías y mulatas calientes, o colonizando otras tierras en busca de seguidores para su secta acuática, y registrando en su libreta digital nuevas novias. Pero ese día, no sabe por qué, nada bueno le viene a la cabeza. Llama a Joest al teléfono de las emergencias.

Con una frialdad que no la sorprende por el tono pero sí por el contenido, Joest le hace saber que está al tanto de su desaparición. Lo vieron con alguien cuya descripción coincide con la de Diego.

¿Con Diego? ¿Para qué buscaría Diego a Levent? La única hipótesis que se le ocurre es venganza hacia ella. Quizá la atacó por el lugar que estaba menos protegido. Recuerda con cuánta insistencia decía que quería conocer a Ken, y el rostro de Clara se convierte en una mueca y las lágrimas explotan, como si viera por primera vez que está involucrada en algo muy peligroso. Cometió muchos errores, pero justamente por eso no quiere involucrar aún más a Levent, un pobre inocente que sólo quería ayudar a los demás.

—Lo estábamos siguiendo por México, Francia, Suiza... —le dice Joest—. Los agentes a cargo evaluaron que no había riesgo. Todavía no sabemos dónde está Levent, no apareció ningún cuerpo, la denuncia en Brasil no sirve ni para vigilar las fronteras. Diego ahora está en París —le informa—. Te vamos a estar cuidando.

—Cuidando —repite Clara.

—Si te llama —continúa Joest— es necesario que combines para verlo. Tenemos que continuar estudiado sus conexiones. Sería apropiado seguir las reglas habituales de seguridad... —llega a decirle, antes de que Clara corte la llamada.

—“Sería apropiado seguir las reglas habituales de seguridad”... —se repite Clara. No sabe si son las palabras o el tono de voz, pero recién ahí las lágrimas brotan y lo hacen sin freno.

Llora porque tiene miedo y porque necesita deshacerse de las lágrimas reprimidas durante meses. Busca la piel electrónica que aún conserva en su pecho y la aprieta, siente el calor de Ken respondiéndole. Lo necesita cerca, para que el miedo no la asfixie. Se siente abrumadoramente sola, pero por suerte falta poco. Necesita a alguien que la abrace, que la contenga. Desgarrada, decide despertar a María, aunque sabe que se acuesta temprano.

La llama porque necesita sentir la voz de aliento de su mejor amiga. Del otro lado de la línea le dan la peor noticia.

—Esta mañana sufrió un agravamiento súbito de su cirrosis crónica. ¿Es usted familiar? —le dice una voz espectral que se presenta como funcionario del hospital y que continúa cuando Clara lo ataca a preguntas—. Nada lo hacía prever, estaba con sus controles al día. Ahora se están haciendo los estudios para determinar las causas. El detonante puede ser algo tan simple como una infección viral. Fue fulminante.

—¿Qué? ¿Muerta? No puede ser —grita Clara.

—Si la vida fuera previsible, dejaría de ser vida —le responde la voz del otro lado del teléfono antes de cortar.

Manotea unos calmantes. Pero es tanto el dolor que rebota en el muro anestésico de la peor manera. De repente, todos los momentos agradables que vivió con Levent y con María invaden su mente mezclados. Paseos, abrazos, miradas, risas, complicidades, instantes antes distribuidos ordenadamente en su memoria, ahora ocupan un mismo espacio alucinatorio, se reinventan mezclados en escenas imposibles que la hacen enloquecer. Entra a la ducha sin haber logrado descansar nada. Se queda un tiempo incierto sentada en el piso de baldosas bajo el chorro caliente. Sale cuando se da cuenta de que hace largo rato que su cuerpo está mojado y frío.

Es uno de los últimos días en el búnker de la *task force*. La Solución se convirtió en la nueva aspirina. Más que eso, su particular modo de publicidad indirecta la hizo aceptable hasta para los enemigos de la medicina alopática. El hecho de que un único comprimido fuera suficiente ayudó a los que tenían vergüenza de llevársela a la boca. Los médicos no necesitan recetarla, porque es de venta libre, ni prohibirla, porque es inocua.

Ken trabaja en pulir una versión más refinada de la biovigilancia virtual, que siga apenas a los transgénicos, unas cinco mil personas. Clara le pidió que actualice de forma automática los parámetros que permitan monitorear la reversión genética. Es complejo, porque la alteración es distinta en cada uno. No sólo eso, la reversión también puede producirse en cada persona a otro ritmo, dependiendo los tejidos afectados por el 4yu troyano. El único dato que obtiene fácilmente es el momento en que acceden a La Solución.

Ya no hay nuevos monstruos ni incidentes inexplicables atribuibles a los Dobles. Clara ya consigue hacer algo parecido a una vida normal. Sigue yendo al búnker, pero simplemente por costumbre. Últimamente iba a ver si había novedades importantes y después salía a correr por un parque cercano. Lo

hacía siempre con María. Después, en una especie de duelo sin sentido, Clara abandonó el hábito.

Es la primera vez que lo va a hacer sola. Está sentada próxima a la puerta de salida, atándose los cordones de las zapatillas de deporte. Cerca de ella, en la pequeña cocina, Joest se sirve un vaso de agua helada con frutas, único lujo que se permite en el trabajo. Siguiendo algún pensamiento interno que no revela, el policía hace un comentario general, palabras vagas acerca de cómo se podría dar continuidad a lo logrado en el futuro.

—¿Qué futuro? —pregunta Clara, aún sensibilizada por las muertes.

—El camino siempre sigue hacia adelante —responde Joest—. Al pasado sólo se puede ir con la imaginación.

—Es cierto —coincide la científica. Y agrega—: No se puede parar. Los éxitos son siempre transitorios.

—Exacto.

En ese instante, oyendo sus propias palabras, presenciando como si fuera un observador externo su empatía con un personaje como Joest, Clara empieza a reaccionar. Y momentos más tarde, mientras corre, reflexiona acerca de esos éxitos definidos por ella misma como apenas transitorios. Es corriendo por un bosque británico, un paisaje sin la perfección de los parques franceses, cuando ella lo ve con una claridad inédita. Había ido muy lejos. Tal vez demasiado. Hipnotizada por las luces de las pantallas, y persiguiendo éxitos, a la vez que avanzaba a la par de la ciencia y la tecnología, había tenido un retroceso moral.

¿Cómo había ocurrido eso? Tal vez la atmósfera tecnológica la había insensibilizado, pero no era apenas eso. Las diferencias con sus colegas la habían alejado del debate, su mente superior le había hecho sentir que escuchar a los demás era una pérdida de tiempo. Acelera el ritmo, y piensa en lo que le habría dicho María. Sin duda la haría plantearse cuál es el sentido último de sus actos, le haría preguntarse por qué hace lo que hace, y le haría evaluar cuáles son sus costos.

En la hora del balance, está muy orgullosa de muchas de las cosas que hizo, y de sus valores, el heroísmo, la fe, la solidaridad. Ahora ve que lo que la impulsa en la ridícula idea de mejorar la especie humana es una versión putrefacta de la fuerza que la llevó a transformar la naturaleza en busca de una solución necesaria para la supervivencia. ¿Cómo puede haberse entusiasmado por la posibilidad técnica de generar superhumanos? Una mutación sutil borró el punto que separa lo que debe hacerse de aquello que no, el mecanismo

regulador de su alma dejó de funcionar. ¿Hasta qué punto la palabra *imposible* seguirá careciendo de sentido?

El cuerpo, ya cansado, provoca en su mente una erosión brutal de su autoimagen. Inicia una segunda vuelta del circuito de corrida, y comienza a ver todo desde una nueva perspectiva. Los minutos que siguen, la joven idealista se convierte, ante sí misma, en un monstruo con poder. Su cerebro científico le exige hacer un diagnóstico, encontrar una explicación de pocas palabras. Había llegado al límite de perder la sensibilidad humana que permite discernir lo bueno de lo malo. Esa es la respuesta simple.

Pero, ahora que lo sabe, está decidida a recuperarse.

—Hasta acá llegué —le dice a Joest cuando regresa.

Él la mira mientras ella se sirve de una botella de agua helada. Transpirada, el cabello despeinado, el rojo tiñendo sus mejillas, la respiración agitada. Su estado físico no es de los mejores, necesita entrenar más, piensa el policía que hace de los músculos un templo.

—Estuve pensando en lo que hablamos antes, de proyectos del futuro —continúa Clara—. Es más fácil entrar a una guerra que salir —dice inmersa quién sabe en qué zona de combate—. Hay fronteras que no se deberían atravesar.

—¡Qué inocencia! —se ríe Joest—. La moral queda bien en los discursos, pero no es eso lo que mueve el mundo. Lo que te trajo hasta aquí fue tu afán por probarte que podías llegar más lejos que otros. Queda bien hablar de solidaridad en público, mejor que reconocer tu necesidad de construir un legado sobre el cual apoyar tu ego. Pero de eso se trata, y eso no reconoce límites.

Clara intenta una declaración de principios en la que los conceptos de autonomía, libre albedrío, derecho a la privacidad, dignidad humana vuelven a tener sentido. Pero apenas esas ideas comienzan a emerger de su boca, una carcajada de Joest devora el diálogo.

—¡No se puede vivir así! —se queja la mujer ante la incapacidad de mantener una conversación civilizada.

—¿Vivir? ¿Qué es vivir? Vivir no es otra cosa que mantener las funciones que nos separan de la muerte —dice Joest fríamente.

El policía, que ya está al lado de la puerta, descuelga un bolso del perchero. Mira por última vez a Clara y se va. Una vez más, piensa Clara, él se quedó con la última palabra.

Se levanta de la cama tiritando. Es muy temprano, de mañana, hace frío,

pero había oído el timbre. Si lo pensara un segundo, no lo atendería: no quiere ver a nadie, y en Londres no tiene a nadie que quiera verla a ella. Pero no está en condiciones de pensar y atiende de manera automática. Es Diego Quevedo.

—No hay nada más accesible que la dirección postal —le dice por el portero eléctrico con tono socarrón.

Clara salta del calor de la cama al frío del miedo. Debe continuar la farsa, la íntima Joest, a quien consulta de inmediato.

—Es necesario —le dice el policía— que el delincuente crea que aún tiene poder.

Clara se viste con la primera ropa que encuentra y baja las escaleras. El cabello atado, anteojos oscuros, el cuerpo sin vida propia.

—¡Qué mala cara! —le dice Diego, y recibe un gruñido de respuesta.

Diego lleva una pequeña valija, se justifica diciendo que esa misma tarde viaja a México para la fiesta de graduación de su hijo, y que está en Londres porque era la mejor conexión disponible para ese día. Caminan juntos hasta la esquina. Alguien los sigue, pero ninguno se da cuenta. Minutos después, Clara bebe un café italiano con mucha azúcar; Diego pide lo mismo.

Se muestra calmo, más bien apático, un pálido reflejo de lo que era. Ni siquiera le pregunta a Clara qué hace en Londres. Fue allí para hablarle de los Dobles, para rogarle que la lleve hasta al bendito experto en datos, para exigirle de una buena vez que le diga cómo llegar a él, pero las palabras no le salen... alguien debe haber prendido una vela. No es porque la imagen del cuerpo hundiéndose en el mar lo afecte, de ninguna manera, no es la muerte inútil de un inocente la que va a quitarle el sueño. Pero hace días que no duerme, desde que el proyecto que le abría un nuevo futuro se le presentó como un nuevo fracaso.

Quiere dar vuelta el reloj de arena, y que nada ni nadie le recuerde este período. Quiere iniciar una nueva vida. ¿Lo entenderá el ingeniero? Él esperaba un nuevo negocio y una lista, y Quevedo sólo tiene para darle su propia vida.

Clara y Diego están sentados frente a frente, faltan las palabras, sobran los silencios. Totalmente desganado, mete las manos en los bolsillos y saca unos caramelos. Lleva uno a su boca.

—Esto es de mi tierra —le dice—, caramelos de pimienta y tequila. Padrísimos. Sólo se consiguen el Día de los Muertos —continúa después de una pausa—. Tengo un amigo muy pero muy rico, más rico de lo que tú puedes conocer en tu vida, que es capaz de matar por uno de estos —dice levantando

hasta la altura de sus ojos el celofán arrugado con los colores de la bandera mexicana y una calavera. Y le regala uno.

La conversación vuelve a dejar agujeros. Los dos tienen mucho para preguntar y no lo hacen, prefieren no encontrarse con las miradas. Diez minutos más tarde, Diego y Clara se despiden con un abrazo débil, que no representa quienes fueron, que no recuerda en nada la relación cercana que alguna vez hubo entre ellos. En la puerta del café, Clara lo ve subir al taxi que lo lleva al aeropuerto y se relaja.

—Nuestra soledad tiene los días contados —susurra Ken apenas ella vuelve y lo llama. La inminencia del encuentro real supera todo. Ese día, más que nunca, tienen miedo a ser felices, pero pronto empezarán una vida nueva y todo será diferente. Sueñan despiertos, una vez más.

Tarde, a la noche, Ken le dice que apenas ella se duerma, él se desconectará por completo.

—Necesito hacer un trabajo que implica mucho procesamiento, va a ir demasiado lento si hay otras transmisiones de datos al mismo tiempo —miente para no decirle que la desconexión total por un período de doce horas es una exigencia de su terapia—. Pero te despierto, como siempre —le dice.

Ken se desconecta, ya hizo varios cambios importantes. Vive en el horario real, de Tokio, estira cada vez más las salidas al exterior, y se anima incluso a cruzar palabras en la calle con desconocidos. Está incrementando sus horas de desconexión y ese día más tarde tiene una sesión especial con el doctor Lam.

En el horario marcado se conecta. El terapeuta le dice:

—Llegó la prueba final. Si tiene éxito, podrá ir con ella.

Ken ve cómo se va completando el escenario de su sala escolar. El mismo de otras veces, con sus muebles oscuros y simples, las paredes claras, las caligrafías gigantes en las paredes, la bandera de Japón. Poco a poco se van agregando elementos y personas. Por la ventana ve chicos jugando en el patio, a lo lejos, un abanico de mástiles donde ondean las banderas que representan las dieciséis nacionalidades de los alumnos de ese año. Por el momento, el muchacho que lo maltrataba está apenas dibujado, sin el soplo de vida que en un momento sin duda le llegará.

—Hoy vas a poder tocar a las personas —dice el doctor Lam—. Incluso pegarles y repeler los golpes.

Ken se prepara para lo que sabe que le dirá el terapeuta. “Antes de actuar, es preciso pensar. La vida real no admite *restart*. Pero este, sin decir nada, lanza el sistema dinámico y desaparece.

Ken tiene doce años y está en la puerta del Colegio Internacional. Se ve a sí mismo de pie, frente a un largo corredor lleno de puertas cerradas. Lo comprende: nadie va a oírlo si pide auxilio. Empieza a caminar. En el otro extremo del corredor hay alguien esperándolo, vestido con el mismo uniforme que él. No necesita acercarse ni ver su rostro para saber quién es. Reconoce la silueta de su archienemigo a kilómetros de distancia. Los dos preadolescentes avanzan, hasta que quedan a pocos centímetros de distancia.

Ken es ligeramente más alto que el occidental pendenciero, pero ve al mexicano por primera vez, como es de verdad, sin el filtro del pánico. El Chamaco, como llamaban todos a Diego Antonio Quevedo Vargas, es un chico delgado, sin nada de músculo bajo su camisa amplia. Su nariz es enorme, en punta, “si besas una chica, ¿le agujereas la cara?”, le pregunta Ken. Y en ese instante se da cuenta de que el latino es pequeño, incluso mucho más bajo y esmirriado que él. ¿Por qué lo veía tan grande? ¿Por qué le tenía tanto miedo? Sin darse un segundo de reflexión, Ken mueve su centro de gravedad hacia atrás, y en un movimiento certero inicia el ataque.

Golpea con el brazo derecho y acierta primero los ojos y después la nariz. El chorro de sangre no lo detiene y, sin perturbarse, continúa el movimiento en la misma trayectoria hasta impactar en los genitales. El chico, tomado por sorpresa, está en el suelo. Sus ojos marrones piden auxilio, hace esfuerzo denodado para levantarse. Para Ken esa humillación es insuficiente, su cuerpo está preparado para otro golpe, su brazo izquierdo no espera terminar la primera acción para iniciar la segunda. Como si simplemente estuviera remando, repite con uno y otro brazo la serie de golpes. Son movimientos sin técnica, animales, que salen de un rincón de su interior que no reconoce.

En su ambiente simulado, Ken lucha contra el aire, su esfuerzo no encuentra resistencia alguna. Aun así, libera una enorme cantidad de energía. Y, paradójicamente, siente que su cuerpo tiene cada vez más potencia.

—Veloz, preciso, terminante —dictamina el terapeuta cuando detiene el proceso—. El paciente ya está en condiciones de salir.

—¿Verdad?

—En caso de un encuentro fortuito haciendo compras por Champs Élysées, por ejemplo, Diego Antonio Quevedo ya puede recibir su merecido. ¡Buen viaje!

Clara no consigue dormir y se prepara un té. Al ver las hebras verdosas teñir el agua hirviendo, se emociona. Esa infusión calmante se la había comprado María en una herboristería. Una de las tantas cosas que hizo por

ella. Finalmente se duerme, pero tiene un sueño opresivo. Un cuerpo sin rostro que se le aproxima, se hace cada vez más cercano hace que su corazón se dispare de miedo. Se despierta, toda sudorosa y al mismo tiempo sedienta, le cuesta respirar, la comisura de los labios le duele. “¿Habré gritado?”, se pregunta mirando el reloj, que muestra que son las tres de la mañana. “Al menos no desperté a Ken”, se reconforta al ver que la pantalla portátil a su lado sigue desconectada.

Bebe agua del vaso que tiene la mesa de luz y trata de calmarse. Los ojos se niegan a cerrarse, el resto de la noche amenaza ser extremadamente largo. No quiere volver a tomar pastillas y anestesiar el dolor y la bronca. Sigue con sed, necesita levantarse para buscar más agua. Se sienta al borde de la cama, dobla el cuerpo para buscar las pantuflas, le falta energía para volver a erguirse. Lo logra, pero el esfuerzo le parece sobrehumano. Cuando el espejo del placard refleja su cara pálida, su camión blanco le parece una mortaja. Está mareada, decide quedarse en la cama y tolerar la sed. A las siete de la mañana, saca fuerzas no sabe de dónde y se levanta. La pequeña pantalla que la une de forma permanente con Tokio sigue desconectada.

Se siente débil. Toma un café muy fuerte y con mucha azúcar y así logra salir. Baja la escalera tomada del pasamanos porque tiene miedo de caerse. Avanza con paso lento. Los ingleses circulan a su lado sin ver que su vitalidad la está abandonando. Clara siente que el malestar aumenta. No llega ni a la esquina, el peso del cuerpo ya le parece insoportable. Entra en un café, la distancia que la separa de la silla va acortándose, así como el tiempo entre dos latidos de su propio corazón. Se aferra a una pared y se desmaya.

—Vamos rápido —dice el paramédico al conductor de la ambulancia—. La mujer parece estar desangrándose por dentro.

Clara llega viva al hospital. En estado gravísimo. Débil, respirando a un ritmo exagerado. La colocan en coma inducido, en cuidados intensivos. Los primeros exámenes muestran que la mayoría de los órganos funcionan correctamente. Pero sus pulmones se están destruyendo.

CAPÍTULO 21

El mismo día que Clara ingresa sin sentido en la guardia de emergencias del Hospital Británico, la casa de la familia Quevedo Vargas, en Puebla, es el centro neurálgico de la actividad de la ciudad. Todo en marcha para la gran fiesta.

Dos mucamas uniformadas, la cocinera peruana y los jardineros van de un lado a otro, respondiendo a los pedidos del coordinador del banquete. Los tres guardias armados de la familia hoy tienen un refuerzo. El personal que se alterna habitualmente para cuidar a los Quevedo Vargas no podría hacer frente a todo desde la madrugada, cuando llegan las flores de la decoración, hasta que se vaya el último invitado, probablemente veinticuatro horas más tarde. Hay que ocuparse de la casa, la fiesta, los habitantes, sus invitados, sus autos, la custodia del acceso. La esposa de Diego controla todo para que el festejo salga perfecto. ¡No cualquier día un hijo se recibe de abogado!

La señora está tan ocupada que no se da cuenta de que su marido no ha llegado a su casa. Siente su ausencia recién cuando despide al peluquero y recibe a los invitados más puntuales. Entonces pide que lo llamen. Minutos más tarde, le informan que el vuelo proveniente de Londres había aterrizado en horario pero que Don Diego no contesta el celular.

¿Con quién estaría esta vez? Un marido que desconecta su celular sin dar precisiones sobre donde está, no merece de su esposa ni una mueca que pueda dejarle arrugas. Ante los invitados se lamenta de un supuesto vuelo cancelado y a su chofer le dice que vaya a buscarlo.

—¿Por dónde? —le pregunta.

—Por todo Puebla, m' hijo. Desde los barrios buenos hasta los otros.

La respuesta final es preocupante. Un chofer lo recibió en el aeropuerto tal como se había arreglado y colocó su equipaje en el baúl. Pero al enterarse de que unos familiares habían adelantado el vuelo e iban a llegar desde Caracas apenas media hora más tarde, Diego les dejó su auto blindado y se tomó un taxi. Nunca llegó a su casa.

A Diego Quevedo lo encuentran una semana después. Lleva varios días en el matorral, con el cráneo destrozado, aunque la billetera está intacta.

La policía local realiza la autopsia, toma declaraciones, contempla todas las posibilidades y no difunde nada por secreto de sumario. La única línea

excluida es robo seguido de muerte. Unos dicen que muchos antiguos clientes estaban insatisfechos con sus servicios. Otros insinúan que tendría deudas. Nadie descarta la posibilidad de que don Diego podría haber sido testigo de algo que no debía haber visto u oído. Y un par creen que el cuerpo ensangrentado de Quevedo es un mensaje para al jefe policial, que no casualmente estaba en la fiesta.

Las declaraciones más interesantes no se escuchan en la jefatura de policía sino a la salida de la misa que celebran en su memoria.

—Fue un problema de polleras —dice uno.

—De drogas —retruca otro—. Fue a comprar para abastecer la fiesta...

—Drogas no —retruca un ex compañero de la facultad—. Salió del cautiverio cambiado.

—Tengo una sospecha —comenta el más callado del grupo, convocando por su habitual economía de palabras la atención de todos—. Tiene que ver con materiales biológicos clandestinos.

Fuera lo que fuese, la nueva causa parecía verosímil, o al menos más interesante que todas las anteriores.

—Sospecho que allá en Suiza entró al filón de la venta de órganos.

El semicírculo de detectives amateurs se cierra a su alrededor.

—Hace unas semanas, me contó que estaba en un proyecto que tenía que ver con la salud. Dijo una frase muy extraña: que el cuerpo humano era la moneda del futuro.

En la medida en que el asesinato de Diego Quevedo no se resuelve, las especulaciones van ganando en cantidad y en creatividad. Nadie piensa que pudieron haberlo asesinado los hombres del ingeniero, o que la muerte pudo haber sido encomendada desde dentro de la *task force*, que, aunque innovadora, tenía gente que sabría resolver las cosas a la manera antigua. Nadie recuerda tampoco al niño asiático que guardó su odio durante más de veinte años. Son tantas y tan importantes algunas de las personas que pueden haber deseado la muerte de don Diego, que a nadie le conviene investigar.

El ingeniero recibe la noticia. Como ya se tornó costumbre, mira el reloj que en colores le ofrece el resumen de los datos de sus sensores. Le interesa ver el efecto de esa nueva información en los parámetros biológicos que definen su salud y su vida.

—Todo está en orden —le dice al mensajero.

—Ahora quiere a la mujer —dice el mensajero a los hombres que esperan afuera.

Clara está acostada, los brazos flexionados a ambos lados de su cabeza, el rostro girado a un lado, los ojos cerrados, en una cama de la sala de cuidados intensivos. Desde que llegó al hospital no se mueve, su estado es de un estupor profundo. Su vida depende de un respirador. Tubos blancos, azules y rojos entran y salen por sus cuatro costados. Los médicos pusieron su cerebro a dormir para protegerlo, con el resto del cuerpo hacen lo que pueden, empezando por evitarle el dolor. Lo asisten con todas las máquinas, le miden todo lo mensurable, por sus venas ya no corre sangre sino un concentrado de remedios.

Wilhelm fue el primero en llegar, estaba justo en Londres con su hijo y su nuera inglesa para celebrar que ella está embarazada. Lo llamaron a él porque entre los documentos de la cartera de Clara un papel plastificado escrito en francés lo señala como contacto de emergencia. Ahora se empeña en conseguir para ella a los mejores médicos y busca segundas, terceras y cuartas opiniones. Erika abusa de sus redes profesionales y organiza ateneos científicos sobre su caso. Griffin, para no dejar ningún flanco libre, arma cadenas de oración entre sus contactos de distintos credos. Joest pidió que le avisaran si el cuadro se agravaba.

A pesar de todos los esfuerzos, el ritmo respiratorio se mantiene desigual, la fiebre alta no la abandona. A los pocos días saben lo que tiene, aunque ignoran por qué. En sus pulmones encontraron un virus de una cepa desconocida. No coincide con ninguna que aparezca en los registros hospitalarios de Europa y América Latina, áreas donde ella estuvo en los últimos años, ni tampoco con el 4yu. Pero la identificación del germen no les preocupa demasiado. El problema no es el virus sino las propias defensas, que generaron una reacción exagerada en los pulmones. Una respuesta inmunológica exuberante que no se detiene con nada, eso es lo que la está matando.

Es poco lo que los médicos se atreven a afirmar sin sombra de dudas, excepto que Clara puede morir asfixiada de un momento a otro.

—Hay más de ciento cincuenta tipos distintos de mediadores inflamatorios dando vueltas —se justifica un médico explicando con una cifra por qué no consiguen detener el proceso. Su espíritu medido le impide decir que la reacción es incontrolable.

Wilhelm nunca se aleja demasiado. Como se presentó a los médicos como científico, no le ahorran detalles.

—Se está desarrollando una tormenta de citocinas —le dicen con voz

grave.

A Wilhelm le gustaría saber menos. Sabe que esta reacción inmunológica nunca es leve. Por primera vez en su vida, envidia la paz del ignorante. Está profundamente angustiado, no le interesa en absoluto todo lo que sabe del tema, su corazón le pide un propósito que el cerebro le niega. Sólo quiere volver a escuchar la voz de Clara, reírse mientras calma sus rabietas, discutirle su utópica visión del mundo. Conoce a miles de personas que, si de un plumazo salieran de circulación, nadie perdería nada. ¡Pero no Clara! Se odia a sí mismo por no habérselo dicho nunca.

—Hasta que no sepamos lo que ocurrió, todo es posible —le dicen asumiendo que la mente científica de un profesor siempre necesita de una explicación—. Una posibilidad es que haya sido reinfectada por algún virus con el que ya habían tenido algún contacto en el pasado —especula el inmunólogo jefe—. Al repeler el ataque por segunda vez, las células sobrereaccionaron.

“Pensamos que nuestros peores enemigos están siempre afuera, pero nuestras propias defensas pueden ser más letales”, se abstrae Wilhelm.

Los médicos lo inundan con información científica que él ni escucha. Sólo lo reconforta pensar que, si existe algo para ayudar a Clara, ella va a tenerlo. Moléculas con nombres raros, o bautizadas apenas con letras y números, ocupan la atención de los equipos profesionales que discuten su caso. Sus células se rebelan, hacen piquetes que bloquean el paso del aire en los pulmones y no la dejan respirar, por eso están probando una droga experimental para dominar las defensas.

—Ojalá funcione —dice sencillamente y a modo de plegaria.

Wilhelm no se anima a hacer la única pregunta que le interesa. Finalmente toma coraje.

—¿Va a sobrevivir?

El médico no puede saber exactamente lo que sus palabras van a provocar en el hombre canoso que tiene enfrente. Pero tampoco tiene muchas respuestas a su disposición.

—No sabemos.

Wilhelm se aleja unos pasos, no quiere que nadie vea sus lágrimas. Dos médicos lo siguen por el pasillo, como si fueran colegas estirando las piernas en horario de trabajo.

—Hay posibilidades de que se evite su muerte —dice el más joven—. Aunque al no haber casos anteriores, no sabemos en qué condiciones.

El otro médico se detiene, toma a Wilhelm por los hombros para obligarlo a que lo mire a los ojos y le dice:

—Existe también la posibilidad de que ella quede perfecta. Sólo Dios sabe si esa bendita droga nueva que le estamos dando hará efecto.

Wilhelm había entrado en una iglesia, por última vez, a los doce años, sin contar las veces que atravesaba los pórticos apenas para conciertos. Ese día, al salir, dirige sus pasos a la capilla del hospital, necesita apoyo sobrenatural. No se explica su inesperado impulso religioso. Como tampoco se explica qué le pasó a Clara.

La viuda de Diego Quevedo visita a Clara en el hospital, insiste en que necesita hablar con ella. Le niegan el acceso porque Clara está en coma, esclava de su silencio. El tiempo pasa, la paciente no mejora y el mundo debe seguir girando sin ella.

El proyecto capitaneado por Joest fue un éxito. Para finalizar, Barse, que no desaprovecha oportunidad para construir una historia común para su equipo de trabajo planetariamente disperso, tiene una idea. Le hace llegar un comprimido a cada uno y propone un ritual pagano en honor a Clara. Todos van a tomar La Solución en forma simultánea. Por supuesto, nadie cree necesitarla, pero saben que es inocua.

Sólo falta Ken. Intentan contactarse con él pero no responde. “Un desaparecido, un muerto, una moribunda y uno que parece haberse evaporado. ¿Qué otro costo puede haber oculto?”, se pregunta Joest haciendo un balance.

De Shanghái a Buenos Aires, de Auckland a Durban, de Vancouver a Santiago, los ahora setenta miembros de la *task force* se llevan a la boca La Solución al mismo tiempo. Excepto Ken. El proceso de reversión genética de Barse y Griffin empieza en este momento.

Ken sabe que aún quedan unos pocos humanos bigenéticos, como la brasileña que escupió la pastilla sin que nadie lo notara. En todo caso, los dedos abrepuestas de Dalma ya no son un problema para la sociedad. Pasa sus días en la granja terapéutica donde usa las manos todopoderosas para amasar pan orgánico y bordar. Un chaleco de fuerza químico deja a su alma en paz. Su falta de razón permanece en el inasible territorio de la mente y su secreto sólo acabará en el crematorio, cuando fallezca en un accidente de esos que sólo ocurren en los centros psiquiátricos.

Como Dalma, hay personas a las que, si les dieran a elegir, no querrían volver a la normalidad genética. Pero no controlan el destino de sus propios cuerpos.

Clara sigue en coma, atada a una cama de la sala de cuidados paliativos. Su vida está apagándose de a poco por una lenta y extremadamente dolorosa destrucción de los pulmones. Las noticias no son alentadoras. Sus defensas siguen amotinadas, el oxígeno cada vez encuentra menos caminos libres.

El profesor Miles la visita un día muy temprano. No quiere que nadie lo vea, porque él también está muy deteriorado desde que se jubiló, y perdió el porte distinguido que lo caracterizaba. Mirando el débil cuerpo femenino que yace en la cama, se pregunta qué era lo que lo distanciaba tanto de esa muchacha. Dos generaciones, dos culturas, dos visiones del mundo, dos filosofías de vida, atravesando la misma guerra.

El resto de los miembros de la *task force* que están todavía en Londres van juntos a despedirse de Clara. Dándose ánimo con su presencia, se colocan alrededor de la cama donde Clara parece haber decidido permanecer inmóvil para siempre y escuchan en penumbras el ronronear de los motores de los aparatos. La llegada de Tony, con su mirada que parece detenida en un punto, el pelo despeinado y su ropa estafalaria, provoca miradas curiosas, pero nadie hace comentario alguno. A Tony la imagen de la mujer inerte y esquelética rodeada de cables no lo impresiona. La observa fijamente, como si pudiera detectar lo que pasa por el cerebro y traducirlo en signos.

El cuerpo blancuzco no tiene una pizca de vitalidad, parece una princesa mal embalsamada. Sobre la almohada blanca resalta el negro del pañuelo que le han colocado en la cabeza para proteger la piel fragilizada. Su cutis está ajado, sin brillo, sus labios carecen ya de color, pero aún conserva parte de su belleza.

—Una inteligencia malograda —dice Griffin, como si la reversión genética que se opera en lo más profundo de su cerebro ya estuviera desdibujando la inexplicable empatía que tenía por el mundo, incluyendo a la científica rebelde.

—Debe estar muy feliz con nuestro resultado —señala Barse, con tono melancólico.

—Cometió errores —lo interrumpe Wilhelm— pero ¿quién está exento?

“Debes curarte”, piensa Ana con fuerza, casi en trance. Wilhelm desvía la mirada, está completamente desanimado. Se pregunta si después de ser estudiada, querrá ser cremada o enterrada. La duda que lo invade no es qué pasará sino cuándo. A Wilhelm el dolor le dicta continuar la obra de Clara, apoyando el conocimiento libre, la ciencia sin ataduras. Buscará a Nicolás Mendoza, el investigador colombiano que había descubierto la verdad, y que

víctima de los reglamentos extremos que rigen la comunicación científica — pero que él había aplicado en su provecho—, había abandonado la ciencia y se había recluido en un templo budista. El Instituto Levent Mubarak de Investigación, Innovación y Emprendedorismo tiene que ser para él, esa va a ser su misión. Y con carta blanca para investigar lo que quiera. Al convocarlo, Wilhelm pagará su deuda, o al menos él lo ve así.

Ken es el que más sufre la agonía de la mujer. Le alcanzaría con negar la realidad para seguir viviendo, ya que tiene todavía sus mejores recuerdos al alcance de sus manos. Pero no son sus planes. Ken participa del momento a través de las cámaras hackeadas. El pañuelo negro le evoca otra tela, la de una burka mal cortada que la mujer que ama, llena de vida e ilusiones se colocó hace varios años para ir a una marcha en el centro de París.

Los días que siguen, Wilhelm es el que más cuida de Clara, o lo que queda de ella.

—En el pulmón derecho se ve claramente —le muestra un médico—. Hay tres zonas: una que funciona, otra que falla un poco pero es recuperable, y una zona cada vez mayor.

—¿Hay posibilidades? —pregunta Wilhelm.

—Si sale de esta situación aguda...

CAPÍTULO 22

Encerrado entre las cuatro paredes de siempre, pero que ahora lo oprimen como nunca, Ken monitorea el virus LPV. El Globoscopio brilla en la oscuridad de su cuarto. Clara podrá descansar en paz: el virus sigue sin resurgir. Tampoco el 4yu alterado es un problema. Los miembros de la lista azul fueron alcanzados por el tratamiento de reversión genética, incluidos los veintiocho de la Isla de las Cobras, incluidos los dos transgénicos que —él siempre lo supo pero se lo ocultó a Clara— participaban de la *task force*.

Una parte de su pantalla la muestra, de manera permanente, en su lecho de cuidados paliativos.

—¡Esos no eran los planes! —se dice desesperado.

Aun así, continúa con su parte del acuerdo. Compra una valija, dos pares de zapatillas, pantalones, abrigos y otro par de lentes de sol. Saca un pasaje de avión y reserva su pasaje de tren al aeropuerto. Después pone delante de sí las múltiples identidades de los últimos años y las somete al programa que las bloquea irreversiblemente. Ya no hay vuelta atrás.

Ahora es apenas Ken Takahashi, una única persona, un único rostro, un único cuerpo, una única historia. Un silencio ensordecedor lo invade cuando apaga la máquina, un mundo lleno de sí mismo desaparece. Ahora es puro futuro.

Dieciocho años de reclusión no se abandonan sin un plan mayor, bien meditado. Ken ahora va en busca de Miles, el segundo de su corta lista. Va a verse cara a cara con el maldito que le arruinó la existencia al amor de su vida, el infame que sentado en su trono burocrático dio el puntapié inicial de la tragedia. Sentado en la butaca del avión, Ken no hace otra cosa que destilar veneno y juntar argumentos. Así llega a la puerta de la impecable casa victoriana con unas cuantas verdades para decirle.

—Soy el novio de la doctora Clara Fend y vine a hablar con usted — comienza a decir un oriental desconocido y con fuerte acento nipón cuando un inglés de cabellos blancos abre el portón y le pregunta educadamente a qué se debe el honor de su visita.

A Miles le habría sido fácil decir que no la conoce, que se trata de un error, que acaba de mudarse a esa casa, que no sabe de qué le hablan o simplemente cerrar la puerta en sus narices sin perder la compostura. Pero no

lo hace, mira la ropa barata de Ken de arriba abajo, en forma claramente despreciativa, y lo hace pasar. Dándole la espalda, transita arrastrando los pies el corredor de su casa en dirección al salón y el visitante lo sigue a pocos pasos de distancia.

—Si usted no la hubiera echado injustamente...

—Puedo dar mil razones para justificar mis actos —empieza a decir después de ingresar al escritorio, señalar una silla y dirigirse a la mesada para preparar un té. Para un inglés, preparar la infusión y colocar una azucarera de cristal al lado de las tazas de porcelana relucientes debería ser algo automático, pero ese día no lo es. Miles disimula lo más que puede el temblor de las manos, lleva la bandeja de plata sobre un carrito con ruedas, la traspasa a la mesa laqueada lo más rápido que consigue. Finalmente, de pie frente al visitante, le dice con firmeza:

—Ella debería haber respetado los límites. —Levanta sus ojos como buscando sus argumentos en el techo y continúa—. Hay fronteras que no se cruzan.

Allí ocurre la transformación. El Miles seguro, gestor de vidas ajenas, da lugar, después de esa frase, a un hombre débil, introspectivo, cansado. Pareciera que acaban de caerle diez años encima. Como si un dolor mantenido preso mucho tiempo se liberara y comenzara a pegarle la espalda. Atrapado, gira una silla y se desploma en ella, de espaldas a su interlocutor.

—Hacer algo siempre es más arriesgado que no hacerlo.

Su tono de voz es ahora inseguro, titubeante.

—Yo no quería que el Old King's participara en una campaña tan temeraria como la de la vacuna 4yu. Si la inmunoterapia transmisible no funcionaba...

—*Eppur si muove* —provoca su visitante con la frase que mejor ejemplifica la tenacidad de las evidencias frente a la fe ignorante—. El LPV era una amenaza, ahora es un recuerdo.

Miles no responde a la provocación. Continúa hablando en voz baja, sin que Ken pueda reconocer si en Occidente ese tono de voz implica culpa, arrepentimiento o autocompasión. Una mueca transforma su cara, está aturdido por la atronadora voz de sus pensamientos.

—La verdad es una sola: tenía miedo.

—Nada humilla más que el coraje de los otros —lo ataca Ken, quien llegó para pedir explicaciones pero ahora intenta hacer justicia. La hostilidad y el odio no se perciben en su rostro inanimado, pero el ataque verbal es certero.

Miles se levanta visiblemente irritado.

—Es fácil verlo ahora, ¡pero no en aquel momento! —se justifica con renovada energía. Su rostro desencajado no combina con su camisa impoluta y el pantalón de traje bien cortado. Tal vez por eso Miles logra continuar encubriendo su dolor con el tono académico—: Siempre defendí la posición de que la comunidad de científicos debe construir un muro en la frontera entre lo que se puede hacer y lo que se debe hacer. La potencia de una técnica es proporcional a su capacidad de sorprendernos también en lo inesperado —discursa como un distinguido profesor que acaba de subirse a un escenario.

Su humildad duró lo que un lapsus. Miles ya parece considerarse absuelto de sus propios pecados.

—La doctora Fend es brillante, tiene un talento único, un cerebro privilegiado...

Ken permanece callado y se pregunta si está entendiendo bien el inglés. Son palabras de admiración que jamás esperaba escuchar en boca de Miles.

—Pero en situaciones en las que carece de experiencia, subestima, como muchos, la necesidad de planificación —continúa Miles esbozando la primera sonrisa de la jornada—. Por ejemplo... —Miles se levanta para dirigirse a la ventana. La abre para que entre el aire frío de la tarde y se da vuelta para mirar a Ken— para robar material biológico que no le pertenece. Ese fue su segundo error —continúa Miles con sarcasmo—. ¿Cómo pudo no detenerse a pensar que el sistema del Old King's College registraría el movimiento del depósito automatizado donde se guardaba la vacuna 4yu? ¿Cómo no se le ocurrió que la computadora avisaría inmediatamente al responsable registrado? —y se señala a sí mismo con la punta de sus dedos índices.

Ken está mudo. Miles aprovecha la sorpresa para sentenciar:

—La digitalización es una moneda universal. Nos sirve a todos.

—Entonces, ¿sabía que lo robó? ¿Por qué no hizo algo en ese momento? —lo enfrenta.

—¿Qué iba a hacer? ¿Denunciarla? ¿Provocar un escándalo y salir en los medios? Era lo que menos necesitábamos... Dije que era el segundo error porque existe uno anterior —prosigue el antiguo director—, que si me permite lo definiré como conceptual, y sé que hay discrepancias al respecto. Me refiero a pensar que el virus recombinante que desarrolló era de ella, es decir, que era dueña de llevárselo.

Ken no sabe cuáles son las reglas de propiedad del biocapitalismo, y en ese momento no le interesan.

—Digamos, para explicarlo de manera sencilla que usted pueda entenderme —prosigue Miles, consciente de que con eso dispersaba cualquier simpatía que podría haber acumulado—, que si la mano de un director no está visible... eso no significa que no está.

Miles se acerca de nuevo a la ventana y su presencia espanta un par de aves que ahora vuelan inocentes. Él no las mira, su mente se concentra apenas en sus ideas.

—Escuche bien lo que voy a decirle —continúa.

El profesor Miles habla bajo y hace muchas pausas. Ken espera. Se da cuenta de que al anciano le falta el aire como para mantener un monólogo largo. Con largas interrupciones, le relata que el Old King's College tiene un área menos conocida que fabrica materiales de investigación. Le dice que ese departamento es proveedor habitual de insumos de varios laboratorios. Ken se pregunta cuál es el objetivo de ese esforzado discurso.

—Incluido el que dirige el profesor Schami —completa Miles mirándolo a los ojos. Con palabras medidas, le explica que eso le permitió saber qué era lo que ella necesitaba en París, y confirmar sus sospechas acerca de sus intenciones de terminar de fabricar la vacuna allí.

—Probablemente para regalarla —agrega con un gesto de desprecio—. La doctora Fend nunca supo que los frascos de reactivo que recibía de Londres no contenían estrictamente lo solicitado. Más bien, el efecto que causaban eran justamente el contrario al esperado.

Los dos hombres se miran a los ojos, uno sonrío, el otro no.

—El reactivo que recibió Clara estaba dirigido a afectar la vacuna 4yu y anular la transmisibilidad —confiesa Miles—. Eso debería haber frenado la historia.

—¡Pero eso no ocurrió! —La alegría de Miles ante el fracaso supera la sorpresa por lo que está escuchando—. ¡La vacuna se transmitió! Por eso el LPV causó apenas dieciocho muertes y no millones.

—Es cierto... —se ataja Miles, levantando las palmas de sus manos—. En cierta forma, podría decirse que no alcancé el objetivo. Son muchos años de delegar responsabilidades, perdí la mano de hacer los pedidos de envío yo mismo, probablemente causé un genocidio en los gérmenes que el bueno de Wilhelm había fabricado para ayudarla... —completa.

El anfitrión se sirve agua de una pesada jarra de cristal, las gotas salen volando de su mano titubeante.

—Pero aquí está el tercer error de la doctora Fend —concluye mientras

coloca con concentración un vaso en la mesa, después de beberlo rápido—. A Clara se le murieron no una sino varias veces las cepas que él le había pedido que cultivase. Ella no se preocupó. Abandonó la saludable curiosidad científica de saber qué había ocurrido... y, en consecuencia, no tomó medidas mayores para descontaminar el ambiente de trabajo. Y pasó lo que pasó.

—“Pasó lo que pasó”... —repite Ken perplejo.

—No puedo saberlo porque no estaba ahí... Me baso simplemente en observar evidencias indirectas.

La mente de Miles parece distraerse, sus ojos controlan el pliegue perfecto de sus pantalones y disfraza su dificultad respiratoria con las pausas típicas del tono académico. Da una explicación técnica sobre la suma de condiciones, negligencias y errores, incluso propios, que habrían permitido o incluso facilitado la recombinación genética del 4yu con otro virus. Probablemente —especula— fue una contaminación del virus del Wilhelm, ya alterado por el reactivo que él había mandado, pero podría haber sido cualquier otro. El resultado habría sido una sopa biológica de la que el 4yu saldría renovado.

—Con el término *renovado* —aclara con el tono soberbio que la enfermedad no le destruyó— quiero decir *diferente*, con otras características y comportamientos, que le permitan superar barreras que antes eran infranqueables. No tengo evidencias de que haya sucedido así, pero no es una especulación sin sentido. De todo lo que afirmo hay antecedentes en la bibliografía.

El argumento científico se escapa de la comprensión precisa de Ken, pero no la participación de Miles en la génesis del problema.

—O sea que... ¡la culpa de la transformación de la vacuna 4yu es suya! —grita el japonés al comprender lo más importante de todo.

—*Culpa* es una palabra desagradable y, en este contexto, imprecisa —comienza a decir Miles frunciendo el ceño.

—Es necesaria humildad para aprender que los errores existen para que saquemos provecho de ellos.

Reconoce ante Ken que se dio cuenta de la gravedad de la situación recién cuando Wilhelm le contó lo que estaba sucediendo en Brasil.

—Clarita y su activismo médico tercermundista...

—¡Eso también lo sabía, Miles! ¡Y no hizo nada para frenarlo!

—¡Basta de decirme que no hice nada! —susurra Miles y lleva las manos temblorosas a su cabeza cana y se tapa los oídos. Respira hondo, con un silbido agudo y entrecortado, se coloca dos dedos en la muñeca para verificar

su ritmo cardíaco, y continúa con ánimo pacificador, con la energía que alimenta a los que se acercan a la línea de llegada.

—Yo hice, hice mucho. Yo fui quien convocó a la Policía Europea enfrentándome a Wilhelm, que decía que “nuestra Madame Curie” nunca iba a aceptarlo. ¿Habría sido mejor que siguiera atada a ese traficante mexicano? ¡Yo di un paso al costado cuando vi que conmigo no iban a poder moverse con libertad! Y usted llega a mi casa sin ser invitado, toma mi té haciendo ruido, ensucia mi alfombra con barro de quién sabe dónde, ¡y todo eso para decirme que no hice nada!

A Ken le cuesta creer que todo lo que creía cierto un instante antes, dejó de serlo. El hombre que está frente a él no tiene nada que ver con la imagen del lord inglés exageradamente burocrático y enfermizamente cauteloso que Clara le había pintado. Pero, sobre todo, no aguanta más su sarcasmo.

—Ella era... —comienza a decir.

—¡No hable en pasado! —la interrumpe Miles—. Clara Fend siempre acaba levantándose... A una persona sin conciencia del mundo en el que vive, el coma no va a destruirla...

Esas últimas palabras son demasiado para el hombre enamorado. Lo agarra a Miles del cuello de la camisa, lo zarandea y maldice en una lengua que el inglés no consigue entender pero adivina. Finalmente, sus ojos se cruzan. El enraizado respeto a los mayores le impide a Ken darle a Miles los golpes que quisiera, y lo suelta.

—¿Por qué hizo lo que hizo? ¿Por qué me cuenta ahora todo eso? —solloza Ken.

Miles se acomoda la ropa y se sienta, está sereno. Explica con detalles por qué se opuso desde el principio a esa “militancia contemporánea” y argumenta a favor de las grandes organizaciones jerárquicas. Dice que apenas supo que Clara estaba trabajando con Schami, imaginó sus intenciones. Le da precisiones sobre cómo rescató todas las órdenes de compra de reactivos de Clara, y lo aburre con el estudio comparativo que hizo cuando evaluó los productos hasta decidir a cuál iba a cambiar el rótulo.

—Todo tiene una lógica —dice el anciano—. La falta de seguridad del material biológico del Old King’s College no podía quedar expuesta.

Habla sin tapujos. Ken siente odio por el anciano, pero más por sí mismo. Ahora se da cuenta de que vigiló medio planeta, sin saber nada del único individuo que realmente importaba controlar. Miles avanza en su confesión y su interlocutor sólo atina a preguntarse por qué lo hace.

—Voy a decir por qué decidí contarle mi secreto —dice Miles en tono pacificador.

Con movimientos lentos, casi rituales, Miles se saca los gemelos que abotonan la manga derecha de su camisa. Con extremo cuidado va plegando el borde libre, haciendo desaparecer el anagrama bordado y exhibiendo de forma creciente un brazo morado, lleno de llagas abiertas, infectadas.

—La enfermedad se mantuvo oculta hasta hace poco.

Miles no dice nada más, estira nuevamente la manga de la camisa poniendo especial cuidado de que no queden vestigios de las arrugas. Con mucha dificultad, vuelve a introducir en el orificio correspondiente el broche de oro que mantiene unidos los dos extremos y observa su brazo con aire de aprobación. Nadie podría adivinar que oculto por una tela blanca impoluta de calidad superior se esconde un miembro en avanzado estado de putrefacción.

—La detecté en un chequeo que hice cuatro semanas antes de la fecha reservada para zarpar. La vuelta al mundo en solitario. Un proyecto que pospuse toda mi vida y eso es de lo que ahora más me arrepiento... Lo que comenzó como un temblor y cosquilleo no es un problema de fácil solución. Tengo una degeneración celular muy agresiva, y decidí no enfrentarlo. Apenas me interesa evitar el dolor físico, y por eso me autoadministro paliativos. No tengo motivos para vivir. Desde que falleció mi mujer estoy solo en el mundo.

Ken no está preparado para una declaración así.

—Pero sé perfectamente que se trata de una transformación causada por el virus 4yu alterado, y no tengo dudas de cómo me contagié.

El anciano británico le describe al forastero que acaba de conocer algunos detalles de su última noche de sexo, cuando se presentó a su casa de viudo una mujer bonita que conocía apenas de vista del trabajo. De cómo se sintió nuevamente joven cuando le hizo el amor, y de la carta que le dejó, diciendo que esperaba haberlo infectado. No hay resentimiento en su voz, pareciera que apenas es un ciclo que se cierra.

—María, la chica, murió poco después de la visita íntima que me hizo. Lo supe cuando el Old King's College publicó en el *Times* el aviso necrológico, como se hace con todo el personal desde hace doscientos años —dice tal vez pensando en su propio aviso fúnebre—. Coincidirá conmigo en que, aunque podría salvarme, no me merezco la bendición de La Solución.

Hay una extraña inconsistencia entre sus palabras y la firmeza de su orgullo británico. Ken no responde. La noche cae, la luz del velador se enciende automáticamente. Los dos hombres callados, inmóviles, son ahora

más pequeños que sus sombras.

—Me enfrento a la muerte... Ella debería estar haciendo ya su efecto tranquilizador en mí —prosigue el anciano—. Si acepto esta charla es justamente porque debería aliviarme el sufrimiento.

—Cuando toma decisiones, ¿no las cambia?

El silencio es la única respuesta.

Con sus labios finos, el hombre besa devotamente la medalla que cuelga de la cabecera de la cama de Clara. En la fe en la que fue criado en su infancia, los dioses nunca sobran. Siempre hay lugar para uno más.

El día anterior, un joven había venido a traerle a Ken esa pieza de metal. Una enfermera portuguesa le tradujo: esperaba que Dios, con la medalla a sus pies, le devolviera la energía a la doctora. La medalla no tenía la imagen de un santo, sino el nombre de una persona. Y certificaba que Chico había alcanzado el récord de una competencia mundial al completar 3,8 kilómetros de natación, 180 de ciclismo y 42,2 de maratón en apenas 5 horas, 52 minutos y 40 segundos. Al darle su medalla, el brasileño confiaba que así ayudaba a Clara, como ella lo había ayudado a él.

Ese día, Clara empezó a mejorar.

—Ya no necesita más del respirador las veinticuatro horas —dice el médico.

Una semana después comienzan a retirar paulatinamente las drogas que la mantienen dormida. Son días largos, en los que los exámenes automáticos vuelven a aumentar su frecuencia, pero cada resultado que se normaliza, da un soplo más de vida. Cada jornada, la paciente depende menos de su cordón umbilical tecnológico. Afortunadamente, el destino de una persona no está relacionado con los temores de quienes la rodean. Cuando se cumplen cien días de internación, Clara despierta del coma.

Está débil. Ken la ayuda a sentarse en la cama, a comer, le coloca las pantuflas y la lleva a dar unos pasos por el pasillo. El resto del tiempo ella duerme, y él consume las horas acariciando su mano. Ken lee en voz alta, unas pocas veces las noticias, con mayor frecuencia los textos de Borges que los unieron al principio. Las enfermeras espían a través del vidrio, hipnotizadas por la delicadeza del compañero.

Su cuerpo tenía tanta tecnología rodeándola e invadiéndola, que no se sabía dónde comenzaba o terminaba la mujer original.

De a poco, va recuperando sus límites biológicos y, junto con eso, llegan sus recuerdos. Al principio las ideas salen mezcladas de su cerebro aún

dopado, confunde lugares y personas, realidad y fantasía, pero de a poco la claridad de su mente se restablece. Pasa sus días y noches en la oscuridad, el mayor resplandor es el de la máquina que extrae impurezas de su sangre. Para algunos ese ambiente cerrado cargado de sustancias químicas sería aterrador, pero no para ella.

—Te recomiendo escribir —le dice un día un médico—. El poder curativo de la palabra es algo que se escapa de nuestra mirada tecnológica pero funciona.

Cuando el médico le dice que poner por escrito sus propias contradicciones la iba a fortalecer, Clara no le pide que lo fundamente con evidencias científicas. Sonríe, y recuerda una frase de su padre: “Muchos santos comienzan como grandes pecadores”.

Empieza a escribir. No es un trabajo científico lleno de datos, gráficos y números, son palabras que no son precisas pero que pretenden inspirar a otros seres humanos. “Tengan cuidado con lo que desean” es la primera frase que escribe y no borra.

Ken no se mueve de su lado. Clara de a poco le confiesa sus miedos. Ella teme que todas las personas que recibieron la vacuna 4yu, que son millones, sobre-reaccionen si se enfrentaran por segunda vez al virus que usó para fabricarla.

—El riesgo es bajo pero puede de ocurrir —murmura llevando al límite a sus pulmones faltos de uso.

—¿Y qué puede pasar? —pregunta él, dándose cuenta de que ella necesita despojarse de sus preocupaciones.

—No lo sé.

A medida que su salud se restablece, las charlas ocupan cada vez más tiempo. Los temas son pocos y siempre los mismos. Y los recuerdos personales se hacen cada vez frecuentes, y más vívidos.

—Mi padre siempre decía que ser osado es una forma de hacerle preguntas al mundo.

—Mi padre me enseñó a reconocer el valor de las personas que fallaron varias veces pero que no se detuvieron hasta conseguir lo que querían.

Desde que se despertó del coma, Clara nombra casi diariamente a su padre fallecido. Como si esos meses en el más allá farmacológico la hubieran trasladado hacia el pasado, o a un futuro en el que pudieran volver a encontrarse. Un día, Ken hace la pregunta que hace días le ronda la mente.

—¿Te gustaría volver a verlo... vivo?

Clara sonríe. La piel deshidratada le provoca dolor en los labios. Un holograma tridimensional, una visión simplificada del padre muerto. Eso es lo que él le propone hacer, un avatar completo, formulado a partir de todos los datos que le sacaron en la vida. Clara no contesta. Ken se entusiasma contando su plan. Si juntan todas las fotos que le tomaron, las ideas profesionales que digitalizaron, las conversaciones que grabaron, los sentimientos que él mismo compartió con el mundo... si puede reunir todos sus datos, todos los pedazos del difunto que están distribuido por el mundo y archivados en la nube digital, podrá recrearlo.

—No le regales tu padre a la muerte.

Ken le asegura que podría vivir en un ambiente digital seguro como el que estaba él hasta conocerla.

—¿Vivir? —pregunta Clara.

La paciente se agita, suena una alarma. Él la toma de la mano con dulzura, la aprieta con suavidad y normaliza su ritmo cardíaco con un método practicado hace siglos.

—Descansa, mi amor. —Ken acaricia sus párpados para que los cierre. Ella, dócilmente, le hace caso y se duerme, serena, inmune a sus tentaciones.

La antigua Clara está muerta, la sobreviviente en una persona más madura, con una sabiduría que nadie le transmitió, que tuvo que descubrir sola.

Ken se queda pensando. ¿Será que, como en los *games*, ahora pasarán al nivel superior? ¿O habrá llegado la hora de parar?

—No podemos hacer desaparecer la vacuna —dice Clara abriendo con ansiedad los ojos. El cuerpo aún no le responde como quisiera, pero su mente sigue en funcionamiento—. ¡Cada hora nacen miles de personas susceptibles al LPV!

EPÍLOGO

El profesor Miles muere a los pocos meses. Recibe los honores habituales, anuncio necrológico en el *Times* y busto de bronce en el Old King's College.

Barse, Ana y David crean una empresa de contenido digital de alto impacto. Con los años, Barse va perdiendo la genialidad, pero como todos los de su edad, conserva la experiencia y el *know-how* queda grabado en su cerebro.

A Tony lo atropellan en la calle. Concentrado en sus pensamientos, no oyó las advertencias del conductor y de los otros transeúntes. Fallece de forma inmediata.

Griffin mantiene el cargo no científico más alto del Old King's College y lo nombran asesor honorario de la OMS y de la Policía Científica Europea.

Nicolás Mendoza vuelve de su retiro espiritual cuando le ofrecen un laboratorio totalmente autónomo en el Instituto Levent Mubarak de Investigación, Innovación y Emprendedorismo. Su proyecto tiene presupuesto asegurado, ofrecido por un donante anónimo, por un período de veinticinco años. Se vuelve uno de los principales boicoteadores de la revista *Natural Sciences* y un representante de la ciencia libre.

Joest no consigue que ninguna universidad de Occidente acepte su tesis doctoral, pero sigue siendo consultor de la Policía Europea y trabaja de forma privada para varios gobiernos.

Erika continúa a la cabeza de la OMS Beta, donde es responsable de los proyectos que combinan la persuasión anónima por las redes sociales con incentivos más tradicionales sobre los profesionales de la salud.

A su cargo de responsable del control preventivo de guerras biológicas, Wilhelm suma la dirección de una nueva comisión permanente que monitorea si los humanos transgénicos pueden volver a aparecer.

El ingeniero sigue lucrando con la vida. Vende cuerpos enteros, desmembrados o aún no nacidos. Presionado por el gobierno mexicano para blanquear parte de sus recursos, invierte en empresas de biotecnología.

El prestigioso Instituto Levent Mubarak de Investigación, Innovación y Emprendedorismo sigue bajo la dirección de la doctora Clara Fend. Ella aún no ha recibido el premio Nobel al que aspiraba, pero le entregan dos condecoraciones todavía más prestigiosas. El premio Venter de Innovación,

que le da en manos Wilhelm, y el Premio de los Pacientes, por haber creado el primer instituto de investigación del mundo que lleva el nombre de un voluntario. Asiste a la gala con su marido Ken y utiliza un discurso redactado hace años.

La ciencia avanza a pequeños pasos, pero el momento más importante no es gradual. Es el instante en que alguien dice: es imposible. Cuando se llega a ese límite de la naturaleza, de la tecnología o del pensamiento, hay una puerta cerrada que pocos se animan a cruzar. Pero a veces es suficiente con decretar que lo imposible es posible.

La especie humana volvió a ser, en apariencia, la que era. A cada niño que nace se le hace un test genético, y las autoridades aseguran que la nueva generación está “limpia”. Aunque cuando a Wilhelm le muestran el certificado genético de su nieto recién nacido, nota un segmento molecular que él conoce bien. Es un poema de James Joyce, escrito tiempo atrás en clave de ADN. “Vivir, errar, caer, triunfar, recrear vida a partir de la vida.” Su firma genética.

NOTA DE LA AUTORA

La epidemia de Zika de 2016 es una de las pruebas —no la única— de que un virus puede quedar fuera de la atención de los científicos hasta que ya es demasiado tarde. También es evidencia de que un virus puede cambiar de forma inesperada su virulencia y forma de transmisión.

La bioingeniería está entrando en una fase en la que enfrenta más limitaciones legales y éticas que técnicas. Las técnicas de edición de ADN ya son utilizadas, sin demasiada discusión, hasta en embriones humanos.

Virus vivos se utilizan para vacunas y, en forma experimental, en el tratamiento del cáncer, considerándose su uso un riesgo aceptable.

La salud pública utiliza sistemas colectivos de vigilancia e información. El Reglamento Sanitario Internacional reconoce explícitamente que a menudo en los brotes epidémicos las fuentes de información no oficiales se adelantan a las notificaciones oficiales.

Millones de personas tienen sus informaciones biométricas archivadas en los sistemas de seguridad de los distintos países. El Banco de Datos Forenses de los Estados Unidos es el mayor del mundo, pero no el único.

Las computadoras de última generación producen hipótesis, interpretan y recrean el lenguaje humano de forma automática y con exactitud creciente.

Dispositivos electrónicos implantables, como marcapasos y bombas de insulina, ya han sido hackeados, dejando en alerta a fabricantes y pacientes.

Hay prótesis artificiales que recrean el sentido del tacto, y la comunicación cerebro-cerebro no está distante de transmitir reacciones sensomotrices. Los nuevos materiales y dispositivos prometen revolucionar lo que hoy se entiende por sexo.

En los últimos tiempos, el método de control de la información científica que impedía la divulgación pública de los descubrimientos hasta que fuera avalado por una comisión de expertos, está siendo cuestionado e incluso boicoteado por los científicos. Las demoras son una de las causas.

Cada vez hay más personas que se aíslan en sus casas. La mayoría vive en Japón. A ese padecimiento se lo denomina *Hikikomori*.

Los pensadores ya están discutiendo nuevas definiciones del término *humanidad*.

Los personajes y los hechos narrados en esta novela son ficticios, pero las

tecnologías que aparecen ya están todas disponibles o lo estarán en los próximos cinco años. Pero ¿hasta cuándo? ¿Hasta dónde? ¿Dónde están los límites del ser humano? ¿Qué fronteras no se deben atravesar? La evolución permanente del conocimiento científico nos desafía a hacernos esas preguntas.

De la mano de la literatura quise llevar las preguntas al ciudadano. Tenemos que debatir y tener la posibilidad de elegir, con la libertad que da el conocimiento, dónde están los límites. El futuro de la especie está en construcción.

Por eso adquieren mayor valor las palabras de James Watson, padre de la genética moderna y ganador del premio Nobel, al comienzo del libro. Son de él las palabras que Clara hace propias y que comienzan por la afirmación “A veces es suficiente con decretar que lo imposible es posible”.

Por eso, este libro.

AGRADECIMIENTOS

A la doctora Patricia Gadaleta, porque fue el amor que compartimos desde hace muchos años por los virus y las letras el que, con el tiempo, engendró este libro. A Daniel Guebel, porque vio en mí una escritora, y tuvo la paciencia y la generosidad de enseñarme su arte. A la profesora brasileña Helena Katz, porque me hizo pensar en el cuerpo humano como una aplicación y me guio para imaginar los procesos de desavatarización. A Silvia López, por leer con la necesaria paciencia de los comienzos el proyecto de este libro. A Viviana Lisanti, por la lectura atenta y el consejo sabio. A Héctor D'Amico, porque siempre está dispuesto a ayudar a sus colegas cuando lo necesitan. A Daniel Balmaceda, por ser buen amigo. A Andrea y Carlos Behrends, que me ofrecieron el brillo en los ojos del lector. Y más recientemente, a Glenda Vieites, Gabriela Vigo y Alejandra López, porque cada una en su momento me sacó una sonrisa.

Sería injusto no nombrar a Google, que aunque interesado en lo que yo iba a darle a cambio, me facilitó el acceso a todos los datos que necesitaba. Y al mar de Juquehy, porque corriendo a su lado tuve la mayoría de las ideas.

Y especialmente, a toda mi familia. Un agradecimiento infinito a mi hermana, que me apoya siempre; a mi madre, que me enseñó a dudar de la palabra *imposible*; y a Miguel, Carolina y Florencia, porque es por ellos que hago todo lo que hago.

Clara Fend, científica argentina del prestigioso Old King's College de Londres, es la única persona que conoce fehacientemente lo que está ocurriendo en el mundo con un nuevo virus. El LPV tiene apenas ocho genes y provoca síntomas tan simples como los de una gripe; sin embargo, en un futuro no tan lejano podría aniquilar a la especie humana. Ante la interesada cautela del *establishment* científico, Clara se propone evitar esa tragedia adaptando estrategias de la lucha antiterrorista, pero algo no sale como ella espera.

Biovigilados plantea un quiebre perturbador en la frontera entre ficción y realidad al instalar al lector en un escenario absolutamente posible, en el que los humanos transforman y son transformados de manera radical. Se desarrolla en un mundo globalizado, donde la vigilancia virtual invade todos los ámbitos de la vida y en el que personas anónimas manipulan decisiones cruciales a través de rumores difundidos por internet. Biopolítica, sexo virtual, luchas religiosas, hackers humanitarios, mafiosos en busca de nuevos cuerpos y una mujer que atraviesa estos desafíos en pos de un ideal de salud pública, con la ayuda y el impulso de un amor nada convencional.



ROXANA TABAKMAN

Es bióloga, periodista científica, escritora y viajera empedernida. Sacrificó muchas ratas para estudiar el cerebro, y después se dedicó a contar cómo funciona la ciencia. Conoce todos los lugares sobre los que escribe, sean laboratorios europeos de alta tecnología o barrios humildes de Bangkok. Es argentina y vive en Brasil.

Foto: © Alejandra López

Tabakman, Roxana
Biovigilados / Roxana Tabakman. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : P&J, 2017.
(Éxitos)
Libro digital, EPUB.
Archivo Digital: descarga y online.
ISBN 978-950-644-437-2
1. Narrativa Argentina. I. Título
CDD A863

Edición en formato digital: julio de 2017

© 2017, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A.

Humberto I 555, Buenos Aires

www.megustaleer.com.ar

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*.

El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores.

ISBN 978-950-644-437-2

Conversión a formato digital: Libresque

Penguin
Random House
Grupo Editorial

Índice

- [Biovigilados](#)
- [Epígrafe](#)
- [Advertencia](#)
- [Parte I](#)
 - [Capítulo 1](#)
 - [Capítulo 2](#)
 - [Capítulo 3](#)
 - [Capítulo 4](#)
 - [Capítulo 5](#)
 - [Capítulo 6](#)
 - [Capítulo 7](#)
 - [Capítulo 8](#)
 - [Capítulo 9](#)
 - [Capítulo 10](#)
 - [Capítulo 11](#)
 - [Capítulo 12](#)
 - [Capítulo 13](#)
 - [Capítulo 14](#)
- [Parte II](#)
 - [Capítulo 15](#)
 - [Capítulo 16](#)
 - [Capítulo 17](#)
- [Parte III](#)

- [Capítulo 18](#)
- [Capítulo 19](#)
- [Capítulo 20](#)
- [Capítulo 21](#)
- [Capítulo 22](#)
- [Epílogo](#)
- [Nota de la autora](#)
- [Agradecimientos](#)
- [Sobre este libro](#)
- [Sobre la autora](#)
- [Créditos](#)

Table of Contents

[Biovigilados](#)

[Epígrafe](#)

[Advertencia](#)

[Parte I](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Parte II](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Parte III](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Epílogo](#)

[Nota de la autora](#)

[Agradecimientos](#)

[Sobre este libro](#)

[Sobre la autora](#)

[Créditos](#)